

Departament d'Antropologia Social i Cultural
Universitat Autònoma de Barcelona
2015

CULTURA DEL AMANTE:
AMOR, EMOCIÓN Y CORAZÓN
EN EL ACOGIMIENTO FAMILIAR
DE NIÑOS Y NIÑAS CON DISCAPACIDAD DE NANCHANG

Doctoranda: Yamping Liao

Directora: Diana Marre

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Resumen	9
Introducción.....	11

1ª Parte: Metodología y Teoría

Capítulo I. Metodología de la investigación	16
1. Elección del tema y objetivos de la investigación	17
2. Camino a Nanchang	21
3. Metodología cualitativa/cuantitativa: el enfoque mixto	26
3.1. El cuestionario	27
3.2. Las entrevistas	30
3.3. Perfil de las personas participantes	34
4. Traducción de la transcripción de las grabaciones y el diario de campo	37
5. Metodología en el contexto de la privacidad y la emotividad: el trabajo de campo en las casas de las familias acogedoras	40
5.1. Vivir la privacidad	41
5.2. Aventurando sobre “el remolino emocional”	43
5.3. La experiencia de la investigadora	48
5.4. Interacción entre la investigadora y las personas participantes	51
Capítulo II. Teorías sobre las emociones y el amor	54
1. Las emociones básicas	57
2. Constructivismo de las emociones	60
3. Transformación de las emociones	62
4. Emociones como “ <i>embodied thought</i> ”	67
5. Emoción y cultura.....	68

6. El amor como emoción culturalmente construida	71
7. ¿Dónde están las emociones?	76
8. El género de las emociones	79
9. Una etnografía de la experiencia de la emotividad	80
Capítulo III. Conceptos clave en la cultura afectiva china	84
1. La persona: yo, tú, él	85
2. Cuerpo, mente y afectos	89
3. Amar: corazón, razón, emoción	92
4. Amor específico: la relación familiar	96
5. Amor universal: la inclusión trascendental	99
6. El desarrollo de la persona	101
7. El abandonado	106
8. La discapacidad infantil	110

2ª Parte: Marco del acogimiento familiar

Capítulo IV. Acogimiento familiar chino	116
1. Sistema de la protección de la infancia	117
1.1. El interés de la niñez	118
1.2. Infancia en desamparo	121
1.3. Niños y niñas con discapacidad	123
2. Evolución del sistema de acogimiento familiar	129
2.1. 1949 – 1989	130
2.2. 1990 – 2002	133
2.3. 2003 – hasta la actualidad	136
2.4. Marco legal	138
2.5. Modalidades	139
2.6. Acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad	143

Capítulo V. Acogimiento familiar del orfanato de Nanchang	145
1. El orfanato de Nanchang	146
1.1. La ciudad de Nanchang	146
1.2. El orfanato: sus instalaciones y actividades	148
1.3. Los niños y niñas	151
1.4. El personal	151
1.5. Tipos de acogimiento	152
2. La evolución del acogimiento familiar de Nanchang	153
2.1. El acogimiento informal (antes de 1992): modalidad rural	153
2.2. Fundación del Depto. de Acogimiento: sistematizar e individualizar	155
2.3. Colaboración con Holt International Children's Services	159
3. Instituciones y sistemas	161
3.1. Las instituciones	162
3.2. Los sistemas	163
4. Las zonas de acogida	168
4.1. Hongcheng	169
4.2. Wenming	171
5. Acogimiento familiar de los niños y niñas con discapacidad	172
5.1. Los niños y niñas acogidos	175
5.2. Las familias de acogida	176
5.3. Nuevas características: cambio en el rol de las familias acogedoras	179
5.4. Experiencia multidimensional	182

3ª Parte: Análisis de la etnografía de la experiencia acogedora

Capítulo VI. Las motivaciones: ofrecer “el corazón que ama”	186
1. El corazón que ama	188
1.1. “Soy sensible”: recibir la noticia del acogimiento familiar	188

1.2. “El niño sufre”: la reunión informativa	191
1.3. “Me siento triste”: la solicitud	194
1.4. “Puedo echarle una mano”: la selección/evaluación	197
1.5. “¿Cómo debo cuidarle?”: los cursos de pre-acogimiento	200
1.6. “¡Qué alegría!”: la carta de idoneidad	202
1.7. “Me necesita”: la asignación	204
1.8. “Somos padre y madre de crianza”: el periodo de adaptación	204
2. Los contextos particulares donde se ofrece “el corazón que ama”	209
2.1. “Busco trabajo”: la situación laboral de la mujer	209
2.2. “Busco compañía”: el nido vacío	216
2.3. “Busco compañeros para mi hijo único”: la Política del Hijo Único	220
2.4. “Busco compañía para mis padres”: el sostenimiento familiar de la vejez ..	223
Capítulo VII. El cuidado y educación diarios: “amar con corazón”	227
1. ¿Cómo se llama?: las potencialidades de amar	229
2. ¿Cómo se educa?: practicando las cualidades para amar	239
3. ¿Cómo se ama?: respondiendo a necesidades reales	243
4. ¿Cómo se cuida?: gestionando las emociones	245
Capítulo VIII. El final: “el corazón ensanchando”	254
1. El niño se va: “lo tendré en mi corazón para siempre”	255
2. Se queda para siempre: “necesito apoyo para amar”	258
2.1. El apoyo económico y material	259
2.2. El apoyo técnico	260
2.3. El apoyo emocional	261
3. “Ya es mío”: ¿amor exclusivo o reflexivo?	264
4. “Lo tuve que dejar”: el corazón no ensanchado	267
Capítulo IX. Conclusión: La cultura del amante	273
1. El amor es una acción	274

2. El amor es la verdadera emoción	275
3. El amor reflexivo en el corazón	277
4. La diferencia entre el amor materno y el paterno	279
5. La construcción cultural del amor materno y el paterno	280
6. El amor materno y el paterno en el dominio social	282
Bibliografía	284
Anexos	306
Anexo I: Las medidas provisionales de acogimiento familiar (2003)	307
Anexo II: Los reglamentos de acogimiento familiar de Nanchang	315
Anexo III: El contrato de acogimiento	318

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a Diana Marre, la directora de esta tesis, por su paciencia y su apoyo moral, tanto en el inicio de la investigación como durante la misma. Sus consejos y comentarios me han animado a llevar a cabo el trabajo en los momentos difíciles.

También quiero expresar mi agradecimiento a los compañeros y compañeras del grupo AFIN, por compartir conmigo sus ideas y conocimientos en relación con los temas de la adopción, la maternidad y la infancia. Todas sus opiniones han sido muy interesantes y relevantes para enriquecer la tesis. En especial, agradezco a Beatriz San Román que haya compartido conmigo su artículo sobre la construcción de los orígenes en el contexto español de la adopción. Me enseñó a ver esos hechos desde otra perspectiva, muy interesante para la construcción de la presente tesis.

Quisiera agradecer a Aurora Moya su ayuda incondicional para corregir y mejorar los textos en español, y su asesoramiento a la hora de realizar estas correcciones.

Expreso aquí mi profundo agradecimiento a Adriana González Simancas, directora de programas de Down España, y a su compañera Mónica Díaz, coordinadora técnica, por haberme facilitado la bibliografía de los estudios españoles sobre la discapacidad infantil. Compartieron generosamente conmigo sus conocimientos personales y profesionales sobre la atención temprana a los niños con discapacidad.

Agradezco al Sr. Zhang Zhong, el director del Centro Chino de Adopción Internacional, su ayuda para ponerme en contacto con las personas clave en el Centro y con otras instituciones. Doy gracias al Sr. Jigang, director del Departamento de Emparejamiento, por ofrecerme sus conocimientos sobre el acogimiento familiar. También quiero agradecer a la Sra. Fu Zhu que me expusiera la situación general del acogimiento familiar en China y la particular de Nanchang.

Deseo expresar mi gratitud a la Sra. Tang Ming, directora del orfanato de Nanchang. Agradezco su paciencia por atenderme desde el inicio de mi estancia en su ciudad y en su orfanato. Su amabilidad hizo que mi estancia para la realización del trabajo de campo fuera muy agradable. Agradezco su atención a todos los profesionales y personal del Departamento de Acogimiento, sin los cuales no hubiera podido obtener

conocimiento suficiente para comprender el tema y tener una comunicación fluida con las familias y niños y niñas acogidos de Nanchang.

Asimismo, quiero expresar mi agradecimiento al Dr. Zhao Zhenjiang, catedrático de la Universidad de Beijing, por sus sabios comentarios sobre las emociones y sentimientos de los chinos. Agradezco a la Dra. Wei Guoying, de la misma universidad, que compartiera conmigo sus conocimientos sobre la mujer y la familia chinas. También quiero expresar mi gratitud al Dr. Li Shuzhou, de la Universidad de Xian, quien me envió textos y documentos sobre el tema del abandono de las niñas chinas en el contexto de la Ley del Hijo Único. Por otro lado, quisiera dar las gracias a la Dra. Shen Yifei, de la Universidad de Shanghai, quien me ofreció su investigación sobre el “nido vacío” en el contexto del acogimiento familiar. Finalmente, mi reconocimiento para el grupo de investigación Shang de la Universidad de Nanchang, cuyos miembros me facilitaron datos e información sobre el acogimiento familiar en la historia local de su ciudad.

Quiero además agradecer a la Sra. Wang Fang, directora de la organización Holt International Children's Services, que me prestara los informes sobre su colaboración con Nanchang en materia del acogimiento familiar; y a la Sra. Qin Ping, directora de la Fundación Half Sky, por su generosidad al compartir conmigo su experiencia como donante y participante en los proyectos de acogimiento familiar del orfanato de Nanchang.

Por último, quiero dejar constancia de mi inmensa gratitud a todos los acogedores, todas las acogedoras y a los niños y niñas acogidos de Nanchang, cuyos nombres no puedo mencionar aquí por estar protegidos por la confidencialidad. Fueron ellos quienes protagonizaron y cimentaron la investigación y me ayudaron llegar hasta final en la elaboración de la tesis.

Resumen

El presente trabajo explora la experiencia del acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad de Nanchang (China). Se realiza una etnografía a partir de la investigación de la visión “emic” de acogedores y acogedoras y otras personas implicadas. La metodología que se emplea se basa en la observación participante — realizada mediante la convivencia en los hogares de las familias de acogida—, las entrevistas a los y las participantes, y la revisión de los estudios sobre los entornos implicados.

Dado que los datos etnográficos muestran que el acogimiento es una experiencia de amar a través de gestionar el conflicto de las emociones, se realiza una revisión de las teorías antropológicas sobre el amor y las emociones, así como la relación entre los mismos. Dicha revisión consiste en: 1) el debate sobre lo natural y lo cultural de las emociones, 2) la interacción entre la emoción y la razón, 3) la transformación de las emociones, 4) la concepción cultural del amor, 5) el lugar de las emociones y 6) el género de amor.

La información recogida se clasifica en tres aspectos: 1) las motivaciones, 2) el cuidado diario y 3) el resultado del acogimiento. Estos aspectos abarcan todas las dimensiones y etapas del proceso del acogimiento de forma secuencial, lo que nos ayuda a entender, de un modo holístico, la experiencia de amar de los acogedores y acogedoras.

Del análisis de la etnografía, se concluye que los acogedores y acogedoras aman porque su corazón necesita amar. El amor no es una pasión, sino acción y dedicación. El amor es natural, puesto que el hombre nace con el corazón capacitado para amar, pero también es cultural, ya que hace falta activar dicha capacidad. En el cuidado y educación diario, los acogedores y acogedoras muestran la activación de este sentimiento mediante la gestión y la superación del conflicto de las emociones que transforman en amor. Cuando concluye el acogimiento, se puede observar cómo varía la capacidad del corazón, según el resultado obtenido. Así, para los que han amado, el corazón se “ensancha” y, en caso de ruptura del acogimiento, el corazón no logra crecer.

Summary

This thesis seeks to explore the fostering experience of children with disabilities from Nanchang, China. For this purpose, an ethnography from the “emic” point of view was produced from research into the perceptions held by fostering parents and others persons implicated. The methodology consisted of participant observation by living with the fostering families, interviews with informants/ participants and a review of the literature related to the study context.

Given that the ethnography data shows that fostering is an experience of love through emotional conflict management, anthropological theories about “love” and “emotion”, as well as their inter-relationship, are reviewed. This revision consists in: 1) the debate about the nature or the culture of emotion, 2) the interaction between emotion and reason, 3) the transformation of emotions, 4) the cultural conception of love, 5) the place of emotions and 6) the gender of emotions.

Information has been classified into three categories: 1) the motivations, 2) daily care and education, 3) the fostering results. These aspects which sequentially encompass all dimensions and stages of the fostering process, will help us, in a holistic way, to understand the love experience of foster parents.

The results of the ethnographic analysis concluded that foster parents love because their hearts need to love. Love is not a passion but an action and a decision. Love is natural because people are born with the capacity to love, but it is also cultural, since it needs to be activated. In the daily care and education, foster parents show the activation of these feelings through the management and subjugation of the emotional conflict by transforming them into love. At the end of the fostering period, it can be seen that the heart’s ability varies according to the results obtained. So for those who have loved, their heart “widens” and, in case of failure, the heart does not grow.

Introducción

La presente investigación explora la experiencia acogedora en el contexto del acogimiento familiar de Nanchang, en la República Popular China. La historia de esta investigación se inició a finales de los años 90 del siglo XX, cuando trabajé en GENUS, una de las ECAI (Entidades Colaboradoras de la Adopción Internacional) de Cataluña, que gestionaba la adopción internacional en China para familias catalanas. Mi tarea consistía en traducir los documentos de los niños y niñas chinos al español, y los de las familias catalanas al chino, además de ofrecer asesoramiento cultural para que las familias adoptantes tuvieran un conocimiento básico de la cultura china.

También acompañaba a los directivos y profesionales de GENUS y a las familias en sus viajes a China. De este modo, estuve muy involucrada en sus procesos de adopción y compartía de forma directa la experiencia adoptiva de las familias y de los niños y niñas adoptados. Lo que más me llamó la atención fueron las preguntas y dudas que formulaban las familias adoptantes acerca de la cultura china. Fue entonces cuando tuve la idea de realizar una investigación sobre la cultura china relacionada con la adopción internacional. Pero este pensamiento estaba aún poca definido y decidí dejar que transcurriera un tiempo para reflexionar y concretarlo con mayor claridad.

En 2005, a petición de las familias adoptantes, empecé a elaborar materiales de cultura y aprendizaje del idioma chino. Tuve la ocasión de conversar y discutir con ellas para elaborar estos libros. Descubrí que las familias sentían mucho interés por la vida familiar china, especialmente en lo relativo al sistema de acogimiento familiar, ya que la mayoría de las niñas adoptadas vivieron un tiempo con familias de acogida en China. Por otro lado, en las sesiones en las que se discutía sobre las “raíces culturales” en GENUS, las familias adoptantes manifestaban su deseo de saber cómo vivían sus hijos e hijas adoptados en la época en que estuvieron con la familia de acogida. Por eso, retomando la idea de realizar una investigación sobre la cultura china, pensé que el acogimiento familiar podría ser el tema de la misma.

Hablé con la profesora Diana Marre, quien sería mi directora de tesis. Me manifestó su apoyo para realizar esta investigación en la línea del acogimiento familiar.

Así, en 2009, me matriculé en un Máster de Antropología Social y Cultural en la Universidad Autónoma de Barcelona, a fin de obtener el conocimiento básico disciplinar como herramienta de investigación.

Mientras cursaba el Máster, realicé una primera exploración de las investigaciones existentes sobre el sistema de acogimiento familiar chino. Encontré abundantes estudios, cuyos enfoques disciplinares abarcaban la pedagogía, la psicología, la demografía, la medicina y las políticas públicas, entre otros. No encontré estudios antropológicos, lo que me animó a seguir con la investigación, con la idea de aportar conocimientos y poder llenar el vacío.

En 2011, terminé los cursos del Máster y viajé a la ciudad de Nanchang para realizar el trabajo de campo. Allí me encontré con una situación inesperada: la mayoría de los niños y niñas acogidos tenían alguna discapacidad. Tuve que adaptarme a la nueva situación y aceptar que la discapacidad infantil formara parte de mi investigación sobre el acogimiento familiar.

El trabajo de campo duró tres años y, una vez finalizado, empecé a redactar los textos en 2014, aunque seguía en contacto con las personas participantes y estaba abierta a recibir cualquier novedad relevante. Durante el periodo de la redacción, el enfoque teórico se modificó varias veces y, tras una larga reflexión global sobre los datos etnográficos obtenidos, decidí enfocar la tesis en la dirección de las emociones y el amor.

La información etnográfica demuestra que amar es la motivación por la que las familias participan en el acogimiento familiar y, por lo tanto, la experiencia acogedora es una experiencia de amor. He intentado explorarla siguiendo las historias narradas por las familias y lo que yo pude vivir gracias a la convivencia con ellas. El hilo conductor de esta exploración está construido de forma procesual y atraviesa tres momentos decisivos del acogimiento: tomar la decisión, enfrentarse al cuidado diario y concluir el proceso de acogimiento. Los tres momentos construyen los tres temas de la etnografía que son: motivación de participación, acción diaria del cuidado y resultado final,

La tesis se divide en tres partes: la primera se dedica a la metodología y la teoría, la segunda al marco macro del acogimiento familiar chino y el micro de Nanchang y,

por último, la tercera parte trata del análisis de la etnografía de la experiencia, es decir, de los tres temas mencionados anteriormente.

La primera parte contiene tres capítulos. El primero explica la metodología empleada, destacando las nociones de privacidad y emotividad. Dado que yo vivía con las familias participantes en sus hogares, experimenté una sumersión en su cultura y en su vida privada. Las emociones se manifestaban en este recinto privado de manera espontánea, a veces violenta, lo que me planteaba un gran desafío para llevar a cabo el trabajo de campo. Del mismo modo, la interacción entre participantes e investigadora tiende a afectar la objetividad del enfoque y los datos a recoger. En este capítulo dedicado a la metodología, también se intenta mostrar cómo se consiguió formular una serie de estrategias que me permitieron no alejarme de la visión oficial —la del orfanato— y, al mismo tiempo, incluir la opinión de las familias. El segundo capítulo de esta primera parte se dedica a una revisión de las teorías sobre el amor y las emociones. Está centrada en la relación entre el amor y las emociones en relación con la cultura. Por último, el tercer capítulo expone la concepción “emic” relacionada con las emociones y el amor. Se trata de la cultura afectiva de las familias acogedoras.

En la segunda parte, que trata del marco de acogimiento, se incluyen dos capítulos: el IV y el V. En el primero de ellos, se explica el macro contexto del acogimiento familiar chino. Se explica su historia y su evolución, además del marco legal y las modalidades existentes en la actualidad en todo el territorio chino. Por su parte, el capítulo V expone detalladamente el desarrollo del acogimiento familiar del orfanato de Nanchang. Se contextualiza la ciudad y el orfanato, se explican las actividades internas del centro y se muestran el proceso, las instituciones y los sistemas del acogimiento familiar.

La tercera parte está dedicada al análisis de la etnografía e incluye los capítulos VI, VII y VIII. En el capítulo VI, se analizan las motivaciones, para lo cual se repasa cada paso de la fase inicial del acogimiento, con el fin de explicar el término “corazón que ama”, que es el motor principal del acogimiento. Por otro lado, se exponen también los intereses y necesidades personales que las familias manifiestan y que no contradicen el hecho de amar a los niños y niñas. En el capítulo VII, se presenta el cuidado y la

educación diaria que realizan las familias. En este sentido, las familias muestran su confianza en crear y activar las potencialidades de amar en el niño —o niña— y en ellas mismas. Son estas potencialidades las que hacen posible el aprendizaje y adquisición de las cualidades de amar. Finalmente, en la última parte del capítulo, se expone cómo se gestionan las emociones para conseguir amar en el contexto del cuidado diario. El capítulo VIII, que es el último de la tesis, se dedica a presentar los diferentes finales de cada acogimiento. Según el resultado, el estado del corazón varía: cuando se logra amar, se ensancha y, en el caso contrario, se pierde la oportunidad de ensancharlo.

Para finalizar la tesis, se presenta la conclusión de que la cultura de amar de las personas acogedoras es la cultura del amante. Acogen para amar y aman, no porque el niño o la niña precisen amor, sino porque ellas mismas necesitan amar. Consecuentemente, en cuanto a la educación se refiere, no se trata de hacer que el niño o la niña se sienta amado, sino de enseñarle a amar, esto es, a ser amante.

1ª PARTE:
METODOLOGÍA Y TEORÍA

Capítulo I. METODOLOGIA DE LA INVESTIGACIÓN

1. Elección del tema y objetivos de la investigación
2. Camino a Nanchang
3. Metodología cualitativa/cuantitativa: el enfoque mixto
 - 3.1. El cuestionario
 - 3.2. Las entrevistas
 - 3.3. Perfil de las personas participantes
4. Traducción de la transcripción de la grabación y el diario de campo
5. Metodología en el contexto de la privacidad y la emotividad: el trabajo de campo en las casas de las familias acogedoras
 - 5.1. Vivir la privacidad
 - 5.2. Aventurando sobre “el remolino emocional”
 - 5.3. La experiencia de la investigadora
 - 5.4. Interacción entre el la investigadora y las personas participantes

1. Elección del tema y objetivos de la investigación

La presente investigación pretende explorar la experiencia de amor de los acogedores y las acogedoras que cuidan a niños y niñas con discapacidad en el contexto del acogimiento familiar del orfanato de Nanchang. El acogimiento familiar, las ideas sobre el amor y la experiencia acogedora forman los tres subtemas de la investigación. La definición de la temática proviene del trabajo de campo, en el que acogedores, acogedoras, profesionales y otras personas involucradas me han mostrado sus intereses, preferencias y categorías en cuanto a la tarea de acogida.

Debido a que quería adoptar el enfoque “naturalista” de Agar (1980) —según el cual se estudia el estado “natural” del fenómeno de la investigación—, he intentado respetar al máximo las definiciones y categorías de la visión “emic”. Schneider (1968) propone entender la cultura desde dentro, siguiendo los términos y categorías de la propia perspectiva nativa. De este modo, los antropólogos y antropólogas han de introducirse en el campo sin ningún prejuicio, dejando de lado sus propias perspectivas culturales. Teniendo en cuenta las opiniones de estos autores, antes de iniciar el trabajo de campo, preferí no elaborar hipótesis en el sentido de buscar comprobaciones, sino formular algunas preguntas generales como ¿por qué acogen?, ¿cómo cuidan o educan a los niños acogidos?, ¿cuál es el resultado para acogedores y acogedoras? Me interesaba entender la motivación, la acción y la autoevaluación de las familias que participan en el acogimiento familiar. Aunque las tres preguntas se refieren a las tres etapas del acogimiento familiar, he intentado no considerar aisladamente las respuestas, sino tener en cuenta la conexión entre las mismas, bajo el concepto de un proceso global de acogimiento familiar.

Al entrar en el campo, ver las acciones y escuchar lo que dicen las familias de acogida sobre su experiencia, lo primero que me impresionó fue su voluntad de amar. “Acojo al niño para amarlo” es una frase que me decían constantemente al hablar de sus motivaciones o de la fuente de energía y los recursos para vencer las dificultades en la tarea diaria de acogimiento. Según algunas de ellas, amar es fácil, puesto que todos los seres humanos estamos dotados de esa capacidad; según otras, es difícil porque requiere

“voluntad” y “trabajo”. Si bien la capacidad de amar reside en la naturaleza humana, hace falta activarla con voluntad y la activación consiste en “trabajar”.

Seguir las conversaciones de las familias me ayudó a ir especificando su idea sobre lo que significa amar. Para ellos, amar tenía que ver con dar y recibir. En el acogimiento familiar, las familias “dan” cuidados a los niños acogidos y “reciben” recompensas para cubrir sus propias necesidades e intereses, es decir, dar y recibir no son excluyentes. Sin embargo, a medida que iba profundizando en el trabajo de campo, me daba cuenta de que, para algunas de las personas que acogen, “dar” hace crecer la persona, pues cuanto más da, la persona deviene más grande. Es esta creencia la que les empujó a acoger a niños y niñas con discapacidad, ya que sus deficiencias corporales y psíquicas requieren más cuidado, es decir, hay que dar más. Entendían el acogimiento familiar como una oportunidad para aprender a dar más. Por otro lado, también observé que la mayoría de las familias se conformaban con ser “buenas personas”, es decir, dar y recibir al mismo tiempo. En sus palabras, el concepto sería: “todos ganan, incluido uno mismo”. Para ellas, el acogimiento familiar es un contexto donde se aprende la relación entre dar y recibir, es decir, entre cuidar a los niños y niñas, y perseguir simultáneamente la satisfacción de sus propias necesidades .

Otra visión nativa que pronto detecté se refiere a que los acogedores y acogedoras se autodenominan *yangfu* y *yangmu*, padres y madres de crianza. Según su opinión, todos los hombres y mujeres son padres o madres, tengan o no hijos; y todos los niños y niñas son hijos o hijas, tengan o no padres. Bajo esta perspectiva, ser padre y madre no se limita a la consanguineidad, sino que se construye según la voluntad de amar. De este modo, las relaciones que se establecen entre los padres y madres acogedores y los niños y niñas acogidos son de tipo paterno-filial y materno-filial.

Amando como padres y madres, la experiencia acogedora se convierte en un proceso de amor en que los acogedores y acogedoras “gestionan” el conflicto de las emociones. Sus narraciones y comportamientos me hicieron entender que amar no es una reacción momentánea, sino un proceso en que han de “trabajar”, sobre todas las emociones que aparecen en cada momento del cuidado diario. La alegría, la tristeza, la vergüenza, la rabia o el orgullo son emociones que surgen constantemente en la vida

diaria acogedora y sirven para ser “elaboradas” en el amor. Las actitudes de las personas acogedoras mostraban que la gestión de conflictos emocionales requiere mucha voluntad de amar y una gran capacidad reflexiva. Así, los casos exitosos de acogimiento muestran la capacidad de los acogedores y acogedoras para superar los conflictos emocionales, es decir, su capacidad reflexiva es mayor que la de los demás.

Los comentarios de las familias de acogida cuando hablan de su aprendizaje de amar me hicieron ver que esta experiencia de amar tiene relación con el corazón. Con el tiempo, descubrí que, para ellas, el corazón era el órgano simbólico que transforma todas las emociones en amor. Hablaban del corazón como si fuera un “campo”, donde las emociones básicas son como las semillas que crecen para llegar a tener ese fruto que es el amor. La herramienta del campo, me explicaban, es “pensarlo bien”, es decir, la reflexión. El corazón siente, piensa y produce “el amor reflexivo”. Es un campo de amor: cuanto más se cultiva, más cultivo se obtiene y esto, a su vez, hace más abundante el campo. El campo abundante se refiere a un “corazón ancho”: después de haber acogido y amado, los acogedores y acogedoras consideran que “su corazón se ha ensanchado”, han producido amor, y el amor les ha hecho “ancho” el corazón. En este sentido, para el entendimiento de la experiencia del acogimiento, considero fundamental la exploración de la estructura, las etapas o categorías y las herramientas de esta transformación de las emociones en amor. De ahí, mi decisión de diseñar el marco teórico conceptual de la investigación a partir del estudio de las emociones.

Guiada por las expresiones de las familias, formulé poco a poco el tema de la investigación y, a medida que fue aumentando mi experiencia en el trabajo de campo, el tema se perfiló volviéndose cada vez más claro y preciso.

En el contexto etnográfico, se destacaban diferencias entre los acogedores y las acogedoras a la hora de manifestar su experiencia. Esto me llevó a construir la investigación de forma que se pudieran contemplar las dos perspectivas, la masculina y la femenina. En el acogimiento familiar, participan activamente tanto hombres como mujeres, aunque se diferencian en la forma y la intensidad de intervención. Las familias consideran que el rol del hombre está *wai*, fuera de la familia, y el de la mujer, *nei*, dentro de la familia, lo cual requiere un tipo diferente de estrategias emocionales, por lo

que la experiencia de amar también resulta distinta. Conservar las dos perspectivas permitía indagar los pensamientos culturales que determinan los roles de género en el contexto del acogimiento. Por eso, en el trabajo de campo, me esforcé en acercarme y entrevistar a los hombres, lo que me resultó más difícil que trabajar con las mujeres. Sin embargo, al conseguirlo, valoré que no solo la investigación se presentaba más completa, sino que servía para comprender mejor la visión femenina, ya que me permitía realizar un trabajo comparativo entre los dos sexos.

Las principales ideas extraídas del contexto etnográfico desde el enfoque “emic” son las siguientes:

- Las familias de acogida creían en el amor y consideraban el acogimiento familiar una ocasión para aprender a amar. El aprendizaje consiste en amar como padres y madres, y resolver los conflictos emocionales ocasionados en la tarea acogedora. Amar supone, pues, gestionar sabiamente las emociones porque el amor y las demás emociones no se excluyen, sino que conviven, se interaccionan y se transforman.
- Por otro lado, las familias eran divergentes a la hora de valorar el dar y el recibir como los dos elementos constitutivos de amar. Mientras algunas se esforzaban en dar más, prefiriendo el acogimiento de niños o niñas con discapacidad con el fin de elevar su nivel de desarrollo personal, otras se conformaban con mantener el equilibrio entre dar y recibir, es decir, cuidar a los niños o niñas y, al mismo tiempo, buscar la satisfacción de sus propios intereses.
- Las familias de acogida se consideraban padres y madres de crianza, sugiriendo así la existencia de un vínculo natural paterno y materno. No obstante, dicho vínculo debía de ser activado en el transcurso del mismo proceso de cuidado diario que los acogedores y acogedoras prestaban a los niños acogidos.

El objetivo general de este estudio consiste en entender la naturaleza del amor paterno y materno que los acogedores y las acogedoras construyen durante su participación en el acogimiento familiar.

Los objetivos específicos son:

- Etnografiar y analizar la experiencia acogedora desde el punto de vista del acogedor y la acogedora, describiendo el proceso desde la recogida de información hasta el final de acogimiento (las vías por las que les llega la información, las motivaciones, las preferencias, las expectativas, el cuidado y educación diaria, las relaciones dinámicas con los niños y niñas acogidos, profesionales o personas de la comunidad, el resultado del acogimiento, etc.).
- Conocer las ideas e implicaciones con las que el acogedor y la acogedora autodeterminan su rol y el de los niños y niñas acogidos a la hora de establecer el vínculo entre ambos, es decir, ser padre, madre, hijo o hija.
- Analizar y conocer las implicaciones de la noción de la transformación de emociones en la construcción del amor materno y paterno, entre el acogedor, la acogedora y los niños y niñas acogidos.
- Explicar los conceptos subyacentes —“persona”, “cuerpo”, “corazón”— como elementos relacionados con las emociones, el amor y el vínculo materno y paterno.
- Conocer y analizar las ideas y representaciones del abandono y la discapacidad infantil en el concepto de persona y en el vínculo que se establece en el acogimiento familiar.

2. Camino a Nanchang

Las razones por las que seleccioné el orfanato de Nanchang como lugar de la investigación sobre el acogimiento familiar fueron tres. En primer lugar, muchos de los informes sobre los menores adoptables provenientes de Nanchang que traduje durante los años 1998 a 2004, cuando colaboraba con la ECAI Genus, indicaban que los niños y niñas habían vivido en una familia de acogida. En segundo lugar, cuando acompañé a las familias adoptantes catalanas en sus viajes a China para recoger a sus hijos e hijas, en el orfanato veía pocos niños y niñas, y las cuidadoras me explicaban que muchos niños se encontraban con sus familias de acogida. Además, en los actos de entrega de

niñas y niños a las familias adoptantes a los que asistí en Nanchang, eran miembros de la familia de acogida —y no las cuidadoras del orfanato— quienes los entregaban. En tercer lugar, el orfanato inició el acogimiento familiar antes de que China abordara la reforma económica en los años 1980, es decir, se adelantó a la mayoría de los orfanatos del país, aunque el estilo de su acogimiento entonces carecía de las actuales características modernas.

Debo añadir una cuarta razón en cuanto a la selección de Nanchang como lugar de investigación. Se trata del dialecto que se utiliza, que me es familiar debido a que es muy parecido al de Chongqing, mi ciudad natal. Aun así, antes de entrar en el campo, hice cursos específicos del idioma para perfeccionar mi conocimiento, con el fin de poder comunicarme con fluidez y sin ningún intermediario con las familias de acogida, así como con otra gente de la localidad, también involucrada en los procesos de acogimiento.

Una vez decidido el lugar de investigación, empecé a plantear el itinerario para viajar a Nanchang. A pesar de que conocía a muchas cuidadoras gracias a los viajes que hice al orfanato, y a varias familias de acogida a través de las familias adoptantes españolas, decidí acercarme a la institución por vía oficial para acometer la investigación. Elegí el Centro Chino de Adopciones (CCAA) como punto de partida porque consideré que ello presentaba ciertas ventajas.

En primer lugar, según el sistema administrativo chino, tanto el CCAA como el orfanato Nanchang pertenecen al Ministerio de Asuntos Sociales y Civiles pero, para el orfanato, el CCAA es la autoridad central a quien tiene que consultar cuando quiere aceptar a una investigadora extranjera, como era mi caso¹. Iniciar mi recorrido por el CCAA me ahorraría tiempo de espera para obtener el permiso por un lado y, por otro, evitaría el posible rechazo de atención por parte del orfanato.

En segundo lugar, el CCAA y el orfanato tienen una estrecha colaboración en la adopción nacional e internacional, en el sentido de que el CCAA busca familias

¹ En el trabajo de campo me consideraban española porque tengo pasaporte español, era una extranjera oficialmente. Sin embargo, informalmente me trataban como china “auténtica”, puesto que tengo rasgos chinos, hablo chino, entiendo la cultura china y, sobre todo, había recibido educación china hasta concluir mi primera carrera.

adoptivas para los niños y niñas acogidos en el orfanato. El CCAA conocía muy bien la situación del acogimiento familiar del orfanato, un conocimiento que consideré muy valioso para diseñar un planteamiento de investigación realista y con enfoques viables.

Por último, tenía cierta confianza con los directivos del CCAA, debido a una colaboración laboral que había durado casi diez años. Conocía bien su sistema organizativo y tenía acceso a las personas que me podían dar consejos o sugerencias sobre el viaje a Nanchang.

Así, en un viaje a Beijing en 2010, visité el CCAA y les expresé a los directores mi intención de investigar el acogimiento familiar del orfanato de Nanchang. Me aceptaron sin ningún problema. Tuve una conversación con la persona responsable del departamento que se encargaba del contacto con los orfanatos para la adopción nacional e internacional. Me sugirieron que acudiera al Registro provincial de Jiangxi, pues sería este el que me autorizaría el contacto con el orfanato. Por tanto, decidí realizar un breve viaje a la provincia que no tenía previsto en aquel momento.

El Registro está ubicado en la misma ciudad de Nanchang. Su director me recibió con mucha cortesía y, además de concederme el permiso para la investigación, me presentó la situación general de acogimiento familiar en la provincia, especificando las características peculiares de Nanchang. Después, me acompañó al orfanato donde nos esperaba su director.

El director del orfanato era muy amable y manifestó su interés en ayudarme a recopilar información y contactar con las familias de acogida. Pero me advirtió que pronto se jubilaría, puesto que tenía una edad avanzada.

En marzo de 2011, viajé directamente a Nanchang, preparada para comenzar el trabajo de campo. El director, que ya se había jubilado, vino a recibirme acompañado por una mujer de mediana edad: era la nueva directora. Nos presentó diciéndome: “estarás en buenas manos”.

El recorrido desde el CCAA, pasando por el Registro provincial, para llegar finalmente al orfanato, me aportó mucha información. El CCAA me confirmó que el acogimiento familiar de Nanchang, a pesar de ser pionero, había sido poco investigado, ya que en aquel entonces solo existía un grupo de investigadores de la universidad local

interesado en el acogimiento desde la perspectiva de las políticas públicas de bienestar social. En la oficina del Registro provincial, me explicaron el lugar que ocupa el acogimiento familiar de Nanchang en el conjunto de la provincia. Todo ello me ayudó a localizar las peculiaridades y puntos clave para entender el surgimiento y desarrollo del sistema de Nanchang.

Por otra parte, este recorrido me garantizó una comunicación y colaboración fluidas, tanto con las instituciones oficiales relacionadas con el acogimiento como con personas directamente involucradas. Esta vía “formal” fue una ayuda decisiva para el inicio de la investigación, aunque, a medida que iba avanzando mi conocimiento en el campo, encontré y desarrollé otro camino “informal”, el de las relaciones personales y sociales construidas en la mutua confianza con los y las participantes. Fue por esta vía informal por la que obtuve datos etnográficos más flexibles y variados, que cimentaron el cuerpo principal de la investigación.

Mi trabajo de campo se inició con una negociación con la nueva directora del orfanato. Era una persona con mucha iniciativa y me propuso una colaboración de intercambio: quería que la ayudara a hacer una investigación cuantitativa, siguiendo un cuestionario que había diseñado el Departamento de Acogimiento Familiar. Su investigación me exigiría una estancia de seis meses seguidos, a cambio de lo cual me ofrecía alojamiento en una pequeña pensión que se ubicaba en el mismo orfanato y cuya función era acoger huéspedes y visitantes oficiales.

Le contesté que no podía permitirme una estancia tan prolongada por razones laborales y familiares, pero que no tenía ninguna inconveniente en incluir su investigación en la mía. Le expliqué que pensaba hacer varios viajes con estancias cortas, de dos o tres meses, y que me gustaría alojarme en la casa de las familias de acogida. Ella me contestó que mi petición no era habitual y tenía que discutirla en la reunión de su departamento. Entretanto, quiso organizarme unas actividades de turismo, pero preferí visitar las dos zonas, Hongcheng y Wenming, donde vivía la mayoría de las familias de acogida.

Dos días más tarde, la directora me llamó a su despacho para decirme que mi propuesta no era factible porque, para introducirme en una familia de acogida, había de

cumplir unas normas establecidas por el orfanato, consistentes en exámenes de conducta moral y de salud. Además, dijo, sería difícil encontrar familias voluntarias que quisieran admitirme durante dos o tres meses. Le contesté que, por un lado, no me importaba hacer los exámenes y, por otro, no pretendía alojarme tanto tiempo con una sola familia, sino estar cada semana con una familia distinta. La directora se mostró dudosa y me hizo esperar dos días más. Al tercero, cuando me presenté de nuevo ante ella, estaba acompañada por la persona responsable del Departamento de Acogimiento Familiar. Habían aceptado mi propuesta y la jefa del departamento me entregó una lista de seis familias voluntarias, en cuya casa podía vivir. Me habló brevemente de la situación familiar de las mismas y concluyó diciendo: “son familias que funcionan muy bien”.

Al día siguiente, me llevaron al centro sanitario del orfanato para efectuar la revisión médica. Fue tan completa y cuidadosa que incluso detectaron que las gafas que llevaba ya no correspondían a la graduación de mi vista. También me pidieron un justificante penal, por lo que tuve que acudir a mi familia, a fin de que enviara una copia por fax desde Beijing. Por último, tuve que rellenar un formulario en el que prometía obedecer a los miembros mayores de la familia acogedora, no enseñar cosas inadecuadas a los niños y niñas acogidos, etc. Cuando terminó de llenar mi expediente, Wu, la trabajadora social del Departamento de Acogimiento se disculpó: “Perdona por tantas molestias que te hemos causado. Son trámites que todos los miembros de la familia de acogida han de cumplir”. Entonces me di cuenta de que me aceptaban como un miembro de la familia, no como una investigadora científica. El rol del investigador se sometía al rol familiar.

El 23 de marzo de 2011 entré en la casa de Bei, la primera familia con la que estuve durante mi trabajo de campo. Bei era una madre acogedora de mucha experiencia y gozaba de cierto liderazgo entre las demás familias. El hecho de convivir con ella facilitó mi aceptación por parte de los demás acogedores y acogedoras. De hecho, para trasladarme a la segunda familia después de una semana de convivencia con Bei, no seguí la lista que me había ofrecido el orfanato, sino que entré en la casa de Huang, recomendada por Bei. De este modo, pude liberarme un poco de la vía formal, en la que todo “funciona muy bien”, y adentrarme en otra “informal”, en la que me podrían

proporcionar información de los aspectos que “no funcionan” o “funcionan regularmente”.

Pasó otra semana y me volví a trasladar a una tercera familia, esta vez recomendada por Huang. De esta manera, utilicé la técnica de “la bola de nieve”, aumentando mi contacto cada vez con más familias. Al final, durante los tres viajes que hice entre 2011 y 2013, conviví en total con veinticuatro familias. Los datos etnográficos de las mismas resultaron heterogéneos, ya que se encontraban en diferentes etapas del proceso acogedor y algunas de ellas, que se estaban aún preparando para convertirse en acogedoras, contrastaban con otras que ya llevaban veinte años acogiendo. Me interesaba esta diversidad porque, al tratarse de una investigación cuyo objetivo era el de explorar la experiencia, se hacía preciso obtener información de las diferentes etapas del proceso.

3. Metodología cualitativa/cuantitativa: el enfoque mixto

La investigación adoptó lo que se conoce como un enfoque mixto², integrando metodología cuantitativa y cualitativa. Su origen se remonta al debate paradigmático surgido durante los años 70 (Creswell y Plano, 2007). Al inicio del mismo, se consideraba que las dos estrategias metodológicas no eran compatibles (Guba y Lincoln, 1985; Smith y Heshusius 1986), lo que condujo hacia una orientación pragmática, según la cual se podía optar por una u otra dependiendo del tipo del objeto de estudio (Howe, 1988; Reichardt y Raillis, 1994). Sin embargo, muchos investigadores como Brewer y Hunter (1989), Patton (1990), House (1994) y Datta (1994), entre otros, siguieron buscando maneras en las que aplicar los dos tipos de diseño metodológico en una sola investigación. El esfuerzo dio resultado y, entrando en los años 90 del siglo XX, el enfoque mixto, con su posición pragmática, se consolidó, convirtiéndose poco a poco en un método independiente y legítimo, como una tercera fuerza de la investigación (Rocco, Bliss, Gallagher y Pérez-Prado, 2003) o, tal como lo denominaron autores como Tashakkori y Teddlie (2010), “el tercer movimiento metodológico”.

² También se llama “multimétodo” o “triangulación metodológica”, según indica Di Silvestre (s. f.).

La principal característica del enfoque mixto es su perspectiva integrante, pues los dos enfoques cualitativo y cuantitativo forman un conjunto que sirve como una sola metodología de la investigación. Morgan (1997) propone tres estrategias para alcanzar la integración: la complementación, la combinación y la triangulación. La primera se refiere a la obtención de dos imágenes de un solo objeto de estudio, una procedente del enfoque cualitativo y otra del cuantitativo. Son distintas pero se complementan, lo que permite obtener una visión más amplia y profunda del estudio. La segunda estrategia es la combinación, en la que se trata de integrar subsidiariamente un método (cualitativo o cuantitativo) en el otro, con el fin de fortalecer la validez de este último, compensando sus propias debilidades (Ruiz, 2008: 24). Por último, la estrategia de la triangulación se refiere a la convergencia de los dos enfoques para el reconocimiento de un mismo aspecto de la realidad social.

Por su parte, otros autores (Johnson y Onwuegbuzie, 2004; Onwuegbuzie y Leech, 2006) consideran que hay dos tipos de diseño mixto: en el primero, se combinan en una misma etapa o fase de investigación tanto métodos cuantitativos como cualitativos; en el segundo, los métodos cuantitativos se utilizan en una etapa o fase de la investigación y los cualitativos en otra (Pereira, 2011).

En la presente investigación se llegó al empleo del enfoque mixto de manera “accidental”, pues inicialmente se había planteado una investigación cualitativa, a través de explorar la experiencia acogedora vivida por los acogedores y acogedoras. Fue la información aportada por el cuestionario que me facilitó el orfanato lo que posibilitó la incorporación del enfoque cuantitativo, convirtiendo la metodología de la investigación en multimétodo.

3.1. El cuestionario

Al iniciar el trabajo de campo, la directora del orfanato me entregó el cuestionario que había diseñado el Departamento de Acogimiento. Se incluían dos apartados, uno relacionado con el perfil de los padres y madres acogedores y otro con el de los niños y niñas acogidos. El primero se dividía en varios temas, como la información personal del acogedor y la acogedora, la estructura familiar, el perfil de los

hijos biológicos y el perfil de los nietos. En el segundo apartado, se incluía el perfil de los niños y niñas acogidos, la edad, el sexo, el estado de salud y el grado de la discapacidad. Estudié el cuestionario y lo amplié añadiendo algunas preguntas relacionadas con las motivaciones, la experiencia acogedora, la autoevaluación, la expectativa y la posible intención de adopción por parte de padres y madres acogedores.

Los datos cuantitativos extraídos del cuestionario me permitieron contemplar el panorama general de los acogedores y acogedoras. Utilizando un método descriptivo (Hernández, Fernández y Baptista, 2003), pude especificar las propiedades, características y perfiles de las familias y los niños y niñas acogidos, lo que se recoge en el capítulo V. Por otro lado, la información cuantitativa me ayudó considerar las variables a la hora de seleccionar posibles participantes, aunque dichas variables quedaban en cierta medida supeditadas a la convivencia con las familias³. Las variables consideradas eran la edad, el nivel de ingresos, la estructura de la familia acogedora, y el sexo y grado de discapacidad de los niños y niñas acogidos. La edad se vinculaba estrechamente con la estructura familiar: a mayor edad, más posibilidades de ser ya abuelos, de manera que convivieran “bajo el mismo techo” tres generaciones. El sexo del niño era también una variable importante, puesto que las familias lo “seleccionaban” teniendo en cuenta el de sus hijos o hijas biológicos: las familias que tenían hijos varones preferían acoger a niñas y viceversa. El sexo resultó ser una preferencia tan o más importante que el grado de discapacidad, tanto a la hora de asignar por parte del orfanato como de aceptar por parte de las familias acogedoras. Teniendo en cuenta todas estas informaciones, pude elaborar mis criterios de selección de participantes, intentando maximizar la variabilidad (ver punto 3.3.).

De este modo, la información cuantitativa que proporcionaban los cuestionarios me permitió definir los criterios de selección de las personas participantes, con las que trabajaría de forma cualitativa a través de entrevistas en profundidad no estructuradas. La información cuantitativa y la cualitativa se integraban así de modo complementario para poder generar una visión más profunda y amplia de la realidad social (Morgan

³ Es decir, primero buscaba a las personas que me pudieran acoger y luego examinaba si su perfil cumplía con las variables que me interesaban.

(1997). De acuerdo a lo señalado por Onwuegbuzie y Leech (2006), el diseño empleado corresponde a un método mixto, en el que el enfoque cuantitativo se aplica en una primera fase de la investigación —que podríamos denominar descriptiva— y el cualitativo en una segunda —que correspondería a la fase interpretativa—. No obstante, también hice dos intentos de integrar los dos enfoques en una misma etapa, tratando de aprovechar la propia administración del cuestionario con fines cualitativos.

Así, antes de repartir, separé los cuestionarios en dos grupos y numeré el primer grupo con números pares y el segundo con impares. Sugerí que las madres acogedoras rellenaran cuestionarios con número par y los padres con número impar. Tenía intención de incluir las dos perspectivas, masculina y femenina, como base de la investigación, pero no estaba segura de poder obtener información de las opiniones de los padres acogedores. Por eso quería aprovechar el reparto del cuestionario como una oportunidad para indagar hasta qué punto los hombres se involucraban en el acogimiento familiar. A la directora le sorprendió mi idea, diciendo que seguro que muchos padres no podrían contestar solos las preguntas sin consultar a sus mujeres. Le contesté que podrían consultar, pero que deberían marcar una señal junto a la pregunta consultada.

Al día siguiente acompañé a las trabajadoras del Departamento de Acogimiento a repartir el cuestionario entre las 187 familias acogedoras. Era por la mañana y en casa solo se encontraban las mujeres. Les dejamos los papeles pidiendo que ellas mismas rellenaran los cuestionarios numerados con números pares y sus maridos los impares. Al día siguiente, por la noche, me acompañó una chica del Departamento a recoger los cuestionarios ya contestados. Las mujeres nos entregaron los que habían rellenado ellas mismas sin hacer comentarios, mientras que muchos hombres se quejaron de lo difícil que había sido para ellos rellenar “cosas de mujeres”; otros decían que resultaba un buen ejercicio para saber “lo que pasaba en casa”.

Durante una semana fuimos recogiendo los cuestionarios cumplimentados y al final logramos 185; solo fallaron dos padres acogedores que se encontraban de viaje fuera de la provincia. De los 93 impares que tenían que haber contestado los hombres, solo una tercera parte fueron rellenados completamente por ellos, el resto precisó de la ayuda de sus esposas. Sin embargo, saltaron a la vista dos datos muy interesantes que no

esperaba obtener: El primero se refería a que todos los hombres sabían rellenar el ingreso familiar, detalle que incluí en la investigación, pues ellos justificaban su reducida vinculación en el cuidado diario con la excusa de la necesidad de traer dinero a casa.

El segundo se refería a que, en el apartado de la estructura familiar, el hombre y la mujer eran divergentes en considerar quiénes pertenecían a la familia. En general, el número de miembros que indicaba la mujer era menor que el que apuntaba el hombre. Esto también resultó un dato importante para entender la actitud acogedora de los hombres, pues para ellos tener una familia grande estaba muy bien visto socialmente. Mostraban así una capacidad económica superior para sostener a la familia, lo que les generaba “buena fama”.

Descubrí que no era que a los hombres no les interesasen “las cosas de la casa”, sino que sus intereses eran diferentes a los de sus esposas. A medida que avanzaba el trabajo de campo, pude comprobar que el ingreso familiar y la imagen de una familia grande eran dos aspectos “masculinos”, que los padres manifestaban en su participación en el acogimiento familiar, mientras que las madres se preocupaban más por el cuidado de los niños y niñas, y la relación con el orfanato. Dicha comprobación me empujó a seguir con la propuesta original de incluir la visión masculina de la experiencia acogedora.

Así, empleando estrategias específicas en el reparto y recogida del cuestionario, obtuve información cualitativa, como el nivel de involucración de los hombres en el acogimiento familiar o el diferente significado del ingreso familiar y el tamaño de la familia para el hombre y la mujer. Esto pone de manifiesto que la investigación cualitativa no está completamente separada de la cuantitativa.

3.2. Las entrevistas

Otro intento que hice para integrar los dos enfoques en el mismo aspecto de la investigación fue el diseño y la realización de las entrevistas. Debo admitir que, aunque la base de la investigación está construida sobre los datos extraídos de la convivencia —principalmente de observar la acción de las personas participantes—, las entrevistas

fueron un instrumento muy importante y necesario para ayudarme a ordenar y complementar la información obtenida.

Tanto el método cualitativo como el cuantitativo utilizan las entrevistas como estrategia metodológica para recopilar información, pero sus diferencias son importantes. Según Shen Yifei (2013) son tres. La primera es que, en la entrevista cuantitativa, las preguntas son cerradas y estructuradas, el entrevistador es el protagonista que pregunta y el entrevistado responde. No es así en el caso de la entrevista cualitativa, donde las interrogaciones son menos estructuradas e indirectas, y dejan mayor margen al entrevistado para construir su forma de contestar. Además, la entrevista cuantitativa se realiza una sola vez para obtener la información deseada, mientras que, en la cualitativa, se puede profundizar o ampliar las preguntas y se realiza tantas veces como se quiera o necesite para entender un fenómeno social. Por último, en las entrevistas cuantitativas, las respuestas del entrevistado son la única fuente de información, mientras que las cualitativas se complementan con la observación y la recopilación de materiales o documentos para analizar la situación. Me planteé el reto de integrar los dos tipos de entrevistas, aprovechando la eficacia del método cuantitativo y la profundización del diseño cualitativo, con el fin de crear una metodología integradora a la hora de realizar las entrevistas.

Quería diseñar un guión con preguntas no estructuradas, abiertas y apropiadas para estudiar la experiencia acogedora. Para ello, al inicio del trabajo de campo, no hacía entrevistas porque no tenía aún las preguntas formuladas. Solo escuchaba a los acogedores y acogedoras, que hablaban de sus historias, sus inquietudes y sus tendencias en la tarea diaria de acogimiento. A medida que iba avanzando en el trabajo de campo y profundizando en mi conocimiento sobre las familias acogedoras, pude diseñar un primer cuestionario con el que hice unas entrevistas piloto.

Al reflexionar sobre esas primeras entrevistas, me di cuenta de que casi todas las preguntas prediseñadas condicionaban, de un modo u otro, a las personas entrevistadas y les dejaban poco margen para que desarrollaran sus respuestas. Por otro lado, noté que algunas se entusiasmaban con ciertas cuestiones, mientras que otras se limitaban a responder con un “sí” o un “no”. Además, me daba cuenta de que era poco sensible

mantener a los acogedores y acogedoras sentados contestando mis preguntas durante una o dos horas, pues para ellos la frase de “el tiempo es oro” tenía su sentido real: estaban muy ocupados en su tarea acogedora y no podían permitirse el lujo de solo “hablar”. Trabajaban en todo el momento.

Así pues, mientras seguía conviviendo con las familias y escuchando los relatos de madres y padres acogedores, reflexioné sobre cómo mejorar el diseño de las entrevistas, cómo conseguir la información, cómo participar en la selección y formación, cómo recoger información sobre el modo en que cuidaban a los niños y niñas acogidos o la forma en que los acogimientos terminaban. La característica secuencial de la tarea acogedora me ayudó a ver la experiencia del acogimiento como un conjunto de etapas y me sugirió la estrategia de diseñar la entrevista con bloques de preguntas siguiendo cada etapa. Cada bloque se centraba en una fase, tenía su especialización, pero su significado cobraría relevancia solo cuando se pusiera al servicio del conjunto de la experiencia. De este modo, decidí estructurar el guión de las entrevistas siguiendo al proceso de acogimiento, desde el momento en que las familias obtienen la información sobre el proceso hasta que el niño o la niña es retirado por el orfanato o adoptado, ya sea por otra familia o por la misma familia acogedora.

El guión quedó estructurado en seis bloques: la búsqueda y obtención de información, la preparación para recibir al niño o la niña, el cuidado diario, la adopción por otra familia, el acogimiento permanente de hecho, la adopción por la misma familia acogedora. Cada bloque se subdividía en temas más concretos. El cuidado diario, por ejemplo, se dividió en tres subtemas: cuidado ordinario, educación y rehabilitación. El cuidado ordinario, a su vez, incluía preguntas sobre la alimentación, defecación, sueño, higiene y vestido. Las cuestiones eran formuladas de varias formas y desde perspectivas diferentes, es decir, para obtener una misma información se preguntaba de diversas formas. Como formulé tantas preguntas, al final el guión se convirtió en un librito de unas treinta páginas, al que denominé “manual de entrevistas”.

Una vez concluí “el manual”, el siguiente paso era memorizarlo para que no tuviera que tenerlo delante durante las entrevistas. Memorice más de setenta preguntas, aprovechando las largas horas de viaje entre China y España. Sin embargo, al

entrevistar sin guión, a menudo tenía dificultades para recordarlas todas. Tuve que buscar métodos eficaces para recuperar lo olvidado. Al terminar cada entrevista, escuchaba la grabación con el guión delante y marcaba en él las preguntas que no había efectuado. Copiaba las cuestiones olvidadas en un papel y las memorizaba para la segunda sesión de entrevista. Esto era posible porque había decidido dividir cada entrevista en varias sesiones cortas, con el fin de adaptarme al ritmo de las y los participantes. La ventaja de esta segmentación era notoria, ya que aumentó la disponibilidad de la gente y me daba la oportunidad de entrevistarles sin cita previa. Además, esta flexibilidad combinaba muy bien con mi convivencia con las familias en sus hogares, pues aprovechaba cualquier hueco para hacer una sesión corta de entrevista. Sin embargo, la estrategia de dividir las entrevistas en sesiones de duración variable también generó un trabajo añadido, pues me obligaba a ordenar y juntar la información obtenida después de cada sesión. Tuve que crear archivos para guardar la información por separado, según el entrevistado y la sesión.

Cabe mencionar que las entrevistas no se articularon en función de las preguntas memorizadas. Durante las mismas, yo dejaba que el entrevistado o entrevistada hablara, le seguía y le escuchaba, aunque “mentalmente” situaba su narración en los bloques estructurados que yo había diseñado. Cuando surgía algún dato relevante para la investigación, le hacía una pregunta (de las que había memorizado) para que profundizara en su narración.

Descubrí que comentar algo relacionado con el niño o la niña era una buena forma para iniciar la entrevista. Por ejemplo, con la frase “¡qué rellenita la niña!” podía provocar que el acogedor o la acogedora empezara a contarme cómo era antes, qué comía, qué le gustaba comer, si le gusta hacer ejercicios de rehabilitación, si había crecido mucho o poco, etc. Sus narraciones podían abarcar así todos o varios de los temas de los seis bloques del guión. Antes de cada entrevista, leía las anteriores para poder tener una continuidad y, si detectaba algún dato interesante o que había quedado poco claro, le hacía preguntas con el fin de profundizar en los temas que me eran de mayor interés. Al ir acumulando el material de cada entrevista en el archivo, podría

observar la evolución de la información y descubrir cuál era la “especialización” de cada acogedor y acogedora, es decir, su tema favorito.

Wen, un padre acogedor de cincuenta y ocho años, por ejemplo, solía empezar las conversaciones con la frase “cuando llegó...” Había acogido cerca de noventa niños y niñas, y su tema favorito era hablar de cómo llegó cada uno o qué aspecto tenía en ese momento. Por eso, le consideraba “especialista” en el primer encuentro. Pero su preferencia no era algo aleatorio, sino que respondía a su voluntad de demostrarme lo grande que era su familia, ya que consideraba sus hijos a todos los niños y niñas acogidos. Por su parte, la madre Qiu, de cuarenta y ocho años, también tenía su tema favorito. Siempre me hablaba de cómo ayudaba a los niños a hacer ejercicios de rehabilitación con los instrumentos caseros. Tenía dos tubos de manera con los que sujetaba las piernas de los niños y les hacía caminar. También tenía un carrito, tipo taca-taca, pero con respaldo duro, para poner recta la espalda del niño cuando jugaba dentro del carrito. Todos esos instrumentos eran fabricados por Lia, su marido. Qiu se especializó en explicarme la rehabilitación porque quería mostrar su satisfacción por la disponibilidad y colaboración de su marido en el acogimiento del niño que ella cuidaba.

De este modo, sin hacer preguntas al inicio de la entrevistas, logré invitar a la persona entrevistada a explicar sus creencias, sus ideas y el significado de sus propias acciones. No obstante, estaba alerta para intervenir con el fin de que sus narraciones no se alejaran en demasía de los bloques prediseñados: por un lado, la entrevista estaba bajo el control de una estructura; por otro, se permitía que cada persona desarrollara su “especialidad” con toda libertad. Esta estrategia me facilitó combinar la eficacia del diseño cuantitativo y la profundización del modelo cualitativo.

3.3. Perfil de los informantes y entrevistados

Finalmente, conseguí entrevistar a treinta y dos (32) mujeres acogedoras y veintisiete (27) hombres. Sus perfiles se detallan en la siguiente tabla.

	Padre acogedor				Madre acogedora			Historial del acogimiento		
	nombre	edad	profesión	educación	nombre	edad	educación	año inicial	niños/as acogidos	en la actualidad
1	Wen	58	mecánico	especialización	Bei	56	secundaria	1994	89	1 niño, 1 niña
2	Shan	53	mecánico	especialización	Mang	52	secundaria	1996	90	2 niños
3	Cai	50	mecánico	secundaria	Lei	51	especializada	2008	12	2 niñas
4	Yun	45	profesor	universitaria	Huang	45	secundaria	2010	15	1 niño, 1 niña
5	Zhang	60	jubilado	secundaria	Xian	58	primaria	2008	23	1 niño, 1 niña
6	Zeng	51	comerciante	secundaria	Jing	50	primaria	2009	20	2 niños
7					Hang	52	secundaria	2009	6	1 niño
8	Hua	56	camionero	secundaria	Jiu	55	primaria	2011	8	2 niños
9	Mai	58	mecánico	especialización	Fei	58	universitaria	2007	24	1 niño, 1 niña
10	Lia	48	mecánico	secundaria	Qiu	48	secundaria	2004	45	2 niñas
11	Kai	38	periodista	universitaria	Zhai	36	secundaria	2012	3	1 niño
12					Fan	48	secundaria	2008	18	1 niña
13	Wei	40	oficinista	secundaria	She	38	secundaria	2009	8	1 niño
14	Xiang	45	obrero	primaria	Sheng	43	primaria	2010	7	2 niñas
15	Che	47	obrero	secundaria	Hui	46	secundaria	2010	10	1 niña
16	Pang	47	comerciante	secundaria	Bao	45	secundaria	2009	9	1 niño, 1 niña
17					Eng	45	secundaria	2008	9	1 niño, 1 niña
18	Wang	53	comerciante	segundaria	Sudi	50	especializada	2004	34	1 niño
19	Zhi	51	mecánico	especialización	Pen	48	especializada	2008	5	1 niña
20	Bi	56	taxista	secundaria	Zhang	56	primaria	2007	2	1 niña
21	Yang	58	mecánico	especialización	Gang	58	primaria	2011	2	1 niño
22	Jia	43	comerciante	secundaria	Kang	42	secundaria	2009	6	2 niños
23	Men	61	jubilado	especialización	Tai	62	secundaria	2000	78	1 niño, 1 niña
24					Guang	55	secundaria	2000	37	2 niños
25	Zhang	62	jubilado	especialización	Cun	60	primaria	2001	93	1 niña
26	Mingzhu	62	jubilado	especialización	kan	61	secundaria	2002	87	1 niño
27	Xidie	50	mecánico	secundaria	Qiang	46	secundaria	2009	10	2 niños
28	Nang	46	comerciante	secundaria	Che n	47	secundaria	2007	15	2 niñas
29	Hai	37	profesor	universitaria	Dang	36	secundaria	2011	0	En espera
30	Chang	50	comerciante	secundaria	Liang	51	secundaria	2006	21	1 niño
31	Wan	52	comerciante	secundaria	Run	50	primaria	2006	20	2 niñas
32					Hen	38	secundaria	2012	2	1 niño, 1 niña

Las madres acogedoras entrevistadas tenían una edad de entre treinta y seis (36) y sesenta y dos (62) años, y los padres acogedores, entre treinta y siete (37) y sesenta y

dos (62)⁴ años. La mitad de las familias ya contaba con nietos o nietas. Ninguna madre tenía un trabajo remunerado distinto del de dedicarse al cuidado de los niños y niñas acogidos, mientras que los hombres ejercían profesiones diversas: algunos eran mecánicos de talleres automóbiles; otros tenían pequeños negocios, como tiendas de comida, restaurantes, tiendas de fotos, etc.; también había un camionero, un oficinista, un taxista, un periodista y dos profesores.

En la tabla he enumerado las primeras 24 familias por el orden por el que realicé mi convivencia con ellas. Así, la familia 1, compuesta por Wen —el padre acogedor— y Bei —la madre acogedora—, fue la primera en cuya casa viví una semana cuando inicié el trabajo de campo, en marzo de 2011. La familia 2, el matrimonio Shan y Mang, fue la segunda familia con la que me alojé. Durante tres años, conviví con veinticuatro (24) familias, de las cuales logré entrevistar a veinte (20) padres acogedores y a todas las madres. Por ello, en la tabla aparecen en blanco los datos de los hombres en las familias 7, 12, 17 y 24. Por otro lado, conseguí entrevistar a ocho familias más que, en la tabla, corresponden a los números 25 a 32. En el caso de la última, solo hablé con la mujer, puesto que su marido se encontraba ausente durante mi estancia en Nanchang.

El apartado de la tabla “historial de acogimiento” muestra una gran variedad, pues mientras algunas familias llevaban veinte años acogiendo niños y niñas en sus hogares, otras acababan de empezar sus procesos de acogimiento. Ello me permitió entrar en contacto con emociones y sentimientos tan distintos como la ansiedad por la espera de una asignación de la familia Dang y la sensación de “saturación” de la que me hablaba la madre Cun, lo que me permitió reconstruir la rica heterogeneidad de la experiencia acogedora.

También entrevisté a tres vecinos, cuatro profesionales del orfanato y dos profesores del colegio adonde acudían los niños acogidos. En total hice 68 entrevistas, sumando unas 208 horas de grabación.

Cabe mencionar que no entrevisté a los niños y niñas acogidos. Tenían dificultades para expresarse, tanto por la edad como por la discapacidad, y consideré

⁴ Las normas oficiales solo permiten acoger a personas con menos de sesenta y cinco años pero, en la práctica, hay personas que superan esta edad, lo que se justifica por “aprovechar su buena salud para hacer algo útil, que es cuidar a niños y niñas”.

que conversar con ellos no era el método más útil para obtener información. La comunicación no-verbal resultaba más eficaz para entenderles, ya que, al no poder pronunciar bien, se expresaban muchas veces con gestos y posturas. Sin embargo, incluir este tipo de observación de forma sistemática requería de un tiempo que la planificación de la investigación no me permitía.

Las entrevistas no siempre resultaron fluidas y yo debía mantener una actitud abierta para adaptarme a las reacciones de las personas participantes. Tenía intención de entrevistar a la madre Zang, pero notaba que era una persona muy prudente y se mostraba demasiado cortés conmigo. Otras familias me habían informado de que ella había cambiado de niños varias veces y tenía problemas de comunicación con uno de los dos niños acogidos en ese momento. Sin embargo, conmigo siempre intentaba evitar el tema y pretendía mostrar lo contrario. Además, cuando hablábamos, siempre se limitaba a contestar “sí” y “no”, sin más comentarios. Ante tal actitud, decidí renunciar a ella como informante/ participante.

Con la madre Qu, tampoco pude trabajar. Estaba siempre ocupada y, cada vez que intentaba hablar con ella, se excusaba diciendo que tenía que hacer cosas en casa, en el orfanato o con su marido. No llegué a saber si no le interesaba el tema o no quería hablar conmigo.

También hice entrevistas por QQ, un sistema chino de chat. Dichas entrevistas tienen dos características: por un lado, eran complementarias de las realizadas en persona a los informantes/ participantes durante mi estancia en Nanchang; por otro, podía realizar un seguimiento sobre la base de la primera etapa que ya me habían contado, ya que, por este procedimiento, podía seguir a las familias que estaban esperando la asignación y chatear con ellas desde España, para saber si ya tenían el niño o la niña en acogimiento.

4. Traducción de la grabación y el diario de campo

El hecho de que programara una estancia en Nanchang de tres meses cada año me permitió ordenar la información obtenida en el resto del tiempo en España. Ello

requería una importante inversión de tiempo, pues la transcripción de las grabaciones y el diario de campo sumaron 320 páginas.

Las conversaciones con las personas participantes se mantuvieron en el dialecto de Nanchang. Aunque no tuve problema para entenderlo, sí se me plantearon muchas dudas a la hora de traducirlo al chino mandarín. Al principio, intentaba traducir directamente al español, pero abandoné la idea porque, en muchas ocasiones, el dialecto no tenía traducción directa al español y me veía obligada a buscarla en chino mandarín. Así pues, decidí traducir primero al chino mandarín. Incluso así, la dificultad persistía, pues entonces no encontraba la palabra china “compatible” con el dialecto. No sin dificultad, resolví el problema consultando diccionarios y preguntando a personas expertas. Dudaba de si hacía falta mantener las palabras específicas del dialecto en el análisis de la investigación o sustituirlas por sus “equivalentes” en chino mandarín. Como consideraba importantes los términos clave con las que expresaban sus ideas las personas acogedoras, las conservé y utilicé en el análisis.

La traducción del diario de campo resultó otra tarea gigantesca, pues se trataba de 170 mil caracteres chinos. Durante los primeros días del trabajo de campo, intenté escribir directamente en español, pero me resultó más lento de lo que esperaba, ya que, al no ser mi lengua materna, no lo manejaba con la suficiente habilidad para que me salieran frases claras y rápidas. En los momentos de duda, lo que hacía era poner la palabra china rápidamente, en vez de detenerme en buscar la española. Así, al principio, el diario de campo mezclaba chino y español pero, a medida que iba avanzando, aparecían cada vez más palabras chinas que españolas, pues me resultaba más fácil y rápido utilizar mi propio idioma. Por eso escribí la segunda mitad del diario en chino, aunque eso supuso renunciar a ahorrarme la traducción al español.

Aunque resultó un trabajo “añadido”, la traducción tuvo también una parte positiva importante. A medida que traducía, me veía obligada a reflexionar sobre los diferentes significados de las expresiones en las dos lenguas, un dato valioso a la hora de interpretar la visión “emic”. Como dice Le Breton, el lenguaje es cultural y hay que poner atención para no cometer “groseros errores de interpretación” a la hora de traducir vocabularios que se utilizan en un grupo al otro grupo (Le Breton, 1999: 142).

La escritura china se basa en pictogramas e ideogramas, lo cual no quiere decir que todos los caracteres chinos sean dibujos, aunque sí obedecen a la lógica de los mismos. Muchas palabras se forman con dos partes: una es el radical transformado del dibujo que indica el significado común de todas las palabras que comparten dicho radical; la otra el elemento verbal que indica el significado específico de la palabra. Cuando el radical se relaciona con connotaciones anatómicas, se denomina, según Matisof (1986), “psico-colocaciones de clase abierta”, que cubren todo lo que una lengua contempla. En otras palabras, a través del radical podemos acceder a la concepción china de los estados interiores de las personas. Son numerosos los radicales de este estilo pero, en esta investigación, destacaré la palabra *xiang*, pensar⁵. El radical en este caso significa corazón; el elemento verbal, *kan*, mirar. Pensar, para las personas participantes en este estudio, es “mirar con corazón”, no se relaciona con la mente, a no ser que busquemos dicha relación en la definición de “corazón”. Dicho de otro modo, traducir directamente *xiang* por “pensar” equivale a pasar por alto el verdadero significado de la palabra desde la visión nativa. Incluiré el análisis de este término en la investigación porque puede ayudar a entender la relación entre el pensamiento, el sentimiento y el corazón que manifestaban las familias de acogida en el trabajo de campo.

Otra característica destacada de la lengua china es su contextualidad, pues no hay tiempos verbales, ni tampoco se distingue entre adverbio, adjetivo o sustantivo⁶; todo depende del contexto en que se encuentren las palabras. *Ai* puede significar amar, amor, amoroso o amando, según su lugar en la frase o la partícula que le siga: “amar” no se concibe, pues, como una idea en abstracto, sino que es “incrustada” en un contexto. Es por eso que, para las personas participantes, hablar de amar es hablar de quién, a quién, cuánto, dónde o cómo se ama. Dependiendo de todos estos elementos contextuales, el amar es diferente y, por lo tanto, el amor que se produce también resulta distinto. Es un ejemplo de cómo los fenómenos gramaticales en chino —como en todas

⁵ Todos los diccionarios chino-españoles traducen de esta forma.

⁶ La gramática china es “importada” de Occidente y sirve para que los occidentales puedan estudiar chino. Los niños y niñas chinos no la aprenden en el colegio y los adultos, a no ser que vayan a enseñar chino a personas extranjeras, tampoco la estudian.

las lenguas—, no son casuales ni caprichosos, sino culturales. En este sentido, la traducción del diario de campo supone no solo una interpretación lingüística, sino también cultural. Como nos recuerda el profesor sinólogo Raymond Dawson (1967), la traducción del chino a otro idioma europeo no solo exige el conocimiento del idioma, sino también de la cultura. En el proceso de la traducción, noté que muchas palabras chinas no tenían su equivalente en ninguna española porque, como me indicaban las familias españolas que adoptaban niños y niñas chinas en otro trabajo de campo, “esto no se dice en España”. El significado de las palabras se construye culturalmente. Traducir es, pues, un ejercicio que requiere entender las dos culturas, por lo que considero necesario incluir en esta investigación algunas reflexiones sobre la traducción del diario de campo y las grabaciones.

5. Metodología en el contexto de la privacidad y la emotividad: el trabajo de campo en las casas de las familias acogedoras

La investigación trata del acogimiento familiar, que es un tema actual y con un contexto urbano. En su tesis doctoral, Carme Fitó resume los tres contextos de trabajo de campo más habituales en investigaciones sobre problemas actuales en contextos urbanos: las organizaciones, las pequeñas comunidades y los hospitales y escuelas (Fitó, 2008: 18).

Cuando comencé el trabajo de campo tenía varias opciones. La directora del orfanato me sugirió hacerlo en sus instalaciones. El orfanato es una institución administrativa, a la que pertenecen todas las familias de acogida de Nanchang. Estando allí, podría tener acceso a las familias y a diferentes profesionales: del Departamento de Acogimiento Familiar, de la clínica y del centro de rehabilitación. También tenía la opción de alojarme en una pequeña pensión de la zona donde residían la mayoría de las familias acogedoras. Allí se encuentran también los vecinos, los colegios, los hospitales y otros centros donde acudían los niños y niñas acogidos. Sin embargo, consideré que, tanto el orfanato como la zona de acogida, solo me permitirían acceder a una información fragmentada, a través de las entrevistas y la observación participante, y no existiría inmersión cultural ni convivencia con los y las participantes.

La faceta más destacada de la experiencia de acogimiento familiar que quería entender era la de los cuidados diarios. Cuidar significa actuar, una acción a través de la cual los acogedores y acogedoras manifestaban sus creencias y expectativas sobre los niños y niñas acogidos, además de sus deseos, motivaciones y los valores que consideraban importantes para su propia vida individual. Para entender todo ello, no bastaba con escuchar lo que “decían” en las entrevistas, sino que también era necesario ver lo que “hacían”. Al observar la acción, se puede obtener una información “más primaria”, en el sentido de que lo que se dice ya ha sido resumido o “elaborado” por quien habla. Podría decirse que observar la acción es como escuchar música “en vivo” y hacer la entrevista equivale a escuchar un CD. La música en vivo nos permite observar los gestos y la expresión de los músicos, mientras que de un CD solo escuchamos la música en sí, lo que resulta más abstracto y da menos información personal sobre los actores. Observar la acción de cuidar permite entender mejor a la persona que cuida, mientras que escucharla facilita más información del cuidado en sí.

No obstante, las entrevistas forman una parte muy importante en el trabajo de campo porque, después de ver cómo cuidaban, las respuestas en las entrevistas me resultaban más reveladoras. Las entrevistas, en las que padres y madres se analizaban a sí mismos y a sus acciones como acogedores, me ofrecían “el esqueleto”, que después cubría con “la carne”, con las acciones que observaba. Ver y escuchar me permitió no solo conocer su perspectiva, sino también averiguar cómo se formaba esa perspectiva.

Realizar el trabajo de campo en los hogares de las familias de acogida significó entrar en el contexto de la privacidad y la intimidad de las familias acogedoras. En ese ambiente íntimo, el sentimiento y el comportamiento se manifestaba de manera espontánea y menos reflexiva, lo que a veces provocaba situaciones incómodas, tanto para la observadora como para la persona observada. Intentar evitar tensiones y no dejarme llevar por los sentimientos de las personas participantes me resultó un gran reto a lo largo del trabajo de campo.

5.1. Vivir la privacidad

Según Inhorm (2003), la etnografía de la privacidad se da cuando se incide de pleno en la experiencia vivida por los y las participantes. En mi caso, vivir con las familias “bajo el mismo techo” significaba “meterme” de lleno en su vida privada. No solo tenían que compartir conmigo el espacio físico de su hogar, sino también sus secretos o la discreción de su vida íntima. Pude realizar el trabajo de campo de forma bastante fluida en una convivencia tan estrecha gracias a la confianza mutua. Prestaba suma atención a la construcción de ese estado de confianza con las familias participantes, no solo durante la convivencia, sino antes de comenzar a vivir con ellas.

Con la técnica de “la bola de nieve”, me iba poniendo en contacto con más personas dispuestas a participar en la investigación y acogerme en sus casas. Cuando decidía cuál iba a ser la candidata, me esforzaba por acercarme a ella en las reuniones del orfanato o en los parques donde jugaban los niños y niñas. Así, para cuando me trasladaba a su casa, ya nos habíamos conocido bastante y cimentado cierta confianza mutua.

Al vivir tan próxima a las personas participantes, mi problema no era obtener información, sino cómo seleccionarla. Constantemente me preguntaba qué era relevante para la etnografía de la experiencia acogedora, qué se podía escribir y qué no. La ética jugaba un papel fundamental a la hora de optar por recoger unas informaciones y descartar otras.

Cuando empecé a vivir en la casa de Hang, por ejemplo, no veía nunca a su marido. Al principio, Hang me decía que estaba de viaje pero, unas semanas después, cuando ya nos sentíamos con más confianza, me confesó llorando que se había divorciado: “¿No se lo dirás al orfanato, verdad? ¡Me quitarían los niños!”. Me hubiera gustado analizar su caso como un ejemplo de madre soltera que se enfrentaba sola a las tareas acogedoras, pero abandoné la idea porque la ética me recordaba que no se puede investigar contra la voluntad de las personas participantes.

Algo similar ocurrió con la madre Fan. No conviví con ella, pero sí la entrevisté durante varias sesiones. Cada vez que lo hacía, le comentaba mi interés por hablar también con su marido. Al principio me contestaba que estaba muy “ocupado”. Cuando

insistí en hablar con él por tercera vez, ella lloró y me confesó que se había marchado de casa para ir a vivir con su “querida”. Dijo: “No insistas más por favor. No quiero saber nada de él”. Me sentí llena de remordimientos porque me di cuenta de que mi insistencia había supuesto una tortura para ella. Este caso me hizo preguntarme qué sentido tenía mi investigación para las personas participantes, si las estaba ayudando o si, por el contrario, las perjudicaba.

La casa de Gang y Yang fue uno de los hogares en los que viví durante mi trabajo de campo. El matrimonio empezó a participar en el acogimiento familiar dos años atrás, justo cuando se casó su hijo de veintiocho años. Sentí curiosidad por esta coincidencia, ya que normalmente ocurría al contrario. Muchas familias dejaban de acoger cuando sus hijos biológicos formaban sus propias familias, en espera de cuidar a los nietos o nietas. Gang me contó que, al jubilarse, aún se sentía fuerte, por eso quería acoger. Sin embargo, Yang, el padre acogedor, me decía que pronto dejaría de acoger porque su nuera estaba embarazada. Me sentía confusa ante las dos versiones opuestas hasta que su hijo me comentó en una ocasión: “Mi madre nos ayudará a cuidar el niño cuando apruebe nuestro matrimonio”. Entonces descubrí el motivo por el que Gang se dedicaba a acoger: como no estaba de acuerdo con el matrimonio de su hijo, no quería cuidar al nieto. Sin duda Gang me mintió, pero en su mentira se escondía un significado verdadero: su desacuerdo con su hijo y su nuera. Había utilizado el acogimiento familiar como una manifestación de ese desacuerdo. Esta actitud hizo que me cuestionara hasta qué punto podemos “meternos” en la vida privada y en los conflictos familiares para indagar las verdaderas motivaciones de los y las participantes. Si no profundizamos, se verá afectada la calidad de la investigación pero, si lo hacemos, podemos encontrarnos con ciertos problemas éticos.

5.2. Aventurando sobre “el remolino emocional”⁷

Vivir la privacidad de las familias significaba experimentar su vida emocional que, en muchas ocasiones, estallaba en episodios de tensiones y nervios. Esas situaciones se convertían en un gran desafío para llevar a cabo el trabajo de campo.

En la antropología tradicional, no había lugar para las emociones en la observación participante y se resaltaba la racionalidad como garantía de la objetividad del método y la calidad de los datos etnográficos obtenidos. Lévi-Strauss, por ejemplo, cuando menciona que el observador es parte integrante de lo que se observa, se refiere a que lo mental forma parte de la acción social (Mauss, 1971: 25). El gran antropólogo sostiene la dualidad mente/ cuerpo, donde las emociones, como subproductos corporales, no tienen cabida en una antropología de la “mente” (Levy, 1984): se observa con la mente, no con el cuerpo, y lo observado se construye con “razones”, no con emociones. En este sentido, observar se relaciona con pensar, dejando de lado las emociones.

Cuando analiza las causas del rechazo a las emociones como objeto de estudio en la antropología tradicional, Lindholm (2006) se pregunta “*why anthropologists have been so unconcerned with the analysis of the meaning and context of emotion when their whole disciplinary practice is based on feelings of empathy?*” (Lindholm, 2006: 31). Efectivamente, en el campo, los antropólogos y antropólogas suelen entablar relaciones de acercamiento, de empatía o compasión para ganar la confianza de las personas participantes en sus investigaciones. Además, muchos consideran que el vínculo construido durante la investigación es duradero, va más allá del simple estudio y se convierte en una motivación poderosa de su vida entera. Lindholm opina que este desinterés disciplinar se debe a la recurrente ansiedad antropológica por la validez de la observación participante como metodología. Dice: “*Hoping to be accepted as legitimate scientists, most anthropologists in the past have cautiously heeded Durkheim’s warning that emotions cannot be properly studied because they are fluid, mixed, not easily defined, and consequently impossible to analyze*” (Lindholm, 2006: 31).

⁷ En varias ocasiones vi a hombres y mujeres llorar cuando los niños y niñas acogidos eran recogidos por el orfanato con el fin de entregarlos en adopción nacional o internacional. Las familias me comentaban que llorar o reír es algo natural porque su corazón se encuentra en un estado de “remolino sentimental”. Nanchang es una ciudad acuática que está llena de ríos, por lo que muchas expresiones locales se relacionan con los fenómenos relacionados con el agua o con el río.

Bajo esta creencia, muchos antropólogos y antropólogas suelen formular justificaciones de la “distancia” con los sentimientos de los individuos que observan. Cuando no tienen implicación profesional o personal con el tema a estudiar, se consideran “distanciados/as” de ellos y lo valoran como una ventaja para observar con objetividad. Quienes se ven implicados/as de algún modo, recuerdan constantemente que no deben mezclar los propios sentimientos con los de las personas que observan. Esta actitud cautelar se debe, según Lutz (1986), al positivismo y empirismo de la metodología que exige la ciencia. La ciencia cree producir conocimientos “verdaderos” extraídos de los “hechos” o las “pruebas” objetivas, abstractas y universales, que no pueden ser “contaminados” por los afectos, que se consideran subjetivos, personales y particulares, sujetos a un tiempo, un lugar y un individuo concreto. En la ciencia “dura”, no cabe lugar para las emociones, que son consideradas “blandas”. Esta actitud puede favorecer una antropología de la indiferencia (Lagarde, 2011: 113), ya que, investigando “objetivamente”, no se tienen en cuenta los sentimientos de los individuos observados. Por otro lado, también puede producirse el fenómeno paradójico de que los antropólogos y antropólogas luchan compasivamente a favor de los sujetos investigados pero, al mismo tiempo, declaren que su posición es “neutral”.

Sin embargo, como Le Bretón nos recuerda, “el hombre que piensa es un hombre afectivo” (1999: 10). Nos importa lo que observamos porque sentimos empatía con los individuos observados. Como afirma la antropóloga china Wu Xiaoying (2008), los hechos no hablan solos, son buscados e interpretados por quien observa, que tiene sus sentimientos. En este sentido, resulta tan importante entender los sentimientos, tanto de quien observa como de quien es observado. De esta forma, no se reduce la objetividad sino, al contrario, se eleva la calidad de la misma, ya que el observador se analiza a sí mismo “objetivamente”.

Debo confesar que, durante el trabajo de campo en casa de las familias acogedoras, a menudo me sentía atrapada en situaciones complejas, causadas por sus remolinos emocionales y por mis propias emociones. En mi diario de campo, han quedado registrados numerosos fragmentos al respecto, como lo sucedido el 29 de marzo de 2012, cuando vivía en la casa de Jia y Kang. El matrimonio tenía dos niños

acogidos con discapacidad, uno de once meses, que tenía labio leporino, y el otro de cinco años, llamado Ma, que aún no sabía andar bien. Aquel día también estaba Feng, un niño autista acogido por otra familia vecina, que había acudido a una reunión del orfanato. Los apuntes que recogí fueron los siguientes:

Eran las cinco y media de la tarde cuando Kang volvió del trabajo. Se puso la ropa cómoda de estar en casa y cogió el bebé en brazos. El niño le sonrió. Jia y yo empezamos a preparar la mesa para cenar. Jia había preparado un pescado que a Kang le gustaba mucho. Llamé a los dos niños que estaban viendo la televisión para que se sentaran a la mesa. Kang colocó al bebé en la cunita y la colocó a su lado cuando se sentó a cenar. El niño lloró y Kang le dio una cucharilla de metal para que jugara. Vino Jia y se la quitó, diciendo que el metal le podría hacer daño en el labio si lo mordía, y le dio una de plástico. Kang no estaba de acuerdo, decía que el plástico tenía cosas químicas que no era bueno que el niño mordiera. Jia insistía en darle la cucharilla de plástico y Kang no lo permitía. De repente, la pareja empezó a gritar y el niño a llorar aún más fuerte. Ma se asustó y se tapó los oídos, mientras Feng huyó hacia la habitación. Yo seguí a Feng y me quedé un rato con él, vigilando que no le pasara nada. Desde la habitación podía escuchar cómo el niño seguía llorando, en medio de los gritos de la pareja que se maldecían uno al otro. Salí al comedor para coger al niño en brazos, pero me daba patadas. Jia también se puso a llorar y de un portazo salió de la casa. Kang la siguió después de dar otro portazo.

Ahora en la casa solo quedábamos los tres niños y yo. Ma seguía tapándose los oídos, Feng se escondió en un rincón de la estancia y el bebé continuaba llorando. Empecé a llorar también porque estaba asustada y no sabía qué hacer. Preparé un biberón para el bebé, pero no lo quería. Después de insistir varias veces, conseguí metérselo en la boca, pero la tetina se escapaba por su labio leporino. Nunca había dado de comer a niños con labio leporino y me puse más nerviosa todavía. Feng me llamaba porque quería ir a su casa. Pero no le podía acompañar porque tenía dos niños más bajo mi responsabilidad. Entonces empezó a llorar Feng también. El bebé seguía llorando en mis brazos. No sabía

qué hacer. Iba a llamar al orfanato pero temía que Jia se enfadara conmigo porque no le gustaba que les contara “cosas internas” al orfanato. Me sentía muy triste por mi situación y por la de los niños. También me sentía furiosa por la mala suerte de haberme metido en una familia así. Ya eran las ocho y sentí miedo pensando qué pasaría si Jia y Kang no regresaban. ¿Qué iba a hacer yo sola con tres niños? ¿Quizá debería avisar al orfanato?

El bebé se fue calmando poco a poco y al final se durmió en mis brazos. Feng seguía llorando, me acerqué y le convencí de que viera la televisión junto con Ma. Los dos niños se sentaron en el sofá y yo también me senté a su lado, sosteniendo al bebé en brazos. No me atrevía a dejarlo en la cuna porque temía que se despertara. Me sentía agotada, triste y sin ganas de hacer nada. De repente oí pasos muy apresurados por la escalera, eran los de Jia y Kang. Tenía tanto miedo de enfrentarme otra vez con la pelea de ese matrimonio que fingí estar dormida en el sofá.

Les sentí abrir la puerta y entrar. Vinieron al sofá a despertarme. Vi dos caras radiantes de felicidad y sonrientes, como las de dos recién casados. Me sentí confusa y tuve una sensación de “remolino” en mi interior. Mis nervios y temor se convirtieron en una gran incertidumbre, una sensación de bajar por una “montaña rusa”. Kang cogió al bebé de mis brazos con tanta ternura que me hizo dudar que el hombre que había gritado tanto fuera él mismo. Después de dejar al bebé en su cunita, Kang preparó el agua caliente en una palangana para que Ma se lavara los pies antes de acostarse. Finalmente, Kang acompañó a Feng a su casa.

El remolino emocional me desgastó y me dejó muy abatida. Quería acostarme, aunque ni siquiera eran las nueve. Jia me preparó la cama con tanta serenidad como si no hubiera pasado nada. Al final, sin poder contener la curiosidad, le pregunté dónde habían estado. Me contestó con una sonrisa discreta: “Hemos ido a *xingfang*⁸ en el hotel”. ¡Habían hecho el amor en una

⁸ En la actualidad, *fang* significa casa pero, en tiempos antiguos, quería decir alcoba. Literalmente *xingfang* quiere decir “hacer en la alcoba”, o sea, tener relaciones sexuales. La vida sexual era un asunto muy curioso en el contexto de mi trabajo de campo. Puesto que en la mayoría de las familias de acogida

habitación reservada en el hotel! El remolino de mi corazón volvió a dar vueltas...

La dificultad de la etnografía de la experiencia emocional no solo reside en que sea un *continuum* en que se producen altibajos y contradicciones en las personas observadas, sino que también afecta el estado emocional de la observadora, a la que en ocasiones le cuesta mantener el equilibrio para la reflexión. Para garantizar la calidad de los datos etnográficos, no solo tenía que prestar atención a la empatía con los y las participantes, sino que también me exigía ser capaz de interpretar mis propios sentimientos. Se trata de reflexionar en medio de la interacción entre quien observa y quien es observado. En este sentido, debo reconocer que la investigación está “contaminada” por compartir todos sus sentimientos sumergidos en “el remolino emocional”.

5.3. La experiencia de la investigadora

En su estudio sobre cómo entender al otro, Davison (1985) introduce el concepto “*radical interpretation*”, según el cual el observador, el observado y lo que se observa forman una relación triangular en la observación. Para poder interpretar de manera radical al observado, el observador no debe apartarse del contexto en que sucede lo que se observa, pero es fundamental también entender el propio rol de observador.

Según Taylor y Bogdan (1990), el tipo de rol del investigador o investigadora viene determinado por la organización con que se hace el trabajo de campo. Carme Fitó (2008: 99) también sugiere que su rol está muy relacionado con el tipo de investigación, el lugar de la observación y el tipo de participantes. En los hogares de las familias donde me movía para hacer el trabajo, la base de la relación era el acogimiento: hombres y mujeres eran acogedores y acogedoras, y niños y niñas, acogidos. Introduciéndome entre ellos, jugaba un doble rol. Para los niños y niñas, era una madre de crianza más, pues me llamaban *Ayi*⁹, madre-tía. Participaba en todas las actividades

la mujer dormía con los niños acogidos en la misma habitación y el marido en otra, era difícil que el matrimonio tuviera un espacio para momentos íntimos. Por eso, solían resolver sus necesidades sexuales, en palabras suyas, “fuera del hogar”, o sea, en los hoteles.

⁹ Es el término diminutivo de *yimu*, madre-tía.

de cuidado, educación y rehabilitación que los padres y madres acogedores realizaban en su atención a los niños y niñas acogidos. Pero respecto a los acogedores, yo era una “acogida”: me cuidaban, me daban de comer y me mostraban su experiencia acogedora.

Ser madre y tener la edad aproximada de las acogedoras me ayudó a establecer relaciones fluidas con las y los participantes en el trabajo de campo. Fei Xiaotong¹⁰ (1984), el ilustre antropólogo chino, a sus ochenta años reconoció los límites del funcionalismo para estudiar el parentesco chino y bromeó sobre disfrazarse de mujer para poder observar con profundidad la vida individual de los miembros de la familia. Efectivamente, ser mujer me permitía entablar conversaciones con las participantes sobre “cosas de mujeres”, referidas al cuidado de los niños y niñas, así como a la colaboración con otros miembros de la familia. Como madre, podía aportar mi experiencia e intercambiar conocimientos.

Las familias me trataban como un miembro más, no como una huésped o una invitada, sino como una hermana. Tratarme como hermana quería decir dejarme que hiciera lo que hacían ellos: cuidar a los niños, cocinar, charlar con los vecinos, etc. En cierto modo, era una “acogida” más, ya que las familias me ofrecían cama, comida y cuidado. Solían bromear que ellas no solo acogían menores sino también adultos como yo. Cada vez que me presentaba ante una nueva familia, la madre me preguntaba la edad para comparar con la suya. Si yo era mayor que ella, me llamaba *dajie*, hermana mayor, y en caso de ser menor, me nombraba *dameizi*, hermana menor. De este modo, me incluían como un miembro más de su familia. Los hombres me llamaban directamente por el nombre pero no por ello ignoraban mi lugar en su familia, sino que expresaban la inclusión de otra manera. Cuando estaba con la familia Hong, una vez me puse enferma y, para no contagiar al niño, me trasladé a un hotel. Por la noche vino a verme Ke, el marido de Hong, con un cuenco de sopa de mijo, y me dijo: “Tu cuñada me ha mandado a traerte la sopa, dice que es bueno para el dolor de garganta que tienes”.

¹⁰ Fue uno de los primeros antropólogos chinos, de gran prestigio profesional. Estudió antropología en Inglaterra y escribió su tesis doctoral bajo la dirección de Malinowski. El resultado de su tesis fue la publicación del libro *Peasant Life in China*, editado por Routledge en 1939, que se convirtió en la primera referencia para los estudios sobre China.

Por la “cuñada”, se refería a Hong, su esposa, de modo que, si su mujer era mi cuñada, él sería mi hermano.

Ser de la misma familia significa comer la misma comida en la misma mesa. Los primeros días de mi estancia con la madre Wei, yo no podía comer todo lo que ella cocinaba. Tenía especiales dificultades con el *liyu*, un pescado de río⁴ muy típico de Nanchang, porque me costaba separar las finas espinas. Wei se esforzaba en buscar una forma de cocinar para mi gusto: cocido, al vapor, al horno, con salsa, con verdura... hasta que por fin inventó una forma de freír el pescado, de tal modo que las espinas se volvieran crujientes. Me gustó y, a partir de entonces, ese pescado frito formó el plato habitual del menú.

Sin embargo, incluir no solo es dar sino también aceptar la diferencia del otro. Wei me preguntaba qué desayunaba en España y le contesté que tomaba pan de molde tostado con mantequilla. Ella fue a comprar pan en las tiendas cerca de su casa pero no encontró. Entonces cortó el pan chino hecho por ella a lonchas y las tostó en la sartén. Wu, su niño acogido de cinco años, tiene una enfermedad de huesos por falta de calcio. El médico le recomendaba comida láctea, pero al niño no le gusta la leche ni el yogur. Wei le hizo probar la mantequilla y le gustó. Así que durante los días que viví con la familia Wei, en vez de pan de molde, yo desayunaba pan chino tostado con mantequilla y con la familia.

Tener una familia grande está muy bien visto y las familias no pierden ninguna oportunidad para hacerse ver cuando incluyen a una *wairen*, forastera, como yo. Cuando visitaba a las familias, les solía regalar chocolate porque lo considero un buen regalo, que gusta tanto a los padres como a los niños. Sin embargo, noté que raras veces las familias comían el chocolate a solas, sino que siempre lo compartían con los amigos, los vecinos y las personas del orfanato que iban a visitar sus domicilios. Al hacerlo, las familias solían comentar: “Prueba este chocolate, nos lo ha traído nuestra hermana mayor (*dajie*) desde España”. El chocolate servía así como una herramienta para que las familias hicieran pública la noticia de que tenían una nueva miembro en la familia. En varias ocasiones, lo compartían durante el tiempo de descanso de las reuniones en el orfanato, mostrando su orgullo por haber recibido un regalo de una “pariente” que había

venido desde tan lejos. Incluso me invitaban a compartirlo con ellas, por lo que muchas veces me vi comiendo el chocolate que yo misma les había regalado.

El ser “acogida” también me producía cierta semejanza con mis “acogedores”. En una ocasión, el monitor de rehabilitación del orfanato me comentó que mi postura al coger al niño era idéntica que la de la madre Wang. Lo que él no sabía era que yo llevaba dos semanas viviendo con la familia de Wang. Aunque nuestra semejanza no se refería a lo físico, sí tenía que ver con los gestos y posturas.

En otra ocasión, Lai, el niño acogido de la familia con quien convivía entonces, debía marchar porque había sido adoptado por una familia extranjera. La madre Kun lloraba y yo me puse triste también, porque sentía lo mismo que una madre de crianza.

Igual ocurría cuando dejaba a una familia “de acogida” con la que había establecido relaciones estrechas. Mis “hermanos” acogedores sentían pena de dejarme ir y me repetían: “no te olvides de visitarnos si vienes por aquí”. Cada vez que me marchaba de un hogar, experimentaba la sensación de “ruptura” del acogimiento.

5.4. Interacción entre la investigadora y las personas participantes

Al tener una relación tan cercana, tanto física como sentimentalmente, era inevitable que, en la interacción con las personas participantes, nos influyéramos mutuamente. Debo reconocer que me resultó difícil mantenerme firme ante sus influencias y, en muchas ocasiones, tuve que adoptar posturas flexibles para sostener el trabajo de campo.

Para poder participar en sus actividades, mi posición en el campo era la de una aprendiz: aprendía las tareas relacionadas con el acogimiento. Por ello, muchas familias pensaban que estaba allí con el fin de prepararme para ser acogedora de niños y niñas con discapacidad. En más de una ocasión, me preguntaron: “¿Tú también quieres acoger?”. Se esforzaban en enseñarme los “secretos” del cuidado especial de los niños y niñas con discapacidad o los “trucos” para dominar a los que eran traviesos o tenían mala conducta.

Otras familias pensaban que yo estaba allí para ayudarlas. Se trata de una interpretación muy plausible, si se tienen en cuenta las dificultades de este tipo de

acogimientos. La mayoría de los niños y niñas acogidos sufrían diferentes grados de discapacidad, otros tenían problemas de conducta o psíquicos: cuidarlos no era tarea fácil. Además, existían conflictos inter- e intra- familiares y de las familias con el orfanato. Todo ello hacía que la tarea acogedora fuera muy complicada. Las familias tenían que enfrentarse a muchos problemas que requerían ayuda o servicios públicos. A pesar del esfuerzo del orfanato para mejorar el apoyo a las familias, siempre quedaban problemas pendientes de resolver. En este contexto, con mucha facilidad las familias interpretaban mi presencia como que me prestaba a “ayudar”. Esto me causó muchos problemas, puesto que me pedían “favores” tales como hablar con el orfanato o con otros centros en base a sus propios intereses. En un caso extremo, Hang me pidió que le ayudara a convencer al orfanato de que le pagara más y tuve que abandonar su casa como lugar de trabajo de campo.

También hubo familias que expresaron su decepción al saber que yo tardaría tres o cuatro años en terminar la tesis. Decían: “Para cuanto termines, nuestros niños ya estarán crecidos”. Para entonces, no les serviría de mucho mi investigación. Esto demuestra que la persona investigadora y las participantes tienen problemas e intereses diferentes. Para ellas, la solución debía ser “aquí y ahora”. Además, la investigación debía, en su opinión, servir para resolver problemas muy concretos. Esto me hizo reflexionar sobre el diferente significado del factor tiempo para las familias y para la ciencia.

La imagen de quien observa puede afectar la actitud de quien es observado. Una vez fui a entrevistar vestida con una blusa de marca europea. Al verme, la mujer entrevistada no paraba de elogiar el prestigio de las marcas europeas y “el alto nivel de vida europeo”, y lamentaba su “humilde situación de familia acogedora”. Durante toda la entrevista, mostraba su sentimiento de inferioridad y sus comentarios giraban sobre las dificultades para atender a los dos niños con discapacidad y la mala paga que ofrecía el orfanato. Esto me hizo reflexionar sobre la importancia de establecer relaciones horizontales con las personas participantes. Para las familias sensibles de clase obrera, podría resultar una molestia enfrentarse a una persona forastera a la que, además, considerasen económicamente superior.

En otra ocasión fui a entrevistar a Hai, un padre acogedor. Me esperaba en el portal y me invitó a dar una vuelta por el barrio. Se mostró orgulloso de todo lo que le rodeaba e, incluso, me aseguraba que tal o cual cosa no la habría en España. Yo sabía que Hai vivía con sus padres y le pregunté dónde estaban. Contestó: “Mi madre está muy ocupada. La ha llamado el Ayuntamiento porque hoy se organizaba un evento importante”. Entendí que su madre era una funcionaria importante, pero luego, a través de otras familias, supe que trabajaba como señora de la limpieza. Durante aquella entrevista, Hai me expuso todos los aspectos positivos y la forma en que vencía las dificultades de la tarea acogedora. Todas sus afirmaciones concordaban con su personalidad orgullosa.

Capítulo II. TEORIAS SOBRE LAS EMOCIONES Y EL AMOR

1. Las emociones básicas
2. Constructivismo de las emociones
3. Transformación de las emociones
4. Emociones como “*embodied thought*”
5. Cultura y emoción
6. El amor como emoción culturalmente construida
7. ¿Dónde están las emociones?
8. El género de las emociones
9. Una etnografía de experiencia de la emotividad

El contexto etnográfico muestra que la experiencia de acogimiento familiar es un proceso en el que los acogedores y acogedoras aprenden a amar a los niños y niñas acogidos. Para ellos, amar es elaborar todo tipo de emociones que surgen o que se transforman a medida que van desarrollando sus actividades acogedoras. Por eso, considero importante construir una recopilación de ideas y teorías sobre las emociones y el amor, desde la que entender el proceso de aprendizaje que manifiestan desarrollar las familias acogedoras.

El objetivo de este apartado es, pues, definir las ideas teóricas con las cuales se vincula la investigación. Pero antes de entrar en detalles, considero importante exponer brevemente los orígenes de la antropología de las emociones para entender mejor los enfoques y desarrollos teóricos posteriores.

Las emociones no forman parte de los objetos de estudio tradicionales de la antropología. Así lo afirman varios autores (Ramírez Goicoechea, 2001; Lindholm, 2005; Fernández Poncela, 2011). Su incorporación a las investigaciones antropológicas se nutre de los aportes de otras disciplinas más veteranas en el tema emocional, como la fisiología, la psicología o la sociología.

Como indica Lindholm (2005), el uso de la palabra emoción es relativamente reciente en comparación con el término pasión, que se puede remontar hasta los tiempos de los antiguos griegos. La palabra pasión viene del latín *passus* —“sufrido o sometido”—, que sugiere la pasividad del individuo ante el irresistible poder del deseo. Se cree que el hombre no puede controlar sus sentimientos y es esclavo de sus pasiones. Por eso, las corrientes predominantes de la tradición filosófica occidental, en vez de indagar qué son las pasiones, se focalizan en comprender cómo controlarlas o canalizarlas para evitar consecuencias desastrosas ¹¹ (Lindholm, 2005: 32). Esta consideración filosófica negativa de las pasiones produce muchas consecuencias en la orientación teórica de las ciencias sociales y, en cuanto a su influencia sobre la antropología de las emociones, se pueden destacar tres aspectos. En primer lugar, las

¹¹Spinoza, por ejemplo, piensa que las pasiones subsumen la voluntad humana, hacen errar a las personas en sus juicios y caen como servidumbres de estas; Pascual, por su parte cree que el pensamiento es agitado por las pasiones (Fernández Poncela, 2011).

emociones negativas llaman más la atención a los antropólogos que las positivas¹²; prueba de ello, solo por mencionar uno de los muchos ejemplos, es que, de las cuatro emociones básicas consensuadas, tres son de carácter negativo. En segundo lugar, la pasividad del hombre y el intento de controlar las pasiones son dos temas constantes que aparecen en los planteamientos teóricos antropológicos. Por último, vinculado con el tema de control, el razonamiento es uno de los factores que los investigadores e investigadoras consideran superior a los sentimientos o, por lo menos, un instrumento para controlar la irracionalidad de estos. De ahí el incansable debate sobre la interacción entre razón y emoción.

Otros autores inician la investigación de las emociones por la propia etimología del término. Según el antropólogo Fericgla (2011), la palabra emoción proviene del latín *emocional*, que significaba “acto de remover”, y del verbo *emotio*, que venía a significar “alejarse” y “mover”. De ahí los juegos de palabras ingleses actuales que parten de la raíz *motion*, como moverse y emoción a la vez. Así pues, la emoción tenía algo que ver con el movimiento, con la acción (Fericla, 2011:1). La psicoterapeuta Isabel Filliozat (2007) también considera que el prefijo “e” indica la dirección del movimiento de “moción”: hacia el exterior. La *e*-moción es un movimiento hacia fuera, un impulso que nace en el interior de uno y habla al entorno, una sensación que nos dice quiénes somos y nos conecta con el mundo (Filliozat, 2007: 29). Esta consideración del movimiento y acción deja sus huellas en el concepto de transformación de las emociones que muchos antropólogos utilizan cuando detectan “cadenas de emociones” en las sociedades estudiadas. Las emociones son dinámicas y forman un proceso de transformación, combinando las emociones básicas o creando nuevas emociones.

Por último, cabe mencionar que el actual desarrollo de las ciencias naturales y sociales genera una tendencia de fusión de diversas disciplinas —interdisciplinariedad—, a la vez que la especialización en espacios conceptuales cada vez más diminutos. Esto ofrece una oportunidad para la antropología, que por su

¹² Hay un debate sobre las emociones positivas y negativas. Autores como Solomon (2007) consideran que no es adecuado utilizar “positiva” o “negativa” en términos abstractos, pues todo depende de las circunstancias y situaciones concretas, mientras investigadores como Turner (2005) afirman que las emociones positivas son aquellas que favorecen la cohesión social y las negativas hacen lo contrario.

naturaleza disciplinar es ya una ciencia holística, de consolidar su carácter interdisciplinar enriqueciéndose de las aportaciones de la neurología, la fisiología, la psicología o, incluso, la robótica. Por eso, es ineludible mencionar las opiniones de todas estas ramas dedicadas al estudio de las emociones en este apartado de resumen teórico ligado con la investigación. Empecemos por uno de los debates que la antropología entabla con las aportaciones de la biología y la fisiología.

1. Las emociones básicas

La perspectiva de las emociones básicas hunde sus raíces en el evolucionismo de Darwin (Elster, 2002), según el cual las emociones son un mecanismo adaptativo humano compartido con otros animales: el miedo y la ira preparan el cuerpo para huir o luchar, etc. (Darwin, 1965). Dicha afirmación se basa en argumentos filogenéticos y neurofisiológicos (Ramírez Goicoechea, 2001). De acuerdo a esta perspectiva, como señala William James (1997), las emociones son un *byproduct* de la respuesta corporal ante la estimulación de sentidos, o, siguiendo a Funkenstein (1955), las emociones surgen de procesos automáticos y químicos del sistema nervioso que reacciona ante los cambios de la conductividad eléctrica de la piel: dilatación de la pupila, alteración del pulso y la presión sanguínea, etc. (Eibi-Eibesfeldt, 1993).

Desde esta perspectiva, Ekman (1979, 1980) inició sus estudios sobre la existencia, la expresión *crosscultural* y las etologías humanas de determinadas emociones básicas, como la alegría, la sorpresa, la tristeza, el enfado y el asco. A través del estudio de los movimientos faciales, pretendía entender cómo la especie humana expresaba e interpretaba las emociones. En su opinión, la “cultura” intervenía solamente en la diferenciación de los desactivadores y en la prescripción de las reglas de manifestación (Alexandre Surrallés, 1999), es decir, el cuándo, el cómo, y el control de la intensidad de las emociones. Ekman afirma que la expresión facial de estas emociones básicas es universal y, además, estas comparten algunas características comunes, como la reacción fisiológica, el acuerdo entre el sistema automático y la expresión facial, el arranque brusco, la duración corta, la evaluación automática ante el estímulo y el escape del control del sujeto.

Otro autor, Theodore Kemper (1978), detecta cuatro emociones básicas: miedo, enfado, depresión y satisfacción¹³. Argumenta que dichas emociones disponen de valor evolutivo para la existencia humana, se manifiestan en el tiempo primitivo del desarrollo humano, su expresión facial es reconocible y son compartidas en todas las relaciones sociales (Turner y Stets, 2005).

Plutchinik (1982) revela ocho emociones básicas: ira, previsión, asco, alegría, miedo, tristeza, sorpresa; Schwarz y Shaver (1987) consideran cinco: miedo, sorpresa, alegría, ira, tristeza; Izard (1977) recoge once: alegría, sorpresa, ira, miedo, tristeza, depresión, aflicción, interés, culpa, vergüenza, amor; Frijda (1986), por su parte, considera diecisiete y otro antropólogo, Fericgla (2010), saca como conclusión de su propio taller “Integración Vivencial de la Propia Muerte” seis emociones básicas: rabia o ira, miedo, tristeza, orgasmo sexual, éxtasis trascendente y alegría o gozo de vivir.

El diferente repertorio de las emociones básicas que los autores consideran muestra la complejidad en su definición. Según Ortony y Turner (1990), los fundamentos teóricos de estas clasificaciones responden, en el caso de Ekman y Friesen, a un estudio de las expresiones faciales, a esquemas adaptivos en el de Plutchinik y al afianzamiento de una programación neurológica en el de Izard, mientras que la consideración de Kemper se apoya en la convicción de que la afectividad se asienta sobre estructuras psicológicas universales.

Sin embargo, según Lindholm (2005), a pesar del desacuerdo entre los investigadores, está claro que las emociones básicas incluyen por lo menos las cuatro mencionadas por Kemper que son miedo, ira, tristeza y satisfacción. Y su argumento se apoya en la teoría de Trevarthen (1984), en la cual se considera que incluso un bebé de dos meses sabe llorar para solicitar cuidado, muestra miedo cuando le sorprenden, se enfada si fracasa y vuelve a estar contento cuando es bien atendido.

El antropólogo fisiológico Robert Levy resume que “las tendencias centrales llamadas por varias emociones son probablemente universales, aunque las fronteras de

¹³Este autor sigue el linaje de Aristóteles, según el cual la emoción es un espíritu vital (pneuma). A partir de esta idea, los estudiosos medievales elaboraron una teoría que clasificaba a los individuos en cuatro tipos físico/psicológico: *choleric (angry)*, *splenic (spiteful)*, *phlegmatic (dull)* y *melancholic (depressed)* (Lindholm, 2006: 34)

las categorías sean diferentes” (Levy, 1984: 229). Afirma que los términos emocionales usados entre los tahitianos y los *newar* se refieren posiblemente a tendencias focales universales, pero se diferencian en los límites que se aplican a dichos términos (Ramírez Golcochea, 2001).

En este sentido, el lingüista George Lakoff (1987) subraya que, a pesar de la diferente descripción, siempre se utilizan las mismas metáforas. Así, por ejemplo, la ira es invariablemente caracterizada en términos de un latido de corazón acelerado, una presión interna, una agitación que se acumula en el contenedor del cuerpo hasta que hace explosión. La gente se presenta “*red hot*” y “*ready to burst*” cuando es “*inflamed*” con rabia (Lindholm, 2005: 36). En otras palabras, a pesar de las diferencias fonológicas, gramaticales y semánticas de distintas lenguas, existe un subyacente común en la mayoría de ellas en cuanto a la expresión de las emociones. Los humanos usarían el mismo marco descriptivo a la hora de ubicar el significado afectivo de conceptos, incluyendo valores, estereotipos, actitudes y sentimientos (Osgood, May y Miron 1975). Moore, Romney y Hsia (1999), en su análisis *crosscultural* de los significados de los términos utilizados en relación a las emociones en sujetos hablantes de chino, inglés y japonés, consideran que existen estructuras semánticas comunes para los términos utilizados para nombrar las emociones.

Sin embargo, la universalidad que se quería demostrar en las emociones básicas y su correspondiente marco lingüístico recibe fuertes críticas por su elevado sesgo positivista, así como por el tratamiento descontextualizado y a-experiencial de la emoción. La respuesta al exceso naturalista viene de la consideración de que las emociones no poseen otra realidad que la manera por la cual una cultura las concibe (Surallés, 1999). Esta tendencia reubica la afectividad en el terreno de lo social y cultural, no tanto en la expresión sino en el discurso, que es lo que construye los afectos culturales, no naturales. Dicha tendencia recibe el nombre de constructivista, frente a la organísmica de la universalidad que considera las emociones innatas.

2. Construccionismo de las emociones

Para estudiar la relación entre cultura y personalidad, Margaret Mead (1982) y Ruth Benedict¹⁴ (2003) mencionan en sus investigaciones la existencia de un *arc* natural de la potencia emocional en el hombre, que puede escapar a cualquier configuración particular de las sociedades (Lindholm, 2005: 36). Se tienen en cuenta las diferentes culturas que influyen en la concepción y expresión, y se considera que los desencadenantes emocionales se aprenden, que hay distintas reglas culturales para su expresión, y que existe variación según el marco de las interrelaciones sociales en cada contexto espacio-temporal (Fernández Poncela, 2011).

A partir de su trabajo etnográfico sobre los balineses, C. Geertz (1965) trabaja la emotividad analizando la noción de persona y el *self*. La relación entre las emociones y la persona y el *self* es un aspecto que los autores de orientación constructivista tienen muy en cuenta (Rosaldo, 1980; Rosaldo, 1983; Levy, 1984; Shweder, 1991), pues insisten en la variedad de experiencias entre culturas y la imposibilidad de referirse a lo mismo desde un punto de vista transcultural (Ramírez Goicoechea, 2001).

Geertz argumenta que las emociones culturales se construyen en torno a vocabularios compartidos y convenciones rituales de una sociedad particular. El objetivo es reintegrar la vida afectiva a sus relaciones con el contexto social y cultural (Lutz, 1988), que contribuyen, a su vez, a construir.

En esta tendencia constructivista se sitúa la investigación de M. Rosaldo (1980) sobre los *ilongot* de Filipinas. Esta autora muestra cómo una emoción local llamada *liget* es culturalmente construida. Se trata de una emoción parecida a la ira occidental, pero tiene aspectos positivos en la vida de los *ilongot*, como por ejemplo el poder que otorga a los cazadores o que permite a los niños entrar en la edad adulta, puesto que haber vivido el *liget* les da derecho a casarse y asumir la responsabilidad de la madurez.

¹⁴En su famosa obra *El crisantemo y la espada*, que estudia la sociedad japonesa antes de concluir la II Guerra Mundial, muestra cómo la vergüenza, una de las emociones más importantes de esa sociedad, es manipulada culturalmente, que prescribe que las personas adultas deben tener vergüenza, mientras que los niños y niñas están libres de ella.

Otra obra importante de esta tendencia constructivista es la de Lutz¹⁵ (1988), que estudia la emotividad de los *ifaluk*, residentes en un atolón de la Micronesia. La autora afirma que las emociones no son naturales, sino sociales, son elementos fundamentales nacidos de las relaciones interpersonales y, al mismo tiempo, sirven para moverse en la vida social. En su trabajo, la autora revela que el *fago*, una cadena específica de emociones de la sociedad de los *ifaluk* (compasión-amor-tristeza), es culturalmente construida debido a las condiciones materiales de la ecología del atolón, que requiere la solidaridad de familiares, parientes y de la sociedad para compartir alimentos y cuidados. En este sentido, *fago* se considera una consecuencia automática de la relación de intercambio: en palabras de Lindholm (2005), “una persona siente x cuando otra hace y” (2005: 11). Como dicen los *ifaluk*: “*I fago you because you give me things... If I take care of you, give you things, and talk to you, I’ll know you fago me*” (Lutz, 1988: 140). Ello revela la estrecha relación de las relaciones sociales en la construcción de las emociones.

Por otra parte, no se puede hablar de la emotividad sin tener en cuenta el contexto social, político y de poder. Esta visión interaccionista de lo social y del poder nos conduce a hablar de una micropolítica de las emociones y de su cuerpo discursivo (Foucault, 1988). El uso emocional en una sociedad, en este sentido, se constituye a través de la narración y la recitación.

Al considerar que la verdadera posibilidad de la construcción, expresión y comunicación significativa de las emociones reside en la cultura, se observa que estas mediatizan el juego social, la interacción y la contestación en todas las actividades culturales. Las emociones tienen su propia cultura, que es lo que Le Breton (1999) denomina “cultura afectiva”, la cual “forma un tejido apretado en que cada emoción se pone en perspectiva dentro de un conjunto indisociable”, es decir, “hablar de las emociones en términos absolutos (...) equivale a caer en una forma más o menos clara de etnocentrismo, al postular implícitamente una significación común a diferentes culturas” (Le Breton, 1999: 142). El mismo autor compara al individuo con un actor de

¹⁵ Según Alexandre Surallés (1999: 295), Lutz marca el nacimiento de la antropología social de las emociones.

teatro que juega con el público y consigo mismo, manipulando sus emociones según el patrón cultural al que está sometido (Le Breton 2012: 76).

La versión construccionista también recibe críticas, pues ha intentado meter en el mismo saco todas las emociones básicas —como miedo, alegría, sorpresa, etc.— con otras más complejas —como la ansiedad, el odio, el amor, el orgullo, la culpa o la vergüenza, etc.— (Ramírez Goicoechea, 2001). Algunos autores consideran que la autoridad cultural en cuanto a la construcción de emociones no es ilimitada y el poder, por más fuerte que sea, no puede crear desde cero los sentimientos, ya que las emociones tienen su propia fuerza natural y el trabajo de la cultura es actuar sobre ellas, no al margen de ellas. Así lo afirma Briggs (1987), en su investigación sobre los *inuit* de Alaska. La autora descubre que las técnicas de socialización de los niños y niñas de dicho pueblo tienen como finalidad advertir y tratar de controlar los sentimientos antisociales —como la violencia o la rabia—, ya que no deben salir a la superficie de la vida social. Su conclusión emite el mensaje de que no es que en la sociedad *inuit* no exista la ira, que es una emoción básica, sino que esta es considerada peligrosa y por eso se vigila bajo un estricto control social.

Por su parte, la antropóloga noruega Unni Wikan, al realizar una etnografía en Bali, encuentra que bajo la sonrisa pacífica que describía Geertz se esconde una fuerte presión para que las emociones fuertes no se manifiesten (Wikan, 1990: 229). En otras palabras, los balineses mantienen su sonrisa en público, no porque no tengan emociones, sino porque sus emociones son demasiado fuertes y deben ser controladas para no perturbar la vida social (Lindholm 2006). En este sentido, la construcción de las emociones va paralela a la represión de los afectos no deseados culturalmente, una forma de reconocer la existencia de las emociones básicas.

3. Transformación de las emociones

Al margen del debate sobre las emociones innatas y culturales, surge un grupo “neutral” de autores que opinan que hay un sustrato neurofisiológico, pero también subrayan la dimensión socio-cultural y buscan cuál es el contenido y significado de la misma para una cultura o grupo social dado. Se trata de un inter-juego recíproco, una

suerte de agenda individual-biológica-biográfica-social (Fernández Poncela, 2011). Silvan Tomkins (1982), al aceptar que la emoción puede entenderse como un sistema de motivación biológico, considera que la vasta mayoría de las respuestas emocionales son el resultado de un proceso cultural de aprendizaje. Pueden ser controladas, canalizadas, incrementadas o reducidas y transformadas infinitamente. Dicho de otro modo, como indica Izard (1980), las diferencias culturales en la revelación o experiencia emocional se deben a la divergencia de actitudes hacia estas emociones particulares, no como consecuencia de las emociones básicas en sí.

Las emociones básicas actúan automáticamente, aunque no pueden hacerlo fuera del contexto personal y social. Por otro lado, el poder y la cultura tampoco poseen una autoridad ilimitada en la construcción de las emociones. Todo indica que existe un terreno biológico común y la cuestión entonces es descubrir cuál es y qué camino alternativo elige cada cultura en elaborar la represión, expresión o interpretación de determinadas emociones (Lindholm 2005).

En Occidente, por ejemplo, se destaca la teoría de Hume (1978), que considera la transformación de las pasiones un recurso moral de autoperfección del hombre. Para este autor, las pasiones primarias producidas por las sensaciones se transforman en las secundarias a través de la reflexión. Las primarias y secundarias se dividen en directas e indirectas: las directas nacen de la experiencia de placer o dolor y las indirectas de las asociaciones e impresiones en que el yo se involucra como objeto. Considera que las emociones primarias indirectas incluyen orgullo, humildad, amor y odio; las secundarias indirectas ambición, vanidad, envidia, pena, malicia y generosidad. Hume dedica muchos escritos posteriores a argumentar que las emociones opuestas se estimulan, se regulan, se negocian y se transforman hasta que consiguen la paz. Su teoría tiene un especial significado en un momento en que la religión cristiana entra en crisis, obligando a los pensadores a buscar un camino alternativo para la salvación del hombre (Liu, 2009). Cuando la divinidad pierde autoridad, el hombre ha de salvarse “por su propia cuenta” y, según Hume, las emociones morales podrían asumir dicha tarea.

Siguiendo a Hume, Adam Smith (1982) elabora la teoría sobre la transformación de emociones en la simpatía mutua. Considera que la simpatía depende del tipo de emoción que se siente. Divide las emociones entre las producidas en el cuerpo y en la imaginación. Las segundas causan más simpatía que las primeras. Por otro lado, las pasiones antisociales como el resentimiento y el odio no favorecen la simpatía, mientras que las sociales como la generosidad, la bondad y la compasión sí la favorecen. En su teoría, Smith pone énfasis en la compleja interacción de la personalidad, el contexto y las costumbres involucradas en las emociones humanas y revela su papel como recurso de cohesión social (Lindholm, 2005). Su teoría sobre la transformación de las emociones en simpatía tiene un especial significado en el mecanismo fundamental de la llamada “economía de mercado”, recién nacida en esa época, pues favorece la atención mutua por satisfacer la necesidad del vendedor y comprador en el mercado (Solomon, 2007). Siendo economista, Smith prefiere entender que el mercado no es solo una expresión del egoísmo desenfrenado, sino que existe la necesidad de prestar atención a las necesidades y preferencias de los clientes con el fin de poder satisfacerles. Esta capacidad de entendimiento del otro es la simpatía, algo natural en el hombre¹⁶.

Robert Plutchik (1982) desarrolló el término de “*emotional wheel*”, basándose en la teoría de los colores primarios y secundarios. Considera que las emociones básicas son como la “*wheel*” (rueda) original de los colores primarios. Cuando se combinan, se transforman en emociones secundarias, y la combinación de estas hace nacer nuevamente transformaciones de emociones terciarias¹⁷. Según este autor, la transformación más frecuente suele ocurrir entre dos emociones cercanas, por ejemplo, del contento y la aceptación nace el amor o la amistad; de la sorpresa y la tristeza nace la decepción, etc. (Plutchik, 1982). Lo interesante de su teoría es que considera que las emociones secundarias y terciarias, por muy complejas que sean, no dejan de ser transformaciones de las primarias, o, por lo menos, guardan una relación con ellas.

¹⁶ Se suele considerar a Adam Smith como el apóstol del egoísmo, por el hecho de que su teoría de la simpatía es aplicable al sistema capitalista de mercado (Solomon, 2007).

¹⁷ Plutchik reconoce que comparar la asociación de las emociones básicas con la transformación de los colores primarios es un recurso simplista, ya que las emociones son mucho más complicadas que los colores porque en ellas intervienen los cambios neurofisiológicos y musculares del cuerpo. Sin embargo, dicha comparación nos puede ofrecer una idea del proceso de la construcción de las emociones complejas (Turner, 2005).

Por su parte, Theodore Kemper (1987) argumenta que las emociones secundarias nacen de la vivencia de una o varias emociones básicas, que no tienen por qué ser dos emociones cercanas como afirmaba Plutchik. La culpa, por ejemplo, se obtiene de la vivencia del miedo. Cuando el niño participa en una actividad prohibida, experimenta el miedo a ser castigado y, si dicha sensación se repite varias veces, se sentirá culpable (Kemper, 1987), es decir, la transformación es el resultado de la constante práctica de una emoción básica.

Siguiendo la misma línea de que las emociones se transforman, Turner (2005) considera que dicha transformación es mucho más compleja que la combinación de colores o la simple asociación de dos o más emociones básicas, puesto que la interacción social es tan compleja que no solo se involucran tipos de emociones, sino también la intensidad de cada una de ellas. Por eso, este autor incorpora la variable “grado” en el análisis de la transformación, apoyándose en el ejemplo de la culpa y la vergüenza. Dichas emociones, según Turner, aunque se construyen sobre la base de la mezcla de decepción, tristeza y miedo, se diferencian en la intensidad de cada una. La culpa pone su énfasis en la decepción y la tristeza causada por la insatisfacción de uno mismo, mientras que la vergüenza lo hace en el miedo por la conducta inadecuada consumada y el enfado con uno mismo (Turner, 2005: 17).

Ligada al debate de las emociones secundarias, se produce la discusión sobre si la transformación emocional es un hecho universal. Puesto que, como veremos, cada cultura elabora su expresión de las emociones complejas, la conclusión puede ser, como señala Turner (2005), que las emociones básicas son innatas y universales, como lo es la capacidad de transformarlas en secundarias, aunque su elaboración y expresión depende del contexto cultural y la socialización, de forma que el factor cultural ocupa un lugar definido en la transformación de las emociones básicas.

Esto lleva a algunos autores a separar las emociones de los sentimientos:

Los sentimientos son emociones básicas que han pasado por el filtro de la consciencia y, por tanto, de la cultura. Los sentimientos son emociones secundarias o derivadas culturalmente condicionadas y aprendidas, de las que el sujeto es consciente. Las emociones son solo seis pero los sentimientos

derivados pueden contarse por centenares, dependiendo de la cultura de que se trate (Fericgla, 2011: 6).

En otras palabras, los sentimientos serían elaboraciones culturales particulares sobre las emociones básicas, que se consideran innatas y universales.

Le Breton argumenta que:

la emoción es la resonancia propia de un acontecimiento pasado, presente o futuro, real o imaginario, en la relación del individuo con el mundo; es un momento provisorio nacido de una causa precisa en la que el sentimiento se cristaliza con una intensidad particular: alegría, ira, deseo, sorpresa, miedo... Allí donde un sentimiento como el odio o el amor, por ejemplo, está más arraigado en el tiempo, se diluye en una sucesión de momentos que están vinculados con él. Implica una variación de intensidad, pero en una misma línea significativa (1999: 105).

Damasio opina que “la emoción y las reacciones emocionales están alineadas con el cuerpo, los sentimientos con la mente” (2006: 14). Las primeras se relacionan, pues, con necesidades fisiológicas; y las segundas, con psicológicas y de transcendencia (Muñoz Polit, 2006), ya que “las emociones son biológicas, pulsiones. Los sentimientos son elaboraciones llamadas secundarias porque se las somete a un proceso de mentalización” (Filliozat, 2007:32).

En resumen, la emoción es lo que se siente y el sentimiento es la percepción de cómo se siente el cuerpo culturalmente en medio de una emoción. Al intervenir la consciencia más reflexiva, el sentimiento funciona como un recurso cognitivo y un despliegue de ciertos guiones mentales (Damasio, 2010), que el sujeto elabora como un instrumento para relacionarse con las personas y el mundo, además de conmigo mismo, sus pensamientos e impulsos.

La mente que mencionan las investigaciones a la hora de hablar de los sentimientos nos lleva a la necesidad de añadir en nuestro análisis la cognición como una variable más en el complejo tejido de la estructura de las emociones, entrando en uno de los debates más polémicos y clásicos desde el inicio de los estudios de las emociones en las Ciencias Sociales.

4. Emociones como “*embodied thought*”

Una de las corrientes filosóficas no dominantes del tiempo de los antiguos griegos era la de los estoicos, que consideraban las pasiones un tipo de juicio, con una intencionalidad y evaluación que llevaba al hombre hacia determinadas acciones. Hume incluso considera que el pensamiento depende de las emociones: “*reason alone can never be a motive to any action of the will. [...] Reason is, and ought to be the slave of the passion, and can never pretend to any other office than to serve and obey*” (Hume, 1978: 413, 415).

En los tiempos modernos, Stanley Schachter y Jerome Singer (1962) hicieron un experimento: inyectaron epinephrine, una droga que acelera el latido del corazón y causa excitación, a una serie de sujetos a quienes dividieron en dos grupos. Al primer grupo se le colocaba en una situación irritante y al segundo en un entorno alegre. El resultado del experimento fue que los sujetos del primer grupo sentían nerviosismo y los del segundo, alegría. La misma sensación no causa la misma emoción. De este modo, se destaca la interpretación del individuo según el contexto al que se somete. Los autores concluyeron que las emociones no son fisiológicas ni contextuales, sino fruto de una evaluación individual (Schachter y Singer 1962: 380). En esta perspectiva, las emociones son consideradas constructos mentales, en palabras de Lindholm (2005), “pensamientos sentidos” en los que el poder del hábito cultural va envuelto en el cuerpo dentro del ser físico del *self* relacional.

Las muestras de afecto son declaraciones de la mente, la motivación y la intención (Schieffelin, 1983). Gell (1996, cit. por Ramírez Coicoechea, 2001), por su parte, menciona el amor como un tipo particular de inteligencia que nos distingue, como una forma de adquirir conocimiento, de obtener, distribuir y transformar informaciones que son de valor fundamental.

Como propone Lave (1988), “la cognición en la acción está fusionada con el sentimiento desde el momento en que no puede separarse de la experiencia y la creación de valor”. En palabras de Le Breton: “El hombre que piensa es un hombre afectivo” (1999: 10).

Es por todo esto que Michelle Rosaldo, en sus estudios sobre los *ilongot* de Filipinas, considera que “*emotions are thoughts somehow ‘felt’ in flushes, pulses, ‘movements’ of our livers, minds, hearts, stomachs, skin. They are embodied thoughts, thoughts steeped with the apprehension that ‘I am involved’*” (Rosaldo 1984: 143).

Al aceptar que emoción y pensamiento no se pueden separar, los autores divergen en cómo entender su relación. Izard (1984), por ejemplo, la entiende con un modelo llamado “bucle” (*loop*) que se refiere a dos sistemas: uno considera la emoción como un factor en el procesamiento de la información y la cognición; otro, como un sistema emotivo en que se procesaría la cognición “afectiva”. Cicchetti y Schneider-Rosen (1985), por su parte, consideran que las emociones pueden funcionar como contexto en el desarrollo cognitivo, a la vez que la emergencia de nuevas emociones dependen del desarrollo cognitivo.

En opinión de D’Adrade (1981), la emoción y el razonamiento forman un sistema de procesamiento que no solo trata de información, sino también de la construcción de sentido: mediante la reacción evaluativo-afectiva, los esquemas culturales consiguen tener un impacto direccional poderoso como valores implicados. Así, la influencia cultural en las emociones se transmite a través de las actividades cognitivas. Emoción, cultura y cognición forman un trío unitario.

5. Emoción y cultura

La estrecha relación entre cultura y emociones permite intentar organizar las sociedades según las emociones básicas predominantes en cada una. Uno de los trabajos pioneros sobre este tema es el que realiza R. Benedict (2003), que propone dividir las sociedades en cultura de vergüenza y cultura de culpabilidad. Según la autora, la primera incluye Japón y otros países no occidentales, donde todo lo que expone al desprecio o a la burla de los demás se vive como algo insoportable, llegando incluso a propiciar el suicidio. En el segundo grupo, el de la cultura de culpa, destacan las sociedades cristianas. Otro antropólogo clásico, Boas (1992), afirma que una diferencia importante entre las sociedades orales y las industrializadas era que las primeras semejaban organizar su mundo a partir de asociaciones emocionales, mientras que los

modernos pueblos con escritura parecían crearlo a partir de asociaciones lógico-racionales.

Sin embargo, estas divisiones parecen demasiado simplistas frente a las complejas relaciones entre la cultura y las emociones. Lo que suele suceder es que las diferentes culturas elaboran la misma emoción de diferente manera. El amor, comenta Fericgla (2011), es una emoción ideal del cristianismo, pero en la vida cristiana real predomina la culpabilidad, mientras que otras sociedades como la de los *ifaluk*, estudiada por Lutz (1988), idealizan y practican a la vez el amor.

La sociedad de Samoa estudiada por Margaret Mead (1982) intenta ocultar ciertas emociones básicas, como la ira, y solo se permite su práctica en momentos determinados como, por ejemplo, cuando uno se emborracha. El caso contrario sucede en los países europeos meridionales, donde la ira es considerada un sentimiento viril y se ve con buenos ojos a un hombre que actúa con una buena dosis de rabia bien dirigida (Fericglas, 2011).

Al contrario que en Samoa, en la lengua de los tahitianos estudiados por Levy (1984), existe una vasta cantidad de vocabulario referido al enfado, aunque en dicho pueblo se evita hablar de la tristeza, que se atribuye a un estado objetivo del cuerpo. Como comenta un hombre: “I have been feeling tired since my mother died” (Levy, 1984: 224). De todas formas, Robert Levy nos recuerda que la falta de vocabulario para describir la tristeza no quiere decir que la aflicción desaparezca, al contrario, sube a la superficie con fuerza bajo justificaciones de salud, por ejemplo, como enfermedades que se producen porque los malos espíritus han poseído el cuerpo.

Cada cultura tiene, pues, su preferencia a la hora de elaborar las emociones básicas, y la forma de controlarlas varía de una sociedad a otra. En su trabajo sobre los hablantes *wolof* de África, Irvine (1990) descubre un control sobre las clases sociales en cuanto a la expresión de ciertas emociones. Sus informantes muestran que, entre los *griot*, a una clase social inferior le está permitido e incluso requerido expresar emociones fuertes, mientras que a las clases respetables les está prohibido hacerlo.

Norbert Elias (1982), en su investigación sobre la Corte de Luis XIV de Francia, muestra que la gente puede llegar a manipular sus emociones para complacer a sus

superiores con motivo de ganar los favores de estos. Poseen emociones como todos, pero su actitud hacia ellas es particular: consideran que, en aras de su seguridad personal y el posible ascenso de *status*, no deben expresar sus verdaderas emociones si son muy fuertes, sino mostrar las falsas. Dicha actitud contradice a la de las azafatas aéreas investigadas por Hochschild (1983).

En su trabajo, Hochschild descubre que las empleadas aéreas son requeridas a que sonrían y sean amigables, relegando sus propios sentimientos a segundo término, y, a veces, se espera que manipulen sus sentimientos íntimos con el fin de poder responder a la necesidad de expresarse correctamente. La obligación profesional de mantenerse alegres todo el tiempo lleva a muchas azafatas a experimentar sentimientos de auto-distanciamiento y la sensación de que han desaparecido sus propias emociones. Hochschild considera que el valor de las emociones auténticas, libres de restricciones y obligaciones, se ha incrementado en los Estados Unidos como una reacción contra la manipulación de los sentimientos. En otras palabras, la obligación de estar sonriendo continuamente hace sufrir de alienación a las azafatas y la forma de corregir esta situación para lograr mantener la salud mental y la identidad personal estriba en revelar las emociones auténticas. Aquí es donde surge la divergencia de la noción de emoción entre la sociedad moderna americana y la Corte de Luis XIV (Lindholm, 2005).

Dicha divergencia, al parecer, reside en la naturaleza de la emoción que conciben ambas culturas. Para la Corte de Luis XIV, la expresión de las emociones es básicamente para el otro, no para uno mismo. Entre la emoción y su expresión, es decir, del interior al exterior, se produce un proceso mental en que el sujeto valora el contexto en que está para elaborar una respuesta adecuada culturalmente. No creen que la sonrisa les haga sentirse felices. Por su parte, en la noción moderna americana adoptada por Hochschild, en que la represión emocional es alienación o inautenticidad, existe un antagonismo entre el *self* y el exterior. Como la misma autora comenta:

when the product — the things to be engineered, mass produced, and subjected to speed up and slow down — is a smile, a mood, a feeling, or a relationship, it comes to belong more to the organization and less to the self. And so in the country that most publicity celebrates the individual, more people

privately wonder, without tracing the question to its deepest social root: What do I really feel? (1983: 198).

A pesar de la divergencia de actitudes hacia las emociones, las azafatas estudiadas por Hochschild y los miembros de la Corte de Luis XIV investigados por Elias comparten la misma consideración de que el uno mismo y el otro, a quien se dirigen las emociones, son dos realidades excluyentes. Sin embargo, la etnografía realizada por Wikan (1990) sobre los balineses revela un hecho contrario. Los balineses consideran que la apariencia no solo es para convencer a los demás, sino también a uno mismo, y creen que cambiando la expresión de las emociones, a largo plazo, cambiarán las emociones que se sienten interiormente. En palabras de los balineses: *“laughter makes happiness, it takes sadness out”* y *“if you only think good thoughts, it is impossible to feel sad”* (Wikan 1990: 123).

6. El amor como una emoción culturalmente construida

Las culturas no solo se elaboran añadiendo o reduciendo significados sobre las emociones comunes como la ira, tristeza, etc., como acabamos de analizar. De un modo más profundo, algunas culturas llegan a crear emociones específicas que están ausentes en otras. Estas emociones no solo nos ayudan a entender la organización social y la mentalidad de la cultura, sino que también nos permiten entablar estudios comparativos de una forma más profunda.

Amea es una de estas emociones particulares de la cultura japonesa que Doi (1988, cit. por Le Breton, 1999) analiza con todo detalle. Según el autor japonés, esta emoción se refiere a una agradable dependencia, a la búsqueda de una gratificación o al abandono pasivo al afecto de otra persona. Se trata del apego infantil que se prolonga y mantiene en la adultez. A los bebés japoneses, les enseñan desde el principio la importancia de la dependencia y las recompensas emocionales de agarrarse a su madre y a la seguridad. Hasta los dos años, van a todas partes en brazos de la madre, para quien el término “niño mimado” no existe. E. F. Vogel (1992), otro estudioso de Japón, afirma que los niños y niñas experimentan el *amea* como un sentimiento de dependencia o un

deseo de ser amado, mientras que la madre experimenta indirectamente satisfacción y realización al mimar demasiado y sobreproteger a su inmaduro infante.

Muy diferente al concepto japonés de socialización, en la mayoría de las sociedades occidentales, la sobreprotección materna es a menudo considerada la fuente de diversas patologías psíquicas y mentales que impiden al niño tener un desarrollo sano y feliz. Enric Fromm (2007), por ejemplo, llama a la madre sobreprotectora narcisista y considera que el verdadero amor materno es educar al niño para que sea independiente a medida que crezca: “solo la mujer que realmente ama, la mujer que es más feliz dando que tomando, que está firmemente arraigada en su propia existencia, puede ser una madre amante cuando el niño está en el proceso de la separación” (2007: 74-75).

Como señalan Hazel Markus y Shinobu Kitayama (1991), la distinción entre la independencia occidental y la interdependencia de *amea* da lugar a un importante principio organizativo en las comparaciones transculturales de la emoción. Para Solomon (2007), no hay que caer en el simplismo de dividir el mundo en dos bloques estáticos, pero sí se observa que, por ejemplo, si en la cultura norteamericana existe la independencia personal y la sensibilidad comunitaria, la segunda se debe acomodar a la primera. En cambio, en la sociedad japonesa, definida por unas lealtades férreas, tanto de los samuráis a sus *daimios* como de los empleados a sus empresas, también se valora la excelencia individual, siempre que se inserte en el seno de la comunidad y no sea un medio para el autoengrandecimiento.

En otras palabras, lo que predomina en la sociedad japonesa es el poderoso valor de los vínculos sociales y la emoción *amea* sirve para este fin. A juicio de Takeo Doi (1981), el *amea* es una emoción básica de la cultura japonesa y se extiende a todas las relaciones personales y sociales, incluso a la de marido y mujer. En este sentido, Averill (1982) compara *amea* con el amor romántico americano, considerando que este último es una emoción a través de la cual se construye el apego entre los adultos en la sociedad americana.

Al contrario de la esposa japonesa que desde su posición dependiente reclama la protección y cuidado del marido, la mujer americana se considera de igual posición que el esposo en el contexto de su matrimonio. Son dos miembros de igual posición, que se

aman porque se sienten atraídos. Según el estudioso del amor romántico Irving Singer (1973), la atracción, que tiene mucho que ver con lo físico o sexual, es “otorgada” a veces por el amante a su amado para que este no pierda sus encantos y virtudes. El amante y el amado son dos seres independientes y se aman porque cada uno detecta en el otro un “valor añadido”, que es la atracción. En cambio, en el amor *amea*, no se añade nada, es la misma estructura de desigualdad la que construye la conexión amorosa entre el hombre y la mujer: se aman no porque se atraen, sino porque tienen dependencia.

Amar y ser amado en un contexto interdependiente implica que cada uno sabe lo que necesita el otro y procura satisfacerlo. Por eso, escriben Morbasch y Tyler (1986):

Los japoneses piensan que el uso de las palabras puede enfriar la atmósfera. [...] Esto se vincula con la psicología de *amea* porque, en Japón, quienes son íntimos entre sí —o más bien quienes tienen el privilegio de fundirse uno en el otro— no necesitan palabras para expresar sus sentimientos. Solo al sentir que no se tiene influencia sobre el otro (faltar a la *amea*) se experimenta la necesidad de verbalizar (1986: 290).

En el caso del matrimonio occidental —que se forma por la unión de dos personas independientes—, el diálogo¹⁸ es un mecanismo imprescindible de la relación. La comunicación verbal no solo es fundamental para el entendimiento de los dos miembros, sino una forma responsable de expresar las propias necesidades, con el fin de que estas puedan ser atendidas por el otro. Sin diálogo, uno no sabrá lo que necesita el otro y, por tanto, el matrimonio no podrá funcionar correctamente. El amor *amea* se construye con silencio y el amor romántico con palabras, un hecho que pone de manifiesto las diferentes herramientas con que se crean las relaciones sociales en ambas sociedades.

Huelga decir que el silencio no reduce la intensidad de *amea* y el habla tampoco eleva el grado de amor romántico. Lo cierto es que el silencio favorece la escucha y el habla reclama ser escuchado. Se escucha para saber lo que necesita el otro con el fin de

¹⁸ El filósofo de los diálogos Buber dice: “Solo puedo mostrar lo que pienso en acontecimientos que desembocan en una verdadera transformación de la comunicación en comunión y, por tanto, en una encarnación de la palabra dialógica” (1997: 22).

satisfacerle, mientras que ser escuchado equivale a estar necesitado, es decir, *amea* valora el amar y el romanticismo prefiere ser amado. Por eso, como indica Eric Fromm (2007), en Occidente, el problema es “ser amado”:

Para la mayoría de la gente, el problema del amor consiste fundamentalmente en ser amado, y no en amar, no en la propia capacidad de amar. De ahí que para ellos el problema sea cómo lograr que se les ame, cómo ser dignos de amar (Fromm, 2007: 13).

Según este autor, amar es crear y tener libertad, mientras que ser amado se vincula con la falta de libertad. De aquí nace la paradoja de que Occidente, especialmente Estados Unidos, defiende la libertad y considera que su mundo es “un mundo libre” (Dawson, 1967) y, sin embargo, prefiere perder la libertad para ser amado. No obstante, sería necesario indagar a qué tipo de libertad se refiere cada cultura. En el caso japonés, parece ser que se define como la libertad de tomar la decisión sobre cómo amar una vez escuchada la necesidad del otro; se trata de una exigencia hacia uno mismo porque el desarrollo de la capacidad de amar es un asunto interior de uno mismo. En cambio, para los americanos, la libertad se usa para exigir al otro que le ame, esto es, el derecho de ser amado.

Frente al amor de *amea* que nace de la dependencia y el amor romántico occidental que se relaciona con la atracción mutua, el amor de *fago*, la emoción detectada por Lutz (1988) entre los *ifaluk* a la que hacíamos referencia en el apartado 2 de este capítulo, se asocia con sufrimiento y vulnerabilidad. Traducida en compasión-amor-pena, explica Lutz, *fago* es la emoción básica de una sociedad en que se reconoce el sufrimiento de la vida y se insiste en la preocupación interpersonal a la vista de ese sufrimiento. La actitud de los *ifaluk* ante la fragilidad de la vida es la solidaridad forjada por el inapreciable valor de la relación con los demás. Se compadecen pero no se trata de un *summum* de la debilidad llorona como lo condena Nietzsche (2006), sino, asegura Lutz, un vigoroso optimismo ante el sufrimiento, alentado por el sentimiento de que los cuidados humanos pueden controlar los crueles estragos del destino (Solomon, 2007: 353). De este modo, las duras condiciones naturales no impiden amar y los *ifaluk* aman a pesar de la pérdida.

Si bien la filosofía sociológica de solidaridad lleva a los *ifaluk* a vincular el amor con tristeza, en la sociedad de los *candoshi*, que se fundamenta sobre una ideología predatoria, su amor es de otra naturaleza. Los *candoshi* son un grupo étnico de la Amazonia peruana estudiado por Alexandre Surrallés (1999 y 2009). Según este autor, los grupos locales, dirigidos por un sistema de poder bicéfalo, a menudo se encuentran en conflictos sociales y se considera que la sustracción de personas, sustancias e identidades a otros grupos es la condición para la reproducción del grupo local (Surrallés, 1999). En este ambiente bélico, explica Surrallés, el verbo *chinamaama* de la lengua nativa vincula el amor con la venganza. Dicho verbo es traducido por “pensar-amar” pero, según el autor: “los *candoshi* pueden ‘pensar-amar’ una acción bélica porque, cuando programan sus ofensivas contra los enemigos, lo hacen en términos de venganza, y ‘amar’ significa vengar continuamente a la persona que se ama” (1999: 301). En este sentido, amar significa el odio a un tercero.

Por su parte, Renato Rosaldo (1983), el distinguido antropólogo americano, por su propia vivencia de la trágica muerte de su esposa Michelle Rosaldo, asegura que la rabia reprimida puede nacer de un profundo dolor causado por el amor hacia la persona perdida. Cabe mencionar que, en la sociedad americana, la ira es una emoción predominante, cuyo foco de atención, según el filósofo Solomon (2007), tiene que ver con la apreciación del sólido valor del sentimiento de derecho a algo (2007: 352). Amar al margen de la pérdida se confunde con la ira que tiende a echar la culpa a los demás.

Todos estos ejemplos muestran el amor como una emoción que nos ayuda a comprender la organización social y los valores culturales de cada grupo. El “amor pasivo” del *amea* define la sociedad japonesa, fundamentada en una estructura social diferenciada —en palabras de Ruth Benedict (2003) “cada uno en su lugar”— y un sólido sentido de los vínculos sociales. En cambio, el amor romántico entre dos seres independientes evoca una sociedad que valora la igualdad por encima de todo y considera el amor como un derecho¹⁹. Por otro lado, bajo una filosofía solidaria, los

¹⁹Este aspecto se hace notorio en los casos de divorcios y separaciones. La mayoría de las veces el argumento para romper una relación es que se tiene “derecho” a no amar o a amar a otra nueva persona.

ifaluk se aman con compasión, mientras que, con la ideología predatoria de los *candoshi*, el amor se asocia a la venganza.

Desde la perspectiva de la transformación de las emociones que hemos mencionado anteriormente, el amor se puede entender como un proceso de transformación de aquellas emociones de que disponga cada cultura para su repertorio emocional. Como proceso, el amor implica múltiples combinaciones y sucesiones de diferentes tipos de emociones, de las cuales los ejemplos que acabamos de mencionar solo suponen una parte mínima, ya que, según Solomon (2007: 355), los procesos de transformación son un complejo y confuso torrente de respuestas y experiencias, para la mayoría de las cuales ni siquiera tenemos nombres que puedan identificarlas. El “amor” no es más que una forma con la que resumimos y simplificamos la interacción dinámica de todo tipo de emociones contrarias como amor-odio, amor-ira, o cercanas, como amor-compasión.

Siguiendo la teoría del “*habitus*” de Bourdieu (1977), el amor también es una práctica y, como tal, se practica en un contexto concreto: en el caso del *amea*, su contexto es la dependencia; en el del amor romántico, la igualdad; en el del *fago*, la solidaridad; en el del *chinamaama*, el conflicto bélico. En cualquier contexto, se puede amar, por eso ninguna sociedad resulta privada de la “cultura amorosa” (Fericglas, 2011), aunque su forma de amar y las emociones con las que se asocia pueden ser muy diferentes, incluso opuestas.

7. ¿Dónde están las emociones?

Aun aceptando que la cultura define el repertorio emocional, hay que tener en cuenta que el individuo no es pasivo, sino un agente activo y selectivo ante las posibilidades que le ofrece su patrón cultural. Para ello, hay que empezar por considerar qué lugar otorga a las emociones, es decir, desde dónde las elabora antes de expresarlas o reprimirlas.

En occidente, Descartes afirmaba que las emociones están en la mente y solo nosotros podemos acceder a ellas. Immanuel Kant (1980) cuestiona el concepto cartesiano y afirma que lo que hay en la mente son cosas reflejadas del mundo, es decir,

fenómenos sociales. Más tarde surge la idea de que en la mente no hay sino una mera representación del mundo, una idea que fue consolidada por los filósofos posteriores. Edmund Husserl (1982), por ejemplo, acuña el término “fenomenología” y la noción de intencionalidad: en vez de hablar de la mente y sus contenidos, habla de los actos y objetos intencionales. Considera entonces que la mente actúa sobre los objetos del mundo y que las sensaciones son actos de la conciencia. Jean-Paul Sartre (2005 [1938]) retoma la noción de intencionalidad y afirma que las emociones también son intencionales, en tanto que estrategias para abordar las dificultades que encontramos en el mundo. De este modo, las emociones dejan de ser los contenidos del misterioso recinto mental y son consideradas como algo elaborado por las personas. En un intento de unificar el dualismo cartesiano de la mente y el cuerpo, Sartre rechaza la idea de las emociones como contenidos mentales. De este modo, la mente se une al cuerpo y la conciencia se corporiza, aunque no sea reducible al cuerpo. El filósofo contemporáneo Solomon (2007) vuelve a insistir en que las emociones no son entidades en la mente sino objetos de la reflexión: la reflexión sobre las emociones produce pensamientos en la mente, que a su vez influyen el sentir del cuerpo. Así se vinculan mente y cuerpo, razón y emoción (Solomon, 2007: 281).

Esta forma filosófica occidental de localizar la emoción en la mente es solo una de las muchas con las que las sociedades tratan su vida emocional. Se observa una gran variedad *crosscultural* sobre los distintos usos del cuerpo en relación a la experiencia y expresión de las emociones (Ramírez Goicoechea, 200). Los *chewongs* de Malasia, por ejemplo, localizan sus sentimientos en el hígado y dicen: “Tengo el hígado bien” (me siento bien) o “tengo el hígado encogido” (siento vergüenza) (Heelas, 1986: 244). En Ecuador, la tristeza habita en la región torácica, pues tiene sus raíces en los pulmones y el corazón (Le Breton, 1999: 137). Entre los *pintupis*, población aborígen australiana, el estómago es el lugar en que reside el espíritu, la fuente de una serie de emociones (Myers, 1979: 107). Entre los *dogones*, la alegría es un sentimiento benéfico, que despierta al hígado y hace latir suavemente al corazón, al modo de un fuego que arde con regularidad (Calame-Griaule, 1965, cit. por Le Breton, 1999).

En algunas sociedades, las emociones se traducen en un estado de ánimo físico. Los tahitianos estudiados por Levy, por ejemplo, cuando están enfadados, dicen: “Mis intestinos están encolerizados” (Levy, 1973: 213), En Bali, M. Mead identifica una emoción llamada *takoet poeles* (asustado dormido): cuando los balineses están asustados, duermen. Así, para ellos, el miedo se controla por el sueño (Bateson y Mead, 1942: 191). Algunos trabajos etnográficos han detectado también la asociación entre la emoción y la salud y la enfermedad. Así, la tristeza en Ecuador se manifiesta en la palpitación cardíaca y el dolor de cabeza (Le Breton, 1999: 139).

Especialmente interesantes resultan aquellos ejemplos culturales en los que la afectividad y el intelecto se entrelazan como partes de un estado interno localizado en un órgano simbólico. Es el caso de los *ilongots* de Filipinas conocidos por M. Rosaldo (1980). La autora identifica que, para ellos, el corazón es el lugar donde el pensamiento y el sentimiento de bienestar físico se relacionan. Tanto las emociones, como por ejemplo el *liget* (que se traduce como rabia, energía o pasión), como el *locus* (la voluntad o vitalidad) se encuentran en el corazón, lo que muestra que ese pueblo no distingue entre los afectos y la cognición.

Otro caso, en la misma línea, ha sido documentado por Surrallés (1999), en su trabajo sobre los *candoshi*. Analizando una serie de expresiones en lengua indígena, el autor concluye que el corazón *candoshi* es el lugar de las actividades internas del sujeto, incluyendo los procesos emocionales, intelectuales o racionales, además de las cualidades de la personalidad. El etnógrafo asegura que los *candoshi* no hacen distinciones entre estados internos tan diferentes en el esquema occidental; para ellos, no existe la dicotomía razón-emoción, solo se trata de dos elementos que forman parte del conjunto de los fenómenos subjetivos internos. Por eso, Surrallés sugiere el término “esfera de la emotividad” (1999: 298) como concepto analítico para estudiar las emociones. La teoría indígena *candoshi* sobre la esfera emotiva aporta una evidencia que vincula el cuerpo (corazón), la personalidad, la emoción y la intelectualidad, en una compleja trama holística relacionada con la experiencia emocional. La persona corporal siente, piensa, percibe, imagina y actúa corporalmente. Implicando lo físico, lo psicológico y lo social, es “toda la persona” la que siente, actúa y experimenta la vida

emocional. El individuo está compuesto de psiquis y cuerpo, pero no es dual, sino un ser unitario cuyo símbolo de unión es el corazón.

8. El género de las emociones

En la cultura occidental, las emociones se vinculan más a las mujeres que a los hombres, como indica Lindholm (2006):

In Western thought women have been regarded as the more emotional sex, making them best suited for homemaking and the helping professions, while men have been viewed as the reasonable ones, capable of success in the rational fields of business and science (2006: 31).

Lutz (1988), una de las antropólogas más destacadas en el estudio de las emociones, apunta que, en Occidente, la mujer es considerada más expresiva en sus emociones que el hombre y se espera de ella la imagen de una cuidadora sentimental. En cambio, la expectativa masculina sería la de lo “instrumental” racional (1988: 74). En otras palabras, la mujer se vincula con la emoción y el hombre con la cognición.

Nos recuerda Lutz que el hombre también puede albergar ciertas emociones como la ira, por ejemplo. Pero en este caso su emoción es más importante que la de las mujeres, puesto que su posición social es también más importante. La mujer experimenta todo tipo de emociones porque lo define su naturaleza, en tanto que el hombre es naturalmente cultural, racional, cognitivo y público. (1988:75).

Otra autora importante que ha trabajado sobre las emociones, Hochschild (1983), señala que la emoción del hombre es situacional y, por lo tanto, explicable. Se supone que, las emociones masculinas implican una sensibilidad al contexto y una capacidad cognitiva para valorar la situación, es decir, requieren inteligencia. En cambio, en el caso de las mujeres, la emoción carecería de pensamiento y sería puramente caracterológica femenina (1983: 172).

Hochschild señala también que, en la cultura occidental, se cree que la mujer sabe manipular o controlar las emociones conscientemente mejor que el hombre, por lo que se las considera peligrosas (1983: 164). Se produce así una comprensión paradójica de las emociones: por un lado, al vincular los afectos de la mujer con la debilidad y la

irracionalidad, se considera que esta debe ser protegida por el hombre; por otro lado, al ser la emoción femenina algo “natural”, la hace fuerte y le proporciona el poder de escapar del control masculino.

Las etnografías muestran que, en culturas no occidentales, también se pone de manifiesto la diferencia masculina y femenina en cuanto a las emociones. Entre los *swati pukhtuskhnas* estudiados por Lindholm (1980), se evidencia de forma clara una división de género en relación a las emociones. En los funerales, por ejemplo, se espera que las mujeres lloren histéricamente, mientras los hombres se mantienen inexpresivos. En el espacio privado, se espera que la mujer actúe impulsiva y emocionalmente y que el hombre sea racional.

En su investigación sobre las familias chinas modernas, Guo Jingping (2008) concluye que no es que el hombre chino tenga menos emociones, sino que se emociona y expresa de manera diferente a la mujer. La mujer es tan racional como el hombre, incluso en el ámbito familiar. Al definir culturalmente la emoción femenina y masculina, hombres y mujeres seleccionan en su repertorio de comportamiento emocional según su biografía individual y la situación concreta. En este sentido, la familia es un espacio que regula las emociones de cada miembro con el fin de lograr la armonía entre la masculinidad y la feminidad, es decir, entre el yin y el yang²⁰ (2008: 447).

9. Una etnografía de la experiencia de la emotividad

Al estudiar el sufrimiento humano, Kleinman (1995) llegó a la conclusión de que la experiencia es un producto cultural. La vivencia humana, en tanto que experiencia, incluye todos los fenómenos culturales, por eso la etnografía de la experiencia se debe dotar de características holísticas. Boyce (2003), cuando analiza los modelos de las etnografías, señala que el modelo holístico se refiere a describir un sistema cultural completo.

²⁰ Es interesante destacar que la autora no limita su análisis a los dos sexos biológicos, sino que, para ella, lo importante es el género que representa cada rol. Menciona, por ejemplo, la familia formada por la pareja homosexual y explica que puede ser armoniosa, siempre y cuando un miembro de la pareja exprese la emoción masculina y otro la femenina.

Schneider (1980) define la cultura como un sistema de símbolos y significados compartidos por una sociedad concreta. En este sentido, una experiencia se refiere a la vivencia de esos símbolos y significados. Su simbolismo no considera las culturas como entidades independientes y desconectadas, pero tampoco contempla la estructura social, ya que, en su opinión, esa es tarea de los sociólogos. Sin embargo, cualquier experiencia tiene que ver con la relación interpersonal y la estructura social. Por su parte, Hérítier y Xanthakou (2004) definen que “un mundo cultural” no solo se refiere a los animales, las plantas, el cosmos, los objetos naturales y artefactos, sino también al cuerpo, los afectos, el pensamiento y los diversos componentes que cada sociedad considera en el ser humano. Toda experiencia humana refleja los elementos de un sistema cultural como entidades interdependientes e interrelacionados. Así pues, he tomado prestado su concepto de la estructura de ensamblaje, con objeto de construir una estructura etnográfica de la experiencia, donde encajen los fenómenos culturales que los acogedores y acogedoras manifiestan a través de su participación en el acogimiento familiar.

La cultura del acogimiento familiar se refiere a los símbolos o valores compartidos por las personas involucradas en la tarea acogedora, que constituyen un repertorio del que los individuos “seleccionan” cuando formulan sus motivaciones personales. Es a la vez fuente y condición de la experiencia individual. Según Kleinman (1995), la experiencia tiene que ver con la condición humana, con la estructura social y con el conocimiento particular de cada persona, es decir, está entre aquello que es objetivo y lo que es subjetivo. La experiencia acogedora es una experiencia de amar, pero no es únicamente subjetiva, puesto que el acto de amar se realiza en el contexto de la relación interpersonal entre el acogedor o la acogedora y el niño o niña acogido, relación que se define socialmente como paterno-filial o materno-filial. Dicho de otro modo, los acogedores experimentan con su conocimiento individual y particular, pero condicionado bajo el marco social. En este sentido, la experiencia acogedora funciona como un regulador intersubjetivo con el que los acogedores realizan transacciones en términos sociales.

La experiencia tiene que ver con la cotidianidad, tal como sugiere el concepto de *habitus* de Bourdier (1977). Según este autor, dicho término se refiere a los esquemas de percepción, pensamiento y acción que ha interiorizado el individuo, a través de la socialización de las estructuras sociales en las prácticas diarias. Se refiere a algo histórico, a la historicidad del individuo. Por eso, Kleinman incorpora el *habitus* para estudiar la experiencia. En su opinión, la experiencia es la matriz social donde el *habitus* se ha estructurado y, al mismo tiempo, el lugar en que los estados corporales y mentales estructuran las interacciones sociales (Kleinman, 1995: 97). A través de la experiencia, el individuo expresa lo que es relevante en su vida, sus deseos y aspiraciones. En la experiencia acogedora, las personas acogedoras expresan su deseo de amar, como padres y madres, a los niños y niñas acogidos, y aspiran a desarrollarse como personas a través de darles cuidados. Sus creencias culturales sobre amar constituyen la base moral de la experiencia del acogimiento familiar, poniendo de manifiesto la característica relacional e intersubjetiva de la experiencia.

La experiencia acogedora es un proceso en que se transforman las emociones en amor. En este sentido, etnografiarla significa entrar en el flujo por donde circulan las emociones, que son las formas en que las personas experimentan el mundo; las experiencias emocionales reflejan la cultura a la vez que son moldeadas por ellas (Chodorow, 2003). Por eso, etnografiar la experiencia emocional implica considerar los valores culturales. El funcionamiento de las emociones abarca el contexto espacio-temporal-sociocultural donde las personas se relacionan (Fernandez Porcela, 2011). Entender la experiencia emocional consiste, pues, en descifrar las relaciones interpersonales y la estructura social.

La experiencia emocional engloba sentir, interpretar y conceptualizar. Las diferentes formas de sentir se definen según la persona, las circunstancias y el patrón sociocultural socialmente aprendido (Luna Zamora, 2002). Las emociones dan significado a nuestra experiencia (Greenberg y Paivio, 2007: 23): sin emoción, no hay experiencia porque, para experimentar, siempre se implica el sentimiento.

Las emociones también tienen un componente físico, por lo tanto tienen que ver con el cuerpo. Este capta e interpreta la información obtenida del entorno y elabora su

respuesta, que forma parte del proceso unitario de la experiencia emocional. Las diferencias de cada etapa del mismo residen en que cada cultura tiene enfoques diferentes hacia las percepciones, sensaciones, reacciones y expresiones de las mismas (Mead, 1982).

Por último, no hay que olvidar que la experiencia emocional también implica pensar, puesto que las emociones proporcionan estados cognitivos y actitudes evaluativas (Hansberg, 2001). Existe además una relación entre emoción, motivo y cognición; de hecho, son parte integrante de un proceso dinámico (Ulich, 1982) en la acción humana. Las emociones pueden empujar a la acción y, cuando esta se acciona, se crean nuevas experiencias emocionales; así funciona el flujo de las emociones que, en último término, equivale a la vida misma.

Capítulo III. CONCEPTOS CLAVE DE LA CULTURA AFECTIVA CHINA

1. La persona: yo, tú, él
2. Cuerpo, mente y afectos
3. Amar: corazón, razón, emoción
4. Amor específico: la relación familiar
5. Amor universal: la inclusión trascendental
6. El desarrollo de la persona
7. El abandonado
8. La discapacidad infantil

El acogimiento familiar, en el contexto de Nanchang, es un proceso en el cual se transforman las emociones en amor materno y paterno. Teniendo en cuenta que la transformación de las emociones o el amar presenta una estrecha relación con las particularidades de la cultura afectiva china a la que pertenecen las familias de acogida, tiene sentido ahora explorar estas particularidades para entender la transformación desde la visión nativa. Le Breton define la cultura afectiva como “un tejido apretado en que cada emoción se pone en perspectiva dentro de un conjunto indisociable” (1999: 142). El objetivo de este apartado es examinar este “conjunto indisociable”, del cual se buscan y extraen conceptos clave como persona, corazón, familia, sociedad, abandono y discapacidad, todo ello en relación con la experiencia del acogimiento familiar.

1. La persona: yo, tú y él

La noción de persona es un tema relevante en los estudios antropológicos. Zavala (2010), por ejemplo, que investigó dicha noción en los grupos indígenas de México, descubrió que, mientras en la tradición grecolatina la persona es considerada algo estático, para los indígenas es un proceso, es decir, la persona “se hace”. Este dinamismo también es un elemento destacado en el contexto etnográfico de mi investigación sobre el acogimiento familiar.

Al preguntarles qué es una persona, las familias de acogida me solían responder con una frase sencilla y firme: “Todos los seres humanos somos personas”. De hecho, en chino solo existe un carácter, *ren*, para referirse tanto a la persona como al ser humano.

Sin embargo, consideraban la existencia de diferentes “tipos” de personas. “Las personas equilibradas —comentaban, por ejemplo— son un tipo de personas que tienen mucha *renyuan*²¹, se llevan bien con los demás”. Mai, un padre acogedor, era una de las que se manifestaba en esta línea. En una ocasión, me explicó cómo trataba de mantener su “equilibrio”: “Busco satisfacer mis propias necesidades e intereses a través de ayudar a los demás”. Y puso un ejemplo: “Cada mañana ayudo a Lai a llevar a su niño Wen al

²¹*Yuan* es un término budista que significa predestinación. *Renyuan* se traduce literalmente “persona predestinada”, es decir, persona que atrae a los demás.

colegio porque Lai es mi amigo”. En su ejemplo, Mai se sitúa a sí mismo entre Wen —el niño— y Lai —el padre—²²: ayuda al niño, pero también gana la amistad de su padre. Así, de un solo acto —llevar al niño al colegio—, salen tres beneficiarios: el niño, su padre y Mai mismo. “Hay que pensar en los tres para que nadie pierda”, concluye Mai.

“Los tres” se refieren a “yo”, “tú” y “él”. Mai es “yo”, Wei es “tú” y Lai es “él”. Cuando “yo” se relaciona con “tú”, está relacionándose también con “él”, porque “tú” y “él” están vinculados. De este modo, “los tres” forman una relación interpersonal triple, que encierra tres perspectivas: la primera persona desde el punto de vista de “yo”, la segunda desde “tú” y la tercera desde “él”²³. Son tres perspectivas que la persona tiene que considerar cada vez que piensa o actúa²⁴. Por eso, Mai no se consideraba “egoísta”, porque en su ego también estaban “tú” y “él”: “Ayudo a los demás y a mí mismo, porque yo también soy persona. Todas las personas necesitamos ayuda”. Así, mis necesidades son importantes, al igual que las tuyas y las suyas: no se trata de entregarme altruistamente a “tú” y a “él”, sin atenderme a mí mismo, sino más bien procurar valorar las necesidades de los tres, de ahí el uso del término “equilibrio”. Si ayudar a los demás es “dar” y ayudarse a uno mismo es “recibir”, la cuestión no es dar sin recibir o recibir sin dar, sino dar a “tú” y recibir de “él”. Es esta la lógica con la que las familias de acogida valoraban su relación con la niña o el niño acogido y con el orfanato. Decían: “Damos cuidado a los niños y recibimos un sueldo del orfanato”. Es decir, dar a “tú”, el niño, y recibir de “él”, el orfanato.

Sin embargo, no es fácil este juego del trío entre dar y recibir, porque implica el conocimiento de qué hay que dar y recibir, es decir, cuáles son las necesidades de cada uno de “los tres”. Un padre me explicó:

²² Ingold (1991) llamó a esto “*image of sphere*” frente a la “*image of globe*”. Según él, “*image of the globe*” se refiere a la observación del mundo desde fuera, como en la dicotomía cartesiana que divide el mundo en dos partes sin que esté involucrado el observador. En cambio, “*image of the sphere*” considera el observador como una parte integrante de lo observado.

²³ Podemos entender esto con la ayuda de la filología alejandrina, que establece los roles gramaticales del hablante: el del que habla (primera persona), el del interlocutor —a quien se habla— (segunda persona) y el del que se habla —sobre quien se habla— (tercera persona). Los gramáticos latinos hablan de la “triple naturaleza de las personas” (*triplex natura personarum*): yo, la persona que habla; tú, la persona a la que se habla; y él, la persona sobre la que se habla.

²⁴ En la tradición cristiana, solo Dios posee esta trinidad y, por eso, puede estar en todas partes al mismo tiempo.

Lavo los pies del niño cada noche porque, si no lo hago, tendrá que hacerlo mi esposa. Pero ella prefiere que lo haga después de cenar. Un día se los lavé antes de la cena, el niño no quiso cenar sino ir a la cama a jugar. Mi esposa se enfadó. Yo había metido la pata.

En este caso, el padre quería ayudar pero le falló el conocimiento.

Las necesidades son diferentes porque las perspectivas o puntos de vista son distintas. Por eso, si quiero saber lo que necesitas, debo aprender a “ponerme en tu lugar” y “sentir contigo”. Esto es posible porque te llevo dentro de mí, como uno de los tres centros que forman mi ego. No obstante, muchas veces, el conocimiento surge de la experiencia. Las familias me comentaban que cuidar a niños no es difícil porque “todos hemos sido niños y niñas, y sabemos lo que necesitan y lo que sienten”. Por ello, podemos entenderles desde su punto de vista porque nos hemos “puesto en su lugar” y “sentido con ellos”, desde nuestra propia vivencia pasada. Como todos los conocimientos, el de entender diferentes perspectivas requiere un aprendizaje, que no es un simple proceso cognitivo ni la aplicación de la imaginación, sino que precisa la práctica de experimentar en un “ámbito”²⁵. Según me decían los acogedores y acogedoras, este ámbito es la familia, el “escenario paradigmático” (Ronnie Sousa, 1987) de aprendizaje.

Sin embargo, el juego del trío no siempre se limita a mantener el equilibrio; hay quien, como la madre acogedora Tai, de sesenta y dos años, ha llegado más lejos. Me explicaba: “A mí me gustaría acoger más niños. La gente dice que tengo la edad para jubilarme y descansar. Pero creo que mis necesidades son menores que las de los niños [a acoger]”. Considera que los niños son más importantes que ella. Continuaba: “Es verdad que tengo una edad avanzada, pero mis fuerzas no disminuyen. Cuanto más cuido, más capacidad de cuidar obtengo”. Esto revela que sus fuerzas de dar se obtienen a través de la práctica de cuidar. Su esposo me confirmó:

Cuando empezamos a acoger hace quince años, si fallaba el orfanato en pagarnos, ella enseguida llamaba por teléfono para reclamar. Pero ahora ni se

²⁵ Término tomado del profesor Alfonso L. Quintas. Según este autor, un “ámbito” es un campo de realidades donde uno experimenta para descubrir él mismo los valores de las cosas (Quintas, 2007: 2).

fija si la han pagado. Anda distraída y pone todo su corazón en el cuidado de los niños.

Cuando le pregunté cómo había logrado “poner todo su corazón” en los niños, Tai me contestó: “Sin darme cuenta. Solo sé que amo más que antes. Creo que cuanto más amas, más te entregas sin darte cuenta. Eso es, sin darte cuenta”. En su caso, vemos que se ha perdido el “equilibrio” en el trío de “yo”, “tú” y “él”. Valora más las necesidades de otros que las suyas propias. Su comportamiento es admirable y las familias la consideran una persona “ejemplar”, puesto que su corazón es más “ancho” que el de la mayoría de la gente.

A menudo, las familias comparan a Tai con otras personas de “corazón pequeño”, refiriéndose a los padres y madres que abandonan a sus hijos o hijas. También han perdido el equilibrio del trío, pero en sentido contrario. Una madre acogedora me dijo: “Su corazón es tan pequeño que en él solo caben sus propios intereses”. Su ego se ha reducido al “yo”, sin tener en cuenta el “tú” y “él”. Por eso son personas “egoístas”.

Así pues, las familias clasificaban a las personas en “equilibradas” y “desequilibradas”. Las primeras son aquellas que intentan mantener el equilibrio cuando ayudan a los demás y a sí mismos; las segundas se dividen en dos tipos: las egoístas, que valoran sus propias intereses por encima de los demás, y las ejemplares, que priorizan a los demás. Los tres tipos representan, en realidad, tres momentos del proceso del desarrollo personal. Las “egoístas” son aquellas que aún no han aprendido a dar, puesto que solo piensan en recibir. Las “equilibradas” dan y reciben al mismo tiempo, y las “ejemplares” han superado las necesidades propias en beneficio de las de los demás.

La mayoría de las familias se consideraban personas equilibradas: “Hacemos lo que podemos. Intentamos cuidar bien a los niños, pero el orfanato también ha de saber cuidar adecuadamente a nosotros”. Sin embargo, ser “equilibradas” no es su meta, pues todos admiran a las personas ejemplares y esperan conseguir serlo a través del acogimiento familiar. Según un padre acogedor: “Me gustaría ser como Tai, pero ella ya lleva muchos años acogiendo, supongo que yo también tendré que practicar mucho cuidando”. Otro opinaba: “No sé si voy a llegar a ser como ella, pero me esforzaré para

cuidar bien a los niños. Supongo que todo es cuestión de aprender”. Así, para algunas familias, ser personas ejemplares es algo que se aprende, es una cuestión de práctica, y el acogimiento familiar les proporciona el contexto ideal para dicha práctica y aprendizaje.

De esta manera, la persona siempre se encuentra en el proceso de “hacerse”, desde el nivel bajo hacia el alto, practicando el amar en el contexto interpersonal formado por “yo”, “tú” y “él”.

2. Cuerpo, mente y afectos

La persona es corporal y el cuerpo ocupa un lugar espacial y temporal en el mundo. Mientras ese lugar es considerado único, según me dicen las familias de acogida, la función corporal es la misma para todos los cuerpos, puesto que la estructura en ellos es idéntica. En este sentido, la perspectiva de la persona se forma por la función y el lugar de su cuerpo; entender la función del cuerpo es una premisa clave para la práctica de “ponerse en el lugar de...”.

Las familias opinan que el cuerpo se autorregula. Por eso, son bastante reacias al uso de medicamentos, tanto occidentales como chinos. Los consideran como intrusos que, en vez de curar, estropean los órganos o el sistema propio del cuerpo. Liang, una madre acogedora, me dijo: “El médico receta muchas pastillas para el niño, pero yo no le suelo dar, le dañan el hígado”.

El método más habitual para tratar la patología de los niños es el masaje, cuya función es ayudar al cuerpo a que active su propia defensa. A la madre Chen, por ejemplo, en los días en que me alojaba en su casa, la veía hacer el masaje en la nariz de Leilei, el niño acogido, de cuatro años, que padece un leve retraso mental. Leilei tenía abundantes mocos por la mañana, cuando se levantaba, y Chen me dijo que eso se debía a que alguna venita de la parte interior de la pared de la nariz estaba obstruida. Haciendo el masaje en la parte exterior de la nariz, Chen pretendía desatracar las venas, como si se tratara de una tubería. De hecho, la palabra *anmo*, masaje, está compuesta por *an*, apretar, y *mo*, tantear: lo que tantea es el punto de conexión de las venas que se supone que está atrancado y, una vez localizado el punto, hay que apretar con el fin de

desatrancarlo para que la sangre pase fluidamente. Para Chen, la estructura del cuerpo no es estática, sino un contexto relacional donde órganos y sustancias interaccionan en continuo movimiento.

Teniendo la misma función, los cuerpos se comunican. Lao Zhang, padre acogedor de sesenta y dos años, me contó:

Acogimos a Xiaohu hace catorce años, es un niño paralítico cerebral y no podía andar. Cuando tenía dos años, empecé a hacerle masajes en la parte posterior de sus piernas inferiores, para fortalecerle los músculos. A los seis años, empezó a andar un poco, aunque necesitaba siempre alguien que lo acompañara. [...] Al hacerle masaje durante tantos años, incluso se me puso recto mi propio dedo [me explicó que su dedo estaba torcido debido a un accidente que había sufrido cuando era joven].

Otra forma de comunicación entre cuerpos se revela en las palabras de una madre acogedora, que me explicaba por qué prefería tener al niño en brazos para darle el biberón:

Sé que las cuidadoras del orfanato suelen dar el biberón con los bebés tumbados en su cunita, pero yo creo que lo correcto sería hacerlo teniéndolos en brazos. Al chupar el biberón, el cuerpo del niño trabaja y fluye, por lo que necesita un recinto seguro y estable hecho por otro cuerpo. Cuando los dos cuerpos se unen, la seguridad de la madre pasa al niño y la digestión de este calienta el cuerpo de la madre.

Lo mismo pasa con el embarazo. En el contexto etnográfico, todas las mujeres tuvieron hijos e hijas antes de cumplir los treinta años. La razón me la explicó una madre acogedora:

Verás, cuando una mujer queda embarazada, el esfuerzo de alimentar al feto regenera el cuerpo y, después del parto, si la madre es joven, es capaz de fortalecer su cuerpo regenerado; el cuerpo rejuvenece e incluso puede llegar a curar enfermedades crónicas.

Para ella, pareciera que el embarazo no era un proceso de concebir otro cuerpo, sino una etapa vital propia del cuerpo de la mujer embarazada, ya que alimentar al feto

y expulsarlo es concebido como un ejercicio que regenera y fortalece el cuerpo de la madre. Esta fuerza regeneradora es lo que hace creer a los chinos que la mujer es más fuerte y vive más tiempo que el hombre (Wang, 2010).

Cabe mencionar que la medicina china considera que el cerebro constituye una parte importante del cuerpo, ya que los nervios cerebrales dirigen y materializan en los órganos del cuerpo. En chino, el cuerpo se dice *shenti* y la cabeza, *tou*. En una ocasión, las familias supieron que me solía doler la cabeza. Me comentaban que me cuidara el cuerpo porque tenía *shenti ruo*, cuerpo débil, ya que el dolor de cabeza no solo es asunto de la cabeza, sino del cuerpo, ya que cuerpo y cabeza es la misma cosa. El cuerpo y la mente se fusionan en la acción de pensar y sentir. Las familias me hacían ver la importancia de regular el equilibrio entre mente y cuerpo. Para ellas, la vida es un proceso de continua regulación de los dos ámbitos.

Otro ejemplo de ello lo encontramos en un comentario que hizo Hua, una madre de cuarenta y nueve años, cuando vino con su niña de ocho años a hacer ejercicios de rehabilitación en el orfanato. Dijo:

 Mi niña está haciendo muy bien, en un par de años ha conseguido ponerse de pie y dar un par de pasos, apoyándose con la mano en la pared. Está ilusionada de sus avances y me pide que la matricule en el colegio el año que viene. Pero el médico me informa que padece una parálisis cerebral de grado medio y es difícil que consiga andar. Así que la animo a que haga todos los ejercicios de rehabilitación por un lado, pero, por otro, le advierto que no pasaría nada si no pudiera ir al colegio. He comprado los libros y su padre le está enseñando a leer y escribir en casa. Hay que ser realista por su bien. No quiero que se desilusione.

Resulta claro que esta madre intentaba ayudar a la niña a mantener un desarrollo equilibrado entre la mente y el cuerpo, ya que, si el cuerpo no responde, la ilusión y la emoción formulada de la mente hará daño al bienestar de la niña.

Otra madre, Jia, de cuarenta y dos años, me comentó un caso diferente:

 Mi chica tiene dieciocho años, es bizca y tiene el ojo izquierdo un poco más alto que el derecho. Siempre se pone las gafas oscuras, tanto en invierno

como en verano, y no quiere saber nada de los chicos. Le suelo animar comentándole que el defecto que tiene es poca cosa y verá que un día algún chico se enamorará de ella. Es una chica muy simpática y tiene buen carácter.

Lo que hace esta mujer es ayudar a la chica a razonar para que su mente llegue al mismo nivel que su cuerpo, ya que, según la madre, el nivel de su cuerpo está por encima de lo que piensa su mente.

Durante mi estancia en Nanchang, una vez me tocó la temporada de lluvia. Había agua por todas partes y la humedad me penetraba en los huesos. Al no estar acostumbrada a un clima tan húmedo, me ponía enferma cada dos por tres. Me dijo Chang, un padre acogedor en cuya casa estuve unos días: “Tenías que haber elegido otra época del año para venir. Por más que quiera tu cabeza, tu cuerpo no aguanta este tipo de tiempo”. Chang tenía razón. Aquel viaje lo hice porque quería aprovechar la Semana Santa, cuando no tenía que atender mi trabajo ni la familia. Incluso sabía que iba a ser la temporada de lluvia, pero no relacioné esto con mi cuerpo. Según Chang, ese plan tan calculado era una obra de la mente que no había tenido en cuenta el cuerpo.

Sin embargo, el funcionamiento del cuerpo no se limita a actividades biológicas, sino que se extiende a los afectos, ya que las familias opinan que las emociones están entre los órganos. Cuando su marido se enfadó con uno de sus clientes, oí decir a Cheng: “Cálmate. Si no te vas a hacer daño en el hígado”. Para ella, la ira estaba en el hígado; por eso, enfadarse mucho perjudica dicho órgano. Otra mujer hacía infusiones para reparar el mal estado del bazo de su hija. Me explicó: “Tiene insomnio porque se ha peleado con su novio. El exceso de preocupación le hace daño al bazo”. Para ella, las preocupaciones residían en el bazo.

3. Amar: corazón, emoción, razón

Amar tiene que ver con el corazón, así lo demuestran las familias cuando hablan de “ofrecer el corazón que ama” como motivación de su acogimiento. Para explicar la forma de cuidar de los niños y niñas acogidos, se refieren a “amar con corazón”, y, para resumir el resultado de su acogimiento familiar, mencionan que “el corazón se ha ensanchado” después de haber amado. En una ocasión, pregunté al médico Chen del

orfanato sobre la importancia del corazón en la medicina china. Sacó el libro *Huangdi Neijing* (201 d.c) de su estantería y resumió lo siguiente:

La medicina china concibe el cuerpo humano no solo como un conjunto de órganos y sustancias, sino como un sistema relacional. Toda la materia está relacionada a través de *jingmai*, tubos de sangre quieta (venas), y *dongmai*, tubos de sangre móvil (arterias), de modo que el buen funcionamiento de cada órgano no solo depende de sí mismo, sino de su relación con los demás. Por ejemplo, para tratar la patología del hígado, la medicina china a menudo acude a regular su relación con el pulmón, ya que siendo este oro²⁶, reduciendo su espacio metal puede ayudar el hígado (madera) a aumentar su fuerza vegetal. Como el corazón es el lugar que conserva, recibe e impulsa la sangre por la “tubería”; la red que relaciona a todos, se supone el nexo primordial del sistema relacional.

Por otro lado, la medicina china, que abarca también los aspectos psicológicos, designa cada órgano como el lugar de desarrollo de un tipo concreto de emoción: el enfado en el hígado, la melancolía en el bazo, el temor en el riñón, la tristeza en el pulmón y la alegría en el corazón. Igual que los órganos son necesarios para el funcionamiento fisiológico, las emociones también son imprescindibles para una vida emocional equilibrada. Hallar este equilibrio es encontrar la felicidad. De ahí que la psicología china conciba la felicidad como una meta-emoción, que integra todas las emociones en un grado óptimo. Este grado óptimo se obtiene con el amor como regulador de las emociones positivas y negativas. Amando, se llega a la alegría. Es por eso que el corazón, siendo el dispositivo de la alegría, es también el nexo del equilibrio de la vida emocional.

La explicación del doctor Chen me hizo entender que la importancia del corazón es doble, por su función reguladora fisiológica y emocional. Sin embargo, el corazón también se relaciona con el pensamiento; prueba de ello es que muchas palabras chinas

²⁶ Cada órgano representa un elemento de la naturaleza: el hígado representa la madera; el pulmón, el oro; el bazo, la tierra; el riñón, el agua; y el corazón, fuego.

referidas a las actividades cognitivas se escriben con el radical corazón, como por ejemplo:

- *Zhi*, voluntad. Está compuesto por el radical corazón y la palabra caballero, indicando que tener voluntad es una característica del caballero. Para animar a sus niños acogidos en el momento de hacer ejercicios de rehabilitación, las familias suelen utilizar esta expresión.
- *Yuan*, deseo. Está formado por el radical corazón y la palabra origen, lo que significa que tener deseo es la naturaleza original del hombre. Muchas familias utilizaban esta palabra cuando me hablaban del deseo de ir al colegio que expresan los niños discapacitados.
- *Wang*, olvidar. Este verbo está formado por el radical corazón y el verbo morir, suponiendo que el olvido tiene lugar cuando el corazón muere. El abuelo de una familia solía utilizar esta expresión para decirme que le fallaba mucho la memoria.

La palabra que más significativamente ilustra la fusión entre pensamiento y sentimiento es el verbo *si*, que significa pensar y cuya pronunciación coincide con la palabra seda. Está compuesta por el radical corazón y el sustantivo cráneo. En el diccionario chino *Shuowenjiezi* (100 d.C), uno de los diccionarios más clásicos, se explica: “*Si* se refiere a la actividad de pensar, que es conectar la mente con el corazón (cuerpo), a través de un hilo invisible pero fuerte como la seda”. Esta palabra funciona como raíz para formar otras palabras yuxtapuestas, que se pueden traducir en español por pensar o sentir, según las circunstancias en las que se utilizan. Un día me preguntó Wan, un padre acogedor, si en Occidente es conocido el *sixiang* de Confucio, es decir, el pensamiento de Confucio. Aquí Wan empleó *si* para referirse a un término del ámbito intelectual. En otra ocasión, Ling, un niño acogido de quince años, al saber que yo llevaba más de veinte años viviendo en Occidente, me preguntó si yo *sinian* China, es decir, si tengo nostalgia de China. En este caso, la misma palabra *si* se refiere a un estado sentimental.

Así pues, el corazón vincula la razón y las emociones. “Amar con corazón” se refiere a que el corazón elabora el amor con todas las emociones, sean positivas o

negativas, lo que importa es la dosis que hay que proporcionar para esa elaboración. Si las emociones son la materia prima, la reflexión es la herramienta para la elaboración: el amor es una emoción reflexionada, amar es pensar y sentir. Así lo expresaban las familias al transmitirme su experiencia de amar a los niños y niñas acogidos. A continuación, expongo algunos de los muchos ejemplos que he registrado en mi diario de campo:

- “Yo me sentí triste cuando vi por primera vez a Lang. Estaba sentado en la silla de ruedas y tenía los mocos colgando de la nariz. Pensé: ¡Pobre niño! Le cuidaré con mucho amor” (Kan, 24/3/2012).
- “Yo empecé el acogimiento familiar por sentir envidia de mi vecina. Tenía dos niños acogidos y parecía feliz. Yo pensé: si ella puede amar, ¿por qué yo no podría?” (Dan, 15/3/2012).
- “Pei es un niño muy travieso y me hace enfadar a menudo. Pero pensándolo bien, me calmo a mí misma. Me decía: lo has acogido para amarle, no para enfadarte” (Hen, 20/3/2013).
- “Yo me siento orgullosa cuidando a Fa. La gente dice que el niño no me lo puede agradecer porque no sabe hablar. Pero yo pienso: ¿no es maravilloso amar a una persona que no dice nada? ¡Debo de tener un superpoder para hacerlo!” (Xia, 4/4/2013).

Es curioso notar que, en todas las narraciones, aparece la palabra *xiang*, pensar. Es un ideograma compuesto con el radical corazón y otro verbo que podríamos traducir por mirar si algo o alguien es de tu gusto. Esto demuestra que “pensar” implica sentimiento y evaluación. Sentir y evaluar forman parte del mismo acto de amar, lo que sugiere que el amor no es un impulso o una reacción momentánea, sino un proceso de construcción. Por otro lado, amar es un acto de voluntad, así lo demuestran las narraciones en las que aparecen frases como “los has acogido para amar” o “le cuidaré con mucho amor”.

Sin embargo, el amor no es “puro” o “limpio” sino que incluye todas las emociones: envidia, enfado, tristeza u orgullo. Amar es, tal como muestra la experiencia narrada por las familias de acogida, gestionar sabiamente los conflictos emocionales,

esto es, transformar la envidia o tristeza amando. Dicha “gestión” requiere una capacidad reflexiva para formular evaluaciones. Como una madre me dijo: “Vamos pensando cómo podemos amar mejor a los niños”. Amar es una actividad emotivo-reflexiva y un proceso de construcción, deconstrucción y reconstrucción. Durante este proceso, todas las emociones intervienen, porque son la materia prima con la que el corazón elabora el amor.

4. Amor específico: la relación familiar

Decir que el corazón es donde se elabora la experiencia de amar con razón y emoción, no significa que se haga interior y aisladamente. Al contrario, como experiencia, requiere un contexto interpersonal para su práctica. Si la persona es construida con el “yo”, “tú” y “él” ontológicamente, la práctica consiste en activar y desarrollar esta relación de trío con el objetivo de amar. La estructura de la relación interpersonal debe ser análoga a la de la persona con tres centros: “yo”, “tú”, “él”. En este sentido, la relación más original y auténtica de este tipo es la que se da entre padre y madre e hijo o hija, que es la base que construye todas las familias²⁷.

La familia es el contexto donde se aprende a entender la misma realidad desde las tres perspectivas de “yo”, “tú” y “él”. En una ocasión, la madre Wei me dijo: “En mi casa yo soy la que cuido al niño. Pero los fines de semana lo hace mi marido, así sabrá lo que siento”. Así, el marido debía experimentar lo mismo para comprender la perspectiva de su esposa. El padre Ten me contó una anécdota:

En mi casa, mi esposa cocina para nuestro niño acogido. Cada vez que come el niño, mi mujer le pregunta cómo está la comida. La pregunta me resultaba pesada. Pero ayer cociné yo y le hice la misma pregunta al niño.

Al experimentar lo mismo, a Ten le surgió la misma necesidad de preguntar. De este modo, llegó a comprender por qué su esposa siempre hacía esa pregunta. Entender las perspectivas es entender las necesidades que surgen de las mismas; solo en este

²⁷ En China, la relación entre hermanos no es una relación entre iguales, puesto que hay diferencia entre el hermano mayor y el hermano menor, o entre hermana y hermano. Entre el mayor y el menor el trato es de respeto, por lo que la relación entre ellos es parecida a la de padres e hijos, y se puede considerar como su derivado.

sentido, se puede amar, ya que amar es dar lo que realmente necesita el otro. Como las necesidades son diferentes, los amores también han de ser diferentes. De eso trata el amor materno, paterno y filial.

Del trío surgen tres relaciones bidireccionales: madre-hijo e hijo-madre, padre-hijo e hijo-padre, esposa-esposo y esposo-esposa. Esta organización permite que el aprendizaje de amar sea siempre desde la primera persona. Por otro lado, cada uno asume por lo menos dos roles: la mujer es madre y esposa; el hombre, padre y esposo; y el niño o niña, hijo/a de la madre y del padre. De esta manera, el amor materno, paterno y conyugal se mezclan. La calidad del amor materno, por ejemplo, no solo depende de si la madre da lo que necesita el hijo, sino también de lo que recibe del esposo. Cuanto más recibe del marido, más posibilidad de aumentar la calidad del amor materno. Como dar y recibir son conjuntivos y se involucran necesariamente, padre, madre e hijo o hija, los tres, construyen una unidad única. Aunque cada uno opera desde su primera persona, su independencia tiene sentido solo cuando se relaciona con los otros dos miembros. Al mismo tiempo, si falla uno, la unidad dejará de funcionar para los dos miembros restantes. Por eso los acogedores consideran “incompletas” a las familias que no tienen padre o no tienen madre o hijos. La unidad del trío es tan importante que incluso el orfanato la considera como uno de los requisitos a la hora de seleccionar a las familias. Me explicaba la psicóloga:

En principio, siempre preferimos a las familias con padre, madre e hijos, no solo para que el niño acogido tenga un ambiente óptimo donde desarrollarse, sino también porque nos garantiza el buen desarrollo personal de los propios miembros de la familia de acogida.

Cada amor específico obedece a pautas diferentes. Las familias de acogida consideraban que el padre debía ser *yan*, severo, y la madre, *ci*, cariñosa. Cuando Gan, un niño acogido de cinco años se negó a ir al centro de rehabilitación, su padre acogedor le quitó todos los juegos electrónicos. El niño lloraba pero el padre le dijo: “No hay nada que hacer, hijo. Soy tu padre y he tomado la decisión de castigarte”. Gan acudió a su madre y esta se quedó con él durante largo rato, explicándole la importancia de la rehabilitación, y llegó a convencerle de que, aunque no fuera al Centro, podría hacer

ejercicios rehabilitadores en casa. Luego madre e hijo fueron a “negociar” con el padre para que le devolviera los juegos, una vez el niño terminara de hacer los ejercicios. Vemos que, en este caso, la madre “cariñosa” y el padre “severo” se complementan. El amor materno no es incondicional, el niño siempre tiene que cumplir unas “condiciones” para ser amado y son estas condiciones con las que el niño aprenderá a construir su amor filial. El amor filial en chino se dice *xiao*, dejarse llevar (por los padres). Dicho término es muy valorado por las familias de acogida. Si una madre no es *ci* la consideran “mala madre”, pero, si un hijo no tiene *xiao*, se le llama *shou*, animal o inhumano, es decir, le niegan el concepto de humanidad.

El trío es la base con la que se construye el parentesco chino. Madre, padre, hijo o hija son términos únicos para definir los roles familiares. Madre se dice *ma* o *mu*; abuela, *zumu*, es decir, madre-abuela; tía, *jiuma*, madre-tía. En el caso de los hombres, al padre se le llama *pa* o *fu*; el abuelo es *zufu*, padre-abuelo; el tío, *jiufu*, padre-tío. Respecto a los niños, el hijo es *zi*; el sobrino es *zhizi*, que quiere decir hijo-sobrino; hija se dice *nü* y sobrina es *zhinü*, hija-sobrina. De este modo, todas las mujeres de una generación mayor son madres, y todos los hombres, padres, mientras que todos los niños son hijos e hijas. Según esta lógica, la abuela no es más que una categoría de madre; el nieto, una clase de hijo. Como una mujer me dijo: “Todas las mujeres somos madres tengamos o no hijos”.

De este modo, en el sistema de parentesco chino, no hay más que madres, padres, hijos e hijas. Se espera que todos los hombres se porten como padres, todas las mujeres como madres y todos los niños o niñas como hijos o hijas. Portarse como tal significa seguir las pautas establecidas, que son las que les guían en su desarrollo personal. Cuando un padre castigó al niño que acogía, me dijo “soy su padre”, es decir, su forma de amar como padre era castigar al hijo cuando no se portaba correctamente.

Cabe mencionar que la estructura de trío no se limita a las relaciones consanguíneas, sino que se extiende a toda la sociedad. Entre los acogedores y acogedoras, es muy normal llamar a las mujeres *dama*, gran madre; a los hombres, *daye*, gran abuelo; a los niños, *haizi*, hijo. Al igual que la familia, la sociedad también está

construida por madres, padres, hijos o hermanos²⁸. Por eso, el antropólogo chino Fei Xiaotong (1934) afirma que la familia china es “elástica”, pues puede ser tan pequeña que solo tenga tres miembros y tan grande que incluya una aldea entera.

5. Amor universal: la inclusión trascendental

El amor específico va más allá de su objeto porque, al amar a una persona específica, se desarrolla la capacidad de amar de quien ama. Se supone que, cuanto más se ama a una persona, más capacidad de amar se (ob)tiene y esa capacidad permite que la persona trascienda a la especialidad del objeto amoroso alcanzando al amor universal. El amor materno, por ejemplo, es un ejercicio por el que la madre desarrolla su capacidad de amar a través de amar a su hijo o hija. La capacidad desarrollada le permitirá amar a todos los niños y niñas como hijos e hijas. Esto es posible porque todos los niños del mundo son considerados hijos. El amor materno es, en este sentido, amar a todos en y a través de su hijo; lo mismo ocurre con el amor paterno y el amor filial. El amor particular trasciende el rol que desempeña para llegar a ser universal. Es ahí donde reside la enorme importancia del trío: ser madre, padre o hijo nos permite trascendernos a nosotros mismos. En este sentido, la familia construye la vida humana. Una madre acogedora me explicaba: “Al tener a mis hijos y a mi marido, lo tengo todo. Si no los tuviera, no tendría nada, no sería nadie”.

La transcendencia requiere una técnica especial: la inclusión. Puesto que la persona tiene en su ser sus tres centros (“yo”, “tú” y “él”), no sale de sí para dar-de-sí al otro, sino que incluye en sí misma a los demás, con el fin de poder desarrollarse aumentando su capacidad de amar. La persona “aspira” a otras personas y el primer paso de esta “aspiración” es activar el vínculo natural con el otro, creando roles familiares. Por eso, los acogedores se consideran *yangfu* —padres de crianza— y las acogedoras, *yangmu* —madres de crianza—, y llaman a los niños *yangzi*, hijos a crianza. De este modo, se otorga a cada uno un rol de parentesco y se construye un vínculo voluntario de madre-hijo y padre-hija, entre las personas acogedoras y las acogidas. Las

²⁸ También es importante mencionar la amistad entre hombres y mujeres de la misma edad, pero la amistad ideal es llamar al amigo *dage*, hermano mayor, o *xiaodi*, hermano menor; es decir, se vincula con el parentesco.

familias de acogida afirmaban que su amor hacia los niños acogidos es materno y paterno porque ellos son “padres” y “madres” y los niños “hijos” o “hijas”. Al asignar este rol, el cuidado es más “familiar”. Una madre acogedora comentaba: “Sé cuidar a Lang [el niño acogido], porque he cuidado a Kang [su hijo biológico]”. Por tanto, Lang no es sino un hijo más; el conocimiento sobre cuidado materno ya se había obtenido, ahora era solo cuestión de aplicarlo o ampliarlo.

Sin embargo, cuidar a un hijo biológico no es exactamente igual que atender a un niño acogido, puesto que, para esto último, se requiere *ren*, tolerancia. Qiu era un niño travieso, su padre acogedor me decía: “No toleraba tanto a mis hijos biológicos. Pero tengo que hacerlo con Qiu. Llegó cuando tenía tres años y presentaba unos hábitos que nos resultaban muy extraños”. El ideograma *ren* se escribe con el radical corazón y la palabra filo, lo que indica que la tolerancia es el filo del corazón, un poder cortante y penetrante que permite reajustar el pensamiento en base a aceptar la diferencia del otro e incluirlo. Cuanto más se tolera, más se ensancha el corazón. De hecho, en chino, la expresión de “el corazón ancho” no significa ser generoso o altruista como en el caso español, sino que se refiere a una personalidad tolerante, capaz de aceptar y “aspirar” a todo tipo de personas y opiniones.

La capacidad de tolerar es fundamental para las familias, ya que muchos niños y niñas acogidos llegan con hábitos y costumbres muy diferentes de los de las familias de acogida. Las familias aseguraban que quienes toleran bien son aquellas personas que saben contenerse, es decir, tolerar al otro y contenerse uno mismo son las dos caras de una sola moneda. Mai opinaba: “No me gustaba madrugar pero, desde que tuve a Jai, empecé a levantarme a las seis para darle el primer biberón. Ahora ya no me importa levantarme temprano”. Kang me decía: “Antes veía la televisión hasta las tantas de la noche pero, para que Hai no haga lo mismo porque tiene que hacer los deberes, renuncié a esa costumbre”.

La contención aumenta la capacidad de amar, ya que amar es dar: cuanto menos quieres recibir, más das al otro. Cuando puedes dar todo, todo será tuyo, es decir, te trasciendes a ti mismo. Esta es la sensación que me describía un padre acogedor, refiriéndose a un amor abstracto hacia los niños:

Andando por las calles me olvido de mí mismo y no veo más que niños. Incluso donde no los veo, me los imagino. Por ejemplo, veo un parque, lo relaciono con niños y el parque se vuelve simpático; veo un árbol, imagino a un niño subiendo por él y tengo ganas de abrazar ese árbol.

6. El desarrollo de la persona

Una de las disciplinas más importantes en el estudio del desarrollo humano es la Psicología Evolutiva, que considera que el ser humano evoluciona durante toda la vida, no solo en la infancia y adolescencia como se pensaba tradicionalmente (Calatayud, 2009). Se valora que el desarrollo en la etapa adulta y la vejez tiene la misma magnitud que el de los periodos anteriores. Balters (1997), por ejemplo, especifica tres funciones distintas que corresponden a la infancia, la adultez y la vejez respectivamente: función de crecimiento, de mantenimiento y recuperación-resistencia, y de regulación de las pérdidas.

En el contexto etnográfico, las personas participantes consideraban que, cuando nace, el niño o la niña es *xiaoren*, pequeña persona²⁹. Es persona, aunque sea pequeño, y, como tal, está bien equipado para crecer hasta llegar a ser *daren*, persona grande o adulto. La palabra pequeño indica lo físico, el cuerpo diminuto, pero también la parte moral no desarrollada. Mientras el cuerpo crece mediante la alimentación, la moral se desarrolla con la educación. El desarrollo moral se refiere a la capacidad de amar, dentro y fuera de la familia, con la técnica de la inclusión.

La pequeñez no es sinónimo de desamparo o de debilidad, ya que el niño —como la niña— nace hijo, ocupa un lugar definido en el trío madre-padre-hijo, y su crecimiento tiene un valor definido para él y para el resto de la familia. Si bien el estado biológico del niño precisa alimento y cuidado, dicha necesidad no se reduce a la protección, sino que se considera también un contexto y un momento para recibir educación. Las familias de acogida consideran que alimentación y educación no se

²⁹Este término también se refiere a personas adultas pero de personalidad infantil, es decir, con un desarrollo personal muy bajo.

pueden separar: no se trata de cuidar primero lo físico y desarrollar la moral después, sino que, desde el primer momento, se educa mientras se alimenta.

En las habitaciones de los bebés del orfanato era muy frecuente ver que, cuando la cuidadora daba el biberón a uno, los demás lloraban porque también querían comer. “Aún no les toca, tienen que esperar,” me decía la cuidadora. De este modo, el bebé aprende que llorar no soluciona nada, que hay que respetar primero la necesidad de sus compañeros y las normas establecidas por el orfanato. A Wen, un bebé de diez meses, le gustaba la sopa de arroz pero detestaba la leche. Su madre acogedora no le daba la sopa hasta que tomase primero el biberón de leche; así, le estaba enseñando a esforzarse para alcanzar su deseo. Como me dijo un padre: “En este mundo no hay nada gratuito, ni siguiera para un bebé. Si quieren conseguir algo, ¡que trabajen!”

Por más pequeño que sea, el niño no es amado “gratuitamente”, porque el amor materno no es incondicional. La madre Yu explicaba: “Me sería muy gratificante amarlo dándole todo lo que le haga falta. Pero ¿cómo y con quién aprenderá a amar?” Así pues, para ser amado, hay que amar primero. El amor se gana, es algo trabajado, no se da por el mero hecho de ser pequeño.

Hay tres cualidades imprescindibles para enseñar a los bebés a amar. La primera tiene que ver con el término *tinghua*, escuchar palabras³⁰, es decir, escuchar lo que dicen los demás o uno mismo. Si amar es dar, hay que dar lo que se necesita, por lo que hay que escuchar para que te expliquen lo que necesitan y poder satisfacer esa necesidad. Si traducimos este término por “obediencia”, como se hace comúnmente, no nos referimos a un tipo de obediencia pasiva, en el sentido de no hacer nada, sino activa, con intención de responder. Relacionada con la escucha, están las otras dos cualidades, expresadas en una sola palabra compuesta: *anjing*, quietud y silencio, pues, para poder escuchar, uno debe estar callado. Escuchar no solo se refiere a prestar oídos, sino a sentir las palabras con todo el cuerpo, con el ser entero, por eso es importante estar quieto. Con la quietud y el silencio, uno escucha a los demás y a sí mismo, al propio cuerpo que siente. Algunas familias me enseñaron cómo envolver a los bebés con una

³⁰ En la mayoría de los diccionarios se traduce en español por “obedecer”.

mantita cuadrada y luego atarlo con una cuerda³¹: “Así aprenderán a estar quietos”, aclaraban.

La enseñanza durante la primera infancia no es trabajo exclusivo de la madre, pues el padre participa activamente, aunque tenga menos contacto físico con el bebé. Aunque el bebé no vea al padre, sí escucha a la madre que le suele decir: “Comételo, papá se pondrá contento cuando venga”. O “deja de hacer ruido, si no te castigará papá”. De este modo, en ausencia del padre, la madre construye la figura severa paterna. Cuando el niño tiene tres o cuatro años, el padre se acerca más, juega con él o lo saca a pasear, pero siempre “como padre”, el papel que le corresponde y que su esposa ha construido en el interior del niño —o la niña—.

Los niños y niñas tienen dos ámbitos para desarrollarse: *jiali*, dentro del hogar, y *jiawai*, fuera del hogar. En casa, es la madre u otras madres —madre-abuela o madre-tía— las que los cuidan y, fuera de casa, es el padre u otro tipo de padres —abuelos, tíos, etc.— los que les proporcionan pautas de comportamiento. Esté donde esté, el niño siempre se ve sometido a esta relación interpersonal triple: padre, madre, hijo. Es en este contexto donde no solo recibe el amor materno y paterno, sino que también aprende a construir el amor filial; no solo recibe, también aprende a dar.

Mientras es pequeño, el bebé es amado y, aunque aún no sabe amar, va aprendiendo las cualidades imprescindibles para hacerlo. Cuando tiene seis o siete años, comienza a ir al colegio, a estar más tiempo con el padre y a aprender a amar. Entonces se aplican las cualidades aprendidas, *tinghua* y *anjing*, es decir, se ponen en práctica la quietud y el silencio, escuchando a los demás y a sí mismo. Este aprendizaje durará toda la vida y donde mejor lo aprenderá es en el ámbito familiar; por eso, conviene conservar la familia para siempre. Cuanto más estable y duradera es la familia, más calidad de aprendizaje se obtendrá. Por lo tanto, cuando el niño o la niña crece y se casa, no se trata de disminuir la relación con los padres, ni siquiera cuando se traslada a vivir a otro hogar.

³¹ De hecho, el ideograma *zi* 子, niño, se escribe con una figura de cabeza saliente y el cuerpo atado y envuelto en una tela.

Antes de llegar a la edad casadera, el niño aún tiene que atravesar una etapa de *fayu*, brotar y cultivar. Se refiere a la pubertad, cuando niños y niñas tienen trece o catorce años³². Igual que una semilla que hasta ahora iba creciendo bajo la tierra, absorbiendo sus nutrientes (amor materno) y el sol y la lluvia (amor paterno), a esta edad empieza a brotar en la superficie para madurar en ella. Por eso, cuando Zan, una niña acogida de trece años, tuvo su primera menstruación, su madre acogedora me dijo: “Ahora la cosa va en serio”. Se refería a que iba a entrar en la etapa de preparación de su propia creación: formar su propio trío familiar, mediante el matrimonio y la maternidad.

La adolescencia es considerada por las familias el momento de ensayar la vida “en serio”, pues chicos y chicas deben ser conscientes de la existencia de “yo-tú-él” en su persona y buscar “ámbitos” para practicar las tres perspectivas. La tarea de los padres es proporcionar estos “ámbitos” para que experimenten. Es frecuente ver a chicos y chicas de acogida de catorce o quince años realizando tareas caseras: limpiar, lavar, cocinar, fregar o cuidar niños pequeños. “Tienen que aprender a vivir cuidando de sí mismos y a los demás”, me dijo una madre, es decir, dando y recibiendo entre “yo”, “tú” y “él”.

La madurez se refiere a que el “cultivo” ha llegado al punto de desarrollo para dar “frutos”, esto es, ser padre y madre. Después de los años de aprendizaje, se ha forjado la conciencia materna y paterna en el interior de la persona. La personalidad madura consiste en alcanzar el equilibrio construido con el amor cariñoso de la madre y el amor autoritario del padre. Este equilibrio es lo que se ha de transmitir a los hijos e hijas. Siendo padre, tener la conciencia materna ayuda a comprender la perspectiva de la esposa con quien se comparte el hijo o hija, y lo mismo ocurre en el caso de madre. Ser padre y madre no solo se refiere a la relación con los hijos o hijas, sino también a la del matrimonio: casarse y tener hijos son dos pasos del mismo acto. La psicóloga del orfanato lo resumía así: “Las personas que no quieren tener hijos, no hace falta que se

³² Según la *Ley de Protección de Menores*, se entiende oficialmente por niño a todos los seres humanos menores de dieciocho años. Sin embargo, en la práctica, la edad de catorce años es el límite de la infancia. Los orfanatos, por ejemplo, solo acogen niños y niñas menores de catorce años. Los mayores de esa edad son atendidos en los Institutos de Bienestar Social para adultos.

casen. Viven juntos y ya está. Porque el verdadero certificado de matrimonio son los hijos”.

Ahora es él o ella quien cuida y educa; su rol de aprendiz se convierte en el de maestro. Este salto es posible solo cuando su desarrollo personal, tanto físico como moral, ha alcanzado un nivel suficientemente de madurez. La madurez se refiere a que ha aprendido a dar y recibir equilibradamente, que sabe valorar las necesidades de los demás y de sí mismo.

Pero alcanzar la madurez no significa dejar de desarrollarse como persona, sino que el desarrollo ha entrado en la etapa más productiva, ya que la alimentación y educación de los hijos le exige dar más y tomar menos. Ser padre —o madre— no significa dejar de ser hijo o hija. Un acogedor explicaba: “Tengo hijos pequeños y padres ancianos. Estoy en el medio: soy padre e hijo a la vez”. El hecho de tener hijos y padres “a la vez” indica la yuxtaposición de los roles. Cuanto más roles se asumen, más complejas se vuelven las relaciones interpersonales y más oportunidades se producen para comprender los diferentes puntos de vista. Un padre acogedor me dijo: “Tener a mi hijo me hace entender mejor a mi padre. Cuando hablo con mi hijo, me parece que estoy repitiendo las mismas frases que me decía mi padre cuando yo era pequeño. Esto me ayuda a reflexionar”.

A medida que avanza la edad, el cuerpo degenera y, entrando en la vejez, la persona se encuentra débil. Curiosamente, las familias consideran que los niños son más fuertes que los ancianos, por tanto estos deben recibir más cuidado. Una vez vi a una madre que dejaba correr descalzo a su niño de dos años, pero ponía dos calcetines a su padre de setenta y dos años. Me explicó: “Necesita más cuidado porque su cuerpo degenerado no puede hacerlo por sí mismo”. Pero hablando con Mang, otro padre acogedor, descubrí otra consideración mucho más potente que justifica el “mayor cuidado”. Opinaba Mang: “Los mayores son respetables, han trabajado toda su vida y tienen mucha experiencia que aportar”. Trabajar es producir, pero el producto no solo es material, sino que también puede ser moral. Aquí, la “experiencia” no se refiere a la característica profesional sino al desarrollo personal, ya que el desarrollo es todo un proceso de experimentación entre “dar” y “recibir” y, cuando más edad se tiene, esta

experiencia es mayor. Las familias de acogida consideran que el desarrollo personal de la gente mayor ha llegado a su auge; por eso, se las trata con respeto y la demostración es ese “mayor cuidado”. El valor que dan las familias a los ancianos se debe a la productividad de estos. Han producido para sí y para los demás, tanto material como moralmente. Los niños y niñas, sin embargo, aún están en su fase de aprendizaje, no producen.

Si bien lo físico y lo moral crece en común en el caso de los niños y niñas, en el de las personas ancianas, los dos elementos van en dirección contraria. La moral puede ser muy elevada aunque el cuerpo muera, porque la moral supera a la muerte.

En China, para referirse a un muerto o una muerta, se dice *siren*, persona muerta. Está muerta pero sigue siendo persona. Lo muerto se refiere al cuerpo y la persona puede seguir viviendo moralmente (entre los vivos). Esto indica que no es la biología la que tiene la última palabra. Aún con el cuerpo enterrado, la persona sigue viva, pero no en un más allá maravilloso, sino aquí, entre los vivos de este mundo. Se convierte en uno de los antepasados y su rol sigue siendo muy definido para sus descendientes. La ceremonia del culto a los antepasados, en este sentido, se parece más a una celebración de cumpleaños que a un ritual *in memoriam*. Cada mes, la noche de la segunda luna llena, Mingzhu convocaba a toda la familia (su esposa, los dos niños acogidos, su hija biológica, el yerno y el nieto) a reunirse ante el altar familiar donde se encuentran las tablillas con los nombres de los antepasados. Mingzhu cogía la tablilla de su padre fallecido diciendo: “Padre, este mes hemos traído a un niño nuevo, se llama Xiao, es precioso”. Kang, su esposa afirmaba: “Es verdad, padre, estamos contentos con los niños”. Y el nieto añadía: “Abuelo, en el concurso de matemáticas del cole, ¡he ganado el tercer puesto!”. Así, la familia charlaba con la persona muerta, que seguía siendo “padre”, “suegro” o “abuelo”. Es “tú” o “él”.

7. El abandonado

Cuando realizan estudios sobre la infancia, algunos autores como De Mause (1982) o Ariès (1987) apuntan que el abandono de niños y niñas en la historia se debía a que estos eran poco visibles y no tenían mucho valor para los padres. Sin embargo, en

opinión de las personas participantes en mi investigación, el abandono cometido por las familias chinas parece relacionarse con el nivel de desarrollo personal de los padres, más que con la visibilidad de la infancia en sí.

Debido a que el abandono es muy frecuente en el caso de niñas o niños con discapacidad, las familias de acogida atribuyen la causa a que los padres biológicos, en el contexto de la política del hijo único, deseaban hijos varones y sanos, como mano de obra campesina, como descendientes del linaje masculino o como medio de mantenimiento en la vejez. Las familias me aseguraban que todos estos motivos eran comprensibles y que no veían nada malo en ellos. Para ellas, intentar recibir lo que necesita uno mismo no es discutible. En palabras de una madre acogedora: “¿Quién se preocupará por tu vejez sino tú mismo? ¿No pretenderás que los demás se preocupen por ti?”. Si uno no se preocupa por sí mismo, otros tienen que hacerlo y esto, en opinión de las familias, es una falta de responsabilidad y, por lo tanto, una posición egoísta.

Sin embargo, amar a sí mismo es conjuntivo con amar a los demás, ya que, en el ser de la persona, el yo está vinculado ontológicamente con “tú” y “él”; como objetos amorosos, yo y otro no se excluyen. El problema de las familias que abandonan, según las familias acogedoras, es que la necesidad propia y la de las niñas y los niños con discapacidad entran en conflicto, “una situación muy complicada”, aseguraban. En ella, resulta imposible mantener el equilibrio entre “dar” y “recibir”: si quieren mantener a las niñas, tendrán que renunciar a su propia necesidad de tener hijos varones; en caso contrario, si insisten en lograr sus propios intereses, abandonarán a las niñas.

Ante esta situación “complicada”, surgen dos respuestas. La primera (se quedan con las niñas) supone que priorizan las necesidades del otro por encima de las propias. “Son gente de un nivel de desarrollo muy alto,” me aseguraban las familias de acogida. Y lo consideraban así porque su balanza de equilibrio entre el yo y el otro se inclinaba hacia el segundo. Además, en este acto de renunciar a sus propias necesidades, experimentan un gran salto moral y se realizan como personas. “Son personas ejemplares de quienes tenemos que aprender”, comentaba un padre.

La segunda respuesta ante este conflicto también denota un desequilibrio, pero la balanza se inclina hacia uno mismo, por lo que se renuncia a las niñas. “Yo creo que son

egoístas —afirmaba una madre acogedora— solo piensan en utilizar a los hijos como mano de obra o instrumento para su vejez. Como las niñas no les sirven para este fin, las dejan”. Según esta madre acogedora, quienes abandonan valoran a los hijos en base a su utilidad, los tratan como un medio para lograr su propio fin.

En este sentido, la pérdida del abandono es “terrible”, no solo para la niña o el niño, sino para los mismos padres, porque “han destruido el trío que era su propia creación”. Han destruido la unidad padre-madre-hijo. La destrucción de la propia creación elimina el contexto original y auténtico donde se desarrolla la persona y hace perder una oportunidad de “ensanchar el corazón”; por eso, su corazón se queda pequeño.

Las familias acogedoras opinaban que el abandono es antinatural, ya que el hijo es el “tú” natural de los padres. Al eliminarlo, el ser del padre y la madre se mutila y su ego se reduce a un yo aislado, que le impedirá crecer como persona. “Uno solo, sin tener a los demás, no llegará a ningún lado”, aseveraban las familias acogedoras.

Sin embargo, las personas de “corazón pequeño” no lo son de nacimiento, sino que las circunstancias a las que se han visto sometidas les ha provocado un “contratiempo” por el que no han logrado hacer crecer su corazón. Superando las “situaciones complicadas”, el corazón crecerá, pues todos nacemos con la capacidad de dar y de amar. Nacemos *shan*, buenos, pero puede que las circunstancias nos desvíen convirtiéndonos en *er*, malos. El bien es lo verdadero, mientras que el mal no es sino la desviación. El mal, como tal, no existe, es la ausencia del bien. Por eso las personas acogedoras me comentaban: “No vale la pena criticar todo el tiempo a los que abandonan³³, lo que tenemos que hacer es seguir a las personas ejemplares, porque son ellas quienes nos indican el camino correcto para no desviarnos”. Si se hace “bien”, no habrá lugar para que aparezca el mal. Todos podemos hacer “bien” porque es nuestra *renxing*, naturaleza humana. Se da por sentada esta naturaleza y la cuestión no es otra

³³ Esta actitud también predomina en el círculo académico. Cuando exploraba la bibliografía sobre el tema de abandono para recopilar información, no encontraba ningún estudio específico. Los estudios que mencionaban de paso el abandono se excusaban en que no hay acceso a las familias que abandonan porque esta práctica es ilegal. Sin embargo, la antropóloga americana Key Johnson (2004) logró entrevistar en la zona de Wuhan a más de doscientas familias que habían abandonado a sus hijas. Este contraste nos hace sospechar que quizá haya una falta de interés por parte de los investigadores chinos sobre el tema de abandono.

sino cómo activarla y desarrollarla. Es esta confianza sobre la bondad natural de la persona lo que hace que las familias de acogida afirmen que el “corazón pequeño” no es natural ni permanente, sino un fallo de la activación.

Las familias lamentan que siempre existirán personas con “corazón pequeño”, puesto que siempre hay personas que se encuentran en un nivel bajo del desarrollo y, por lo tanto, el abandono no va a desaparecer. “Menos mal que el orfanato y nosotros, a través del acogimiento familiar, podemos hacer algo para reparar el daño que les ha causado el abandono a las niñas y los niños con discapacidad”. Si hay gente que abandona, también existe la que acoge: el acogimiento familiar sirve como contrapeso al abandono para mantener el equilibrio de la sociedad.

El niño nace hijo³⁴ y, a pesar de ser abandonado, su rol filial no cambia. Una madre acogedora reflexionaba: “Todos los niños son hijos o hijas, lo que necesitan es tener madre y padre. Por eso me considero su madre de crianza”. Otro padre acogedor lo expresó así: “¿Qué es un niño sin padres? ¡Nada! Si queremos cuidarlos, primero tenemos que ser sus padres y madres”. Según su opinión, padre y madre son aquellos que asumen el rol paterno y materno. Una madre me explicó: “Incluso los hijos de las parejas homosexuales tienen padre y madre, porque, entre los dos, uno hace el papel de padre y otro el de madre, no importa que sean hombres”. En el caso de padres o madres monoparentales, las familias de acogida ven que su papel es muy difícil: “Un hombre o una mujer asume dos roles, materno y paterno, a la vez. Si no es imposible, creo que es muy complicado”.

Así pues, ser abandonado no es perder a los padres o, dicho de otro modo, la sangre no es el único elemento con que uno se hace padre o madre, aunque sí sea el más auténtico y original. Igual que los padres que, al abandonar, podrán tener más hijos, la niña o el niño abandonado también puede encontrarse con otros padres y madres —ya sean padres adoptivos, padres acogedores, padres de fines de semana³⁵, etc.—, para formar un nuevo trío, sea temporal o permanente. En este sentido, los padres y madres

³⁴ De hecho, en chino, niño e hijo se expresan con la misma palabra que es *haizi*.

³⁵ El orfanato de Nanchang contrata familias que acogen a niños durante los fines de semana, por eso se les denomina “padres de fin de semana”.

de crianza forman parte de una larga lista de padres a disposición de niños y niñas abandonados, garantizándoles el rol filial.

8. La discapacidad infantil

En Occidente, la concepción de la discapacidad evoluciona con modelos diferentes siguiendo a la ideología de cada época histórica. En su estudio sobre la problemática de la discapacidad, Palacios (2008) dio una explicación exhaustiva de los diferentes modelos producidos a lo largo de la historia en Occidente. Según él, destacan cinco modelos principales: el modelo tradicional, que trata la discapacidad con rechazo o prevención; el modelo médico, que intenta rehabilitar a la persona con discapacidad con medidas médicas; el modelo social, que resalta el papel del entorno físico y cultural e introduce los derechos de la persona con discapacidad; el modelo de integración, que trata a la persona con discapacidad de forma holística; y, por último, el modelo de diversidad, que la considera una forma más de vivir.

Por su parte Álvarez Remírez (2013) resume que los diferentes modelos en realidad se resumen en una sola relación entre dos caras:

una cara personal, en cuanto es una circunstancia no generalizada, sino presente en algunas personas que las hace ser vistas como diferentes; y una cara social, porque la discapacidad es un hecho de transcendencia social (concebida habitualmente como problema, como algo lastimoso y fastidioso) (Alvarez, 2013:24).

Para esta autora, todos los modelos reflejan consideraciones sociales de “la cara personal” y son respuestas de “la cara social” a la problemática de la discapacidad. Los modelos evolucionan según el nivel de entendimiento social de “la cara personal”. Así, en el modelo tradicional, la sociedad consideraba a la persona con discapacidad innecesaria, ya que no aportaba nada a la comunidad; por lo tanto, debía ser rechazada o eliminada. Sin embargo, en el modelo de diversidad, la sociedad tiende a considerar a la persona con discapacidad una forma más de vivir y la acepta.

Los diferentes modelos ponen de manifiesto que la concepción de la discapacidad no es un tema inmutable, sino en constante cambio en el contexto

sociocultural. Ello permite a Céspedes (2005) hablar de “la nueva cultura de la discapacidad” cuando se refiere a los avances del modelo médico tradicional hacia otro renovado de rehabilitación basado en la comunidad (Céspedes, 2005:110). Para esta autora, el problema de la discapacidad no está limitado únicamente a la persona, sino que también involucra a la familia, la comunidad, la sociedad y la cultura en general. Por ello, apoyándose en el concepto ecológico de Bronfenbrenner (1987), Céspedes llega a sugerir un nuevo concepto de mayor amplitud: el modelo ecológico. En este nuevo enfoque, la sociedad no solo acepta sino que tiene la obligación de trabajar con las personas con discapacidad para tratar de proporcionarles diferentes opciones dentro de la comunidad a la cual pertenecen (Céspedes, 2005: 113)

Conforme a lo señalado arriba, la concepción de la discapacidad es cultural y su desarrollo no puede desvincularse de la historia social de la que forma parte. Si las peculiaridades históricas de Occidente han producido los modelos muy variados que hemos expuesto en los párrafos anteriores, en el contexto etnográfico de mi investigación en Nanchang, las personas participantes me hablaban de otros enfoques, que ponen de manifiesto su visión “emic” sobre la discapacidad infantil de los niños y niñas acogidos.

Las familias de acogida señalaban tres factores como causa de la discapacidad infantil: la ecológica, la genética y la médica. Me hablaban de que muchos de los ríos de Nanchang están contaminados por el uso industrial. El consumo de agua y pescado por los habitantes de la ciudad, según el médico del orfanato, “les produce enfermedades raras” que “eran inexistentes antes”. La madre Xiong creía que los padres contaminados transmitían sus “genes contaminados” a los recién nacidos:

En mi tiempo, no había tantas enfermedades genéticas porque el Estado exigía una revisión médica a los novios antes de que se casaran³⁶. Creo que hay que ser responsables si se quiere engendrar vidas humanas.

Es curioso notar que, si bien se toleran algunos casos de abandono de hijos e hijas, no es así en cuanto a dar a luz a bebés con problemas de salud. En el contexto

³⁶ Era una ley del tiempo maoísta, según la cual se realizaba una revisión médica en los hospitales públicos a toda persona que tuviera intención de casarse.

etnográfico, era frecuente escuchar críticas contra los padres y madres irresponsables con la salud del recién nacido. Un padre acogedor apuntaba: “Han tenido nueve largos meses para tomar medidas a fin de que el niño nazca sano”. En este contexto, se hablaba abiertamente del aborto que, como me aseguraba una mujer, “es una de las medidas más eficaces para evitar que nazcan niños con problemas de salud³⁷”. Las familias mantenían la idea de que se viene a este mundo para disfrutar la vida y ser felices y, por lo tanto, los padres y madres son responsables de garantizar las mejores condiciones físicas y psíquicas en el nacimiento de sus hijos e hijas.

Si bien los padres son responsables de proporcionar un cuerpo sano, una vez nacido, el individuo, sea sano o con discapacidad, tendrá su propio protagonismo para conseguir la felicidad, ya que la felicidad se construye. Como me dijo una mujer: “Los niños no nacen felices pero sí conseguirán vivir felices”.

Las familias estaban convencidas de que los niños y niñas con discapacidad pueden ser felices, igual que los demás: “Todo depende de cómo lo mires”. O, lo que es lo mismo, la felicidad es subjetiva. Una mujer relataba: “Lei no puede ir a la escuela, pero disfruta leyendo novelas en casa. Dice que de mayor quiere ser novelista”. Ir al colegio no es la única forma de disfrutar y obtener conocimientos. Otra mujer opinaba: “Hao no puede andar, está sentado en la silla de ruedas, pero todos sus amigos de Internet le consideran el número uno en temas informáticos”. Hay otras maneras de relacionarse aparte del movimiento físico. Los niños también hacen felices a los acogedores y acogedoras, aunque la felicidad aparezca en instantes fugaces. Un padre contaba: “El día que se puso de pie Nan, después de tres años dándole masajes, lloré de felicidad”. Las familias no desesperan y creen que, por más breve que sea la felicidad, da sentido a la vida. Cuando describía su experiencia de cómo iba viendo el avance de su niño con los ejercicios de rehabilitación, la madre de acogida resumía: “Soy feliz al verle andar uno o dos pasos. Vivo para esos momentos”.

Las familias reconocen que los niños y niñas con discapacidad requieren más ayuda y cuidado en su crianza y que, para eso, están ellas, como padres y madres. Los

³⁷ China tiene una larga historia de eugenesia. Ya en los tiempos antiguos, en la medicina china popular, existía la creencia de que se podía parir a niños fuertes a través de regular el comportamiento antes y durante de la práctica sexual (Van Gulik, 1936).

nombran como *canyiren*, persona incompleta y enferma. Lo incompleto o la enfermedad se refieren a las deficiencias físicas y psíquicas que les dificultan en la vida, pero no implica que les incapaciten para amar, sino que su capacidad de amar se desarrolla bajo las condiciones que les han causado las deficiencias. Como persona, el niño o la niña con discapacidad dispone de la misma capacidad de amar que los demás, pero su desarrollo se ve obstaculizado por las deficiencias físicas y psíquicas. Las familias acogedoras consideran que su tarea consiste en ayudarles a vencer o reducir estas deficiencias.

Desarrollar la capacidad de amar requiere “trabajar” con voluntad. En el centro de rehabilitación, los padres y madres acogedores me solían decir: “Les ayudamos en todo lo que podemos, pero, si el niño no pone su parte, nada sirve”. Para ellos, el niño no es un simple paciente pasivo que recibe tratamientos, sino el dueño de sí mismo, capaz de lograr sus objetivos y participar en la mejora de su vida. Las familias comentaban: “Si el niño tiene voluntad, todo funciona y, si no la tiene, nada sirve”.

Las familias entendían la capacidad como capacidad de dar y amar, por lo que su desarrollo se entiende como aprender a dar más y recibir menos. Una mujer consideraba que “vivir siempre de las subvenciones o pedir a la sociedad es vergonzoso. Prefiero enseñar al niño a valerse por sí mismo”. Por eso, las familias insistían en que los niños y las niñas debían de recibir la educación adecuada para conseguir un oficio o un empleo, como medio de mantenerse cuando fueran mayores. El tema del empleo es una constante en el contexto etnográfico. En el orfanato, se organizan cursos especiales para enseñar a los niños y niñas algún oficio apto para sus condiciones físicas o psíquicas. Vi algunas personas adultas con discapacidad trabajando en el orfanato y me dijeron que habían crecido en el mismo centro.

Otro tema que obsesionaba a las personas acogedoras era que los niños y niñas pudieran casarse algún día y formar su propia familia. Una mujer que se preocupaba mucho por el futuro de su niño acogido, cuando ella faltase, decía: “Donde mejor puede estar es en su propia casa, con su mujer y sus hijos”. La madre Tang acostumbraba a enseñarme su foto favorita, en la que aparecía la familia de Ju, el chico a quien ella acogió quince años atrás. Ju es ciego, está casado con una chica coja y tienen una hija

de tres años. Tang elogiaba: “Es preciosa la niña y son felices”. En una de las entrevistas, me encontré con un hombre que llevaba al niño a costas para bajar las escaleras del edificio donde vivían. Le comenté que sería más fácil que se construyera una rampa para poder mover al niño en una silla de ruedas. Me contestó: “No importa. Estoy aquí para llevarlo”. Para él, bajar las escaleras no era un tema relacionado con la arquitectura, sino con la familia, ya que si el padre lleva al hijo, es decir, “era las piernas del hijo”, el niño bajaba las escaleras igual que los demás. La familia es más importante que las instalaciones materiales (aunque lo ideal sería que lo material complementara el funcionamiento de la familia).

En general, las familias estaban bastante alerta de no depender demasiado de las instalaciones materiales. Como decía un hombre: “Los niños tienen suerte por haber nacido en una época de tanta tecnología. Pero hay que ser selectivo a la hora de usarla”. Pensaban que una excesiva dependencia material no favorecía el desarrollo de la capacidad de dar. En el centro de rehabilitación, cuando un niño llora por el dolor que le causan los ejercicios, normalmente no se le hace caso, porque las familias acogedoras creen que el dolor es pasajero, mientras que la capacidad de contención que se fomenta beneficiará al niño toda la vida, ya que con ella aprenderá a dar.

Dar es amar y amar ensancha el corazón. Si uno siempre recibe, no tendrá oportunidad de ensanchar su corazón, que se quedará pequeño, y, de ese modo, su desarrollo personal puede atascarse. Amar no depende de si la persona es “incompleta” o no, sino de la voluntad de desarrollar la capacidad de amar. Por eso, las familias consideran que el ser un niño con discapacidad no impide aprender a amar, aunque las condiciones en las que aprende son distintas de las del niño *zhengchang*, es decir, de las del niño “completo”.

2ª PARTE:
MARCO DEL ACOGIMIENTO FAMILIAR

Capítulo IV. EL ACOGIMIENTO FAMILIAR CHINO

1. Sistema de la protección de la infancia

1.1. El interés de la niñez

1.2. Infancia en desamparo

1.3. Niños y niñas con discapacidad

2. Evolución del sistema de acogimiento familiar

2.1. 1949 – 1989

2.2. 1990 – 2002

2.3. 2003 – hasta la actualidad

2.4. Marco legal

2.5. Modalidades

2.6. Acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad

1. Sistema de la protección a la infancia

En 1949, con la fundación de la República Popular China, se inició una nueva etapa en relación con la protección infantil, durante la cual el gobierno comunista programó una serie de medidas legislativas y prácticas para mantener la estabilidad de la familia, en tanto que responsable de los niños y niñas. En su artículo 95, la *Constitución China* de 1954 declaraba que “se protege el matrimonio, la familia, la maternidad y el niño”. La *Ley de Matrimonio y Familia* de 1950 aseveraba, en sus artículos 3 y 21, que “está prohibido maltratar y abandonar ningún miembro (incluso niños) de la familia” y que “todo niño tiene derecho de recibir la atención de sus padres en casa”, garantizando su derecho a crecer y recibir cuidado y educación en el contexto familiar, pues se considera deber y responsabilidad de madres y padres proporcionarles alimentación, vivienda y educación moral. Así, la ley constitucional y otras leyes, como la de matrimonio, se modificaron teniendo en cuenta el interés del niño, al tiempo que se procuraba garantizar la estabilidad familiar, a través de ciertas políticas, como la del sistema residencial, que dividía la población en urbana y rural, no permitiendo el movimiento físico de los habitantes de ambas partes ni la vinculación entre matrimonios urbanos y rurales (Li Hanlin, 2004). Del mismo modo, se promovió la incorporación de la mujer al mercado laboral —que proporcionaba un aporte al ingreso familiar, contribuyendo a la igualdad entre hombres y mujeres— y el servicio de guarderías gratuito, para ayudar a las familias escasas de recursos en el cuidado de sus hijos e hijas, mientras los padres trabajaban fuera de casa.

Estas políticas destinadas a garantizar una estabilidad familiar eran, en realidad, un intento de que niños y niñas vivieran protegidos en el interior de la familia, donde recibían todo lo necesario para un desarrollo moral y material, acorde con el nivel económico y mental general del país (Liu, 2000). Se trataba de un sistema de protección de la infancia que otorgaba al bienestar de la familia —centrado en su estabilidad—, un lugar primordial y básico, al mismo tiempo que estratégico. Una estrategia que, según Liu (2000), daba resultado, si se considera que, en la sociedad de entonces, no surgían muchas notificaciones sobre “problemas de niños”.

Crecer y desarrollarse con buena salud, ser atendido con suficiente atención sanitaria, y recibir educación y formación gratuita, durante el tiempo establecido por la *Ley de Matrimonio y Familia* de 1950 y la *Ley de Protección de la Maternidad y los Niños Recién Nacidos* de 1954, fueron las medidas principales que el gobierno comunista estableció en sus primeros treinta años.

1.1. El interés de la niñez

A partir de 1980, como consecuencia de las reformas económicas, el nivel de vida de China mejoró desde la perspectiva material. Esto hizo posible invertir más recursos económicos en los programas de protección a la infancia. El interés por la niñez aumentó, concretándose cada vez con más detalle y precisión, y se constituyó en la principal fuente de inspiración del sistema de protección infantil, que se materializa en derechos y necesidades siempre vinculados a la familia y a la maternidad.

En 1990, China firmó la *Convención de los Derechos de la Niñez*. Esta acción se tradujo en un esfuerzo por adecuar el marco legal en relación con la protección a la infancia. El ejemplo más ilustrativo fue la proclamación de la *Ley de Protección de Menores*³⁸, considerada básica en la materia y hasta entonces inexistente. Dicha ley contenía cinco capítulos: la protección en la familia, en la escuela, en la sociedad, en las leyes y las responsabilidades de las instituciones y personas competentes en la materia.

En 1992, dos años después que China ratificara la *Convención de los Derechos de la Niñez* y como compromiso con la comunidad internacional, el Consejo de Estado chino publicó el *Compendio del Plan de Desarrollo de los Niños*, incorporándolo en la planificación general del desarrollo nacional (Lu, 2005: 179). Dicho compendio resultó ser un programa decenal sobre el desarrollo de la salud, la educación infantil y el medioambiente donde se desenvolvían los niños. Las metas a alcanzar durante la década de los noventa incluían un compromiso para, entre otras cosas, reducir la mortalidad en niños y niñas menores de cinco años, así como la mortalidad en los partos; disminuir las enfermedades por problemas nutricionales en menores de cinco años; mejorar la calidad

³⁸ El texto de la ley se puede consultar en el siguiente enlace: http://www.china.com.cn/policy/txt/2006-12/30/content_7582808_3.htm.

del agua en las zonas rurales; divulgar la educación secundaria gratuita en las zonas rurales; dar formación a los padres y madres sobre la educación de sus hijos e hijas; y fomentar las actividades extraescolares. También se contemplaba prestar especial atención a los niños y niñas de las etnias minoritarias y a los que se encontraban en situaciones de pobreza; controlar la natalidad de niños y niñas discapacitados; y mejorar la atención a aquellos que pudieran requerir especial cuidado y educación.

Así, por ejemplo, la *Ley de Matrimonio*, modificada en 2001, en su artículo 23, señalaba que el niño debía crecer y desarrollarse en el seno de la familia y de la sociedad en condiciones de libertad y dignidad. La *Ley de Familia*, en su artículo 8, establecía que el niño debía recibir de forma integral la atención hacia todas sus necesidades básicas: sanidad, educación, formación, seguridad y oportunidad de juegos. Asimismo, en sus artículos 10 y 34 señalaba el derecho del niño a crecer en una familia que debería primar el interés del pequeño, ya que había de sentirse querido y comprendido en el ámbito familiar. La *Ley de Educación Gratuita*, en su artículo 42, recogía el derecho a recibir educación, siendo las familias responsables de educar a sus hijos e hijas, así como de garantizarles juegos y esparcimiento. Finalmente, la *Ley de Protección de los Menores* establecía que los niños y niñas discapacitados física y mentalmente o los que habían sido abandonados o habían quedado huérfanos y sin familia deberían recibir atención especial.

Necesidades básicas infantiles

Las necesidades básicas del niño en la etapa prenatal se basan en la alimentación, higiene, vivienda, ropa y protección contra todo tipo de riesgo o accidentes, ya que la etapa de gestación en la que se forma el feto, se considera como un periodo en el que debe ser protegido a través de los cuidados que precisa la mujer embarazada.

Para su adecuado desarrollo emocional, se estima que niños y niñas necesitan contar con una figura fija, con la que construir un vínculo afectivo y desarrollar su autoestima o, mejor aún, su autoconfianza. El desarrollo cognitivo, por su parte, debe propiciarse a través de la memoria, la concentración, el análisis, la comprensión y la capacidad de absorber la realidad y resolver los problemas. La comunicación y el

lenguaje se desarrollarán a través de la estimulación personalizada del habla, el diálogo y la comunicación con los demás. La interacción social permite que aprendan de los otros, al tiempo que aprenden a ayudar y ser ayudados, a ganar y perder, a consolar y pedir consuelo y otras habilidades necesarias para vivir en sociedad.

Feng (2014) ha llamado la atención, a través de sus investigaciones, sobre la importancia asignada a la familia en la sociedad china, en relación con la protección de niños y niñas. Según el diccionario chino, modificado en 1989 y publicado por Social Sciences Academic Press, la familia es “un conjunto formado por un matrimonio y sus hijos y otras personas unidas por parentesco”, una definición en la que no hay lugar para una pareja que no esté casada —del mismo modo, la ausencia de la madre o el padre hacen que la familia reciba la consideración de “familia incompleta” (Feng, 2014)—. Es en el contexto familiar así definido donde niños y niñas pueden recibir la atención adecuada de forma integral, para su crecimiento y desarrollo físico y mental. Feng señala que el desarrollo cognitivo, social, de comunicación y lingüístico tienen sus diferentes fases, de acuerdo con el crecimiento biológico, y que no conviene cambiar el contexto hasta que alcance la madurez. La familia es donde nace el niño y donde se vincula con su padre y madre mediante fuertes sentimientos, de enorme importancia para su desarrollo (Guo, 2008).

Feng también considera que, para satisfacer las necesidades de niños y niñas en el ámbito familiar, la maternidad no puede sustituir a la paternidad. Si en los momentos prenatales y de la primera infancia la madre puede resultar la figura más cercana, en otros momentos del crecimiento la figura del padre resulta clave para la formación de la personalidad. La autora menciona que la lucha por la igualdad entre el hombre y la mujer no debe limitarse a que la mujer imite lo que hace el hombre, sino que el aspecto esencial es respetar lo que hace cada uno. Dado que, según la autora, la diferencia no se traduce automáticamente en jerarquía, las diferentes funciones de la madre y el padre en relación con la crianza de los hijos e hijas favorecen el desarrollo social y cognitivo de los mismos, mientras que la falta de uno de los dos priva y reduce la fuente de sentimiento y los recursos educativos dedicados a su atención (Guo, 2008).

1.2. Infancia en desamparo

Wang Yanfu (2006) denomina “*shiyi*” (niños faltos de amparo, es decir, en desamparo) a aquellos niños y niñas de padres muertos en accidentes o encarcelados, así como a los abandonados por ser discapacitados, niñas o producto de embarazos no deseados de madres adolescentes o nacidos fuera del matrimonio. Para este autor, todos los niños y niñas que no tengan a nadie de quien depender se encuentran en situación de desamparo, ya sea porque han sido abandonados o porque han quedado huérfanos. El término desamparo es, pues, más amplio que el de abandono u horfandad. Otros autores como Zhang Zhe (2003) distinguen entre “*gu*” y “*can*”, es decir, entre niños y niñas sin padres y discapacitados. Wang (2006) critica esta clasificación por su falta de claridad, ya que la discapacidad es, con frecuencia, causa de abandono. Pese a ello, “*gu can ertong*”, o niños y niñas huérfanos y discapacitados, es un término muy utilizado y extendido hoy en día para referirse a aquellos que se encuentran en situación de desamparo.

Aunque diversos autores reconocen que en todo momento de la historia han existido en China niñas y niños desamparados, consideran que esta situación se ha visto agravada en la actualidad a causa de la reforma de 1978 y el aperturismo iniciado al final de los años setenta del siglo pasado. Estos dos factores provocaron una transformación social, que afectó la estabilidad y el dinamismo de la familia, tanto en el campo como en la ciudad. Wang (2006) atribuye el aumento de los niños y niñas en desamparo primero a la tradicional preferencia por el varón, que impulsa a abandonar a las hijas bajo la presión de las políticas de control de natalidad; y, en segundo lugar, a la falta de recursos económicos que no permite a las familias mantener y tratar a sus hijos e hijas con discapacidad.

Qin Qin (2012) ha llamado la atención sobre el hecho de que, cuando un niño o una niña pierde a sus padres, sea por la causa que sea, lo primero que se pone en peligro es su supervivencia, no solo porque necesita alimentación y ropa, sino también alguien que se la provea, lo que se agrava significativamente en el caso de un bebé recién nacido, cuya supervivencia depende enteramente del cuidado adulto. Sin embargo, como señalan Cui Lijuan y Yang Zhiyong (2002), la pérdida de los padres provoca

también trastornos emocionales, que se manifiestan en emociones negativas, como la introversión excesiva, la depresión, la ansiedad, los miedos o la rabia. Se trata de niños y niñas que, a veces, tienden a ocultar sus deseos, a no expresar sus necesidades e, incluso, llegan al extremo de no comunicarse con nadie, lo que supone un problema que supera el ámbito de lo individual para transformarse en social. Por su parte, Yu Jidong y Wang Youli (2007) señalan que la rabia que sienten los niños y niñas al perder a los padres se transforma en excesiva agresividad y, en ocasiones, responden a los demás con violencia en la competencia social, siendo esta agresividad causa de rechazo entre los demás niños y niñas de su edad, lo que les convierte en marginados.

Este tipo de dificultades y consecuencias del desamparo, a pesar de la instrumentación de medidas de protección a la infancia desamparada, no se resuelven satisfactoriamente. Diversos autores como Guo Bicheng (2001) y Xu Shizhen (2003) señalan que los niños y niñas institucionalizados suelen presentar deficiencias en su desarrollo emocional, ya que, acostumbrados a ver a las *aiyi* (tías, que es como los niños llaman a las cuidadoras) de bata blanca, no consiguen una figura personalizada con quien establecer una relación afectiva y continuada. Cuando no disfrutan del cariño maternal y paternal, se vuelven introvertidos y les cuesta comunicar con los demás. No obstante, como indica Zhang Chengxue (2002), una familia alternativa no garantiza la satisfacción de todas las necesidades de manera automática. También en el caso de las familias alternativas, según el mismo autor, lo esencial es exigir la estabilidad del matrimonio y la armonía en las relaciones familiares. La estabilidad no solo facilita el correcto desarrollo infantil que la niña o el niño desamparado necesita, sino que evita la ruptura con la familia, aspecto fundamental, pues, según autores como Zhu Kongfang (2009), el continuo cambio de familia perjudica seriamente el desarrollo infantil. Se trata de un delicado equilibrio, ya que, como señala Zhang Chengxue (2002), las investigaciones muestran que, cuanto antes es ubicado en una familia, mayor es el beneficio que recibe el niño o niña en situación de desamparo, puesto que el significado del tiempo es diferente para un pequeño y para un adulto: la evolución infantil tiene sus propias leyes que determinan las etapas y los tiempos necesarios para el desarrollo infantil.

El desamparo amenaza seriamente la supervivencia y el desarrollo infantil que defienden las leyes, pero también amenaza el orden social. Por ello, Liu Jitong (2010) considera que la mejor medida de protección infantil es ayudar a las familias para que no abandonen a sus hijos e hijas. En este sentido, la principal medida de protección a la niñez sería la protección a la familia.

Cuando se determina una situación de desamparo, la entidad pública competente asume la tutela del menor implicado, responsabilizándose de su protección. En la actualidad, la entidad pública competente se organiza en instituciones provinciales, denominadas Institutos de Bienestar Infantil y popularmente conocidas como orfanatos. Sin embargo, si el sistema tradicional que se ocupó de los niños y niñas en desamparo fueron en su día los orfanatos, actualmente el sistema se diversifica y el cuidado de muchos niños se realiza en otros centros educativos o rehabilitadores (Wu, 2008).

1.3. Niños y niñas con discapacidad

Zhang Lu (2013) señala que, si bien, en los últimos veinte años del siglo XX, el abandono de niñas era notable, al inicio del nuevo siglo, la tasa disminuyó, al mismo tiempo que se incrementó el abandono de niños con discapacidad. Probablemente, señala, ello se deba a que se incrementaron los índices de discapacidad vinculados, entre otras cosas, a la falta de cuidado prenatal, al matrimonio entre parientes cercanos y al embarazo precoz de adolescentes. Sean cuales fueren las causas, a partir de la década de los 90 del siglo pasado, el número de niños y niñas en desamparo se incrementó. No obstante, Wang, (2006) argumenta que esta cuestión existía incluso en los primeros treinta años maoístas, cuando se construyó la Nueva China. En aquel entonces, la mayoría de los niños y niñas acogidos en los orfanatos sufrían discapacidad (Wang y Zhao, 2006). Otras investigaciones sugieren que esa cantidad no disminuyó en la era reformista que tuvo lugar a partir de los años 1980, sino que fue desplazada por el súbito e impactante abandono de los bebés femeninos (Wang, 2006).

Durante la última década del siglo XX, el número de niñas abandonadas se redujo, no solo por la adopción internacional —que llevó a la salida de miles de menores chinas de los orfanatos—, sino, lo que resulta más importante, por el cambio

de actitud de la población china hacia las niñas. Hoy día, tanto en las ciudades como en el campo, aunque lo ideal sigue siendo “la parejita”, la mayoría de los padres piensan que el mejor sexo de los niños es “el que ya tienen en casa” (Lin, 2009: 78), ya sea niño o niña.

En opinión de las investigadoras Shang Xiaoyuan, Wu Xiaoming y Yang Yang (2004), al reducirse el número de niñas sanas en los orfanatos, los niños y niñas con discapacidad ingresados en estos centros volvieron a cobrar protagonismo. Sea cual fuera la razón, el hecho es que, durante los últimos diez años del siglo anterior, el número de niños y niñas con discapacidad no ha cesado de aumentar, llegando en la actualidad a conformar un 80% en la mayoría de los hospicios.

Necesidades del niño con discapacidad

Wu De y Yang Li (2009) enfatizan que los niños y niñas con discapacidad comparten con los demás las mismas necesidades básicas, que son, según estos autores, “las referidas a la seguridad, crecimiento y supervivencia, al desarrollo emocional, social, cognitivo, del lenguaje, etc.” (Wu y Yang, 2009: 2). Reconocen, no obstante, que los niños y niñas con discapacidad tienen necesidades especiales, pues sus condiciones físicas o psíquicas presentan deficiencias que requieren ayuda especial. No son en sí mismos especiales, lo especial es la atención que precisan para alcanzar el nivel normal de desarrollo de los demás niños y niñas.

Por su parte, Zhang Gongchun y Yuan Jinxing (2009) concretan las necesidades especiales de los niños y niñas con discapacidad, poniendo el énfasis en el aspecto rehabilitador. Argumentan que presentan “dificultades en su proceso de desarrollo infantil, por lo que son niños con dificultad de desarrollo” (2009: 34) y necesitan ayuda para vencer dicha dificultad; de ahí la importancia de los ejercicios de rehabilitación que posibilitan la mejora de sus funciones físicas o psíquicas. Por ello, reclaman con urgencia la formación de profesionales con conocimiento técnico y capacidad de introducir a los niños y niñas en las actividades e interaccionar con ellos.

Lu Fuli y Xu Xiaoyan (2009) subrayan la importancia de una educación especializada para estos niños y niñas. Consideran imprescindible crear o ampliar

centros de enseñanza especial y buscar medidas que permitan introducirlos en los colegios normales, lo que exige cambiar la estructura de los centros a favor de los niños y niñas con discapacidad.

Sin embargo, como señalan Li Haihu y Li Shuchu (2009), tanto la rehabilitación como la educación especial no solo se limitan a formar profesionales y crear centros especializados, sino que hay que intervenir con las familias, para que sean conscientes de lo que necesitan sus hijos e hijas con discapacidad y obtengan conocimientos y técnicas para ayudarles en sus actividades. Ni los profesores ni los monitores son suficientes si las familias adoptan un papel pasivo, al margen del esfuerzo de los y las profesionales. Los mismos investigadores reconocen la dificultad que pueden tener las familias para obtener el conocimiento y el ánimo precisos, por lo que consideran imprescindible la colaboración entre profesionales y familias. Se trata de formar un equipo y lograr una relación de trabajo bilateral.

Algunos investigadores médicos como Liu Chuang y Liu Mi (2011) resaltan la importancia del factor tiempo en el desarrollo de los niños y niñas con discapacidad. Del estudio que realizaron con niños y niñas de 0 a 18 años, concluyen que, cuanto más temprano se realiza la intervención, mejor resultado se obtendrá, ya que

el cuerpo humano es un sistema orgánico: cuando un órgano tiene un problema, otros tienden a sustituirlo, desarrollando ellos mismos las funciones necesarias. Como el cuerpo de un niño está en crecimiento y en su mayor parte es moldeable, resulta perjudicial para el pequeño no tomar en cuenta el significado del tiempo (Liu y Liu, 2011: 25).

Cada día son más las investigaciones que resaltan la importancia del ambiente físico y cultural en que se mueven los niños y niñas con discapacidad para su desarrollo. Li Juan (2011), investigadora de la Universidad Normal de Beijing, llevó a cabo un estudio en una zona rural del sur de China y concluyó que el apoyo a las familias de vecinos y amigos resulta fundamental en su actitud hacia sus hijos e hijas con discapacidad. El apoyo no tiene que ser siempre de tipo material; los padres se sienten apoyados si ven que los vecinos tratan de forma positiva a sus hijos e hijas.

Tipología y clasificación de discapacidad

En la *Ley de Protección de la Persona con Discapacidad*, publicada en 2008, se clasificaron los tipos y clases de la discapacidad (Art. 2/1) de la siguiente manera:

- *Discapacidad de visión*. Se refiere a las deficiencias visuales incorregibles. Contempla dos categorías: ceguera completa y baja visión.
- *Discapacidad de audición*. Se trata de las deficiencias permanentes de la audición: no oye u oye muy poco. Se clasifica en cuatro epígrafes: 1) no oye sin la ayuda de un aparato; 2) no puede comprender y comunicarse sin la ayuda de un aparato; 3) el grado de dificultad de comunicación es medio; 4) dificultad leve de audición.
- *Discapacidad de habla*. Presenta dificultad en el habla que no se ha curado después de un año de tratamiento. Se divide en cuatro tipos: 1) no puede comunicarse verbalmente; 2) puede pronunciar algún sonido pero con poca claridad; 3) puede comunicarse pero con mucha dificultad; 4) puede hablar pero tiene dificultad cuando se expresa con frases largas.
- *Discapacidad de movilidad física*. Se refiere a las deficiencias de movimiento en los brazos y las piernas. Se clasifica en cuatro apartados: 1) no puede llevar a cabo las actividades básicas; 2) no puede llevar a cabo las actividades básicas; 3) puede realizar algunas actividades diarias; 4) por lo general, puede llevar a cabo las actividades diarias.
- *Discapacidad intelectual*. Se refiere al bajo desarrollo intelectual. Su clasificación responde a la siguiente tabla.

Nivel	DQ	IQ	AB	WHO-DAS II
1	≤25	<20	Muy grave	≥116
2	26-39	20-34	Grave	106-115
3	40-45	35-49	Medio	96-105
4	55-75	50-69	Leve	52-95

- *Discapacidad mental*. Se refiere a las deficiencias en cognición, emoción o conducta causadas por factores psiquiátricos. Existen cuatro clases: 1) no

hay autogobierno; 2) no puede autogobernarse en la mayoría de las actividades diarias; 3) no puede autogobernarse en algunas actividades básicas pero sí puede comunicarse y expresar sus sentimientos; 4) por lo general, puede autogobernarse, pero su nivel es más bajo que el de la mayoría de las personas.

- *Discapacidad múltiple*. Se refiere a la existencia de más de una discapacidad. Su clasificación dependerá de la más grave de todas las que padece.

Marco legal

Las leyes protectoras de las personas con discapacidad surgieron en los primeros años de la construcción de la Nueva China, iniciada en 1949. Así por ejemplo, la *Ley de matrimonio*, publicada en 1950 y modificada posteriormente en 1980 y 2001, promulgó, en su artículo 44, que estaba prohibido abandonar a los miembros de la familia con discapacidad. Por su parte, la *Constitución China*, proclamada en 1957, señalaba, en su artículo 45, que el Estado y la sociedad son responsables de garantizar el empleo, la vida y la educación de las personas ciegas, mudas, sordas, o con otro tipo de discapacidad.

Sin embargo, el avance más notable en la protección de las personas con discapacidad se produjo a partir de la década de 1990, diez años después de la Reforma económica en China. En 1991, se promulgó la primera ley específica, la *Ley de Protección de la Persona con Discapacidad*, donde se recoge de forma explícita que la persona con discapacidad tiene los mismos derechos que las demás en asuntos políticos, económicos, culturales, sociales y familiares, incluidos los derechos de empleo. Con ella, la dignidad de la persona con discapacidad queda protegida por ley y el Estado toma medidas para prestarle una especial atención y eliminar las barreras del entorno. Esta ley también indica que el Estado debe encargarse de divulgar el conocimiento necesario para prevenir o evitar agravar la discapacidad; y planificar el trabajo rehabilitador en los departamentos competentes, con el fin de ayudar a la persona con discapacidad a recuperar o mejorar sus funciones y ampliar su posibilidad de participar

en las actividades sociales. La ley prevé la planificación de programas de ayuda, subvenciones y otros apoyos sociales, para garantizar la calidad de vida de las personas con discapacidad y promocionar su participación en actividades culturales, deportivas y de ocio. Además, castiga a quienes perjudiquen los derechos de las personas con discapacidad.

Otras leyes no específicas también fueron incorporando consideraciones en materia de protección a las personas con discapacidad. En 1992, se promulgó la *Ley de protección del menor*, que, en sus artículos 10 y 70, prohíbe maltratar a menores con problemas de salud o cualquier tipo de discapacidad, haciendo especial hincapié en trabajadores y profesionales relacionados con el cuidado y la educación infantil en las instituciones o centros públicos.

La necesidad de desarrollar la educación de niños y niñas con necesidades especiales en los centros educativos impulsó la promulgación, en 1994, de la *Ley de educación de la persona con discapacidad*. En su artículo 2, el texto promete el diseño de un programa ligado a las políticas de enseñanza general para la educación de la persona con discapacidad, teniendo en cuenta las particularidades físicas y psíquicas, para el que se ofrecen ayuda y facilidades. Por otro lado, la ley enfatiza la importancia de la rehabilitación en la primera infancia y, en su artículo 11, señala que la educación de los niños y niñas pequeños y los bebés con discapacidad debe combinar la rehabilitación con el cuidado ordinario. Al igual que la *Ley de protección del menor* de 1992, considera de gran importancia las medidas preventivas, por lo que, en su artículo 12, otorga al Estado, la sociedad, la escuela y otros centros educativos la responsabilidad de detectar y prevenir que no empeore la discapacidad.

Las leyes no solo intentan proteger físicamente a las personas con discapacidad, sino también psíquicamente. Así, en el artículo 8 de la *Ley de publicidad*, promulgada en 1994, se prohíbe publicar anuncios que afecten la imagen o salud de la persona con discapacidad.

Por otro lado, la participación de las personas con discapacidad en las actividades públicas se considera un tema de relevancia, que va tomando lugar en otras leyes. De este modo, en el ámbito deportivo, la *Ley de deporte* de 1995 considera, en su

artículo 16, que toda la sociedad debe prestar atención a fin de mejorar las condiciones materiales y morales para facilitar que las personas con discapacidad participen en actividades deportivas. La misma norma, en su artículo 18, enfatiza que las escuelas deben facilitar a los alumnos y alumnas con discapacidad su participación en los eventos deportivos escolares.

En lo que se refiere a la adopción, también se respeta la peculiaridad de la discapacidad en el contexto de la Política del Hijo Único. En este sentido, la *Ley de adopción*, publicada en 1998 y modificada en 2008, permite que los matrimonios con un solo hijo o hija puedan adoptar un niño o niña con discapacidad, y otorga prioridad a los trámites de la adopción de niños y niñas con discapacidad (art. 8).

Para que las personas con discapacidad tuvieran acceso a la educación superior, en 1999, se incorporó a la *Ley de educación superior* el artículo 9, que obliga a las universidades a aceptar a personas con discapacidad, según las cuotas oficiales programadas por el gobierno local.

En el mismo año, se promulgó la *Ley de donaciones para obras públicas*, en la que el Estado se compromete a promocionar las donaciones civiles para personas con problemas de salud o discapacidad. Con esta medida, se pretende financiar los proyectos que favorezcan la mejora del bienestar de las personas con discapacidad.

En 2003, se promulgó la *Ley de tráfico*, en la cual también se refleja la protección de las personas con discapacidad, ya que, en su artículo 64, indica que deben cruzar las calles acompañadas y se debe ceder el paso a las personas ciegas.

Por otra parte, en la *Ley de protección de la mujer* de 2005, el artículo 38 especifica que está prohibido maltratar a mujeres con discapacidad. Finalmente, la *Ley de educación*, de 2006, promete favorecer y promocionar el desarrollo de los niños y niñas con discapacidad en los centros educativos, creando instalaciones y conocimientos favorables y específicos sobre la discapacidad infantil.

2. Evolución del acogimiento familiar

De una forma parecida a lo que hoy conocemos como acogimiento familiar, alojar a niños desamparados en una familia alternativa es una vieja costumbre de la

historia china. En la dinastía Han (221 a.C – 220 d.C), por ejemplo, la Corte solicitaba a los funcionarios locales que buscaran familias para los niños y niñas huérfanos a causa de rebeliones (Sahng Zhu, 1987). Por otro lado, en los anales de la dinastía Ming (1368 - 1644 d.C), se narra cómo algunas familias acomodadas de la provincia de Zhejiang acogían niños y niñas abandonados, que luego se casaban con sirvientes de la casa. A la caída del Imperio (1911), el gobierno nacionalista (1911-1949), solicitó a los directores de los centros de acogimiento que buscaran familias para sus acogidos y aplicaran controles para evitar el abuso de las familias (Liu, 2010).

En ocasiones, la práctica del acogimiento familiar se llevaba a cabo de forma informal³⁹, cuando una familia confiaba directamente sus hijos o hijas a otra. Si bien ambas familias a veces estaban relacionadas por parentesco, la mayoría de las veces el vínculo era de amistad. Se trata de una costumbre aún vigente en las zonas rurales chinas y también en la emigración. Las familias chinas que actualmente viven en España, por ejemplo, a menudo confían sus hijos a otra familia para que los cuiden durante meses o años, todo ello sin ningún marco legal y solo a partir de un compromiso verbal.

2.1. 1949-1989

En 1949, con el éxito de la revolución comunista y el inicio de la República Popular China, cesaron las continuas guerras y se inició una era de paz. El gobierno se concentró en la construcción económica, con el objetivo de mejorar el bienestar de la población, prestando especial atención a los grupos más vulnerables y pobres, entre los cuales se incluían los niños y niñas en desamparo, ya que las guerras habían dejado muchos menores sin familia que el Gobierno acogió en orfanatos recién construidos o heredados del tiempo pasado.

Acorde con el sistema político de entonces, la organización de los orfanatos era centralizada. Más tarde, en 1954, cuando se puso en marcha el sistema de planificación económica, se reforzó más aún dicha centralización. En las instituciones, los niños y

³⁹ Este fenómeno ha sido estudiado por muchos antropólogos y antropólogas, como Fonseca (2004), Briggs y Marre (2009) e Yngvesson (2010), entre otros, quienes lo denominan “informal child circulation” (Fonseca, 2010: 193).

niñas eran atendidos por profesionales o personas especializadas, pero el nivel de cuidado era mínimo, no solo por falta de infraestructura —las instalaciones y condiciones eran deficientes—, sino también por falta de personal. En ocasiones, una cuidadora se ocupaba de más de diez niños y niñas, a menudo discapacitados. Hasta los catorce años, niños y niñas de todas las edades convivían juntos en el llamado Instituto de Bienestar Infantil; después, se trasladaban al Instituto de Bienestar Social, que también acogía personas ancianas (Shang, Wu y Wan, 2004).

Así, la falta de recursos era el primer reto que enfrentaban los orfanatos en todo el país y, para combatirla, cada orfanato, según sus condiciones particulares, tomaba medidas diferentes. En la provincia de Anhui, por ejemplo, unían el Instituto de Bienestar Infantil con el Social, para que las personas ancianas del segundo ayudaran a cuidar a los niños y niñas sanos, mientras que los discapacitados quedaban en manos de los y las profesionales de los orfanatos (Shang, 2004). En la provincia de Fujian, algunos orfanatos contrataban a cuidadoras por horas, habitualmente mujeres ancianas y jubiladas. También existían orfanatos que confiaban los niños y niñas a familias para que los cuidaran. En general, estos niños y niñas que se confiaban a familias eran muy pequeños y muchas veces se trataba de recién nacidos: lo que se buscaba era “la madre lechera”. Se contrataba a las madres mediante una recompensa económica, por horas, semanas o meses, dependiendo de la edad o de la urgencia en alimentar a los bebés. Aunque el control de abusos por parte del orfanato era mínimo, la colaboración con la familia resultaba bastante estrecha, pues las cuidadoras viajaban entre el orfanato y la familia para entregar o recoger a los bebés. En aquella época, algunas “madres lecheras” llegaban a amamantar a varios niños de forma sucesiva. Esta colocación temporal en familia fue eficaz, pues devino en una tasa de mortalidad mucho más baja (10%) que la contemplada entre los niños y niñas institucionalizados a tiempo completo. Por eso, aunque de una forma muy poco generalizada, este modelo de acogida familiar merece una revisión detallada sobre aquellos orfanatos que la iniciaron y desarrollaron, como el de Datong, en la provincia de Shanxi.

La ciudad de Datong se ubica en un cruce de caminos entre las ciudades de Beijing, Langzhou o Zhengzhou. Su situación geográfica determinó un constante tráfico,

así como un frecuente abandono de niños y niñas. Al principio de la década de los 60, después de la desastrosa hambruna provocada por “el gran salto” de 1957, aumentaron los abandonos de bebés, lo que produjo un ingreso de cerca de mil niños desamparados en el orfanato de Datong, mientras que el número de cuidadoras era de apenas treinta. Ante esta situación, las cuidadoras decidieron ir llamando de puerta en puerta de las familias campesinas de la zona con los bebés a cuestas, para pedir que los amamantaran. Algunas mujeres aceptaron y, con el tiempo, se convirtieron en “madres lecheras profesionales”, al tiempo que sus familiares se incorporaron al cuidado diario de los niños y niñas acogidos. El orfanato regulaba el control y establecía las normas para el cuidado de estos en las familias. Si inicialmente se establecía un contrato por un tiempo limitado, con el tiempo, algunos se quedaban a vivir con la familia de la “madre lechera” durante años, aunque el orfanato mantenía la tutela de los menores (Shang, 2004).

Con el tiempo, las exigencias hacia las familias acogedoras se volvieron cada vez más precisas y detalladas: los acogedores debían tener buena salud y la acogedora debía estar en condición de amamantar o la familia debía disponer de una oveja o vaca de leche. Del mismo modo, otros miembros de la familia debían incorporarse al cuidado del niño o niña acogido, y se requería a las personas acogedoras un nivel adecuado de educación, para poder recibir la formación de cuidados especiales destinados a niños y niñas discapacitados.

Asimismo, a la hora de seleccionar a las familias cuidadoras, se establecía que las familias que ya habían acogido tenían preferencia si querían volver a hacerlo. El domicilio de la familia debía disponer en su entorno de medios de transporte público y contar con colegios, hospitales etc., es decir, debía encontrarse en una zona céntrica (Shang, 2004).

Por su parte, el orfanato se encargaba de ofrecer una serie de servicios a las familias, entre los que se incluían la formación previa o de seguimiento, la visita puntual a domicilio y el reparto de materiales, así como un sueldo mensual.

Cabe mencionar que el resultado del acogimiento familiar creado por el orfanato Datong se ha considerado positivo, no solo porque consiguió la supervivencia y mejoró la calidad de vida de la mayoría de los niños y niñas, sino porque proporcionó el modelo

a seguir para otras provincias, cuando China inició su reforma económica a finales de los años 70 del pasado siglo.

2.2. 1990-2003

A finales de la década de los ochenta del siglo XX, China inició su transición de la economía planificada y centralizada a la economía de mercado, lo que tuvo repercusiones en las políticas sociales. En agosto de 1989, el Ministerio de Asuntos Civiles promulgó la política de “socialización del sistema de bienestar social”, que consistía en acabar con la política del monopolio estatal del bienestar social que hasta entonces cubría a la población urbana. La clave de esta política fue cambiar el rol del Estado, descentralizando el poder y la función estatal e introduciendo otros recursos en la construcción de un nuevo sistema de bienestar social. Bajo este marco político, el sistema de protección de la infancia desamparada también inició el objetivo de socializar el cuidado infantil. Los orfanatos, que hasta entonces habían sido totalmente financiados por el Estado, empezaron a buscar otros recursos para atender a sus niños y niñas.

Al mismo tiempo y con objeto de lograr una mejor distribución de los recursos naturales en el nuevo sistema económico de mercado, el Gobierno inició la política de control de natalidad, que entró en conflicto con la tradicional preferencia por los varones. Como indica Greenhalgh (2008), ese hermoso “sueño chino” de mejorar la vida de toda la población resultó mortal para una parte de la población: las niñas “sobrantes”. Según otra investigadora americana, Key Johnson (2004), esta fue la causa que llevó a un fuerte incremento abandono de niñas, que acabaron ingresando en los hospicios. Los orfanatos se saturaron y se vieron obligados a buscar otros lugares donde colocar esas niñas. Así, tanto las decisiones políticas como sus consecuencias prácticas impulsaron a los responsables de la protección infantil a sacar a los niños y niñas de las instituciones para colocarlos en familias voluntarias (Liu, 2009).

Cuando en 1990 China ratificó la *Convención de los Derechos de la Niñez*, se comprometió ante la comunidad internacional a procurar una mayor atención a las necesidades y derechos infantiles, con lo que el principio del “superior interés del niño”

apareció en el escenario del sistema chino de protección de la infancia desamparada (Liu, 2009), potenciando la creación de alternativas a la institucionalización.

En 1992, se sancionó la *Ley de Adopción Nacional*, que permitía a los matrimonios adoptar niños o niñas. Sin embargo, esta ley presentaba una serie de limitaciones a los adoptantes, como la exigencia de que no tuvieran hijos biológicos y la limitación a un niño o niña por familia, salvo en el caso de discapacidad. La ley no pudo frenar la práctica de adopción “ilegal”, es decir, sin ningún control oficial, que se acordaba directamente entre familiares y amigos (Johnson, 2004). De este modo, una parte de las niñas abandonadas fueron adoptadas por matrimonios que ya tenían hijos biológicos.

En 1998, se publicaron *Las Medidas para el Registro de la Adopción de los Niños y Niñas Chinos por los Extranjeros en la República Popular China* y, seguidamente, se fundó el Centro Chino de Adopciones Internacionales, que empezó a atender a los quince países occidentales firmantes como países adoptantes de niños y niñas chinos. Desde entonces, miles de niñas salieron de China, liberando una parte de la sobrecarga de los orfanatos. Hasta 2007, más de 120.000 niños y niñas chinos fueron adoptados por familias extranjeras.

Asimismo, algunos orfanatos iniciaron un sistema de prohijamiento con familias que pagaban los gastos de institucionalización de niñas y niños. Las familias se llevaban a los niños y niñas a sus casas los días festivos, por lo que recibían el nombre de “mamá y papá de fin de semana”. Algunos orfanatos también impulsaron el acogimiento entre sus empleados, quienes, en vez de acudir al orfanato a atender a los niños y niñas, los llevaban a sus propias casas, donde los cuidaban con la participación de otros miembros de la familia. En ocasiones, se contrataban matrimonios para que acudieran a vivir en familia con los niños y niñas del orfanato (acogimientos semi-familiares). El orfanato ofrecía el alojamiento y las instalaciones, donde cada matrimonio contratado acogía cinco o seis niños. El acogimiento familiar en familia ajena, ya no era solo una alternativa para combatir los escasos recursos institucionales, sino un modo imprescindible de ofrecer el contexto familiar necesario para el desarrollo infantil (Wu, 2005).

Un nuevo interés por la niñez potenció las investigaciones sobre las motivaciones para acoger. Según Zeng Fanlin (2009), las motivaciones para ser familia acogedora radican en la búsqueda de compañeros para una hija o un hijo único, o de un hijo para la familia, aunque la mayoría acoge porque le gustan los niños o por altruismo. De acuerdo con Wu Luping (2005), conseguir un empleo, tener un ingreso y el reconocimiento social también forman parte importante de las motivaciones para el acogimiento familiar. En cuanto a las familias campesinas que acogen, Feng Liwei (2002) opina que su motivación puede ser la de buscar una ocupación cuando no hay trabajo en el campo y aprovechar sus amplias viviendas. Por su parte, Lin Shaoyin (2003) considera que, sea cual sea la motivación, una vez iniciada la convivencia, el vínculo afectivo es fácil de construir entre la familia de acogida y la niña o el niño acogido. Otro estudio, realizado por Lu Yilu (2002), señala que las familias urbanas suelen acoger para tener compañía, mientras que, en el campo, la principal motivación suele ser de tipo económico. Sin embargo, Gu Shijuan (2003) señala que el fenómeno de “nido vacío” es más grave en el campo que en la ciudad, por lo que el 67% de las familias campesinas acogen a causa de esa soledad. En la investigación de Lin Shaoyin (2003), también aparecían motivaciones como el gusto de educar a niños y niñas que requieren de una atención especial, ya que los mismos acogedores son especialistas o su trabajo se relaciona con la educación especial.

Otro cambio que se produjo en este período fue la aparición, dentro de los orfanatos, del Departamento de Acogimiento Familiar. Con la salida de los niños y niñas institucionalizados, los orfanatos también hicieron así su adaptación, creando un departamento específico para atender el acogimiento familiar (Zhao, 2006), integrado por personas del orfanato cuya principal formación era el trabajo social. Dicho departamento tenía el encargo de diseñar el programa de selección/ formación, así como otros servicios necesarios para controlar, colaborar y atender a las familias y a los niños y niñas acogidos.

2.3. 2003 hasta la actualidad

Después de más de diez años de práctica en todo el territorio chino, el acogimiento familiar fue cobrando confianza, tanto entre los orfanatos como entre las autoridades políticas. Así, basándose en prácticas divergentes y con el objetivo de divulgar el acogimiento familiar, en 2003, el Ministro de Asuntos Civiles declaró las *Medidas Provisionales de la Administración del Acogimiento Familiar*, que unificaban las normas para controlar y colaborar con las familias acogedoras. Estas medidas señalan como obligación de la familia acogedora proporcionar seguridad física y mental al niño o niña de forma individualizada; suministrarle alimentación y otros elementos necesarios para su crecimiento; ayudarle a obtener habilidades para vivir de forma independiente; darle soporte moral; educarle en un contexto familiar de amor y comprensión; y enviarle a los centros educativos correspondientes a su edad. Asimismo, las familias se obligan a proporcionar medios rehabilitadores a los niños y niñas discapacitados, informar puntualmente a la institución sobre su situación y asumir otros deberes relacionados con la protección de la infancia desamparada.

Todas estas medidas reforzaron a los orfanatos en el control del sistema de acogimiento familiar, lo que promovió la formación y contratación de profesionales dedicados al mismo —además de trabajadores sociales, psicólogos, pedagogos y psiquiatras— y se inició la colaboración con entidades extranjeras expertas en la materia (Man y Li, 2012). Especialistas e investigadores extranjeros impartieron clases de formación y ayudaron a elaborar materiales para los cursos, sobre todo en materia de valoración y formación para la captación de familias de acogida. Estas últimas también empezaron a recibir formación, pues con una primera entrevista y visita de inspección a domicilio ya no era suficiente. La familia debía obtener conocimientos sobre las características de los niños o niñas a acoger, así como adecuar su conducta para atender mejor las necesidades infantiles.

El especial interés en la valoración de la familia de acogida potenció una cantidad abundante de investigaciones. Man Xiaou (2012) señaló que las ventajas del acogimiento familiar debían reflejarse en tres ámbitos: la alta calidad del cuidado, el buen desarrollo infantil y el beneficio de los servicios de bienestar infantil. Zhang

Shuping (2002) argumentó que los criterios de valoración habían de cubrir a los tres protagonistas del acogimiento: el niño o niña acogido, la familia acogedora y el orfanato. Zhang (2002) consideraba urgente el diseño de un listado de factores para la valoración general por parte de las autoridades de los orfanatos, los trabajos a realizar por parte de la familia y el resultado del desarrollo físico y emocional del niño o niña. Zeng Falin (2002) recordaba que los criterios de valoración de antes y después de la entrada del niño o niña en la familia de acogida deberían ocupar un lugar primordial para valorar el resultado del acogimiento.

En cuanto a los factores que favorecen el éxito del acogimiento, las investigaciones de Lu Rongfan y sus colaboradores (2002) descubrieron que la edad y el sexo de los niños acogidos son variables clave, pues las niñas se integraban mejor en la familia de acogida que los niños, al tiempo que los niños mayores tenían una adaptación a la nueva familia más difícil que la de los menores. Bao Yongjuan (2002) respaldó esta idea de que a menor edad, mejor es la integración. En cuanto a la familia de acogida, estas investigaciones mostraron que los factores de éxito son varios, aunque destacan dos: la edad de los acogedores, que resulta más favorable entre los cuarenta y los sesenta años; y la edad y el número de hijos de la familia de acogida, ya que, si se trata de una edad parecida a la de la niña o el niño acogido, unos y otros pueden jugar juntos, lo que facilita la integración y el ambiente familiar, y favorece una convivencia armónica, disminuyendo los conflictos internos que pueden provocar una situación de ruptura.

La consideración del “superior interés del niño” animó a la práctica del acogimiento familiar y, a través de la colaboración con entidades extranjeras en materia de acogimiento familiar, también se introdujeron métodos pedagógicos foráneos, dedicados a la educación especial, como el método Montessori, creado por la italiana María Montessori a finales del siglo XIX y publicado en 1912.

Otro factor apuntado en estas investigaciones fue el apoyo social para lograr el éxito del acogimiento que, según Zeng Fanlin (2009), consistía en el apoyo a la familia de acogida y al niño o niña acogido. Este apoyo puede tener carácter formal —como el referido a las entidades públicas o el orfanato—, pero también puede ser informal, por

parte de familiares o amigos. La calidad del apoyo llega, en ocasiones, a determinar el éxito o la calidad de acogimiento familiar (Zhang, 2013) y los y las profesionales juegan un papel cada vez más importante.

2.4. Marco legal del acogimiento familiar

En el ámbito internacional

Después de la Segunda Guerra Mundial, en 1948, la ONU publicó la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. En su afán de proteger la familia, en su artículo 25.2, consideraba necesario prestar protección especial a la maternidad y la infancia. Ya en 1961, la Conferencia de La Haya aprobó un convenio sobre las competencias de las autoridades y las leyes aplicables en materia de protección de menores, en el que se señala que deben ser las del estado de residencia habitual del niño o niña.

Más tarde, en 1989, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la *Convención sobre los Derechos de la Niñez*, que resalta el papel del niño como sujeto de derecho civil y político, marca la supremacía del interés superior del menor y cuenta con una cláusula de difusión y control por parte de los países que la han ratificado. En la misma línea, en 1996, la Conferencia de La Haya estableció el convenio relativo a la competencia, la ley aplicable, el reconocimiento, la ejecución y la cooperación en materia de responsabilidad parental y de medidas de protección de los menores, que corresponden al Estado residencial en el que habita el menor.

En el ámbito estatal

En 1999, el gobierno chino promulgó la *Ley de adopción nacional* que, en su artículo 5, señala que, si por alguna razón los niños y niñas que viven en un orfanato no pueden ser adoptados, se les debe procurar una familia que los acoja temporalmente.

En 2003, el Ministerio de Asuntos Civiles publicó las *Medidas provisionales del acogimiento familiar*, la única⁴⁰ ley específica en materia del acogimiento familiar. De

⁴⁰ En 2014, el mismo Ministerio modificó dichas medidas, pero la recopilación de datos e informaciones para esta tesis ya estaba cerrada, por lo que no se han analizado las modificaciones.

acuerdo a las mismas, los niños y niñas acogidos deben ser menores de dieciocho años y estar bajo la tutela del orfanato. Quienes tengan más de diez años deben ser consultados a la hora de acceder al acogimiento familiar. En caso de discapacidad, se debe seleccionar a las familias en comunidades donde se disponga de instalaciones sanitarias, de educación especial y centros de rehabilitación. En cuanto a las familias de acogida, deben cumplir las condiciones establecidas por la autoridad de cada orfanato y disponer de suficiente espacio en su vivienda, además de contar con un ingreso familiar medio, en función de la zona donde residan. Los miembros de la familia deben tener una conducta correcta, gozar de buena salud y presentar una relación positiva con los vecinos y otras personas de la comunidad. Las familias de acogida son responsables de cuidar a los niños y niñas material y moralmente, y, en caso de discapacidad, deben ayudarles a hacer ejercicios de rehabilitación y proporcionarles la educación especial en los centros especializados en la misma comunidad.

Las *Medidas provisionales del acogimiento familiar* prescriben también que la entidad competente debe seleccionar y formar a las familias voluntarias que quieran ser acogedoras. Asimismo, deben ofrecerles apoyo y servicios, y registrar los datos pertinentes cada vez que visiten o se comuniquen con las familias de acogida, recogiendo la información del crecimiento de los niños y niñas en régimen de acogimiento familiar. El registro de la provincia es el responsable de evaluar el proceso acogedor en las familias y el orfanato, y debe financiar los gastos de la vida cotidiana de las familias y los acogidos.

En 2008 se publicó la *Ley de protección de la persona con discapacidad*, que prescribe que los niños y niñas con discapacidad tienen que recibir cuidados adecuados de sus padres o de la persona responsable. En el caso de que no tengan familia, si su salud lo permite, deben ser alojados en familias voluntarias que puedan atenderles y responder a todas sus necesidades especiales.

2.5. Modalidades

En el marco de lo marcado por las políticas generales, los orfanatos desarrollaron diferentes modalidades de acogimiento familiar, en base a las

peculiaridades locales. A continuación se exponen algunas de las modalidades desarrolladas por las ciudades de Kunming, Shanghai y Cantón.

Modalidad Kunming:

Kunming es la capital de la provincia fronteriza de Yunnan. Desde la última década del siglo XX, el orfanato de Kunming introdujo el acogimiento familiar de niños y niñas abandonados con discapacidad, dado al alto porcentaje de los mismos que residían en el orfanato. Instalaron las zonas de acogida en zonas rurales, colaborando con las autoridades locales y los servicios comunitarios. Para llevar a cabo su programa de acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad, diseñaron sistemas de red cooperativa entre el orfanato, la autoridad local, la comunidad de vecinos y las familias de acogida.

Modalidad Shanghai:

Al encontrarse situado en una ciudad metropolitana, el orfanato de Shanghai dispone de muchos recursos que otros orfanatos chinos no pueden alcanzar. Su poder financiero, por ejemplo, le permite contratar a un número mayor de familias de acogida y exigirles un alto grado de calidad. Efectivamente, las familias acogedoras *shanghainesas* presentan un perfil muy favorable al cuidado de los niños y niñas con discapacidad. Una de sus características más destacadas es el alto nivel educativo que detentan los acogedores, lo que les confiere más facilidad para aprender las técnicas o estrategias de los cuidados específicos y la educación especial que precisan estos niños y niñas. Como aspecto negativo, hay que señalar la falta de tiempo y de paciencia que manifestaron algunas familias de acogida.

Modalidad Cantón:

El orfanato de Cantón es uno de los más grandes de China, pero también es uno de los pocos que hay en la provincia de Guangzhou, de la que Cantón es capital. El desarrollo del acogimiento familiar fue allí muy irregular, con un ritmo lento en la década de 1990 y un crecimiento espectacular en los últimos diez años, coincidiendo

con el aumento de ingresos de niñas y niños con discapacidad. En la actualidad, las familias de acogida se ubican tanto en la ciudad como en el campo, a fin de atender las diferentes necesidades que exige el orfanato: los acogedores urbanos acogen a niños y niñas con discapacidad leve, por falta de espacio en el hogar o en la comunidad; con las familias rurales, conviven los niños con discapacidad grave o media, ya que no solo disponen de espacio para las actividades rehabilitadoras, sino también de tiempo y energía para el cuidado infantil. La desventaja de este tipo de organización radica en que, para el orfanato, el control resulta un trabajo difícil, puesto que las familias están muy dispersas y el personal profesional resulta escaso para mantener una comunicación estrecha con acogedores y acogidos.

Las tres modalidades expuestas hasta aquí resumen las que existen hoy en día en todas las provincias chinas: modalidades rural, urbana y mixta. Sus características se pueden sintetizar de esta manera:

- Modalidad rural:

Por definición, en esta modalidad las familias acogedoras viven en el campo, como en el caso del orfanato de Kunming. Según Wang Chenguan (1999), las ventajas de la ubicación rural son cinco: los campesinos poseen más sentido moral que los urbanos, lo que facilita una mejor educación a los niños y niñas acogidos; el agrado por los niños y niñas es más fuerte en el campo que en la ciudad; las mujeres campesinas disponen de más tiempo para dedicar al cuidado; las viviendas son más amplias y permiten a realizar actividades al aire libre; y la vida es más barata y natural, y los niños y niñas pueden disfrutar de los productos cultivados por las propias familias campesinas. Sin embargo, Wu Luping (2006) destaca algunos inconvenientes de esta modalidad rural, como el bajo nivel educativo de los acogedores, la falta de recursos para atender a niños y niñas con discapacidad, y el escaso apoyo social.

- Modalidad urbana:

Colocar a los niños en familias urbanas es una fórmula bastante reciente, cuyos ejemplos más destacados son, a parte del caso de Shanghai que acabamos de mencionar, los de Beijing y Tianjing, ciudades con un nivel de vida más elevado

que la media del país. Según Wu Luping (2006), en comparación con la zona rural, las ventajas de la ciudad son evidentes, ya que las familias disponen de más recursos para el cuidado y la educación del niño o niña acogido, la diversidad de las familias favorece el diferente desarrollo infantil y hay facilidades para acceder a colegios, guarderías u hospitales en el mismo barrio donde vive la familia de acogida. A esto se añade que la vida comunitaria es más enriquecedora. No obstante, también existen desventajas, como la falta de tiempo para dedicar al cuidado, la falta de paciencia con los niños y niñas que requieren atención especial, la alta exigencia o expectativa que la familia deposita en el niño o niña acogido, o una mayor posibilidad de ruptura por falta de paciencia de los acogedores y acogedoras.

A esta modalidad urbana pertenece el acogimiento familiar practicado en la ciudad de Nanchang que, en el siguiente capítulo, analizaremos con detalle. De momento, cabe mencionar que las autoridades del orfanato de Nanchang son conscientes de la falta de tiempo de los padres urbanos y, por eso, exige que la mujer acogedora deba dedicarse exclusivamente al cuidado de los niños y niñas acogidos.

- Modalidad mixta:

Contar con las dos modalidades en el mismo orfanato suele plantear un reto para la institución, ya que exige recursos materiales y personales, así como habilidad en la organización. Si bien es cierto que esta tipología permite ampliar el perfil de las familias acogedoras —lo que favorece la elección a la hora de seleccionar candidatos óptimos—, también es verdad que la atención profesional a las familias y a los niños y niñas acogidos no siempre es fluida en el día a día. Esta situación no solo exige más personal, sino sobre todo la habilidad en el manejo de la relación con las familias que piden ayuda, es decir, los profesionales no solo tienen que ser especialistas en su tema, sino que precisan conocimientos sobre el funcionamiento familiar y otros temas sociales.

2.6. Acogimiento de niños y niñas con discapacidad

Como hemos señalado, a lo largo de la última década del siglo anterior, se redujeron los ingresos en los orfanatos de niños y niñas sin discapacidad, al tiempo que aumentaban y pasaban a ser mayoritarios los de niños y niñas discapacitados, por lo que surgió la urgencia de atenderlos de forma no institucionalizada. En 2003, el Ministerio Chino de Asuntos Civiles promulgó el documento *Medidas provisionales de la administración del acogimiento familiar*, en el que se señaló claramente que “debe buscarse familias de acogida para niños con discapacidad en las zonas dotadas de servicios sanitarios adecuados, escuelas con educación especial y centros de rehabilitación” (art 5/2) y que “las familias de acogida tienen la obligación de acompañar y ayudar a los niños con discapacidad a hacer sus ejercicios de rehabilitación” (art. 10/3).

Estas medidas impulsaron la introducción o el desarrollo del acogimiento familiar para niños y niñas con discapacidad. Las autoridades de los orfanatos se adaptaron a la nueva situación, modificando sus programas de acogimiento familiar para tener en cuenta las necesidades especiales de estos niños.

La primera medida adoptada por la mayoría de los orfanatos fue la de ampliar el departamento de acogimiento familiar, con el objeto de atender todos los asuntos relacionados con el acogimiento de niños y niñas con discapacidad. Se reformaron los equipos de profesionales, añadiendo a los mismos personal procedente de más disciplinas, como medicina, enfermería, trabajo social, pedagogía, psicología y rehabilitación. En la selección y formación de las familias de acogida, los requisitos se volvieron más exigentes y específicos; los cursos de formación empezaron a extenderse hasta después de la primera fase de preparación. La colaboración entre los profesionales y las familias se hizo más estrecha, y los apoyos de todo tipo —material, técnico y emocional— provenientes del orfanato o de la comunidad cobraron una mayor importancia en el acompañamiento del acogimiento familiar.

Por otro lado, tanto la autoridad estatal como la de los orfanatos se esforzaron en captar la sensibilidad de la sociedad para lograr su participación en el cuidado de niños y niñas con discapacidad en sus hogares. Los medios de comunicación emitían mensajes

positivos acerca del acogimiento familiar, con el objetivo de recaudar fondos para estos cuidados especiales.

A fin de promocionar los métodos de la educación especial destinados a las familias en la atención a sus niños y niñas acogidos con discapacidad, los orfanatos iniciaron, como se señalaba anteriormente, la colaboración con expertos de asociaciones extranjeras en materia de protección de la infancia, procedentes de EE.UU. y de países europeos. Numerosos especialistas imparten clases para profesionales y las familias acogedoras.

También se fundaron o se mejoraron los centros de rehabilitación donde pueden acudir las familias con los niños y niñas discapacitados para realizar sus ejercicios. Por otro lado, en los centros médicos, se dispone de expertos con atención las 24 horas del día, que pueden resolver situaciones de urgencia.

Capítulo V. EL ACOGIMIENTO FAMILIAR DE NANCHANG

1. El orfanato de Nanchang
 - 1.1. La ciudad de Nanchang
 - 1.2. El orfanato: sus instalaciones y actividades
 - 1.3. Los niños
 - 1.4. El personal
 - 1.5. Tipos de acogimiento
2. La evolución del acogimiento familiar de Nanchang
 - 2.1. El acogimiento informal (antes de 1992): modalidad rural
 - 2.2. Fundación del departamento de acogimiento: sistematizar e individualizar
 - 2.3. Colaboración con Holt International Children's Services
3. Instituciones y sistemas
 - 3.1. Las instituciones
 - 3.2. Los sistemas
4. Las zonas de acogida
 - 4.1. Hongcheng
 - 4.2. Wenming
5. Acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad
 - 5.1. Los niños y niñas acogidos
 - 5.2. Las familias de acogida
 - 5.3. Nuevas características: cambio en el rol de las familias de acogida
 - 5.4. Experiencia multidimensional

1. El orfanato de Nanchang

En China, los orfanatos son las instituciones principales para la protección de la infancia abandonada o desamparada y donde se constituye el acogimiento familiar. Conocer su organización y actividades nos ayuda a comprender el origen y desarrollo de los planteamientos actuales en el acogimiento familiar. Por esta razón, en este capítulo, se presentan las características del orfanato de Nanchang, empezando por describir el contexto socioeconómico y ecológico de la ciudad donde se encuentra, las instalaciones y actividades del orfanato, así como las características de los niños y niñas que viven en él y de las y los profesionales involucrados. Finalmente, se presentan los tipos de acogimiento, entre los que el acogimiento familiar ocupa el lugar principal en la actualidad.

1.1. La ciudad de Nanchang



Nanchang es la capital de la provincia de Jiangxi. Tiene cinco millones de habitantes y una superficie de siete millones de kilómetros cuadrados. La ciudad se encuentra flanqueada por montañas al oeste, mientras que al este existen centenares de ríos, lagos y canales que le dieron el nombre de “ciudad acuática”. Además, durante la temporada de lluvias, entre los meses de abril y julio, la ciudad sufre en ocasiones serias inundaciones (Cheng, 2013).

El clima es húmedo, aunque las temperaturas no son extremas. En invierno, el frío es penetrante y el calor del verano convierte la ciudad en un “horno” (Zhou, 2010). La humedad puede provocar enfermedades crónicas y, para combatirlas, los habitantes de Nanchang practican todo tipo de técnicas basadas en la medicina china: acupuntura, masaje, gimnasia, infusiones, etc. Es una de las zonas del país donde más se han desarrollado las prácticas de las tradiciones terapéuticas chinas.

Todos los ríos se conectan y desembocan en el Río Yangzi, tejiendo una red fluvial muy desarrollada ya desde tiempos remotos. Cuenta, además, con un sistema de ferrocarriles y aeropuertos, construidos a partir de 1949, año de la fundación de la República Popular China, por lo que Nanchang es hoy en día un nexo de transporte, no solo para su provincia, sino también para las tres zonas más importantes del desarrollo económico local: el triángulo Yangzi, el triángulo Zhu y la zona del Mar Este. El constante movimiento de gente y mercancías convierte la ciudad en un espacio cosmopolita, que favorece la aglomeración de una población flotante muy inestable, dinámica y difícil de controlar, lo que, a lo largo de la historia, se ha aprovechado en muchas ocasiones para abandonar niños y niñas, y también para la trata de mujeres (Wang, 2014).

El desarrollo económico de Nanchang se basa sobre todo en la industria pesada. Durante los primeros treinta años del comunismo, el Gobierno maoísta trasladó fábricas y talleres al interior del país, al pie de las montañas, para poder defenderse de los posibles ataques militares extranjeros en la época de la Guerra Fría. Estas fábricas, dedicadas al automóvil, la metalurgia, la maquinaria y el equipamiento electrónico o textil, absorbieron la mano de obra campesina excedente de la zona y situaron la economía local entre las más avanzadas del país.

Sin embargo, entrando en la década de 1990, las grandes plantillas de empleados y la tecnología atrasada de estas fábricas y talleres se convirtieron en objeto de la reforma que se orientaba hacia una economía de mercado. Comenzó la importación de una tecnología más avanzada y también los despidos de operarios y operarias. Los viejos talleres fueron desapareciendo y, en su lugar, fueron surgiendo pequeños

comercios y servicios: restaurantes, tiendas de comestibles, peluquerías etc., creados por los mismos obreros despedidos que decidieron trabajar como autónomos.

Por otro lado, las montañas no solo sirvieron de muro militar en la época maoísta, sino que también alojan numerosos templos taoístas y budistas, que nutren, desde tiempos inmemoriales, las creencias religiosas y populares de los habitantes de Nanchang. El Palacio de la Longevidad, por ejemplo, está situado en el norte de la ciudad y se construyó en el año 324 (Wan y Yuyuan, 2014). Aunque se encuentra casi en ruinas a causa de la Revolución Cultural que tuvo lugar en los años 60 del pasado siglo, ha conseguido imbuir a sus habitantes de las ocho virtudes taoístas: el amor filial, la lealtad, la honradez, la prudencia, la bondad, la generosidad, la integración y la tolerancia.

Además de las creencias taoístas y budistas, hay que tener en cuenta la influencia del comunismo sobre la localidad. Nanchang es la ciudad en la que se creó el ejército rojo, en base a la revolución comunista iniciada el 1 de agosto de 1927, una fecha señalada que quedó para la historia como el aniversario del ejército rojo y por la que Nanchang obtuvo el nombre de “la ciudad roja”. Por toda la localidad, se pueden ver monumentos, museos y plazas conmemorativas. Allí acuden los jóvenes de todo el país para recibir “lecciones educativas” y escuchar las hazañas comunistas. Muchos habitantes de la ciudad se sienten orgullosos de su fama y se consideran a sí mismos “descendientes rojos” (Yu, 2009).

El casco urbano de Nanchang se compone de cinco divisiones administrativas: Donghu, Xihu, Qingshanghu, Qingshanpu y Wanli. Cada una de ellas tiene su propio gobierno y contiene diferentes barrios y comunidades. Cada barrio realiza su propia administración mediante la Oficina del Barrio, una institución perteneciente al Ministerio de Asuntos Civiles. Por otro lado, dentro de los barrios, existen los comités autónomos, formados por los mismos vecinos para gestionar y ayudarse entre sí.

1.2. El orfanato: sus instalaciones y actividades

El orfanato de Nanchang está ubicado en la división Qiangshanhu, a la orilla del río Gan. Su fundación se remonta a finales del siglo XIX, cuando una orden religiosa

francesa intentaba ayudar a la infancia abandonada de la zona (Nanchang zhi, 1998). Los niños y niñas acogidos eran muy pequeños y, en su mayoría, se trataba de bebés recién nacidos. Cuando se marcharon los franceses, el orfanato quedó en manos del gobierno nacionalista hasta que, en 1949, el gobierno comunista lo transformó en Instituto del Bienestar Infantil.

En la actualidad, el orfanato cuenta con una superficie de 48 hectáreas y un área construida de 25.000 metros cuadrados. Consta de un edificio de cuatro plantas y otros dos de tres plantas, donde se encuentran las infraestructuras y servicios que atienden a las necesidades infantiles de los niños y niñas acogidos.

Las instalaciones son de dos tipos: las que se destinan al acogimiento y las dedicadas a las áreas administrativas y profesionales. Entre las del primer tipo, figura el centro médico, el centro de rehabilitación, la guardería, las aulas, las habitaciones y el comedor. Las del segundo cuentan con el Departamento de Acogimiento, la oficina de la directora, la de adopción, la de gestión, la de contabilidad y dos salas de reuniones.

El centro médico está ubicado en la primera planta del edificio principal y cuenta con tres médicos y ocho enfermeras, que se encargan del cuidado diario. Cuando se realiza la revisión sanitaria mensual, el Centro contrata a cuatro médicos más, para poder atender a los niños y niñas en tres días intensivos. Existen tres consultas ordinarias y una de urgencias, que funciona las 24 horas. Las enfermeras trabajan en tres turnos y los aparatos médicos han sido totalmente renovados recientemente. Los tratamientos combinan la medicina china con la occidental.

El centro de rehabilitación está dirigido por cuatro monitores. Se trata de una sala de 170 metros cuadrados, con varios tipos de máquinas instaladas. Aquí no solo acuden los niños y niñas discapacitados, sino que también imparten clases prácticas para las familias de acogida.

La habitación para bebés hasta dieciocho meses de edad es una estancia caracterizada por un fuerte olor a leche, en la que duermen doce bebés. En ella se encuentran dos camas grandes, que se dividen en seis plazas cada una. Los bebés son atendidos por cuatro cuidadoras, que trabajan en tres turnos. De los doce bebés, diez presentan problemas de salud de diferente grado.

Los niños y niñas de entre dieciocho meses y tres años son veinte en total, y quince de ellos padecen discapacidad. Duermen en tres habitaciones, con seis o siete niños en cada una, atendidos por cinco cuidadoras.

Las cuatro habitaciones para quienes tienen entre tres y seis años son más amplias y todas sus camas son individuales o literas. Aquí duermen dieciocho niños y niñas, un 70% de ellos con discapacidad leve. Cuatro cuidadoras se ocupan de atenderles. Los niños y niñas se asean solos, en los lavabos situados junto a las habitaciones.

Otros ocho niños y niñas de seis a catorce años, los mayores del orfanato, duermen en dos habitaciones grandes, atendidos por una cuidadora y un cuidador. Este último se encarga de ayudar a aquellos con discapacidad que no pueden caminar o lo hacen con dificultad.

Tres aulas de diferentes tamaños corresponden a los diferentes grupos de niños y niñas antes mencionados. Las maestras de las aulas son las mismas cuidadoras, que se turnan para atender a los pequeños en las habitaciones o en las aulas.

La guardería del orfanato es grande y ocupa un edificio entero. Atiende a los mayores de dieciocho meses y menores de seis años que viven en el orfanato, pero también está abierta a los niños y niñas del barrio donde este se encuentra. Sus instalaciones son muy modernas, pues, con lo que pagan los niños y niñas “de fuera”, la guardería ha podido renovar los muebles, los juguetes y contratar nuevos profesores. Actualmente, acuden a ella unos doscientos niños y niñas, a los que dan clase una docena de profesores.

El Departamento de Adopción recibe y gestiona las solicitudes para adoptar a los niños y niñas del orfanato. Trabajan en él cuatro trabajadores sociales y las instalaciones —que incluyen mesas y ordenadores— son las mejores del orfanato.

La Oficina de Gestión se dedica al control de un tipo de acogimiento especial, llamado semi-familiar. Su misión consiste en contratar a matrimonios que vayan a vivir al orfanato con los niños y niñas, formando así una semi-familia. La oficina controla los gastos abonados por el orfanato y gestionados por las familias, y atiende sus llamadas

de consulta. Actualmente, existen seis familias de este tipo, conviviendo con treinta y seis niños y niñas, todos mayores de dos años y con algún problema leve de salud.

El Departamento de Acogimiento está ubicado en un segundo piso y cuenta con seis profesionales. Comparten dos ordenadores, en los que se archivan los expedientes, los informes, las fotos de los niños y niñas acogidos en familia, y las de las familias de acogida. Existe un teléfono fijo que atiende las consultas.

La oficina de la directora y la sala de reuniones, que están comunicadas, constituyen normalmente la zona más silenciosa del orfanato. Sin embargo, la tranquilidad se interrumpe los miércoles por la tarde, cuando tiene lugar el curso de formación para las familias de acogida. Al lado, hay otra sala más pequeña, donde se recibe a las familias adoptantes extranjeras que visitan el orfanato.

1.3. Los niños y niñas

Actualmente el orfanato acoge a 339 menores, de los cuales 140 son niños y 199 son niñas. La distribución por edad es la siguiente:

0-3 años	4-6 años	7-10 años	11-14 años
54	95	132	58

Hay 269 niños y niñas, el 80% del total, con alguna discapacidad. En la siguiente tabla, se resumen los tipos de discapacidad y la cantidad de niños y niñas que los padecen. Cabe mencionar que es frecuente que un mismo niño o niña padezca varias enfermedades a la vez, aunque en la tabla, en estos casos, se refleja únicamente la discapacidad más grave:

Física	Mental	Psíquica	De vista	De oído
102	51	32	40	44

1.4. El personal

El gran porcentaje de niños y niñas discapacitados tiene su repercusión en el componente estructural del personal del orfanato. La necesidad de cuidado y educación

especial que exige la discapacidad hace que, de los 51 trabajadores del orfanato, 39 se dediquen a tareas relacionadas con el tema. En total hay: 3 médicos, 8 enfermeros, 1 pedagogo, 1 psicólogo, 3 trabajadores sociales, 24 cuidadoras y maestras, 4 monitores de rehabilitación, 4 administrativos, 2 contables y 1 jardinero.

1.5. Tipos de acogimiento

Desde el día de su fundación, el orfanato de Nanchang ha desarrollado diferentes tipos de acogimiento, que hoy en día se han consolidado en tres tipos principales que se describen a continuación.

El primero de ellos es el *acogimiento colectivista*, en el que niños y niñas desarrollan su vida dentro del orfanato, sin necesidad de salir de él, a no ser por causas de fuerza mayor —como, por ejemplo, ir al hospital—. Viven como un colectivo y reciben el cuidado de otro colectivo formado por las cuidadoras (Xu, 2009). Ningún niño tiene una cuidadora fija, un aspecto criticado por algunos estudios (Zeng, 2004 y Zhang, 2008), ya que implica un cuidado no-individualizado. Sin embargo, otras investigaciones (como la de Liu, 2006) consideran necesaria esta forma de organización para diagnosticar la situación de los niños y niñas recién llegados. Cuando realicé mi investigación, 64 niños y niñas vivían en este régimen colectivista y se clasificaban en tres categorías:

- Niños y niñas recién llegados al orfanato, que necesitaban un tiempo de observación para poder tomar la decisión del tipo de acogimiento que se les iba a dar. El tiempo de observación suele durar de seis a nueve meses.
- Niños y niñas que padecían una grave discapacidad, por lo que requerían cuidados específicos e intensivos de los especialistas del orfanato.
- Niños y niñas que estaban recibiendo tratamiento, cursos o formación específicos para alcanzar las condiciones adecuadas que les permitieran ser adoptados o acogidos por familias.

El *acogimiento semi-familiar* consiste en contratar a matrimonios que vayan a vivir con niños y niñas en el orfanato, formando así una semi-familia. El orfanato ofrece vivienda y otras infraestructuras y asigna a cada matrimonio seis niños de diferentes

edades, desde los dos a los catorce años. Actualmente hay seis semi-familias que acogen a treinta y seis niños y niñas, la mayoría de los cuales tienen problemas de comportamiento o psíquico, o padecen alguna enfermedad crónica que requiere tratamiento urgente del personal del orfanato.

El *acogimiento familiar* es el acogimiento principal actualmente, ya que un 88% de los niños y niñas del orfanato son acogidos por familias. El orfanato, como entidad administrativa que tiene su tutela, constituye los acogimientos contratando a las familias y proporcionándoles servicios y soporte técnico y económico. Este tipo de acogimiento surgió en un principio de manera informal y se desarrolló y consolidó de forma sistematizada para individualizar el cuidado y la educación infantil.

2. Evolución del acogimiento familiar de Nanchang

2.1. El acogimiento informal (antes de 1992): modalidad rural

El orfanato de Nanchang tiene una larga historia en lo referido a acogimiento familiar, aunque de una forma menos normalizada que en el sentido moderno. Ya en los años 50 del siglo XX, cuando el Gran Salto provocó una terrible hambruna, el orfanato recibió muchos bebés, niñas y niños abandonados por familias que no los podían alimentar. Por ese motivo, el personal del orfanato tuvo que buscar nodrizas en la zona rural, cerca de la ciudad de Nanchang.

Buscaban mujeres que pudieran amamantar a los bebés o dispusieran de vacas u otros animales de granja que proporcionasen leche. A la hora de buscar a las personas a quienes confiar los niños, el tiempo del que disponía la mujer para dedicarse a alimentar y cuidar al niño o niña era el factor principal que se tenía en consideración. El resto de los miembros de la familia echaba una mano en el cuidado cuando podían, de modo que la familia de acogida se construía en aquel momento alrededor de la madre criadora.

Otra característica de ese tipo de acogimiento era la retribución económica a la madre acogedora, como reconocimiento social de su dedicación a la crianza. No se trataba de una cantidad simbólica, sino real y calculada teniendo como referencia el ingreso medio de la época y la zona donde residía la familia.

Sin embargo, confiar niñas y niños a familias era una práctica aislada entonces, ya que el acogimiento generalizado del momento se realizaba en la institución y, mientras pudieran estar en el orfanato, no se les enviaba fuera. No fue hasta la década de 1980 cuando el alojamiento de niñas y niños en familias se tornó más urgente y de una magnitud sin precedentes (Shang, 2004)

Como se ha explicado anteriormente, hacia finales de los años 70 del siglo pasado, en China se aplicaron las políticas de Planificación Familiar, lo que provocó que la población, al verse obligada a reajustar el número y el sexo de los hijos, abandonaran a los bebés excedentes de la cuota marcada por la autoridad. El orfanato de Nanchang era el único lugar de toda la ciudad en el que se podía acoger provisionalmente a los niños y niñas abandonados, pero su capacidad era limitada. Por ese motivo, ante la saturación de plazas y falta de personal, el orfanato acudió una vez más a la práctica de confiar niños y niñas a familias, en su mayoría campesinas.

Esta preferencia por las familias rurales se explica por varios factores. En primer lugar, en el campo, las mujeres combinaban las labores de la casa con el cuidado de la granja y algunas actividades artesanales, como tejer o coser. Pasaban la mayor parte del tiempo en el hogar, lo que era un requisito que el orfanato exigía para aceptarlas como acogedoras de niños y niñas pequeños. En segundo lugar, los niños y niñas corrían menos riesgo de sufrir accidentes que en la ciudad, ya que los patios de las viviendas rurales son amplios y permiten los juegos infantiles. Por último, la mano de obra campesina era más barata, lo que permitía al orfanato pagar una cantidad menor, cuestión esta de importancia en un momento en que escaseaban los fondos.

Durante la década de 1980, cada año centenares de niños y niñas eran enviados a vivir con familias campesinas, lo que, por un lado, disminuyó la presión sobre orfanato y, por otro, redujo la mortalidad entre los niños y niñas. Sin embargo, salvo la exigencia de tiempo de dedicación que exigía el orfanato a las madres acogedoras, esta práctica no tenía ningún tipo de control. No se examinaban las condiciones de la vivienda, ni se exigía formación y educación a las familias acogedoras, por lo que pronto se detectaron algunas consecuencias negativas.

En ocasiones, la higiene y otras condiciones de la vivienda de la familia acogedora resultaban insuficientes para el cuidado infantil, lo que podía llegar a provocar enfermedades e incluso la muerte a los niños y niñas acogidos. Además, muchas familias no respetaban la temporalidad del acogimiento y pretendían tener al niño o niña para siempre. A veces, se quedaban con sus acogedores, pero, al no estar registrados en el libro de familia, no tenían acceso al servicio sanitario público ni a la escuela. Por último, dado que las familias vivían en diferentes zonas y lejos del orfanato, era difícil planificar un acompañamiento de las mismas. Tampoco existía colaboración entre el orfanato y la autoridad local de la zona en que habitaban las familias. Como consecuencia, algunos niños y niñas no tenían acceso a atención médica local o no podían ir al colegio, ya que carecían de registro de residencia.

Dadas las circunstancias del momento, el orfanato de Nanchang reconoció, por un lado, que confiar niñas y niños a las familias era una alternativa positiva y valía la pena potenciarla y difundir su aplicación. Por otro lado, comprendió que se requerirían esfuerzos para sistematizar y normalizar el proceso. Solo así podría mejorarse la situación de los niños y las niñas que convivían con las familias.

2.2. Fundación del departamento de acogimiento: sistematizar e individualizar

A principios de la década de 1990, el orfanato de Nanchang empezó a participar en el programa de adopción internacional. Se creó entonces el Departamento de Adopción, con el fin de atender a las familias extranjeras interesadas en adoptar niños y niñas del orfanato. Dado que las familias de otros países eran muy exigentes con el informe de desarrollo de los niños y niñas que adoptaban, el orfanato se vio obligado a normalizar el acogimiento familiar, de forma que se pudiera obtener la información necesaria para la elaboración del informe de los niños y niñas acogidos en familias.

Por otro lado, a medida que avanzaba el desarrollo económico del país, el orfanato recibía cada vez más financiación del Estado, lo que le permitía no solo mejorar su infraestructura, sino también contratar más familias, de más calidad y con una retribución más elevada.

Así, la idea de normalizar el acogimiento familiar recibió el apoyo de más recursos económicos y el impulso de la exigencia de las familias adoptantes extranjeras. En este contexto, en 1994, se fundó el Departamento de Acogimiento Familiar.

El departamento estaba formado en ese momento por tres trabajadoras sociales y, posteriormente, se amplió a seis profesionales: una pedagoga, un psicólogo, una trabajadora social, una enfermera, un psiquiatra y una pediatra. Se distribuyeron las familias de acogida y cada profesional se responsabilizó de un grupo de familias fijas. La primera tarea que afrontó el departamento fue la de definir las zonas en que se llevarían a cabo los acogimientos, en las que era esencial conseguir una actitud colaboradora por parte de las autoridades locales. Para ello, se tuvieron en cuenta tres criterios.

El primero de ellos era que existieran escuelas y hospitales donde pudieran ser atendidos los niños y niñas acogidos. Para ello, tuvieron que contar con el apoyo local de la Oficina de Barrio, creando así el sistema de colaboración con la autoridad local.

En segundo lugar, para seleccionar a las familias adecuadas y diseñar el programa de acompañamiento, requerían información fiable y real de las condiciones y actividades de estas familias, por lo que resultó imprescindible contar con informes facilitados por el Comité del vecindario, lo que llevó al departamento a crear el sistema de colaboración con los comités.

Por último, hubo que seleccionar a las familias candidatas no solo en función del tiempo de que disponían, sino también de su interés, energía y recursos para el cuidado y educación de niños y niñas. En este sentido, gracias a la creación de este departamento, por primera vez se introdujeron los procedimientos de selección/ valoración de las familias candidatas, realizados por un equipo profesional.

El programa de selección exigía que la edad de los acogedores y acogedoras oscilara entre los treinta y cinco y los sesenta y cinco años. Además, la madre acogedora debía de estar disponible a tiempo completo para el cuidado y educación del niño o niña acogido. Las familias candidatas debían estar compuestas por madre, padre e hijos/as, tener experiencia en la crianza, y contar con un ingreso superior al ingreso medio de la zona de acogida. El acogimiento familiar se consideraba un trabajo social, por lo que

cada familia recibía una retribución, además de los gastos de mantenimiento del niño o la niña acogidos, que no debían ser inferiores al promedio de los habituales en la zona de acogida.

De este modo, la creación del departamento marcó una nueva etapa en la evolución del acogimiento familiar, puesto que transformó el rol cuidador del orfanato en los de gestor y técnico. Si bien antes era el orfanato quien cuidaba y educaba directamente a los niños y niñas, ahora asignaba a las familias la responsabilidad de hacerlo. Continuaba siendo el tutor, en tanto que entidad administrativa, y gestionaba y ofrecía apoyo técnico a las familias y otras personas involucradas en el cuidado del niño.

El desempeño de los roles administrador, gestor y técnico ha exigido al departamento crear sistemas y normas que permitieran una organización y coordinación más coherente de todos los factores. Ahora, el cuidado de los niños y niñas ya no es un asunto que solo corresponde al orfanato, sino que se comparte entre las familias, la autoridad local, el comité de vecinos y las organizaciones sociales —como los hospitales o las escuelas comunitarias— de la zona de residencia de las familias de acogida.

Si lo comparamos con el sistema colectivista tradicional —donde la atención de los niños y niñas recaía exclusivamente en las cuidadoras del orfanato—, el acogimiento familiar incorpora a profesionales de varias disciplinas, la autoridad local y las familias de acogida. En este sentido, aunque los niños y niñas son atendidos individualmente y construyen una relación individual y afectiva con la familia que los acoge, son objeto de cuidado de todos. El colectivo cuidador se amplía, al tiempo que se procura un cuidado individualizado. Así, el acogimiento familiar, iniciado para suplir la falta de recursos del orfanato, evoluciona hacia la individualización del cuidado, el elemento fundamental para garantizar el desarrollo infantil.

En la actualidad, el equipo profesional del Departamento de Acogimiento Familiar de orfanato de Nanchang está compuesto por dos trabajadoras sociales, dos especialistas en enfermería y cuidado especial, una pedagoga de educación especial y un psicólogo.

La trabajadora principal, que también es la responsable del departamento ante la directora del orfanato, tiene treinta y seis años, está casada y tiene un hijo de doce. Se graduó en la Universidad Pedagógica de Jiangxi y obtuvo la licenciatura en Educación Infantil. Más tarde, cursó dos años en Trabajo Social y, al acabar, empezó a trabajar en el orfanato de Nanchang. Fue una de los fundadores del Departamento de Acogimiento Familiar y posee una gran experiencia en el mismo. Tiene treinta y tres familias de acogida bajo su responsabilidad, de las cuales diecinueve están en la zona de Wenming, y el resto en Hongcheng.

La otra trabajadora social tiene cuarenta y dos años, está casada y tiene una hija de diecinueve, que inició sus estudios universitarios un año atrás. Es la persona de mayor edad de todos los trabajadores del departamento y lleva casi veinte años trabajando en el orfanato. No posee estudios universitarios y su formación profesional la obtuvo a través de asistir a cursos nocturnos especializados en Trabajo Social durante tres años, cuando estaba trabajando de cuidadora. Tiene mucha experiencia respecto al acogimiento familiar y su gran conocimiento sobre las relaciones familiares de los acogedores es muy apreciado por el resto de los y las profesionales de departamento. Es responsable de treinta y seis familias de acogida, las cuales se encuentran en la zona de acogida de Wenming.

En cuanto a las dos especialistas en enfermería y cuidado especial, una tiene treinta años, está casada y tiene una hija de cuatro; la otra, de treinta y cuatro años, está casada y su hijo tiene seis. Proceden del hospital infantil de Nanchang. Cuando se fundó el Departamento de Acogimiento Familiar, fueron llamadas para ocuparse del cuidado especial infantil, para lo cual tuvieron que asistir a cursos para completar sus conocimientos de Enfermería. Tienen mucha experiencia en su trabajo, sobre todo en el cuidado especial y prolongado de los niños y niñas con discapacidad, que era también su labor principal en el sector del hospital donde trabajaban. En la actualidad, cada una es responsable de treinta familias de acogida que residen en la zona de Hongcheng.

La pedagoga que se ocupa de educación especial se graduó tres años atrás en la Universidad de Nanchang. Tiene veinticinco años y es soltera. El psicólogo es un chico de veinticuatro años, soltero y graduado en la Universidad de Jiangxi. Ambos son recién

llegados al departamento y, aunque no poseen mucha experiencia en el acogimiento familiar, sus ideas a menudo son muy renovadoras. Una de ellas fue informatizar los datos de los niños y niñas con discapacidad, siguiendo sus necesidades especiales, la situación de los tratamientos que deben recibir, y la familia de acogida, la escuela o el centro especializado donde acuden. Actualmente, la pedagoga es responsable de treinta y una familias de acogida y el psicólogo de veintiocho.

2.3. Colaboración con Holt International Children's Services

Para poner en práctica los sistemas recién creados, hacía falta, por un lado, la orientación de expertos con conocimientos y experiencia específicos, y, por otro, la recaudación de más fondos para cubrir los gastos. Para abordar estos nuevos retos, el orfanato de Nanchang inició una nueva etapa de búsqueda de colaboración con entidades extranjeras.

El aperturismo del país favorecía el acercamiento a asociaciones occidentales. Además, siendo uno de los orfanatos más activos en la participación en el programa chino de adopción internacional, a Nanchang no le faltaban oportunidades para dicha aproximación. Muchas entidades y fundaciones benéficas extranjeras actuaban como agencias de adopción o gestionaban los trámites de la adopción internacional de niños y niñas chinos. Una de ellas era Holt International Children's Services⁴¹.

Fundada en 1959 por un matrimonio americano que había adoptado ocho niños coreanos, huérfanos y víctimas de la Guerra de Corea, la Fundación Holt poseía mucho conocimiento y experiencia en el acogimiento familiar. En 1992, con la idea de que *“Every child deserves a home of his own”*, la fundación empezó a ayudar a las familias norteamericanas a adoptar niñas y niños chinos, al tiempo que iniciaba proyectos de colaboración de acogimiento familiar con los orfanatos chinos.

En 1997, la fundación americana entró en contacto con el orfanato de Nanchang y, tras muchas reuniones y discusiones, acordaron que Holt colaborara en el proyecto de crear una zona urbana de acogida que el Departamento de Acogimiento del orfanato había iniciado. Se trataba de Hongcheng, una comunidad de la división administrativa

⁴¹ <http://www.holtinternational.org>.

Wanli, en la parte noreste de Nanchang. El orfanato se ocupó de la investigación, la coordinación con las autoridades locales y de organizar la campaña de captación; por su parte, la fundación americana colaboró en los factores relacionados con la selección de familias y la elaboración de los informes de los niños y niñas.

La campaña de captación se realizó en la sede del Comité de los Vecinos de Hongcheng, en el que el director de la Oficina del Barrio intervino con un discurso divulgativo sobre el acogimiento familiar, con información obtenida previamente de los profesionales del orfanato. Las familias interesadas rellenaron la solicitud.

La fundación Halt colaboró en la fase de selección/ valoración de las familias y en la elaboración del informe de desarrollo de los niños y niñas. Las funciones que desempeñó fueron las siguientes:

- Entrevistar a los miembros principales de la familia, visitar el domicilio y valorar las condiciones de la vivienda y de las instalaciones.
- Financiar los gastos de mantenimiento de niños y niñas, aportando 300 yuanes a cada familia de acogida.
- Diseñar el formulario del informe de desarrollo de los niños y niñas durante el tiempo que habían pasado en el orfanato y en la familia de acogida. El informe se entregaría a la familia adoptante, una vez el niño o la niña fueran adoptados.
- Diseñar el formulario del informe médico, que se rellenaría en las revisiones médicas periódicas.
- Diseñar los cursos para formar a los trabajadores/as sociales del departamento de acogimiento.

Holt enviaba a sus expertos/as al orfanato para impartir cursos de formación a las y los profesionales. El programa de los cursos se diseñaba y modificaba conjuntamente entre los expertos americanos y los profesionales chinos —convertidos en alumnos—, con el objetivo de poder ajustarlos al máximo a las necesidades reales surgidas de la práctica.

El formulario del informe de desarrollo o médico necesitó de muchas discusiones y modificaciones para llegar a su consolidación. Una vez definido, se

extendió rápidamente a orfanatos chinos de otras provincias y llegó a ser uno de los informes más utilizados en la adopción de niños y niñas chinos adoptados por parte de familias extranjeras. El formulario, que ha sabido adaptarse a nuevas situaciones constantemente, se mantiene vigente en la actualidad.

La colaboración con Holt agilizó la adopción internacional de niños y niñas del orfanato, ya que el diseño de los informes médicos y de desarrollo facilitó la normalización de los trámites y la comunicación con las familias adoptantes extranjeras.

No obstante, lo más significativo en cuanto al acogimiento familiar fue el impulso hacia la sistematización en la selección/ valoración de las familias de acogida y la formación de los y las profesionales. Las pautas y criterios utilizados en las entrevistas, así como las visitas a domicilio, mejoraron la calidad de las familias seleccionadas, al tiempo que hicieron que estas fueran más conscientes de lo que significaba el acogimiento familiar, permitiéndoles una auto-reflexión sobre sus propias potencialidades y limitaciones para asumir el reto del acogimiento. Ahora la familia de acogida ya no era cualquier familia que cuidaba del niño o niña porque el orfanato no podía, sino aquella que tenía su propia motivación y recursos, y se beneficiaba del acogimiento no solo económicamente, sino también como un modo de auto-realización.

La formación de las y los profesionales obtenida con la colaboración de la fundación americana generó más confianza en el equipo profesional y consolidó su papel central en el complejo trabajo del acogimiento familiar.

3. Instituciones y sistemas

Al analizar en el apartado anterior la evolución del acogimiento familiar en el caso del orfanato de Nanchang, se hace notable la creación de nuevos sistemas para responder a los nuevos retos surgidos de la práctica. El motivo de este capítulo es resumir los contenidos de cada sistema en el contexto de la sistematización del acogimiento familiar. Sin embargo, antes de realizar dicho cometido, merece la pena exponer las instituciones en las que se aplican estos sistemas.

3.1. Las instituciones

Cabe mencionar que las instituciones involucradas en el acogimiento familiar no pertenecen ni al mismo sector ni a la misma ubicación geográfica, pues son, por una parte, las entidades relacionadas con los servicios comunitarios donde se insertan las familias de acogida, y, por otra, el Departamento de Acogimiento Familiar del orfanato, que es la Administración y el coordinador al mismo tiempo.

El departamento de acogimiento familiar

Con el objetivo de normalizar y coordinar de una forma fluida y eficaz los factores y personas relacionadas con el acogimiento familiar, se fundó en 1994 el Departamento de Acogimiento Familiar. La directora del orfanato dirige directamente el departamento, cuyas funciones se clasifican en dos aspectos relacionados con “el trabajo interno”, es decir, con las familias de acogida y los niños y niñas acogidos, y con “el trabajo externo” que se refiere a la colaboración con las entidades institucionales y comunitarias donde se encuentran las familias de acogida.

Respecto al “trabajo interno”, el Departamento se encarga de diseñar el programa de captación, la selección/ evaluación y los cursos formativos. Por otro lado, se programan visitas a domicilio a los niños y niñas acogidos y les realizan revisiones médicas en el orfanato mismo.

Además el Departamento se responsabiliza de la selección de las zonas de acogida y se reúne periódicamente con las autoridades locales de dichas zonas para garantizar el acceso a las instalaciones públicas y servicios comunitarios de las familias de acogida y los niños y niñas acogidos.

La Oficina del Barrio

La Oficina del Barrio se ocupa de la administración y gestión de las instalaciones públicas, como son los hospitales, las escuelas y guarderías, etc. En relación al acogimiento familiar, tiene la obligación de colaborar con el Departamento de Acogimiento del orfanato, cumpliendo funciones específicas, como divulgar los conocimientos sobre las necesidades de los niños y niñas acogidos, movilizar y persuadir a los vecinos para que participen en el acogimiento familiar o buscar y recomendar guarderías y escuelas para los niños y niñas acogidos. También se encarga

de buscar hospitales donde puedan atender a los niños y niñas acogidos y garantizar la seguridad pública de los niños y niñas acogidos.

El Comité de Vecinos

El Comité de Vecinos es una organización autónoma, gestionada por los mismos vecinos, que recibe la financiación y las instrucciones del gobierno. Mantiene un vínculo estrecho y natural con los vecinos, conoce bien sus necesidades y actividades habituales, y hace de puente entre estos y el gobierno local, protegiendo los intereses de los mismos. Por eso, el Comité puede ayudar la coordinación entre el orfanato, las familias y los niños y niñas, recomendando las familias al orfanato por un lado y, por otro, informando al orfanato sobre los trabajos realizados por las familias. Además, presta apoyo a las familias en su cuidado y educación diarios de los niños y niñas, en actividades tales como llevar a los niños al hospital en caso de urgencia o crear actividades y servicios para las familias y los niños y niñas.

3.2. Los sistemas

Una de las características distintivas y la clave del éxito del acogimiento familiar de Nanchang es la sistematización de cada paso y actividad del proceso. A continuación, se resume de forma breve los sistemas con los que se organizan las distintas fases del proceso.

Sistema de evaluación de la familia

Existen tres tipos de evaluación. El primero se refiere a la etapa previa a comenzar el acogimiento, el segundo se realiza al concluir los tres meses del periodo de adaptación y el último en las evaluaciones anuales del acogimiento.

La evaluación pre-acogimiento tiene como objetivo examinar las condiciones materiales y morales de las familias candidatas. En ella, se evalúan factores como edad, educación, salud, comportamiento moral e ingresos.

La evaluación del periodo de adaptación se lleva a cabo una vez terminan los tres meses de prueba. Se examinan, principalmente, los cambios de comportamiento del

niño o niña acogido, el cuidado y la educación realizada, la escolarización y la atención a la rehabilitación.

La evaluación anual se basa en el seguimiento del día a día y contempla los cambios observados en los niños y niñas acogidos a través de los cuidados diarios: alimentación, higiene, seguridad, etc. También se evalúa la escolarización de los niños y niñas y la colaboración entre las familias con los y las profesionales del orfanato. El responsable de su elaboración entrega el informe de seguimiento anual en la reunión del departamento y, posteriormente, a la directora, para su valoración. A las familias que han obtenido un resultado positivo, se les concede la carta de idoneidad, que autoriza oficialmente el acogimiento. Aquellas cuyo resultado es negativo, ven prolongado el periodo de prueba y, una vez este termina, se las vuelve a evaluar. Si el resultado es positivo, la familia entra en el acogimiento oficial; en caso contrario, no pueden continuar en el sistema de acogimiento.

Sistema de formación

El sistema de formación incluye la formación básica pre-acogimiento y la formación específica, puntual o periódica, a lo largo del acogimiento. La primera presenta los conocimientos básicos sobre el acogimiento familiar y gira en torno a las políticas y leyes relacionadas con la protección a la infancia, las necesidades básicas infantiles y las enfermedades más corrientes, así como los requisitos de higiene, alimentación, cuidado infantil, tratamiento de enfermedades, educación, comunicación con el niño o niña, etc. Por su parte, la formación específica contiene los conocimientos sobre los tratamientos para niños y niñas con discapacidad, las técnicas de la rehabilitación, etc.

Después de haber asistido los cursos, las familias deben aplicar los conocimientos o técnicas adquiridas en la atención diaria al menor. Los y las profesionales valorarán estas habilidades cuando realicen las visitas al domicilio. Cabe mencionar que el programa de formación específica es flexible y se organizan las clases según las necesidades: cuando se detecta que las familias encuentran problemas o

dificultades, el Departamento de Acogimiento programa un plan de estudio y organiza las clases, que son de obligada asistencia para las familias acogedoras.

Sistema de asignación

Después de la selección/ valoración, las familias que han aprobado consiguen la carta de idoneidad y su expediente se remite al Departamento de Acogimiento, donde se examina integralmente para asignarles uno o dos niños o niñas. El primer paso de la asignación es seleccionar niños o niñas teniendo en cuenta las características de las familias que los acogerán. La selección de los mismos se basa en el sexo, la edad, la salud y el carácter personal.

En un segundo momento, las familias acogedoras acuden al orfanato para conocer al niño o niña. Una cuidadora del centro les informa de sus hábitos y costumbres de alimentación, sueño, estudios y otras actividades.

El tercer paso consiste en el periodo de adaptación, en el que el niño o la niña vive con la familia de acogida durante tres meses. Si el resultado es positivo, la familia firmará un contrato de acogimiento por un año. La firma del contrato se lleva a cabo en el Departamento de Acogimiento Familiar, ante la directora del orfanato. De este modo, el acogimiento se constituye administrativamente, siendo el orfanato la entidad pública que mantiene la tutela del niño.

Sistema de visitas a domicilio

Cuando el acogimiento se inicia, se empiezan a programar las visitas a domicilio. En ellas, se planifica la atención personal y educación del niño o la niña en colaboración con la familia, se corrijen o mejoran las técnicas del cuidado en base a su edad o su salud, se introducen nuevos conocimientos médicos según las necesidades, y se programan nuevos cursos de formación.

Las visitas se efectúan semanalmente y corren a cargo de cada uno de los especialistas: enfermera, psicólogo, pedagogo o trabajador social. Todas las visitas deben registrarse en el expediente y servirán como material informativo cuando se haga la evaluación anual.

Sistema de examen y calificación a las familias

Cuando se detectan problemas durante las visitas semanales, se intenta tomar medidas en el acto y tratar de notificar a la familia para que los corrijan. Si en la siguiente visita semanal aún no se han resuelto, la familia recibirá una reclamación por parte del Departamento de Acogimiento del orfanato.

Se convocan reuniones periódicas en las que cada familia informa y resume su trabajo, y pide ayuda si ha encontrado problemas. El departamento analiza y formula criterios o pautas de calificación, iguales para todas las familias. Las pautas son discutidas y comprobadas en la asamblea de las familias, que se celebra anualmente. En ella, se elige un representante de las familias, cuya función es realizar la coordinación entre estas y el Departamento de Acogimiento. Se premia a aquellas familias que han cumplido su trabajo con eficacia y se castiga a las que no hayan sido responsables (en algunos casos, puede, incluso, interrumpirse el acogimiento).

Sistema de responsabilidad respecto a los profesionales y la autoridad local

El Departamento de Acogimiento es el responsable último del mismo y se responsabiliza ante la directora del orfanato. En la actualidad, cada profesional del departamento tiene asignadas unas treinta familias fijas y es responsable directo de ellas. El trabajo se debe procesar siguiendo las normas establecidas por el orfanato y el trabajador es calificado mensualmente.

En cuanto a la autoridad local, la Oficina de Barrio debe garantizar la seguridad y el acceso de los niños y niñas acogidos a las instalaciones y actividades comunitarias. Los Comités de Vecinos tienen la obligación de ayudar y controlar la tarea acogedora de las familias, e informar al orfanato de problemas, accidentes u otros sucesos surgidos durante el cuidado de niños y niñas que necesiten urgente atención.

Sistema de asignación de fondos

Los gastos del acogimiento familiar provienen del presupuesto estatal y de la donación civil. Así, mientras los gastos de mantenimiento de los niños y niñas acogidos —que actualmente ascienden a 480⁴² yuanes mensuales— son garantizados con la

⁴² Equivale a 80 dólares estadounidenses. El nivel de vida medio de la localidad son 1000 yuanes, es decir, unos 165 dólares.

aportación estatal, la retribución a la familia —que es de 500 yuanes al mes— procede de las donaciones.

El proceso de asignación y reparto de fondos se inicia con la elaboración, por parte del profesional responsable, del informe mensual del grupo de las familias que tiene asignado, el cual entrega al Departamento de Acogimiento. Después de revisarlo, el departamento entrega el informe a la oficina de la directora, quien lo comprueba, firma y pasa a Contabilidad. Contabilidad calcula los gastos según el informe, elabora un estudio de reparto de fondos y vuelve a entregarlo a la directora para obtener su visto bueno. El contable retira entonces la cantidad exacta del banco y avisa a los responsables de cada grupo de familias para que acudan a recogerla. Cuando estos entregan en persona el dinero directamente a cada familia, esta debe firmar un recibí.

Sistema de servicio post-acogimiento

Además de las visitas que se realizan regularmente durante el acogimiento, existen servicios de apoyo para mejorar la calidad del mismo. Estos servicios se refieren a las visitas puntuales médicas a domicilio cuando se detecta alguna anormalidad en la salud de los niños y niñas, y a los colegios y reuniones con los profesores para conocer los avances en sus estudios. En los días señalados, como festivos o cumpleaños, se reparten regalos, comida especial, juguetes y otros obsequios. También se organizan salidas y excursiones para las familias. Además, a fin de que la familia obtenga reconocimiento social, el orfanato organiza visitas al domicilio de las familias de acogida de estudiantes, funcionarios o empresarios. Cuando la niña o el niño acogido es adoptado, se ofrece a la familia la oportunidad de mantener el contacto con el niño o la niña que habían acogido.

Sistema de acompañamiento en el caso de acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad

Debido a la complejidad de la modalidad de acogimiento de niños y niñas con discapacidad, se organizó un sistema específico de acompañamiento con el fin de enfatizar la importancia de la colaboración entre las familias, los niños y niñas, los y las profesionales y las autoridades comunitarias. Así, el sistema consiste en convencer a las

familias de que, con la educación especial y la rehabilitación, los niños y niñas con discapacidad pueden mejorar sus capacidades y obtener más autonomía, para lo cual se organizan cursos prácticos en los que las familias participan atendiendo a los pequeños en el orfanato para ver cómo evolucionan. Por otro lado, para dar a conocer las técnicas básicas de educación especial y rehabilitación, se organizan clases prácticas en que las y los especialistas enseñan a las familias. Como es fundamental conocer las necesidades especiales de la niña o el niño con discapacidad, se organizan visitas al orfanato para que las familias sepan cómo viven los niños y niñas.

En los tratamientos terapéuticos de los niños y niñas con discapacidad, las familias colaboran con la orientación médica, pues el sistema de acompañamiento resalta la importancia de la colaboración entre los acogedores y acogedoras y los profesionales sanitarios, organizando cursos de formación para ambos.

Por último, aconsejar a las familias que tomen iniciativa en construir herramientas “caseras” para aplicarlas en la rehabilitación también es también una de las medidas programadas por el sistema de acompañamiento.

Resumiendo, el acompañamiento debe contar con la estrecha colaboración entre las y los profesionales del orfanato, la autoridad local, las familias y los niños y niñas discapacitados. La comunicación entre las familias y el orfanato debe ser fluida. Las primeras acuden al orfanato para pedir ayuda y los y las profesionales visitan el domicilio para prestar su apoyo. Este ir y venir forma el paisaje de fondo en el acogimiento de niñas y niños con discapacidad.

4. Las zonas de acogida



Durante los últimos veinte años, el orfanato ha ido creando zonas de acogida y, con el paso de tiempo, algunas han dejado de existir y otras se han consolidado. En la actualidad, las dos zonas más importantes son Hongcheng y Wenming. La primera, que entró en funcionamiento a mediados de la década de 1990, es la más relevante, no solo porque el número de acogimientos es mayor, sino también por la calidad del acogimiento. La zona se ha convertido en una referencia tan popular que su nombre, “Hong”, sirve como apellido para todos los niños y niñas del orfanato, lo que se considera un homenaje al esfuerzo dedicado por las familias de acogida de la zona. La segunda zona se llama Wenming y se construyó hace un par de años. Es mucho más pequeña en cuanto al número total de acogimientos, pero todos los niños y niñas acogidos en ella padecen algún grado de discapacidad, por lo que su expansión es lenta y costosa.

4.1. Hongcheng

Hongcheng es una comunidad perteneciente al barrio Zhanqian, que a su vez forma parte de la división administrativa Wanli. La división se formó durante la década de 1950, cuando se construyó, con ayuda soviética, un complejo de fábricas y talleres de la industria automovilística y viviendas para las familias de los obreros. Por lo general, en los talleres trabajaban tanto el marido como la mujer, y los hijos e hijas pequeños eran enviados a la guardería —construidas por las propias fábricas— o les atendían los abuelos en el hogar.

A mediados de la década de 1990, en China se produjo una reforma de las empresas estatales, reduciéndose las plantillas y transformando algunas industrias pesadas en departamentos de servicios, lo que provocó, en el caso de Hongcheng, un desempleo masivo. Muchos de los talleres de la zona cerraron y los operarios y operarias recibieron una cantidad en metálico como recurso económico para vivir o poder montar un comercio propio. Una gran parte del personal desempleado eran mujeres y el orfanato de Nanchang supo llegar a tiempo para contratarlas como madres acogedoras en el programa de acogimiento familiar.

La comunidad de Hongcheng se encuentra a 18 km. del orfanato de Nanchang y dispone de varias líneas de autobuses para ir al centro de la ciudad. Cuenta con una superficie de 0.9 km² y alcanza los 3.950 habitantes. En total, suman 790 familias con un promedio de cinco miembros por familia. En la zona hay una guardería, dos escuelas de educación primaria, un colegio de enseñanza secundaria, un centro de estudios especializados, una casa infantil, un hospital, dos supermercados y un parque que cuenta con un pequeño lago y aparatos para hacer ejercicio al aire libre.

La mayoría de los habitantes viven en pisos de las fincas construidas en los años 50 del siglo XX. Cada finca tiene seis plantas y no dispone de ascensor. La vivienda consiste en una pequeña estancia que normalmente sirve como salón o comedor familiar. Las habitaciones son amplias y muchas veces se usan para todo tipo de actividades, por ejemplo, recibir visitas, organizar juegos infantiles y hacer actividades de rehabilitación. La mayoría de las casas cuenta con dos o tres habitaciones, no utilizan calefacción en invierno y pocos disponen de aire acondicionado en verano.

El bambú es una planta típica de la zona (Yu, 2009), su verdor se ve por todas partes, en el parque o en las calles, y es un manjar exquisito; además es una materia básica para fabricar muebles resistentes y ligeros. Las familias lo utilizan para construir instrumentos simples de rehabilitación. Cada mañana, llegan los campesinos de la zona rural cercana a vender verduras o cereales frescos.

Antes de los años 90, la mayoría de la población activa de Hongchen trabajaba en los talleres de piezas para automóviles pero, en la actualidad, la actividad se ha reducido a un 30%. Muchas familias ejercen como autónomos con pequeños negocios: restaurantes, tiendas de comestibles, de fotografía y fotocopias, reparación de bicicletas, transportistas, taxistas etc. El ingreso medio anual per cápita es de 21.000 yuanes.

La mitad de la población de Hongcheng es budista y participa en las actividades y fiestas religiosas. Muchas familias acuden a los famosos templos ubicados en las montañas de Nanchang para determinadas fechas del año.

Para movilizar a las mujeres desempleadas de Hongcheng, el orfanato de Nanchang se puso en contacto con la Oficina de Barrio y el Comité del vecindario. Se organizaron numerosas reuniones con objeto de divulgar el concepto del acogimiento

familiar y contestar las preguntas surgidas de las discusiones. El Comité ayudó a seleccionar a las familias.

A través de la colaboración con la Oficina de Barrio, se obtuvo el consentimiento de la autoridad local, que facilitó y adecuó las instalaciones comunitarias a favor de los niños y niñas acogidos.

La zona de Hongcheng se construyó a mediados de los 90 y, después de unos años dedicada al acogimiento familiar de niños y niñas sanos, se introdujo en el sistema, al inicio de la última década del siglo pasado, a quienes tenían alguna discapacidad.

En la actualidad en Hongchen hay 157 familias de acogida con las que viven 194 niños. De ellas, 120 familias tienen un niño con discapacidad y 37 tienen dos niños, uno sano y otro con algún problema de salud, físico o psíquico.

4.2. Wenming

Otra zona de acogida es Wenming, que también está ubicado en la división administrativa de Wanli. Sus características socioeconómicas y culturales son muy similares a las de Hongcheng, y lo novedoso de esta nueva zona es que sus habitantes viven en las grandes torres modernas de 25 o 30 plantas, por lo que la población es más numerosa, llegando a los 5.200 habitantes.

Los edificios tienen ascensor y las viviendas son más modernas. Disponen de un salón grande donde se organizan las actividades familiares. Las habitaciones no son amplias y en algunas solo caben una cama individual y un escritorio pequeño.

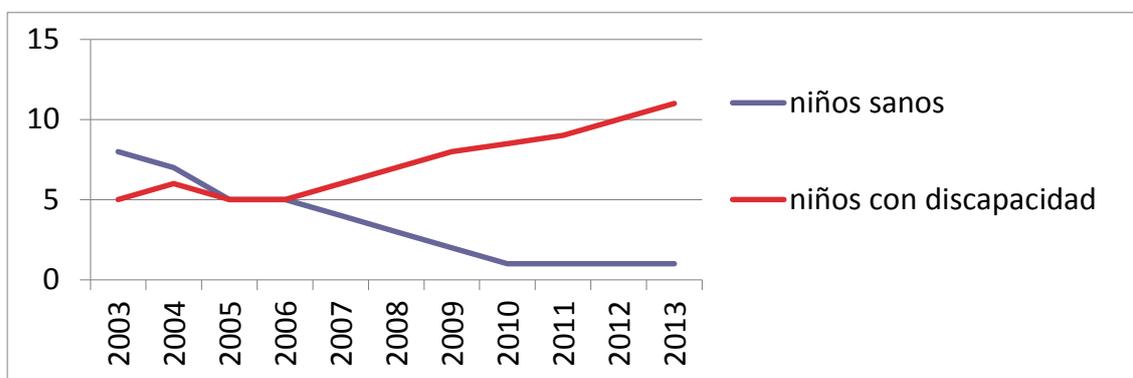
Debido a que muchas familias cuentan con negocios propios en los que los maridos se registran como autónomos, las mujeres no trabajan, por lo que el orfanato de Nanchang las considera madres acogedoras potenciales. Desde marzo de 2011, empezó la campaña de captación con la ayuda de la Oficina de Barrio. En la actualidad, hay treinta familias de acogida que acogen a cuarenta y cinco niños y niñas; todos padecen algún grado de discapacidad.

En la zona existen dos guarderías, cuatro escuelas primarias y dos colegios secundarios. Hay un hospital grande y otro pequeño. Están construyendo un centro de

rehabilitación, donde los acogedores participan en los cursos de práctica con sus niños acogidos.

5. Acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad

Después de veinte años de evolución, el acogimiento familiar se ha convertido en el tipo de acogimiento principal en el orfanato de Nanchang. Ya no solo es un recurso para rebajar los gastos del orfanato, sino que destaca por proporcionar una respuesta familiar, capaz de enfrentar nuevos desafíos. Entrando en la última década del siglo XX, la situación de los niños y niñas que llegaban al orfanato sufrió un notable cambio. Según los datos proporcionados por el centro, la tendencia general durante el período 2003-2013 fue de una notable disminución del número de niños y niñas sanos ingresados (de 547 a 64) y un aumento creciente de quienes tenían alguna discapacidad (de 83 a 275). Además, se observó una notable disminución en el número total de niñas (de 500 a 38), seguramente a causa de un menor número de abandonos y la adopción no registrada entre parientes, vecinos o amigos, así como a través de la adopción internacional.



El gráfico anterior nos muestra que, en 2005 y 2006, se produjeron importantes cambios en relación con los niños y niñas que llegaban al orfanato. Así, a partir de 2006, disminuyó el número de niños y niñas sanos, mientras que la de los niños y niñas con discapacidad empezó a aumentar.

La llegada cada vez más frecuente de niños y niñas con discapacidad obligó al orfanato a reflexionar e investigar la posibilidad de introducirlos en el programa de

acogimiento familiar. Las *Medidas provisionales de la administración del acogimiento familiar*, publicadas por el Ministerio de Asuntos Civiles en 2003, explicitaban que “todo niño debe ser protegido, incluso los que padecen discapacidad tienen derecho de disponer de un ambiente de desarrollo familiar”. Esta política social fue un impulso a abrir el procedimiento de acogimiento familiar a los niños y niñas con discapacidad.

Para ello, hubo que rectificar los sistemas ya existentes y crear otros nuevos, con el objetivo de organizar y coordinar los factores y las personas relacionados con el acogimiento familiar de niños y niñas discapacitados, introduciendo de este modo una nueva metodología de intervención profesional.

El cuidado y educación de los niños y niñas con discapacidad —entendida como la disminución física, psicológica, mental y/o sensorial, que trastorna el desarrollo cognitivo, emocional o social y provoca serios problemas de comportamiento (Liu, 2008)— requiere conocimiento y técnica, lo que sugiere una profesionalización de las familias de acogida.

El primer reto consistió en movilizar a las familias en la campaña de captación. En este sentido, era importante resaltar la alta satisfacción personal y social que suponía para las familias acogedoras el éxito del acogimiento.

El programa de selección exigía que la familia acogedora poseyera conocimientos específicos —obtenidos en la mayoría de los casos a través de los cursos de formación—, a lo que el departamento añadió la exigencia de un determinado nivel de educación. También se aumentó la exigencia en cuanto al estado de la salud de las familias candidatas porque, ante los problemas especiales derivados de la discapacidad, se requiere estabilidad emocional y fuerza física.

Se implantó así mismo un programa de formación pre-acogimiento para las familias, en el que se explicaban las necesidades especiales de los niños y niñas con discapacidad; las técnicas y pautas del cuidado y educación especial; y algunos métodos básicos terapéuticos. Pero, para lograr la profesionalización, no era suficiente una formación inicial, sino que hacían falta cursos continuados a lo largo del acogimiento. Por ello, se implementaron también programas de formación continua.

Las visitas periódicas a domicilio por parte de profesionales resultaban sumamente importantes, no solo para ayudar a las familias a resolver los problemas surgidos en el cuidado diario, sino también para diseñar nuevos programas de formación continuada. La colaboración entre profesionales y familias se hizo más estrecha e incorporó el apoyo emocional, al tiempo que se ponía en marcha un registro detallado de cada visita a domicilio y de la situación actualizada de cada familia y niño o niña.

Los cursos de formación en cuidados y educación especiales a las familias requerían orientación experta, lo que se consiguió a través de una colaboración con Half Sky⁴³, otra entidad benéfica americana, cuya fundadora es una madre adoptante de niñas chinas. Half Sky se encargó de diseñar los programas y materiales de los cursos, y envió profesores/as expertos en cuidados y educación infantil y especial. Además, el orfanato creó centros de rehabilitación, tanto en el mismo orfanato como en la zona de acogida, para que niños y niñas tuvieran la posibilidad de acudir a sesiones semanales desde la casa de sus familias de acogida.

La introducción de los niños y niñas con discapacidad alteró el carácter temporal del acogimiento familiar. Al contrario que en el caso de los niños y niñas sanos, que solían ser adoptados rápidamente tras un tiempo corto de acogimiento familiar, su adopción resultaba difícil y mucho más lenta. Dado que retornar al orfanato tampoco era deseable, ahora se quedaban más tiempo con la familia de acogida y, en algunos casos, el acogimiento se convertía en permanente. La nueva modalidad exigía nuevos planteamientos de intervención profesional, cuya clave era la valoración de la relación afectiva entre acogedores y acogidos, así como de las condiciones materiales y económicas de la familia de acogida.

El desarrollo del acogimiento familiar de los niños y niñas con discapacidad se fue así ampliando hasta converger con la adopción, en el sentido de que las mismas familias de acogida podían llegar a adoptar a los niños y niñas que acogían. Esta práctica fue legalizada, en el contexto de la *Ley de Hijo Único*, por la *Ley de Adopción Nacional*, publicada en 1999 y modificada en 2008, que proclamó que “los matrimonios con hijos pueden adoptar a niños o niñas con discapacidad”. Esta modalidad difiere de

⁴³ <http://halfthesky.org/zh-hans>.

lo que en España se conoce como acogimiento preadoptivo (Amorós y Palacios, 2004: 87), en el que la opción por la adopción se realiza antes del acogimiento familiar. La adopción, en el caso de Nanchang, surge después de un acogimiento familiar prolongado. En este sentido, la relación entre acogedores-acogidos se transforma en la de adoptantes-adoptados. Los profesionales han de asegurar que, en este cambio, exista una confluencia de deseos entre las dos partes, y proporcionarles apoyo técnico y emocional.

5.1. Los niños y niñas acogidos

En la actualidad, en el orfanato de Nanchang, hay 202 niños con discapacidad, acogidos por 187 familias. La mayoría de las familias acogen un niño sano y otro con discapacidad y solo unas quince tienen dos niños con discapacidad.

La edad de los niños acogidos con discapacidad se distribuye de la siguiente manera:

0-3 años	4-6 años	7-9 años	10-14 años
57	87	49	9

Cabe mencionar que el alto porcentaje de niños y niñas de entre 4 y 6 años coincide con los datos recogidos en otras provincias. Según Zeng (2009), ello se debe a que las familias biológicas abandonan sus hijos e hijas con discapacidad por falta de recursos económicos para afrontar su tratamiento médico, después de haber gastado todo lo que tenían.

Entre los menores con discapacidad, hay 108 niños y 94 niñas. El tipo de discapacidad más frecuente es la física, tal como se señala en la siguiente tabla.

Dis. Física	Dis. Mental	Dis. Psíquica	Dis. Visual	Dis. Auditiva
120	33	28	12	9

Respecto al tiempo que llevan en el acogimiento familiar, hay una docena de niños que están en este sistema desde hace catorce años, el tiempo más largo. La

estancia más corta es de ocho meses y el promedio es de cinco años. Debido a la gravedad de su discapacidad, un 31,6% no están escolarizados. Un 76% de quienes tienen menos de seis años acuden a las guarderías comunitarias.

A causa de la discapacidad y una vivencia anterior inestable, la mayoría de los niños y niñas acogidos tiene problemas relacionados con el desarrollo sensorial, emocional, cognitivo, de lenguaje y social. Además, sufren graves trastornos de conducta: rechazo a la comunicación con los demás, hiperactividad, falta de confianza en el otro y en sí mismos, y episodios de robos y mentiras.

5.2. Las familias de acogida

En la actualidad, hay 187 familias de acogida. Todos los acogedores y acogedoras están casados⁴⁴ y tienen hijos y/o hijas biológicos. Las edades de los acogedores varían entre los 35 y los 65 años, que es lo que exige el orfanato. Se distribuyen de la siguiente manera:

	36 - 40 años	41 - 50 años	51 - 65 años
187 acogedores	24	72	91
187 acogedoras	20	73	94

Su nivel de educación es muy variado, desde quienes solo tienen educación primaria hasta quienes han cursado estudios superiores, pero la mayoría ha cursado los estudios de secundaria y/o especialización:

	Primaria	Secundaria	Especialización	Universitaria
187 acogedores	6	95	87	12
187 acogedoras	10	128	46	3

⁴⁴ Durante el tiempo que estuve en Nanchang haciendo el trabajo de campo (2011-2013), descubrí que una madre acogedora estaba divorciada “a su manera” y otra separada de su marido “sin que nadie sepa”. No obstante, los datos oficiales muestran que todos están casados “correctamente”.

En cuanto al ingreso de la familia, en la práctica suele considerarse únicamente lo que gana el marido, ya que las mujeres no trabajan fuera del hogar. No obstante, existen casos en que los hijos e hijas solteros trabajan y entregan una parte de su sueldo a los padres, lo que cuenta como ingreso familiar. El ingreso medio de las familias es de 20.000 yuanes anuales, lo que es un poco más alto que la media de la ciudad de Nanchang.

Las profesiones que ejercen los padres acogedores se pueden dividir en tres grupos principales. El primero se refiere al empleo especializado en el sector del automóvil y el segundo al sector autónomo de pequeños comercios como restaurantes, peluquerías, tiendas de alimentación, transporte, etc. El tercer grupo es mucho más reducido e incluye profesiones como periodistas, taxistas, camioneros, profesores, funcionarios, etc.

La estructura familiar es un tema complejo. Después de mucho reflexionar, he clasificado a las familias en tres grupos:

Grupo I:		Grupo II:				Grupo III		
Dos generaciones		Tres generaciones				Dos o tres generaciones flotantes		
3 p	4 p	4 p	5 p	6 p	7 p	Comida	Sueño	Fin de semana
51	33	11	30	21	3	17	13	8

El primer grupo se refiere a las familias compuestas por dos generaciones, cuyos miembros pueden ser tres o cuatro personas. Hay 51 familias con tres personas que son padre, madre e hijo o hija; y 33 suman cuatro personas que son padre, madre y dos hijos o hijas. Este grupo de familias son las llamadas nucleares.

El segundo grupo es el de las familias troncales, compuestas por tres generaciones, cuyos miembros varían de cuatro a siete personas. Hay familias que tiene un abuelo; otras, una abuela; y algunas que tienen uno o dos hijos o hijas. Las familias de siete personas están compuestas por el matrimonio acogedor, los dos abuelos, dos hijos/as y una hermana o hermano del acogedor o la acogedora. Este tipo de familias, como se muestra en la tabla, son solo tres. Las de cuatro personas constan de padre, madre, un hijo o hija y un abuelo o abuela. Las de cinco suelen estar formadas por el

padre, la madre, los dos abuelos maternos o paternos, y un hijo; pero también pueden estar compuestas por los padres, un abuelo o abuela y dos hijos/as. Por último, las de seis personas se refieren a los dos padres, los dos abuelos y dos hijos/as.

Si los dos primeros grupos se clasifican porque comparten la misma residencia, en el tercero, al que he denominado de “dos o tres generaciones flotantes”, se comparten la comida, el sueño o algún momento de la vida, como el fin de semana o las vacaciones.

Respecto a este último grupo he encontrado diecisiete familias en las que, al mediodía, los nietos llegan a comer a la casa de la familia acogedora pero, por la noche, vuelven a la casa de sus padres a dormir. Otras trece familias lo hacen a la inversa: al mediodía, los niños/as comen en casa de sus padres, pero duermen en la casa de los abuelos. Por último, están las ocho familias cuyos nietos o nietas van a la casa de los abuelos a pasar el fin de semana: desde la tarde del viernes hasta la noche de domingo. La vida de estas familias transcurre entre dos y tres generaciones y, por eso, las denomino “flotantes”.

Aunque la estructura familiar de las familias flotantes no encaja con las categorías troncal o nuclear, son muy significativas para esta investigación, ya que tiene que ver con cómo se distribuye el tiempo y la energía entre el cuidado de los nietos y nietas biológicos y el de los niños y niñas acogidos. Cabe mencionar que la mitad de los acogedores y acogedoras son abuelos, lo fueran ya al inicio del acogimiento o tuvieran los nietos o nietas una vez este estuvo en marcha. Muchos cuidan de los nietos y nietas, cuyas edades varían desde los dos años a los doce. El número de nietos/as por familia varía entre uno y cuatro.

La otra mitad de los acogedores y acogedoras tienen menos de cincuenta años y aún no tienen nietos. Son un total de noventa y cinco familias, de las cuales sesenta y tres tienen un hijo o una hija y treinta y dos tienen dos. La edad de los hijos e hijas varía desde los cinco a los veinticinco años.

La siguiente tabla muestra el sexo y la cantidad de hijos e hijas:

Un hijo	Una hija	Dos hijos	Dos hijas	Un hijo y una hija
58	43	24	19	43

En cuanto a la experiencia del acogimiento, el tiempo más corto es de cinco años y el más largo de veintiuno. La mayoría de las familias llevan unos diez años realizando acogimientos, el número máximo de niños y niñas acogidos por familia es de ciento uno y el mínimo, dos. Tres familias estaban todavía en el periodo de espera de la asignación en el momento en que se realizó el estudio.

En cuanto a los factores que favorecen al éxito del acogimiento de niños y niñas con discapacidad, las investigaciones de Zeng (2002 y 2009) muestran dos aspectos destacados de las familias acogedoras: en primer lugar, tienen una mayor estabilidad emocional; en segundo, poseen expectativas más realistas con respecto a las niñas y niños acogidos. En el caso de Nanchang, si bien todas las familias manifiestan que acoger a niños con discapacidad es una simple continuidad del acogimiento familiar que llevaban haciendo desde hace años, se observa que las que no han continuado son precisamente aquellas que no estaban preparadas emocionalmente para la complicada situación de cuidado que presentan estos niños y niñas.

5.3. Nuevas características: cambio en el rol de las familias de acogida

Como hemos analizado antes, el concepto de la niñez sufrió grandes cambios producidos por la reforma económica, la firma del *Convenio de la Haya* y otras influencias provenientes de Occidente. Dichos cambios han repercutido de manera muy relevante en el cuidado infantil del acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad.

En primer lugar, el acogimiento familiar ha dejado de ser un recurso más que el orfanato utilizaba para cubrir la falta de personal o la escasez económica. El objetivo actual es que los niños y niñas se desarrollen en un ambiente familiar, es decir, son las necesidades infantiles las que exigen e impulsan esta alternativa de cuidado. Las pautas y normas de cuidado deben, por tanto, definirse en función de dichas necesidades. Esto supone, en el caso de los niños y niñas con discapacidad, un mayor esfuerzo y dedicación de las personas acogedoras y sus familiares, ya que las necesidades son más complejas y específicas (Zhu, 2012).

En segundo lugar, respecto a las exigencias relacionadas con la seguridad, el crecimiento y la supervivencia, no solo hay que prestar mayor atención a su cumplimiento, sino también a cómo lograrlo bajo las situaciones específicas —tanto biológicas como emocionales— que presentan los niños y niñas con discapacidad. Los temas de alimentación, sueño e higiene, así como la prevención de accidentes, los riesgos procedentes del clima, etc., han de ser estudiados teniendo cuenta la situación particular del niño o la niña. No es lo mismo la dieta para un niño sano que para uno con dificultad de crecimiento, como es el caso de muchos niños y niñas con discapacidad, no solo en lo que se refiere a la elaboración de la alimentación, sino también al modo de proporcionársela (Xiao, Chen, Zhou y Wang, 2010).

En tercer lugar, el desarrollo emocional infantil —que constituye la parte más importante de la salud mental del niño o la niña— requiere una mayor atención en aquellos que padecen discapacidad. La estabilidad y el ambiente cariñoso de la familia en la que están deben favorecer que construyan el apego adecuado y una autoconfianza segura. Aquí, una vez más, es importante tener presente la situación especial de la discapacidad a la hora de diseñar el modo y las pautas para aplicar los cuidados específicos en el contexto del acogimiento familiar (Wang, 2013).

En cuarto lugar, el desarrollo infantil de los niños y niñas con discapacidad requiere mucho apoyo comunitario en el contexto en que se encuentra la familia de acogida. No es suficiente intervenir con el niño o la niña, centrándose en la rehabilitación y mejora de sus funciones individuales, sino que hay que involucrar a todos los agentes del entorno, con una actitud correcta, instalaciones adecuadas y actividades favorables. El desarrollo social de los niños o niñas con discapacidad involucra no solo a estos y sus familias, sino también a la escuela, el hospital, los centros de rehabilitación, los vecinos o amigos y, en definitiva, a toda la comunidad en que se encuentra la familia de acogida (Wu, 2006).

Por último, en cuanto al desarrollo cognitivo y de lenguaje, los niños y niñas con discapacidad requieren, como es lógico, más acompañamiento y atención. Cabe mencionar que, en muchos casos, un programa acertado para su desarrollo no radica en diseñar medidas con las que el niño alcance o iguale a otros niños y niñas de su edad,

sino en cómo potenciar algunas cualidades resultantes de su discapacidad. Está claro que un niño con problemas de movilidad física no tiene por qué aprender a correr, pero sí podría destacar, por ejemplo, en manualidades. Aplicar este tipo de programas y cuidados no solo requiere conocimientos específicos por parte de familias acogedoras y profesionales, sino también paciencia y una visión realista, que tenga en cuenta la situación real del niño o la niña (Zhang y Luo, 2007).

Todas las características anteriores suponen también una nueva definición de las funciones de las familias acogedoras. En primer lugar, cuidar y educar a un niño o niña cuyo ritmo evolutivo se ve afectado por la discapacidad supone que algunas pautas educativas o de cuidado convencionales no serán aplicables y que las personas acogedoras, a pesar de su experiencia obtenida de la crianza de sus hijos e hijas biológicos, deben aprender y adaptarse a las condiciones específicas de los niños y niñas que acogen. Requiere, especialmente, un mayor esfuerzo en controlar su estado emocional, su desesperación o sensación de fracaso cuando se ven en situaciones de conflicto.

Por otra parte, las personas acogedoras deben implicarse como un terapeuta más o, si se prefiere, como ayudantes del terapeuta profesional. Como es sabido, en el caso de los niños y niñas con discapacidad, no es suficiente el cuidado ordinario. Su compleja situación de salud requiere tratamientos y cuidados especiales, por lo que los acogedores y acogedoras deben involucrarse siguiendo las indicaciones del médico en las actividades rehabilitadoras, ya sea en el centro o en casa. Las familias, a medida que van obteniendo conocimientos médicos y sobre la situación personal del niño o niña, pueden llegar a tomar la iniciativa en el tratamiento, fabricando, por ejemplo, herramientas instrumentales o métodos inspirados en la medicina china.

Hay que señalar también que las complejas situaciones del cuidado y educación relacionadas con la discapacidad obligan a que las familias acogedoras estén en contacto constante con profesionales, no solo para recibir apoyo, sino también, muchas veces, para aportar sus propios conocimientos y observaciones de la evolución del niño o niña, a fin de diseñar conjuntamente un programa de intervención más apropiado y realista respecto a su situación.

Las personas acogedoras no deben limitarse a pedir ayuda cuando la precisan, sino que han de ser colaboradores de los servicios que se ofrecen y sentirse incorporados a los mismos, incluso a la hora de tomar decisiones sobre actuaciones concretas. Profesionales y familias comparten información y decisiones, pero su relación va más allá del trabajo en sí. En muchos casos, se trata de una relación también emocional, en la que las dos partes no solo aportan para resolver los problemas que aparecen, sino también para compartir los logros o los momentos de alegría.

Además, las familias acogedoras deben actuar a modo de educadores especializados. Como hemos mencionado, para educar a los niños y niñas con discapacidad, no es suficiente la experiencia obtenida con los hijos o hijas biológicos. Los acogedores y acogedoras deben conocer con exactitud la situación evolutiva en que se encuentra el niño o niña, así como tener en cuenta qué tipo de conocimiento es más adecuado proporcionarle, con el fin de obtener el máximo partido y lograr el mayor desarrollo posible.

Por último, las familias acogedoras actúan como mediadoras entre el niño o la niña y el entorno. Como hemos analizado, en su desarrollo social se implican todos los agentes del entorno donde se inserta, como la escuela, el hospital, el vecindario, etc. Las personas acogedoras se conectan con profesores/as por la escolarización del niño o la niña, con médicos por su salud, y con monitores/as del centro de rehabilitación para acompañar y conocer el avance del menor. Por otro lado, vecinos y amigos acuden muchas veces para echar una mano en momentos puntuales y, con ellos, las familias acogedoras mantienen un contacto constante.

5.4. Experiencia multidimensional

Las funciones antes mencionadas no solo cambian el rol de las familias de acogida, sino que también afectan a su vida de una forma multidimensional. En la vida familiar, por ejemplo, el acogimiento no solo supone la incorporación de una persona más al hogar, sino, lo que es más importante, cambia la estructura familiar y afecta a la calidad de las relaciones interpersonales dentro de la misma. Zeng (2002) ha mostrado que el acogimiento influye incluso en la relación conyugal y filial. El éxito de la crianza

de los niños y niñas acogidos puede dar satisfacción y alegría a los dos miembros del matrimonio, reforzando su relación; del mismo modo, el fracaso puede dañar la convivencia. Por otro lado, los hijos e hijas biológicos pueden resultar una ayuda o un elemento de conflicto, dependiendo en gran medida de las estrategias que apliquen los padres acogedores. Si el acogimiento tiene éxito, padres e hijos/as se sentirán más unidos, por considerarse aliados en la realización de un proyecto común; en caso contrario, la relación puede sufrir consecuencias perversas.

En el caso de los acogedores y acogedoras jóvenes que conviven con sus padres, el acogimiento también puede afectar a la relación entre ellos. En este sentido, normalmente los padres ya están jubilados, pero no todos se sienten dispuestos a echar una mano a su hijo o hija en el cuidado de los niños o niñas con discapacidad. La relación padres-hijos se ve seriamente afectada de manera negativa cuando las opiniones o acciones sobre el acogimiento no siguen la misma dirección. Zeng (2002) documenta que las complejas tareas de cuidado especial de estos niños y niñas provocan una angustia que puede llegar a generar tensiones entre quienes acogen y sus padres ancianos, ya que, en algunos casos, estos también están precisando cuidados, de manera que entran en una especie de competencia con los niños y niñas acogidos.

Por otro lado, en cuanto a la red social que van tejiendo las familias de acogida, se hace evidente la importancia que estas otorgan a la amistad con aquellos parientes, amigos o vecinos que se muestran comprensivos o prestan ayuda en los momentos de apuro. Puesto que el perfil de las amistades se suele relacionar con el cuidado y la educación especiales, los acogedores y acogedoras entablan con ellos conversaciones sobre temas educativos u otros relacionados con el desarrollo infantil. Estas conversaciones, a su vez, enriquecen el conocimiento de las personas acogedoras, que lo aplican en sus prácticas (Yin, 2003).

Como apuntaba antes, los y las profesionales especializados que están en contacto con las familias no actúan únicamente como técnicos o inspectores, sino también como amigos con quienes pueden desahogarse en momentos de angustia o llorar de alegría cuando se obtienen avances. En muchos casos, al tiempo que el niño o la niña desarrolla apego hacia las personas que lo acogen, estas lo hacen hacia los y las

profesionales. La experiencia de trabajar conjuntamente con ellos lleva a que los acogedores y cogedoras comprendan mejor la importancia de seguir los programas de intervención y se produzcan así avances más rápidos.

Dado que el Departamento de Acogimiento se encuentra en el orfanato, también los cursos de formación, la revisión mensual de los niños y niñas, y otro tipo de reuniones, se celebran en sus instalaciones. Acudir al orfanato es una actividad muy frecuente para las familias acogedoras. El constante contacto con el orfanato y la observación de los niños y niñas que en él viven es un elemento de sensibilización que las empuja a continuar con el acogimiento.

3ª PARTE:
ANÁLISIS DE LA ETNOGRAFÍA
DE LA EXPERIENCIA ACOGEDORA

Capítulo VI. LAS MOTIVACIONES: OFRECER “EL CORAZÓN QUE AMA”

1. El corazón que ama

1.1. “Soy sensible”: recibir la noticia de acogimiento familiar

1.2. “El niño sufre”: la reunión informativa

1.3. “Me siento triste”: la solicitud

1.4. “Puedo echarle una mano”: la selección/evaluación

1.5. “¿Cómo debo cuidarle?”: los cursos de pre-acogimiento

1.6. “¡Qué alegría!”: la carta de idoneidad

1.7. “Me necesita”: la asignación

1.8. “Somos padre y madre de crianza”: el periodo de adaptación

2. Los contextos particulares donde se ofrece “el corazón que ama”

2.1. “Busco trabajo”: la situación laboral de la mujer

2.2. “Busco compañía”: el nido vacío

2.3. “Busco compañeros para mi hijo único”: la política del Hijo Único

2.4. “Busco compañía para mis padres”: el sostenimiento familiar de la vejez

El estudio de las motivaciones se centra en la pregunta de por qué la gente inicia, termina o persiste en una acción específica en determinadas circunstancias (Mook, 1986; Peng, 2001). Markus y Kitayama (1999) detectan que las motivaciones tienen relación con la noción del *self* que se construye cada cultura. Las autoras definen *self*-independiente como el tipo predominante en la mayoría de las sociedades occidentales y *self*-interdependiente en las no occidentales, entre las cuales destacan la sociedad japonesa (1999: 226-227). El *self*-independiente se refiere a que el sentido de la persona se debe principalmente al propio repertorio de pensamiento, sentimiento y acción, mientras que, en el *self*-interdependiente, la experiencia individual está, en gran parte, determinada por el pensamiento y sentimiento del otro. La diferente construcción del *self* se traduce en diferentes motivos para iniciar acciones. En opinión de las mismas autoras, se pueden destacar tres diferencias: la primera es que las personas de *self*-interdependiente suelen expresar y experimentar más los motivos que ponen al otro como centro de referencia; además, la agencia del *self*-interdependiente experimenta como un esfuerzo recibir del otro, mientras la del *self*-independiente tiende a expresar las necesidades propias, cuya satisfacción frecuentemente considera un derecho; por último, los motivos vinculados con el *self* se suponen muy diferentes en una y otra perspectiva (1999: 240).

En el contexto etnográfico, como he señalado anteriormente, las categorías nativas indican que el “yo” de los acogedores y acogedoras está ontológicamente vinculado con “tú” y “él”, por lo que podemos considerarlo más cercano al *self*-interdependiente. Por regla general, los motivos de su acogimiento familiar se relacionan con dar cuidado a “tú”, los niños y niñas acogidos. Sin embargo, también consideran las necesidades e intereses propios del “yo”, lo que en cierto sentido los acerca al modelo de *self*-independiente. Podría decirse que los motivos de las personas acogedoras se encuadran en dos dimensiones: “dar” cuidado a los niños acogidos y “recibir” recompensas del orfanato y de otras personas involucradas en el acogimiento. Las dos dimensiones interaccionan y no es posible separarlas. Sin embargo, como estrategia del análisis las analizaré por separado, empezando por los motivos de “dar” de los acogedores y acogedoras.

1. El corazón que ama

La mayoría de las teorías existentes sobre el amor consideran que el amor “surge” de una carencia personal o necesidad del otro. Reik (1944), por ejemplo, opina que el amor emerge de la insatisfacción con uno mismo y con su vida, de tal forma que se busca cuando la vida resulta decepcionante y se necesita a otra persona para llenar un vacío (Calatayud, 2006). Para Klein y Riviere (1953), el amor surge de la dependencia de otras personas para la satisfacción de las necesidades del individuo. En opinión de Fromm (1989), el amor surge del cuidado, la responsabilidad y el conocimiento de la otra persona, y se basa en el respeto y la confianza. Sin embargo, según este último autor, el amor también es una decisión, un acto de voluntad. En este sentido, Peck (1978) considera el amor una decisión y, posteriormente, un compromiso con esa decisión. Por su parte, Maslow (1954) distingue entre dos tipos de amar: el amor de deficiencia —que surge de la necesidad de seguridad y pertenencia, como una carencia personal— y el amor de ser, una decisión para la autorealización y realización del otro. En la misma línea, podemos encontrar a Sternberg (2000) que considera la decisión/ compromiso como uno de los tres componentes del amor, junto con la intimidad y la pasión.

Así pues, para muchos teóricos el amor es “provocado” por la presencia del otro, mientras que para unos pocos es una decisión propia. En la presente investigación sobre el amor de los acogedores y acogedoras hacia los niños y niñas acogidos, me inclino por la segunda opción, ya que los acogedores “deciden” amar y lo expresan con el término de ofrecer “el corazón que ama”.

Siguiendo la visión nativa, el corazón es entendido como el centro de amor donde interaccionan la emoción y la razón. El amor es un acto de voluntad: la expresión “el corazón que ama” significa amar activamente con el pensamiento y el sentimiento. Las familias utilizan esta frase para mostrar su voluntad de querer amar a los niños y niñas acogidos. Su motivo de participación en el acogimiento es amar, puesto que su corazón necesita amar ontológicamente. Sin embargo, “el corazón que ama” no es un concepto abstracto o un ideal, es una acción concreta que se realiza en el contexto de la vida cotidiana. Por eso, propongo entenderlo a través de la actuación de las familias en la primera fase del proceso del acogimiento. Porque solo adentrándonos en las acciones

concretas, llegaremos a comprender con profundidad cómo funciona “el corazón que ama” y entenderemos, por tanto, por qué las familias intentan “ofrecerlo” cuando hablan de sus motivaciones de participación en el acogimiento.

El amor es una actividad. Al amar, el corazón se vuelve receptivo y sensible, en constante vigilancia para atender al amado. Esta sensibilidad hace que las familias perciban que los niños y niñas del orfanato sufren. El sufrimiento ajeno les llega al corazón de su “yo”, provocando una tristeza que no es sino la compasión que se siente por “tú”, el niño. La compasión les empuja a “echarle una mano”, a darle cuidado. Pero la actividad cuidadora requiere condiciones materiales y morales, y conocimientos de lo que hay que dar, por lo que las familias se esfuerzan en cumplir los requisitos y obtener los conocimientos necesarios para poder acoger. Dar es alegría y poder dar resulta un privilegio para gozar la alegría, pero dar, también, requiere coraje para enfrentar el dolor y el sufrimiento. Así pues, el corazón que ama navega entre la alegría y la tristeza, atravesando episodios amorosos en la fase que las familias denominan “de arranque” —se refieren así al momento de recibir la información, rellenar la solicitud, ser seleccionadas, asistir a cursos de pre-acogimiento, conseguir la carta de idoneidad y la asignación, etc.—.

1.1. “Soy sensible”: la llegada de la información

Todas las personas acogedoras me dijeron que, antes de acoger, no sabían ni conocían el acogimiento familiar, jamás habían pensado que llegarían a participar en él. La información llegó, en sus palabras, “por casualidad”. En la práctica, hay tres vías de llegada de la información. La más corriente son las reuniones informativas que organiza el orfanato en colaboración con el Comité del Barrio y la más inusual es el “boca a boca”. También hay una cantidad pequeña de familias que se enteraron por haber visto a niños y niñas acogidos en casas de parientes, vecinos o amigos.

Al parecer, las personas que se interesan en el acogimiento familiar ya eran más sensibles desde el principio, como en el caso de Lei, quien me explicó:

Estaba haciendo compras en una tienda del barrio con un grupo de amigas. Una de ellas comentó que, al día siguiente, habría una reunión en el

Comité del Barrio para hablar del acogimiento familiar. Yo no sabía de qué iba pero, cuando ella comentó que se trataba de niños del orfanato, me conmovió el corazón... [Lei no tenía conocimiento del acogimiento pero sí del orfanato]. [...] Sabía que allí es donde viven los niños sin padres. Eso de no tener padres me afecta, quizá porque soy más sensible que los demás.

En la explicación de Lei, esa sensibilidad tiene una causa concreta, que me explicó de la siguiente manera: “Porque podría ser mi hijo. Te imaginas si a mi marido y a mi nos pasara algo, mi hijo se quedaría huérfano...”. Lei entiende que su hijo y los niños del orfanato son iguales: si ama a su hijo, también ama a los otros niños. Por eso justificó: “Sentí que los niños del orfanato tienen algo que ver conmigo. Parece que a las amigas no les afectó mucho la noticia de la reunión. Pero a mí sí, me preocupé, soy más sensible”. La sensibilidad de Lei era por amor, porque ama a los niños, le importan, se preocupa y cree que todo lo que les ocurre a ellos tiene que ver con ella.

Otra persona sensible es Hua, quien me contó:

Fui a la oficina del Comité de Barrio para buscar información de empleo para mi mujer, que se aburría en casa. El oficinista me informó, a parte del acogimiento familiar, de más tipos de trabajo que podrían interesar a mi mujer como, por ejemplo, hacer prendas de punto, planchar ropa o cuidar niños como canguro, etc. Pero me interesé por el acogimiento, porque esos niños con deficiencias físicas... me da no sé qué. Seguramente porque soy sensible a la desgracia de los demás.

En el caso de Hua, la sensibilidad tiene su origen en su propia experiencia, pues me contó que, cuando tenía tres años, murió su madre. Dijo: “Sé qué es vivir sin madre. A un niño que crece sin padres le falta el amor”. En este sentido, se interesó por el acogimiento porque lo consideraba una ocasión para amar.

Jing es una persona a la que le encantan los niños. Atribuye su sensibilidad a su gusto por los críos. Me contó su experiencia de cómo supo del acogimiento familiar:

Aquel día pasaba por la oficina del Comité del Barrio y ví una nota en la puerta que convocaba a una reunión sobre el acogimiento familiar para cuidar a los niños del orfanato. Me interesó. Mi marido suele decir que siempre me

interesan los asuntos ajenos. Pero, a ver, me gustan los niños, quiero que estén bien, y, si puedo echarles una mano, ¿por qué no lo hago? Puede que yo sea más sensible, pero a todo el mundo nos gustaría que esté bien la persona que amas, ¿no?

Jing desea que el otro esté bien porque lo ama, sin amor todo le sería indiferente. El amor por los niños hace más sensible a Jing; no es que su situación desgraciada en el orfanato la afectó naturalmente, sino que ella misma se abre para recibir el afecto.

La sensibilidad que muestran las familias tiene que ver con la constante preocupación que sienten por los demás. La persona amante se preocupa por el estado del amado y, por eso, se muestra sensible a cualquier necesidad del otro, incluso antes de que se exprese. Es un amor que se relaciona con la preocupación, que en chino se dice *guanai*, preocupación-amor.

1.2. “El niño sufre”: las reuniones informativas

La sensibilidad de las personas que se interesaron en el acogimiento familiar no solo les llevó a preocuparse, sino a detectar desde el primer momento que “el niño sufre”. En su estudio sobre el sufrimiento humano, Alan Young (1995) señala dos categorías de significados del sufrimiento: uno se relaciona con el cuerpo y el dolor físico; el otro, con el estado psíquico, existencial o espiritual.

En el contexto etnográfico, las familias de acogida mencionan que los niños y niñas tienen “dos pérdidas” que les hacen sufrir física y moralmente. La primera se refiere a la de los padres, ya que han sido abandonados. En este caso, sufren moralmente. La segunda hace referencia a la pérdida de salud por las deficiencias que les causa la discapacidad. En este sentido, sufren dolores y molestias corporales. Aunque esta clasificación resulta demasiado simple —ya que lo físico y lo psíquico no se puede separar totalmente—, nos puede mostrar cómo entienden las familias las causas del sufrimiento de los niños y niñas que viven en el orfanato.

Recordando la primera reunión a la que asistió, Mang me contó cómo percibió ese sufrimiento:

Era una tarde del verano de 1994, me acuerdo muy bien porque aquel día mi marido y mi suegro tenían fiesta y no fueron a trabajar en el taller. Les dije que iba a asistir a una reunión en la oficina del Comité del Barrio sobre acoger a los niños del orfanato de Nanchang. Sabía de la existencia del orfanato, pero no sabía nada del acogimiento familiar. Había mucha gente en la reunión. El presidente no habló mucho y solo dio la bienvenida a la trabajadora social del orfanato, Li, con quien hice mucha amistad posteriormente. Li comentó que había muchos niños en el orfanato que necesitaban ser acogidos por familias voluntarias. No tenían padres y, además, algunos de ellos eran niños con discapacidad. Dijo que esos niños no andaban, no veían bien, no sabían qué era hacer caca o pipí, aunque ya tuvieran cinco años, etc. Era un panorama horrible, niños sin padres y encima con discapacidad. Me sentí mal y salí de la reunión pensando cómo deben de sufrir estas pobres criaturas...

En la época a la que se refiere Mang, todavía no había muchos niños y niñas con discapacidad en el orfanato, pero a ella le afectó su situación desgraciada. De la reunión, Mang sacó la conclusión de que los niños y niñas del orfanato sufrían por la pérdida de sus padres y de su salud. Su caso es muy parecido al de Zeng, un padre acogedor de cincuenta y un años, taxista, que me contó lo siguiente:

Aquella tarde estaba en casa porque me tocaba descansar. Mi mujer me dijo que el orfanato de Nanchang había venido al barrio a convocar una reunión informativa sobre el acogimiento familiar. Ya me había hablado varias veces de traer a casa a niños para cuidar, yo no le hacía caso porque pensaba que no lo decía en serio, además no sabía de qué se trataba. Ahora ella quería que la acompañara a la reunión y decidí ir a escuchar. Llegábamos tarde y vimos a una mujer —más tarde supimos que era la directora del orfanato— que estaba de pie, contestando las preguntas que le hacía la gente. La directora dijo que había venido a buscar familias que quisieran acoger a los niños del orfanato porque necesitaban amor materno y paterno, que solo los padres podrían tener paciencia y amor para cuidar a los niños con discapacidad. Dijo que algunos niños de seis o siete años, que aún no sabían comer solos, necesitaban que les dieran de comer

con cucharas. Yo jamás imaginé que un niño de siete años no pudiera comer por su cuenta. ¡Qué sufrimiento! Todo porque lo abandonaron y no tenía padres que lo cuidaran como era debido.

Con “como era debido”, Zeng se refería al cuidado materno y paterno y el cuidado especial, ya que el niño tenía problema de salud por la discapacidad. Así, para Zeng el origen del sufrimiento del niño era la falta de padres y la condición deficiente de la discapacidad.

Sheng no asistió a ninguna reunión informativa, se enteró del acogimiento familiar a través de una conversación con una amiga. Su caso no era muy frecuente, pero le sucedió y, como dijo, le cambió “el rumbo de la vida”. Sheng tenía cuarenta y cinco años, y era empleada de una mensajería. Se había jubilado con anticipación para cuidar a su madre ciega. Me explicó cómo sufrió escuchando la forma de comer de un niño con labio leporino:

Tenía una amiga con quien salía mucho. Pero un día me llamó diciendo que no podía salir tanto porque estaba cuidando a un niño acogido. Sentí curiosidad. Me dijo que era un niño de tres años del orfanato de Nanchang, que tenía el labio leporino. Me contó con mucho detalle sobre el cuidado de darle de comer para no hacerle daño en su labio. Dijo que nunca podía darle una cucharilla entera de la sopa de arroz, porque podrían quedar algunos granos de arroz entre los labios y que luego, para limpiarlos, le podría hacer daño al niño. ¡Qué delicado! Pensé, un niño delicado merece más cuidado. Pero, como era abandonado, no tenía padres que le cuidaran.

Igual que Mang y Zeng, Sheng también deducía que el niño sufría por el defecto del labio y por la falta de presencia de los padres que deberían darle el cuidado “merecido”. Si los casos mencionados hasta ahora son parecidos —en el sentido de que comparten el hecho de que las familias se enteraron del acogimiento familiar por vía “audio”, es decir, solo “de oído”—, el caso de Jing es distinto, puesto que ella sí llegó a conocer a un niño acogido antes de acoger. Lo vio en casa de su hermana cuando la visitó. Me dijo que su hermana llevaba un par de años acogiendo en otra ciudad famosa por su producción de cerámica, de la misma provincia de Jiangxi:

Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Un día fui a verla con mi hija de siete años porque queríamos comprar una tetera de porcelana en su ciudad. En el salón de la casa de mi hermana, estaba sentada Guo, en su silla de ruedas. Era una niña de siete años, igual que mi hija. Tenía la cabeza agachada porque el cuello no podía sostenerla. Los dos brazos eran muy delgados y solo le funcionaba uno de ellos, con el que podía llevarse la comida a la boca cuando mi hermana le dejaba la comida en la mesa. La vi comer pero, para mí, no era comer sino sufrir. La veía llevar la comida a la boca pero no la veía masticar porque tenía la cabeza agachada. Pensé: ¡Pobrecita, tal vez ni siquiera puede masticar!

La pérdida de los padres y la discapacidad llevó a las familias a interpretar que los niños y niñas sufrían. Para ellas, el abandono y las deficiencias físicas les arrojaban a una situación desgraciada, en la que debían de sufrir mucho. Como la pérdida es doble, el sufrimiento también se duplica. El sufrimiento se relaciona con el dolor, que también es doble: dolor físico y dolor psíquico. Las familias sentían el sufrimiento. Por eso, su amor a los niños y niñas tiene que ver con el dolor. Este tipo de amor en chino se llama *tengai*, dolor-amor, y se refiere a que la persona amante capta el dolor ajeno y lo interioriza y sufre con el otro.

1.3. “Me siento triste”: la solicitud

Después de las reuniones informativas, se reparte la solicitud entre las personas interesadas. Los miembros del Comité del Barrio hacen un seguimiento llamando cada semana a las familias para saber si han pensado apuntarse o si tienen dudas. Se trata de un periodo de reflexión en que, según me dicen las familias, se siente un “revuelto en el corazón”, un “remolino emocional”. El “revuelto” se debe a la tristeza provocada por el sufrimiento de los niños y niñas, y las familias afirman que es una reacción sentimental natural. Jing me contó cómo se sentía al salir de la reunión:

No creo que nadie pueda evitar estar triste después de escuchar cómo viven los niños en el orfanato. Aquel día de la reunión, todos volvíamos a casa muy tristes. No se podía evitar. Yo tardé mucho tiempo en rellenar la solicitud,

sentía el revuelto en mi interior. Mi marido, que no me entendía, no paraba de preguntarme si íbamos a apuntarnos o no. Casi me enfadaba y le gritaba que me dejara en paz y que no me provocara. Estaba triste y sentía rabia por la injusticia que había caído en los niños. Me preguntaba continuamente: ¿por qué un niño nada más nacer pierde a los padres y encima tiene problemas de salud?

Jiu, otra madre acogedora, también me habló de la rabia por la injusticia que sufrían los niños. Me explicaba que se sentía triste porque el mundo pierde la justicia. Para ella, lo peor de todo era que un niño enfermo fuera atacado por la injusticia: “es natural que cualquier persona se sienta triste ante tal situación”.

Sin embargo, existen personas a quien no les afecta tanto este hecho tan “natural”. Qiu, una mujer de cuarenta y ocho años, me contó su experiencia después de la reunión informativa:

Fui a la reunión con una vecina y habíamos quedado en ir de compras después de la reunión. Pero, al terminar, yo ya no tenía ganas, pero ella insistía y fuimos a comprar en un gran almacén que estaba de rebajas. Me sentía triste y miraba la ropa sin ganas, pero ella elegía con alegría, que si la falda era corta, que si el color azul le favorecía, que si estaba muy bien de precio. Yo pensé: ¿cómo es posible estar alegre después de enterarse de que hay niños que sufren por el mero hecho de vivir?

Así pues, no todo el mundo se siente triste. La psicóloga del orfanato me explicó que las personas a quienes les importaba la desgracia ajena son las más benevolentes. Dijo:

Todos nacemos benevolentes, pero el grado de la activación de la benevolencia se diferencia mucho en cada persona porque depende mucho de las circunstancias de su vivencia. De hecho, nuestro trabajo respecto al acogimiento familiar es ‘cazar’ a las personas con alto grado de activación, las llamamos *mingan* [sensible al sentimiento ajeno]. Se trata de personas que se entristecen por los demás.

Cuando le pregunté de qué depende el grado de activación, me contestó que de la capacidad de amar:

Interpretar que el niño sufre es cosa bastante fácil, ya que nuestra cultura nos enseña que, sin padres, un niño no puede vivir bien. Pero sentirse triste por el sufrimiento del niño requiere más capacidad de amar. Es decir, si uno no ama mucho es difícil que se entristezca por la desgracia de otro.

La psicóloga me aseguraba que la benevolencia y la capacidad de amar son la misma cosa, en el sentido de que interaccionan. Cuanta más benevolencia, más desarrollada está la capacidad de amar y viceversa. También me puso un ejemplo para demostrar que la capacidad se educaba:

Nosotros, cuando seleccionamos las familias, no solo valoramos las que están dispuestas de acoger inmediatamente sino que tratamos de captar a aquellas que disponen de margen para desarrollar su capacidad de amar, porque el acogimiento familiar es una oportunidad de desarrollo. Me acuerdo que, hace unos años, había una familia cuya madre quería acoger, pero el padre dudaba. Notamos que el hombre se sentía muy triste cuando le invitamos a visitar el orfanato. Decidimos asignarles una niña de dos años, sana, para que no tuviera cuidado especial o complicado como con los niños con discapacidad. El matrimonio enseguida se encariñó con la niña y después de un año solicitaron a un niño con discapacidad.

Con este caso, la psicóloga me quería demostrar que la capacidad de amar era el origen de la tristeza que sentían las familias y que encontrar a las personas que la tienen desarrollada es la clave de las campañas de captación. Según Solomon (2007), si la aflicción es causada por la pérdida de un ser querido, no es la pérdida en sí, sino el amor hacia el difunto el que hace sentirse triste. Si la pérdida es de uno mismo, se produce la aflicción y, si la pérdida es del otro, la aflicción que se produce es la compasión. Las familias se sentían tristes, no porque habían perdido seres queridos ellas mismas, sino por las pérdidas experimentadas por los niños y niñas: el amor que causaba su tristeza no era el de los seres queridos, sino los niños mismos. Por eso, en su caso, su tristeza implica “sentir lástima”, es decir, compasión. La compasión es un tipo de amor⁴⁵

⁴⁵ De hecho, la palabra griega para amor era *agapé*, la misma que hoy se traduce por compasión. Por otro lado, la palabra compuesta china *lianai* (怜爱), que se refiere a compasión, se traduce literalmente por “amor del corazón triste”.

causado por la aflicción que se siente por el otro. En chino, la compasión se dice *lianai*, triste-amor.

Hace más de dos mil años Mencio dijo: “Ningún hombre está desprovisto de un corazón sensible al sufrimiento ajeno”. Dos milenios después, Adam Smith (1982 [1759]) escribió:

Por muy egoísta que supongamos al hombre, hay ciertos principios evidentes en su naturaleza que le hacen interesarse por la fortuna de los demás, y vuelven necesaria para él la felicidad de estos, aunque nada obtenga de ello salvo el placer de verlo. A esta clase pertenece la piedad o compasión, la emoción que sentimos por la miseria ajena.

La compasión es, pues, la tristeza causada por la miseria ajena. Su premisa es que yo y el otro están potencialmente vinculados y, por ello, puedo sentir la desgracia cuando afecta al otro. En el contexto etnográfico, para las familias, los niños es el “tú” —que es uno de los tres centros que tiene el “yo”—; por eso, cuando pasa algo a “tú”, el “yo” se entera. Para ellas, es un hecho natural y a quienes que no se sienten tristes los consideran personas “anti-naturales”.

1.4. “Puedo echarle una mano”: la selección/evaluación

Sentir compasión empuja a “echar” una mano, como me decían las familias de acogida. Zhai me decía:

Yo les quería ayudar, después de enterarme de su situación ya no podía estar quieta. Estábamos buscando la forma de traer a niños a casa para que acompañen a nuestro hijo único. Había otras alternativas pero me interesé por los niños con discapacidad. Quería hacer algo para reducir su desgracia, o por lo menos que no empeoren más.

Zhai sintió deseo de ayudar pero, para ello, las familias debían poseer unas condiciones materiales, según las exigencias establecidas en las normas del orfanato. Estas exigencias son examinadas durante el periodo de la selección. La selección se refiere a que después de rellenar la solicitud, las familias se someten a una serie de pruebas, como ser entrevistadas por los profesionales o recibir visitas a domicilio de las

autoridades del orfanato. Durante este periodo, las familias interesadas en el acogimiento familiar deben demostrar sus capacidades y condiciones materiales para poder “echar una mano” a los niños y niñas con discapacidad.

En una ocasión, la directora del orfanato me habló de los requisitos para seleccionar familias de la siguiente forma:

Tener la voluntad de amar no es suficiente para participar en el acogimiento. Seleccionamos a las personas que tienen el corazón que ama porque es imprescindible para cuidar, pero su amor también debe ser acompañado por unas condiciones materiales capaces de ofrecer un estilo de vida para los niños. Digamos que lo que buscamos son aquellas familias capaces de materializar su amor, o sea, capaces de hacer realidad el amor contenido en su corazón.

Una de estas condiciones es la vivienda. En el diario de campo, he registrado una gran cantidad de historias sobre cómo algunas familias se esfuerzan en ampliar, reformar e incluso comprar una casa nueva para poder acoger. Una de ellas es la familia Qin. Ella y su marido vivían en un apartamento de una habitación. Cuando solicitó el acogimiento, el orfanato le contestó que su vivienda no era adecuada, pues se exige un mínimo de dos habitaciones y una superficie de setenta metros cuadrados. Qin tenía otro apartamento en una zona lejos de Hongchen. Habló con su marido y el matrimonio decidió vender aquel y el que estaban habitando para comprar uno más grande. Durante seis meses, Qin habló con amigos y conocidos, buscando comprador, y, finalmente, consiguió vender los dos y comprar un piso en el mismo barrio, pero de tres habitaciones. Cuando me alojé en su casa, Qin solo llevaba dos años viviendo en ella. Me comentó: “Tuve suerte de haber encontrado dos compradores que me compraron cada uno un apartamento. Este piso era de segunda mano pero cumplía todo lo que pedía el orfanato”.

La distribución y la superficie también se consideran entre las condiciones materiales necesarias para acoger. En todos los hogares en los que estuve haciendo trabajo de campo, se disponía de un salón grande, ya que la costumbre local era que los niños y niñas jugasen en el salón, no en las habitaciones. La ventaja de esta forma de

distribuir el espacio era que los padres podían vigilar o ayudar mejor a los niños y niñas. Bao me contó: “En mi casa, la cocina está al lado del salón. Mientras cocino, puedo vigilar al niño que suele jugar en el salón”.

Amar exige también ciertas condiciones económicas como, por ejemplo, el nivel de ingreso familiar. Liangzi, una madre que solo lleva un año en el acogimiento, me explicó:

Yo quería echar una mano a los niños del orfanato pero Li [la trabajadora social] nos dijo que lo que ganaba mi marido no era suficiente para que fuéramos seleccionados como familia de acogida. Mi marido trabajaba media jornada en un taller de automóviles. Un día le dije: “podrás buscar otro trabajo para ganar un poco más, ¿no?”. Mi marido me teme, sabe que, si no me hace caso, tendrá que soportarme todos los días con la misma frase. Así pues, hace tres meses empezó a trabajar en otro taller por las tardes y, por las mañanas, sigue con la faena del taller antiguo.

Para “echar una mano”, también se exige salud de los acogedores y acogedoras, puesto que cuidar a niños y niñas con discapacidad implica muchas horas seguidas de atención y gasto de energía. En los casos de en que tienen movilidad reducida, los padres y madres han de levantarlos en brazos varias veces al día, lo que requiere fuerza física. Cuando solicitan el acogimiento, todas las familias tienen que acudir al centro sanitario del orfanato para someterse a una revisión médica estricta, además de presentar el historial de enfermedades que han padecido. El padre Xidie me contó que habían rechazado su solicitud en primera instancia:

Yo tuve pulmonía hace un par de años, solo una vez, no era crónica. Pero no sé por qué, en mi historial, ponía que era crónica. Por eso el orfanato no aceptó nuestra solicitud. Fui a hablar con mi médico, que me dijo que no fue él quien escribió mi historial. Volví al orfanato y esta vez me dijeron que tenía que hacer una revisión más detallada en un hospital concreto. Me la hicieron y salió todo bien, así pudimos acoger.

1.5. “¿Cómo debo cuidarlo?”: los cursos de pre-acogimiento

Para poder hacer realidad el amor contenido en el corazón, también es necesario obtener conocimientos para enfrentar los cuidados especiales que requieren los niños y niñas acogidos. Cuidar a los niños y niñas con discapacidad no es lo mismo que a hijos biológicos sanos. La mayoría de las familias jamás habían conocido a niños o niñas con discapacidad, por lo que era normal que no supieran enfrentar ciertas situaciones en el contexto de la discapacidad infantil. Por eso, una vez eran evaluadas como aptas, el orfanato organizaba cursos de formación de dos tipos. El primero se centraba en el conocimiento de las leyes, normas y reglamentos sobre los derechos y deberes infantiles, los objetivos del acogimiento familiar y los requisitos morales de las personas acogedoras; el segundo se dedicaba al cuidado infantil, sobre todo los conocimientos del cuidado especial de los niños y niñas con discapacidad.

Todas las familias estaban ansiosas por aprender sobre los cuidados especiales, ya que lo consideraban un conocimiento clave para cuidar. Si amar es dar, hay que dar lo que realmente se necesita. En una ocasión, el monitor del centro de rehabilitación del orfanato me comentó: “Lo que pretendemos enseñar a las familias son dos tipos de conocimientos: el primero, cuáles son los comportamientos de los niños con discapacidad; el segundo, cómo hay que atenderlos”.

Los miércoles por la tarde, el centro siempre estaba lleno de gente, pues era el día en que se impartían los cursos de cuidado especial. Los monitores hacían demostraciones en vivo, las familias practicaban y tenían la oportunidad de hacer todo tipo de preguntas. Che, un padre acogedor, me comentó:

Siempre que tengo tiempo voy a asistir al curso, porque aprendo cosas nuevas. Cuando empecé a acoger a Kang, mi primer niño acogido, hace seis años, no sabía nada del cuidado especial y lo pasé mal, porque atendía mal al niño. Creo que sin conocimiento no se puede amar aunque tengas ganas.

Otro padre, Xiang, me explicó:

Sabemos amar a niños sanos, atendiendo sus necesidades, pero no tenemos experiencia en cuidar a niños con discapacidad. Si no aprendemos, eso

afecta la calidad del amor que pretendemos producir en los niños. Porque amar no es palabra, sino acción, y, para accionar, hay que tener conocimiento.

El curso de psicología también es importante para entender el comportamiento psíquico de los niños con discapacidad. Bei, una madre acogedora, me dijo: “Llevo veinte años acogiendo. El comportamiento del primer niño que acogí era raro para mí. Me sentía triste porque no lo podía amar, me faltaba el conocimiento para entenderle y atenderle”.

Pero no todo el mundo puede alcanzar al mismo nivel de conocimiento. Juhua, una acogedora abuela de sesenta y cinco años, se quejó de ello cuando le hice la primera sesión de entrevista. Acogía a una niña de tres años, que llevaba dos años viviendo con ella. Me dijo: “Cuando tenga seis años, me la quitarán. Porque irá al colegio y yo no la podré ayudar para hacer los deberes del colegio”. Me explicó que su nivel de estudios era bajo y que solo acabó los cursos de primaria. Por eso, el orfanato consideraba que ella no era apta para acoger a niños o niñas de edad escolar, ya que no podría ayudarles en los estudios. También me dijo: “Entonces que me den niños que no van al colegio. Sé que hay niños que, por ser discapacitados, no pueden ir colegio. Me dicen que tampoco puede ser, porque soy mayor y tengo poca fuerza física para poder atenderlos”.

Por otro lado, los y las profesionales del orfanato me hicieron entender que se exigía un nivel superior de estudios a las familias que querían cuidar a niños y niñas con discapacidad porque los cursos de formación de cuidado especial requieren un nivel educativo mínimo. De las personas como Juhua, que solo han terminado la primaria, me dijo la trabajadora social: “Su nivel es justo o insuficiente para entender algunos conceptos técnicos y leer los manuales necesarios para el cuidado especial”.

Sin embargo, la voluntad de aprender era lo primero que contaba para asistir a los cursos de formación. Querer obtener conocimiento es querer conocer a la persona amada. La trabajadora social del orfanato consideraba que quien no quiere aprender tampoco quiere amar. Me lo explicó de la siguiente manera:

Examinando la actitud en la clase de formación podemos detectar la voluntad de amar de las familias. Aquellos que no tienen interés en aprender amarán poco,

porque no tendrán buenas herramientas para atender a los niños. Su responsabilidad y cuidado hacia el niño serán ciegos.

1.6. “¡Qué alegría!”: la carta de idoneidad

Después de haber asistido a los cursos de formación, las familias debían someterse a exámenes para evaluar los conocimientos adquiridos. Una vez superadas las pruebas, les otorgaban la carta de idoneidad. Era el momento de la “alegría”. Así me lo aseguraba Lei, una mujer que la recibió un par de días antes de que yo le hiciera la entrevista:

¡Qué alegría! ¡Por fin la tengo! No me ha sido fácil, ¿sabes? Hace dos años solicité, pero no me dieron porque decían que mi casa era pequeña y no cumplía las normas del orfanato. Pero no me rendí y hablé con mis dos hijos. Pedimos un préstamo y compré una casa un poco más grande y volví a solicitar. Me acaban de aceptar. Es una alegría poder dar cuidado...

“Poder dar” es una alegría. Cuando denegaron su solicitud, le privaron de disfrutar esa alegría, pero ella no se rindió porque quería gozar la alegría de “dar”. Además, “poder dar” hace sentir socialmente orgullosas a las familias de acogida. El padre Shan me dijo: “No todo el mundo puede participar en el acogimiento familiar, nos aceptan porque podemos”. Aquí el “poder dar” se relaciona con la madurez de la persona, ya que los inmaduros son aún niños que no pueden dar, sino recibir. Tampoco están en condiciones de dar aquellos que tienen problemas de supervivencia, ya que carecen del “poder” material para estar “por encima” de quien recibe. “Poder dar” es un “lujo”; las familias se consideran “ricas”, se sienten alegres dando. Las personas acogedoras hablaban de dar como si fuera un “trabajo” que produce, y el producto, para ellos, es el amor. Fei me dijo:

La gente dice que pierdo tiempo y energía en cuidar a los niños con discapacidad, pero yo creo que no pierdo nada, sino que gano. Es un trabajo: yo trabajo por cuidar a los niños y por hacerles crecer. Les amo porque trabajo por ellos. Es el trabajo el que me hace posible ganar el amor. ¿Entonces qué pierdo?

Esta lógica que ve el dar como productividad hace que las familias consideren el acogimiento familiar como un contexto de trabajar y producir. Cuanto más trabajan, más producen, y más crecen la persona amante y la amada. Y trabajando de ese modo, se produce alegría. Por eso, muchas familias se sienten agradecidas por poder tener esta oportunidad productiva. Jiu me explicó: “El día que recibí la carta de idoneidad mi corazón se alegró. ¡Imagínate, tenían confianza en mí! Estaba muy agradecida al orfanato por darme esa oportunidad, decidí trabajar bien. Me dije: ¡debes mostrar que vales!”.

Jiu se sentía afortunada porque encontró una oportunidad de hacer crecer a los niños y de crecer ella misma como persona, ya que trabajando se produce el amor y este hace crecer a la persona.

La alegría de “dar” no contradice la “tristeza” que se siente por la situación del niño o la niña necesitados. Si la tristeza es la que empuja a las familias a tender la mano para reparar el daño que sufren por las pérdidas, la reparación en sí produce alegría, porque muestra su poder de dar y de hacerlos crecer. Dicho de otro modo, cuidar a niños y niñas con discapacidad no es ningún sacrificio, sino que muestra la vitalidad de la persona que cuida. Mang me comentó:

Yo, cuando estoy cuidando a Liang, me siento viva. Es un niño paralítico y tengo que darle de comer, ayudarlo a defecar, a limpiarse, hacerle dormir, ayudarlo a pasear, etc. Pero yo estoy contenta porque todos esos cuidados no los puede hacer cualquiera. No estoy sacrificando mi tiempo y energía, sino que lo invierto para producir amor. La gente me aprecia y me siento útil para la sociedad.

Dar muestra la potencia en amar; la impotencia es la incapacidad de producir amor y la productividad da alegría. En este sentido, el amor y la alegría van de la mano. La carta de idoneidad proporciona el acceso a esta “doble felicidad”. Jing me explicó su experiencia con la notificación de su carta de idoneidad de la siguiente manera:

Me avisaron por teléfono y fui a recogerla en el orfanato. Me sentía muy feliz porque siempre había querido compartir mi alegría de vivir con los niños en situaciones difíciles, como los que no tienen familia o tienen problemas de salud.

Con mi hijo, por ejemplo, he pasado momentos muy alegres, pero no es lo mismo con Kei, que pasa toda la vida en silla de ruedas. Guardaba una alegría especial para compartir con él cuando lo cuidaba.

El “dar” de Jing era un dar más profundo: quería dar de sí misma, de la alegría que estaba viva en ella, pero no podía darla sobre el vacío, sino a través de la acción de cuidar; allí residía la importancia de obtener la carta de idoneidad, porque proporcionaba un contexto donde entregarse alegremente.

Amar produce alegría y esta expresa el amor, un tipo de amor que en chino se llama *huanai*, alegría-amor. La alegría no se produce solo porque se es amado, sino porque se ama. El amante siempre es más alegre que el amado, ya que goza de libertad y muestra su poder al vencer los obstáculos, como las dificultades que pueden encontrarse en el cuidado de los niños y niñas con discapacidad.

1.7. “Me necesita”: la asignación

Tras obtener la carta de idoneidad, el siguiente paso es reunirse por fin con el niño o niña por quien las personas acogedoras han atravesado todas las fases anteriores de preparación. Cuando el departamento de acogimiento familiar formula la asignación, avisa a la familia para que venga a recoger al niño o la niña en el orfanato. Este momento, según me aseguraron los acogedores y acogedoras, es la comprobación de que “ya sabía que el niño me necesitaba”. Las familias consideraban que el aspecto del niño era lamentable en el momento del encuentro en el orfanato. Fei me contó lo siguiente:

Aquel día mi marido y yo fuimos a recoger a Jiang en el orfanato. Entramos en una sala, donde la cuidadora nos esperaba con el niño. Jiang estaba sentado en una sillita, su cara estaba llena de cicatrices. Nació con la cara deformada y le hicieron una intervención de cirugía para corregirla. Nos dijo la cuidadora que las cicatrices no van a desaparecer del todo. Su aspecto era lamentable. Siendo tan pequeño, ya parecía tener la cara de un anciano, porque estaba llena de arrugas de las cicatrices.

Fei sabía del estado de salud de Jiang por los informes de crecimiento y la revisión médica pero, aun así, al conocerlo, su aspecto le pareció “realmente lamentable”.

Otro padre, Mai, me explicó lo mismo pero de otra manera:

Conocimos a San el mismo día que nos dieron la asignación. Fuimos al orfanato con la bicicleta, pensando traer a casa a San en la misma. San tenía cuatro años y el orfanato nos había informado de que no podía andar porque tenía parálisis cerebral. Pero, cuando lo vi, me di cuenta de que la situación era mucho peor. El niño ni siquiera se podía mantener recto, le caía la cabeza y se acurrucó el cuerpo, no podía sostenerse en el asiento de la bicicleta. Tuvimos que esperar hasta la tarde, cuando el coche del orfanato estuvo libre, para poder traer a San a casa.

Las familias me describían el “lamentable aspecto” del niño o la niña con todo lujo de detalles. Se fijaban incluso en el peinado. Qiu me dijo que, cuando fue a recoger a la niña, la coleta de esta no se sujetaba bien, y que llevaba una goma de un color amarillo “muy chillón”. Otra madre, Zhai, me comentó que el niño estaba bien vestido, pero descubrió posteriormente que la ropa interior que llevaba era una talla menor, por lo que el calzoncillo le dejaba el pene arrugado, “muy feo”. Pang se quejó de las uñas sucias que tenía el niño: “la suciedad se había metido muy dentro de las uñas, al llegar a casa nos costó mucho sacarla”.

El estado lamentable de los niños agudizaba la compasión de las familias. Fei me aseguró que, viendo la cara arrugada y marcada por las cicatrices del niño, se le saltaron las lágrimas y casi sintió dolor en su propia cara. Mai expresaba su tristeza cuando tenía a San en brazos en el coche camino a casa: “Tenía cuatro años pero su cuerpo parecía el de un bebé; me provocaba revueltas en el corazón”.

La mayoría de las familias piensan que el orfanato no es lugar adecuado para esos niños y niñas porque allí les falta el cuidado materno y paterno. Consideran que las cuidadoras no pueden cubrir los cuidados especiales por falta de tiempo e interés. Mai me dijo: “Imagínate, una cuidadora con cuatro niños. No podrá atenderlos aunque quisiera”. Fei me explicaba: “Una madre no le haría una coleta mal sujeta a su hija”.

Las familias resaltaban la importancia de su rol paterno y materno en la crianza de los niños y niñas acogidos. Se sentían preparadas y seguras después de haber obtenido conocimientos específicos del cuidado de niños y niñas con discapacidad, a través de los cursos de formación de pre-acogimiento. Además, se sentían más responsables una vez conocían las consecuencias de las enfermedades que padecían los niños. El “aspecto lamentable” del niño o la niña, la ineficacia del orfanato y la seguridad y responsabilidad que sienten ellas mismas hace que concluyan que “el niño me necesita”.

Así pues, frente al niño o la niña necesitados, las familias dotadas de voluntad, conocimiento y condiciones materiales están preparadas para entrar en acción, esto es, cuidar y educar. Lo analizaremos en el siguiente capítulo. Pero antes de entrar en el análisis del cuidado diario, aún nos queda por exponer la última fase de la preparación: el periodo de adaptación.

1.8. “Somos padre y madre de crianza”: el periodo de adaptación

¡Por fin con el niño en casa! La llegada del niño o la niña al hogar supone el fin de una etapa. Sin embargo, ante de accionar “de verdad”, la familia acogedora aún tiene que atravesar un periodo de tres meses para comprobar si realmente valen para ser padre y madre de crianza. El corazón que quiere amar ha experimentado todo tipo de episodios amorosos: amor-preocupación, amor-dolor, amor-tristeza, amor-compasión, amor-alegría, para llegar ahora a activar el amor materno y paterno. Las familias entienden que, ahora, amar significa amar como padre y madre, y su corazón se vuelve materno y paterno.

Ser madre y padre es una necesidad mutua entre el acogedor y el acogido. El adulto quiere amar como padre o madre y el niño —o la niña— necesita amor materno y paterno. Sheng me lo reveló con toda claridad, cuando dijo:

Creo que lo que más necesitan los niños es tener padre y madre. En el orfanato, también los cuidan, pero no es lo mismo que el cuidado materno y paterno. Yo quería ser su madre, cuidarlo como madre, educarle con todo lo que

tiene que saber un hijo. Además, yo sabía hacerlo porque lo había practicado con mi hijo biológico.

Cuando me hablaban de sus capacidades para acoger, las familias mencionaban recurrentemente el amor materno y paterno. Jiu me dijo: “Yo quería amarles, quería ofrecer mi corazón que ama, como madre. No era de mi sangre, pero igualmente lo puedo amar como a un hijo porque soy madre, le cuidaré como madre”. Su esposo, Hua, añadió: “Yo, si acojo a niños, es para amarlos como padre. Si alguien me tratara como un tío, yo me enfadaría. Porque lo que necesita el niño es básicamente padre y madre”.

Las familias entienden que ser madre es ser esposa y ser padre es ser marido. Jiu me dijo: “Sin ser esposa de mi marido, yo no podría acoger. El orfanato exige un ingreso. Es mi marido quien trae dinero a casa, sin él no tendríamos ingreso familiar, por lo tanto no hubiéramos podido cumplir ese requisito para ser familias de acogida”. Hua, su marido, me explicó por su parte: “Es mi mujer quien cuida al niño, el sueldo que gana es suyo. Me interesa que gane y que le guste”. Cuando le pregunté si ayudaba a cuidar al niño, me respondió: “Yo soy padre y le cuido como padre. Es decir, le doy de comer, le lavo la ropa, le saco a pasear, etc. Lo demás lo hace mi mujer, ella es quien se ocupa del cuidado corporal”.

Es interesante observar que Hua, para hablar de la división de trabajo en cuanto al cuidado del niño, distingue entre “cuidado corporal” y no corporal. En su investigación sobre la evolución de la familia de Beijing, Bian Jing (2009) menciona que, en un 80% de las familias que entrevistó, durante la primera infancia del hijo, la madre cuida el cuerpo del niño, mientras que el padre se ocupa de otras tareas domésticas como cocinar, lavar o limpiar. Esta autora argumenta que el mejor entendimiento entre madre e hijo se debe a la estrecha interacción de cuerpo con cuerpo: no hay un amor materno incondicional, sino que es el roce corporal en la infancia lo que logra construir sentimientos fuertes. En cambio, la relación padre-hijo es más intelectual o cognitiva, pues existe una distancia entre los dos por la ausencia de contacto corporal desde la infancia.

En el caso de las familias acogedoras de Nanchang, el amor materno y el paterno se consideran complementarios. Jiu me dijo:

Yo sola no puedo educar a los hijos porque me faltan los conocimientos masculinos. A mi hija, por ejemplo, nunca le puedo decir lo que piensan los hombres. Todo lo que le puedo enseñar son conocimientos femeninos míos y, en la vida real, nos exigen saberes tanto de hombre como de mujer, porque el mundo está construido por hombres y mujeres.

Así pues, las personas acogedoras opinan que el niño —o la niña— necesita a los dos, padre y madre. De este modo, el trío —“yo”, “tú” y “él”— forma uno, esto es, se aman con el mismo corazón.

Cabe mencionar que los acogedores y acogedoras también piensan que es importante contar con “el corazón que ama” de otros miembros de la familia, los abuelos o los hijos. Sheng me explicó: “Mis padres quieren a Lai [la niña acogida] igual que a sus dos nietos”. Por su parte, Hui me comentó: “Vivimos con nuestros padres, que son mayores. Si ellos no hubieran dado su consentimiento para traer los niños a casa, yo no hubiera participado en el acogimiento. Porque creo que es importante que toda la familia ame a los niños de igual manera”.

Si bien los acogedores tienen voluntad de ser padres y madres, también les importa que los niños y niñas los acepten como tales. Durante los tres meses del periodo de adaptación, la mayoría de las familias tenían como meta que los niños les llamasen “papá” y “mamá”. La directora del orfanato me explicó:

En el orfanato, les decimos a los niños que van a vivir con familias de acogida, que pronto tendrán mamá y papá. De este modo, los niños van interiorizando y, cuando entren en la familia, les llamarán papá y mamá a los acogedores.

Cuando concluyen los tres meses de adaptación, si los niños aún no les llaman así, los acogedores se ponen nerviosos y algunos se sienten fracasados, pues piensan que no han cumplido su rol correctamente. Eng fue una de ellos. Me contó que, dos años antes, había acogido a un niño de cinco años y, en el periodo de adaptación, no logró que el niño la llamara “mamá”. Se sentía fracasada e iba a devolver al niño al orfanato. Entonces, vino la trabajadora social y habló con el niño. Dijo que transcurrió una semana más y, por fin, el niño la llamó así. Eng me comentó: “Si el niño no me

llama, no me siento mamá. Como no lo siento, no me comporto como tal. ¿No es verdad lo que dijo Confucio⁴⁶, lo de que, para actuar correctamente, hay que tener primero el nombre correcto?”. Para Eng, el nombre representa las pautas; por eso, si no tienes el nombre, no tendrás pautas para seguir.

2. Los contextos particulares donde se ofrece “el corazón que ama”

Si bien ofrecer “el corazón que ama” es la motivación común de todos los acogedores y acogedoras a la hora de participar en el acogimiento, el contexto concreto en que se hace realidad el amor es diferente, porque las necesidades personales son distintas. Las familias consideran legítimos sus propios intereses y necesidades porque, para ellas, amar también es darse a sí mismas. Amar al otro y amarse a uno mismo no se contradice. Si dar al otro requiere investigación para saber lo que hay que dar, ocurre lo mismo con darse a uno mismo. Las diferentes necesidades se deben a las circunstancias particulares e historias personales y sociales. En el siguiente apartado, se exploran y analizan estas particularidades para entender la otra cara de las motivaciones del acogimiento.

2.1. “Busco trabajo”: la situación laboral de la mujer

En el contexto etnográfico, la mayoría de las acogedoras manifestaban que estaban buscando un trabajo remunerado cuando se interesaron por el acogimiento familiar. Por su parte, el orfanato también considera la tarea acogedora como profesional. De hecho, la zona de acogida Hongcheng, una de las más importantes de Nanchang, logró construirse precisamente porque era un barrio donde vivían muchas mujeres que habían perdido su empleo a mediados de la década de 1990 y deseaban volver a trabajar.

La mujer trabajadora es bien reconocida a lo largo de la historia china, a pesar de los cambios sociales y económicos de las distintas épocas. En su estudio sobre la familia china, Du Zhengsheng (2011) señala que, en el tiempo imperial, en las zonas rurales, predominaba el modelo del “hombre labrador y mujer tejedora”, mientras que, en las

⁴⁶ Las palabras originales de Confucio eran: “*mingzhng yanshun*”, nombre correcto, acción fluida.

ciudades, se mantenía la división sexual de trabajo con el de “hombre vendedor y mujer cajera”⁴⁷ (Lin, 2009), en la gestión de los negocios familiares. De esta manera, tanto en las familias campesinas como en las urbanas, la mujer participaba activamente en las actividades económicas, aunque su lugar de trabajo era dentro del hogar, mientras que el del hombre era fuera de él. Por otro lado, la crianza de hijos e hijas, así como otras labores domésticas, también formaban parte del trabajo femenino, y eran reconocidas como una aportación económica al ingreso familiar, aunque no tuvieran forma monetaria. Por tanto, si bien el modelo de “hombre fuera y mujer dentro” marcaba el lugar de cada uno, no jerarquizaba el trabajo en sí: las tareas femeninas y masculinas eran igualmente económicas y construían el conjunto del ingreso para sostener el funcionamiento de la familia.

De acuerdo con Du (2011), este modelo tradicional predominó en la sociedad china prácticamente hasta principios del siglo XX, cuando el país se vio obligado a reflexionar sobre su “retraso cultural” ante las invasiones militar y comercial de Occidente. Bajo la influencia de las ideas de igualdad, empezaron a aparecer algunos casos, entre la clase intelectual, en que las mujeres salían de casa para estudiar o trabajar junto a los hombres. Pero no fue hasta 1949 cuando las revoluciones comunistas sacudieron el modelo tradicional, con las políticas que favorecieron que las mujeres salieran de sus hogares masivamente⁴⁸. La consigna de “la mujer sostiene la mitad de cielo” se hizo realidad, en el sentido de que la población femenina activa se instaló en las oficinas y fábricas estatales para compartir el trabajo “mitad y mitad” con los hombres, que hasta entonces habían monopolizado el espacio público. Al emplear a las mujeres, las entidades estatales se ocuparon de la crianza de los niños y niñas, a través de la creación de las guarderías gratuitas (Li, 2004). Según las investigaciones estadísticas de Li (2004), en la época comunista el alto índice de empleo contó con el 89% de la población femenina activa; sin embargo, la mayoría era mano de obra no

⁴⁷ Se refiere a que el hombre se dedica a todas las tareas fuera del hogar, como atender a los clientes o autoridades locales, las relaciones públicas, etc., mientras la mujer se organiza dentro del hogar, hace las cuentas, cuida el almacén o se relaciona con los clientes si son parientes. Es un modelo que aún se observa hoy día en los negocios familiares de los inmigrantes chinos en España.

⁴⁸ La ley laboral, promulgada en 1952, considera en su artículo 12 que “la mujer tiene el mismo derecho que el varón a tener empleo”.

cualificada por la falta de estudios y el bajo nivel educativo, su presencia en los altos rangos de los puestos laborales era escasa y su nivel de salario bajo⁴⁹.

A pesar de las desventajas, la mujer consolidó de forma masiva su lugar en el mundo laboral durante los treinta años maoístas y sus salarios constituyeron una parte imprescindible del ingreso de sus familias.

Al inicio de la década de 1980, con la reforma económica, China desató el sistema planificador y se aventuró en la economía de mercado, en la que, como todos los sectores, el mundo laboral experimentó cambios brutales. Por un lado, las entidades estatales redujeron sus plantillas y, por otro, aparecieron muchas empresas privadas que contrataban empleados. Miles de obreras fueron despedidas por el Estado, ya que su bajo nivel educativo era objeto de eliminación por la mejora de la tecnología. En el sector privado, el mercado laboral era más libre y presentaba más oportunidades. Sin embargo, a diferencia del hombre, la mujer tuvo que enfrentar el conflicto entre el rol laboral y el cuidador, ya que las guarderías gratuitas desaparecieron.

En la actualidad, el poder político se debate entre favorecer que la mujer regrese a casa para dedicarse exclusivamente al rol familiar o ayudarla a aumentar su competencia en el mercado laboral, con la creación de servicios sociales. Al nivel práctico, el porcentaje de mujeres empleadas se ha reducido a un 45,2% de la población total, activa y femenina, en las ciudades (Bian, 2014): más de la mitad de las mujeres se quedan en casa⁵⁰.

En este contexto, para las mujeres que quieren continuar en el mercado laboral, el mayor reto es cómo combinar el rol laboral y el familiar, ya que, siguiendo la tradición, ambos forman partes de la proyección laboral femenina (Wu, 2004). Ello no implica retrasar la maternidad o desatender el cuidado de los miembros familiares, sino tratar de encontrar un trabajo cuyas características permitan satisfacer las exigencias de ambos roles. Esas características son, según Bian Jing (2014), que estudió un grupo de

⁴⁹ Según los estudios de Zhoujie (2014) sobre las empleadas en Beijing, el sueldo de las mujeres en tiempo maoísta era ligeramente inferior de los hombres. Sin embargo, lo que se restringía a las mujeres era el acceso a los puestos directivos. La autora demuestra que, en aquel momento, cuanto más alto era el rango, menos presencia había de mujeres.

⁵⁰ Algunas fuentes indican que existe un gran número de comercios familiares sumergidos, donde la mujer interviene pero no se registra como trabajadora.

mujeres de Beijing, la flexibilidad de horario, la posibilidad de trabajar en casa y la discontinuidad profesional. La flexibilidad de horario les permite organizarse para llevar a cabo las tareas domésticas, la posibilidad de trabajar en casa les facilita estar cerca de los niños, niñas o personas ancianas para atenderlos, y la discontinuidad se refiere a la facilidad de darse de baja en momentos puntuales de su ciclo vital como, por ejemplo, el nacimiento de un hijo, la primera crianza o la atención a los padres mayores, y volver a incorporarse una vez se concluye esa tarea puntual.

Todas estas características y preferencias construyen el contexto en el cual podemos entender los motivos de la participación en el acogimiento familiar de las familias de Nanchang. Tanto el orfanato como las familias acogedoras consideran el cuidado a niños y niñas acogidos como un trabajo remunerado. En una ocasión la directora del orfanato me explicó:

El acogimiento familiar es una profesión como otra cualquiera. Exigimos a las familias la responsabilidad, la protección y el cuidado especial para garantizar la atención a los derechos de los niños acogidos. La remuneración está directamente vinculada con la calidad del trabajo: premiamos a las familias por su mérito, con una estimulación extra de pago, y castigamos a aquellas que no cumplen con una reducción parcial de su sueldo e, incluso, suspendiéndolo totalmente.

Bei lleva veinte años participando en el acogimiento familiar y fue una de las primeras madres acogedoras de la zona Hongcheng que respondió a las campañas de captación. Bei era operaria de un taller estatal de automóvil de Nanchang y llevaba doce años trabajando allí cuando, en 1994, el taller cerró a causa de la reforma de las empresas estatales. Su marido, que trabajaba en otro taller, también se quedó sin empleo. El matrimonio tenía entonces una hija de ocho años que estaba viviendo con los abuelos paternos. Bei me contó cómo tomó la decisión de acoger dos niños a la vez:

Yo tenía treinta y cuatro años y mi marido treinta y seis cuando ambos quedamos sin trabajo. El Estado nos dio un dinero para que nos montáramos un negocio propio. Mi marido fundó una pequeña empresa de transporte y compró un camión. Pero le costaba encontrar clientes y ganaba muy poco dinero.

Tuvimos que dejar de pagar los gastos de vida de nuestra hija a mis suegros. Era urgente que yo encontrara un trabajo para traer dinero a casa. Cuando me interesé por el acogimiento, el sueldo por cuidar al niño era muy bajo. Por eso, después de un tiempo en que conseguí experiencia, decidí acoger dos niños a la vez. De ese modo empecé a ganar más.

Las palabras de Bei nos revelan que, para ella, participar en el acogimiento familiar suponía tener un trabajo que le pudiera resolver el problema del desempleo y aumentar el ingreso familiar. Otro caso parecido es el de Mang, que también era operaria de un taller del automóvil y perdió el empleo cuando este cerró. Cuando yo vivía en su casa, me enseñaba el barrio y me señalaba el lugar en el que veinte años atrás estaba el taller en que trabajaba. El taller desapareció y, en su lugar, surgieron altas torres de viviendas, que convirtieron el vecindario en una zona muy dinámica y de pequeños comercios. Mang tenía treinta y dos años y era madre de dos hijos pequeños, uno de cinco años y otro de dos. Los dos abuelos vivían con ellos: la abuela cuidaba de los niños en casa y el abuelo iba a trabajar en un taller, donde también estaba empleado el yerno. Afortunadamente, el taller no cerró, sino que se transformó en una empresa mixta chino-japonesa, por lo que suegro y yerno pudieron continuar con su empleo. Pero, en palabras de Mang, “dos sueldos para una familia de seis miembros no era suficiente”. Por eso, ella se empeñaba en buscar un trabajo. No era fácil y se daba cuenta de que tenía pocas salidas, debido a su bajo nivel de estudios. En una ocasión me dijo: “Solo terminé los estudios primarios y empecé a trabajar a los dieciséis años. En mi tiempo, no se consideraban muchos los estudios de una mujer y se valoraba más poder trabajar cuanto antes en una entidad estatal”. Como consecuencia, ahora no disponía de un nivel adecuado para buscar trabajo. Continuó explicándome:

Una amiga me presentó a una empresa que buscaba contable y otra me ayudó a ponerme en contacto con una empresa que precisaba secretaria. Pero la primera me exigía conocimientos de contabilidad y la segunda de informática, y yo no sabía ni una ni otra. Claro que podría formarme un poco, pero me urgía el empleo y tampoco tenía dinero para pagar los cursos.

Cuando se enteró del acogimiento familiar, se apuntó enseguida, porque, según ella: “Para cuidar niños no me exigían estudios”. Su caso resulta bastante común entre las acogedoras de Nanchang, ya que muchas de ellas son de la mediana edad y no poseen estudios, por lo que no resultaban muy competitivas en el mercado laboral y se tenían que conformar con empleos que no exigieran estudios. Así pues el motivo de su participación en el acogimiento familiar era que la tarea acogedora resultaba “fácil” y no “exigía estudios”.

Lei, otra madre acogedora, me aseguraba que la tarea acogedora no era nada fácil para su hija. Me explicó:

 Mi hija tiene veintiséis años, es soltera y vive con nosotros. Trabaja de profesora de inglés en un instituto cerca de casa. En su tiempo libre, me ayuda a cuidar a los dos niños acogidos. Pero es muy torpe. Muchas veces, en vez de ayudar, perturba la cosa y se queja de que todo le resulta muy difícil. Pensaba que todo se trataba de dar órdenes y funcionar con teorías. Es normal, como todavía no tiene hijos...

Para Lei, si bien es cierto que los cuidados no exigen estudios, sí requieren experiencia vivida: no se aprende solo intelectualmente, sino más bien a través de la experiencia. Su opinión coincide con la del orfanato, que, en sus requisitos para la selección de familias, exige que tengan hijos, es decir, que tengan experiencia de crianza, pues con los niños y niñas acogidos no se puede experimentar, sino aplicar la experiencia obtenida previamente.

El caso de Huang era diferente. Llevaba solo un año en el acogimiento familiar. Cuando yo viví en su casa, estaba aún en periodo de adaptación, cuidando a un niño de tres años con discapacidad. Tenía cuarenta y cinco años pero pidió jubilación anticipada para cuidar a su madre ciega, ya que el trabajo no le daba flexibilidad de horario. Su hijo, de dieciocho años, estudiaba y vivía en una universidad ubicada en otra provincia. Su marido era profesor de un colegio y tenía mucho tiempo libre cuando no daba clase. Se quedaba en casa y, a veces, le echaba una mano a su esposa en el cuidado de la suegra. Huang se sentía aburrida porque le sobraba tiempo. Me explicó:

Tengo que estar al lado de mi madre, pero ella es una mujer sana físicamente, aparte del problema de la vista. Por las mañanas, le ayudo a levantarse y le preparo el desayuno, pero después se pone a escuchar la ópera de la radio durante varias horas y yo no tenía nada que hacer. Por la tarde, después de la siesta, vuelve a ponerse delante de la radio. Por la noche, se acuesta muy temprano y otra vez me deja largo tiempo que no sé como matarlo.

Huang tenía el problema de cómo “matar el tiempo” y decidió buscar un empleo que le permitiera trabajar en casa, sin descuidar la atención a su madre. En este sentido, le venía muy bien traer niños o niñas a casa para cuidarlos, por lo que se apuntó enseguida al acogimiento familiar. Se aprovechó de la flexibilidad del acogimiento, que le permitió cuidar al niño acogido en casa, al mismo tiempo que atendía a su madre ciega.

Xian también aprovechó la flexibilidad que implica el acogimiento familiar. Tiene cincuenta y ocho años y, cuando se jubiló a los cincuenta y cinco, su hija se casó. Me explicó:

Quería esperar para cuidar a mi nieto, así que el primer año jubilado descansé y no hice nada. Pero mi hija me dijo que no pensaba tener hijos hasta dentro de unos cuatro o cinco años. Ya sabes, hoy día no se aprecian las ventajas de tener hijos antes. Así que pensé, en vez de esperar sin hacer nada, voy cuidando a otros niños y me retiraré cuando nazca mi nieto, porque el contrato de acogimiento se renueva anualmente.

Xian aprecia, pues, la flexibilidad del acogimiento familiar, que permite darse de alta o baja según la necesidad de cada momento. La discontinuidad del cuidado le permite tomarse el trabajo como algo temporal, en espera del nacimiento del nieto.

La libertad de poder organizarse la vida laboral, combinándola con las tareas de la crianza del nieto, también es disfrutada por otra madre acogedora, llamada Jing. Jing empezó a acoger hace tres años, cuando su empresa le propuso la jubilación anticipada. Tenía entonces cincuenta años y, un año más tarde, su hija dio a luz a su primero nieto. Jing se ocupó del cuidado del nieto en casa de su hija durante tres años, hasta que este fue trasladado a la casa de los abuelos paternos para acudir a una buena guardería. Jing

se quedó libre y volvió a incorporarse al acogimiento familiar. Cuando yo viví en su casa, tenía a un niño con discapacidad de cinco años. Me explicó: “A mí me gusta cuidar niños, sean mis propios nietos o niños acogidos. Cuando tenga hijos mi segunda hija, intentaré cuidarlos sin dejar de acoger. Ya veré cómo conseguirlo”. Me dijo que, al fin y al cabo, cuidar niños es un trabajo: “Mientras pueda, ¿por qué no voy a ganar un dinero trabajando?”.

2. 2. “Busco compañía”: el nido vacío

La expresión “el nido vacío” se refiere a que los dos padres o uno de los dos viven solos o pasan la mayoría del tiempo solos porque sus hijos no viven con ellos (Chen, 2009). Es un fenómeno muy común en la mayoría de los países occidentales y, en muchos casos, se considera la situación ideal para mujeres y hombres jubilados, que prefieren estar libres de los hijos haciendo “lo que quieren hacer para disfrutar de la vida jubilada”. Sin embargo, este estilo de vida resulta novedoso para la mayoría de las familias chinas, ya que tradicionalmente los padres solían vivir con uno de sus hijos casados, tanto en el campo como en las ciudades.

Algunos autores (Li, 2009) dividen el nido vacío en dos tipos, el “permanente” —que se refiere a las familias que no tienen hijos— y el “temporal” —que se produce cuando los hijos crecidos se casan y viven en su propio hogar—. Por su parte, Mu (2002) añade un tercer tipo, denominado “nido semi-vacío”, refiriéndose a las familias cuyos hijos no están casados pero, por razones de estudio o trabajo, viven en las universidades o las entidades laborales. Según este autor, en estos casos, los hijos solo regresan a casa algunos fines de semana, por lo que sus padres viven prácticamente solos.

El “nido semi-vacío” es muy frecuente en las familias de acogida de Nanchang, ya que muchos padres y madres acogedores tienen entre 42 y 55 años, y sus hijos entre 18 y 25, se encuentran estudiando en las universidades o trabajando en empresas que no les permiten regresar a casa todos los días. La situación se agrava con la reducción del número de hijos provocada por la *Ley del Hijo Único*⁵¹ (Mu, 2002).

⁵¹ En algunas ciudades como Shanghai, por ejemplo, se permite tener dos hijos o hijas si los dos padres son hijos únicos, pero esta medida no se extiende a todas las ciudades. Por otro lado, en las zonas rurales se sigue aplicando la *Ley del Hijo Único*.

Bian Jing (2014) señala que la planificación familiar ha podido frenar el número de nacimientos, pero no ha hecho retrasar la maternidad. Así, en el grupo de mujeres de Beijing que estudió, la edad de la mujer en el primer embarazo seguía siendo entre 25 y 30 años. En este sentido, cuando los padres tienen 40 años, los hijos están todo el día en el colegio; cuando tienen 50, los hijos van a la universidad o trabajan, con frecuencia en un lugar diferente de donde viven los padres. Como en la casa no hay más hijos, cuando se ausenta el hijo único, los padres se quedan solos.

El mayor problema que enfrentan las familias de nido vacío es la soledad que sienten los padres. Algunos autores (Liang, 2007; Xin, 2007) apuntan que muchos padres no pueden superar esta situación porque, para ellos, la crianza de hijos e hijas era una compañía y, cuando se marchan, se sienten “perdidos de compañía”. Se trata de una situación que comparten muchas familias de acogida, que afirman que participar en el acogimiento familiar era una forma de recuperar “la compañía” perdida.

Jiu es una de estas mujeres que intentaba recuperar la compañía porque, como me dijo, no quería vivir “con su propia sombra”. Jiu tiene cincuenta y cinco años y acaba de jubilarse. Tiene un hijo de diecinueve, que estudia en un centro internado y solo vuelve a casa algunos fines de semana. Jiu me contó que, cuando se casó, quería tener dos o tres hijos y estaba dispuesta a pagar multas para conseguir más hijos de lo que la *Ley de Hijo Único* permitía. Sin embargo, después del primer embarazo, ya no tuvo un segundo, de modo que se convirtió en una familia de hijo único. Cuando su hijo tenía dieciséis años, quiso estudiar fotografía y tuvo que ir a otra provincia. Un año después, regresó, pero, para continuar estudiando, tuvo que matricularse en una escuela de Jiangxi. Como la escuela se encontraba muy lejos de casa, se quedaba en un internado. Jiu se quedó sola en casa, ya que su marido trabajaba de camionero y volvía a casa solo cuando “le tocaba”. Jiu no soportaba la soledad, me dijo: “Iba a la cocina, me veía sola, regresaba al salón, y seguía estando sola. En casa estaba yo con mi sombra”. Jiu quería estar acompañada, por lo que se apuntó en una asociación de gente de la tercera edad, adonde iba tres tardes a la semana. Los fines de semana iba a casas de los vecinos a jugar a Majiang⁵². Pero, al volver a casa, seguía estando sola. Pronto Jiu se

⁵² Un juego de mesa muy popular en toda China.

dio cuenta de que no se trataba de buscar compañía fuera, sino tener alguien dentro del hogar. Me explicaba:

A mí me gusta ver la televisión pero, viéndola sola, sentía un vacío en el corazón. Veía los programas de risa y me reía, pero nadie compartía la risa conmigo; por eso, aunque me río, mi corazón no se alegra. Necesitaba alguien a mi lado con quien reírme para alegrar mi corazón.

Según me explicó Jiu, “el contagio emocional” superficial no le llegaba al corazón y necesitaba interacción con otra persona para conmoverlo.

Otro problema que encontraba Jiu era la falta de continuidad de la amistad:

En el centro de los mayores, por ejemplo, va y viene gente. Cada vez que yo iba, me encontraba con gente nueva, pero los antiguos desaparecían. Esto me desmoralizaba y quería una cierta estabilidad para relacionarme y ganar amistad.

Para ella, lo más grave era que veía más la muerte que la vida, lo que le parecía “horroroso”. Los miembros de la asociación eran personas ancianas y era normal que algunas fallecieran. Jiu se quejaba de que, en los tres años que estuvo en la asociación, asistió a cuatro entierros: “Era un ambiente triste, se acercaba más a la muerte que la vida. Pero yo quería vivir, quería estar alegre y, por eso, decidí darme de baja y buscar la alegría por otro lado”.

Jiu habló con una amiga, que le aconsejó que buscara compañía entre los “jóvenes” en vez de andar con gente mayor. Por eso, se interesó por el acogimiento familiar. Me explicó: “Cuidar niños me va bien. Los tengo en casa, formamos una familia. Compartimos risas y llantos, ya no viviré con mi propia sombra y mi corazón se pondrá alegre”. Según Jiu, la verdadera compañía es la de un miembro familiar, pero no necesariamente de familia de sangre, sino por el hecho de convivir en la misma casa y tener un rol familiar. El recinto cerrado del hogar ofrece una compañía estable y duradera, en la que se desarrolla la capacidad de interacción con una misma. Se trata de un proceso durante el cual el yo se activa y crece incluyendo al otro. La estabilidad aumenta la calidad del desarrollo y el dinamismo de la interacción toca a la fundamentación de la persona, que es el corazón. Cuando el corazón se conmueve, llena de vida a la persona; por eso, Jiu se siente viva teniendo a niños como compañía.

Fei también buscaba compañía. Se jubiló a los cincuenta y siete años, y era ya abuela de un nieto de dos, aunque este era cuidado por la consuegra. Fei trabajaba en una guardería y, en palabras suyas, “había nacido para cuidar niños”. Como le encantaban las criaturas y se sentía sola en casa, al jubilarse, no dudó en buscar compañía entre los niños. Había estudiado inglés y, en la guardería, su especialidad era enseñárselo a los niños y niñas de tres años. Por eso, cuando se jubiló, empezó a dar clases particulares de inglés en su casa. La casualidad hizo que uno de sus alumnos fuera Zhuang, un niño acogido por un vecino. Zhuang era paralítico cerebral y no iba al colegio. El padre acogedor mandaba al niño a estudiar inglés con Fei todas las tardes, porque a Zhuang le gustaba escuchar las canciones en inglés. El padre pensó que estudiar inglés le ayudaría a entender las letras de las canciones y, de este modo, se divertiría más.

Aquel niño llamó la atención de Fei, que, a su lado, se sentía acompañada. Se encariñó tanto con él que muchas veces pedía a su padre de acogida que el niño se quedara a cenar con ella. Con la ayuda de su vecino, Fei aprendió los cuidados especiales y, finalmente, decidió solicitar el acogimiento familiar. Se daba cuenta de que tener un niño en casa veinticuatro horas le proporcionaría más compañía y de mejor calidad que dar clases de inglés, ya que, de esta manera: “al levantarte cada mañana, siempre hay quien viene a desearte buenos días...”

Qiu también buscaba compañía, ya que su segundo hijo se había ido a estudiar a otra provincia. Qiu tenía cuarenta y ocho años y llevaba muchos trabajando como vendedora de té, en una tienda montada por su marido. Su marido decidió ampliar el negocio, fusionándose con otra tienda. El nuevo local estaba lejos de casa y a Qiu no le apetecía continuar trabajando allí, así que decidió “descansar” en casa. Me explicó:

Al principio todo iba bien. Estaba muy a gusto en casa, sin hacer nada, ya que había trabajado durante veinticinco años de vendedora, y ahora por fin podía descansar. Pero pronto me sentí sola, ninguno de los dos hijos vive con nosotros y solo vienen a vernos en los días señalados, como Año Nuevo o Luna Llena, etc.

Su marido le regaló una pecera llena de peces exóticos para que se entretuviera cuidándolos. Qiu la recibió con mucho entusiasmo y, durante un tiempo, su mayor

preocupación era vigilar la temperatura del agua de la pecera y no olvidar dar de comer a los peces. Sus hijos, por su parte, le regalaron un perro pequeño y de pelo largo. “Era una monada, —me siguió explicando— me encantan las mascotas. Pero cuidándolas no me llenaba. Los animales no saben consolarme cuando estoy triste y compartir conmigo la alegría cuanto estoy contenta. Recordaba constantemente la infancia de mis hijos...”. Así pues, Qiu se dio cuenta de que los niños eran mejor que las mascotas para hacerle compañía. Habló con su marido de que quería cuidar niños y este fue a la oficina del Comité del Barrio, donde le informaron sobre el acogimiento familiar. Finalmente, Qiu hizo una solicitud. Me comentó: “A las mascotas no las puedo cuidar como madre porque no me responden, pero a los niños sí puedo. ¿No es normal que la mejor compañía se produzca entre madre e hijo?”.

2.3. “Busco compañía para mi hijo”: la política Política del Hijo Único

La política del Hijo Único⁵³ forma parte central de las Planificaciones Familiares que el gobierno chino aplicó durante los últimos treinta años, con el fin de controlar la natalidad. Sin embargo, su aplicación nunca llegó a estandarizarse, sino que fue adaptándose a las situaciones concretas de cada región y cada etapa del proceso. Así, por ejemplo, en las zonas urbanas, se aplica de manera mucho más severa que en la rural. Prueba de ello es que, durante la década de 1980, antes las fuertes protestas de la población rural, se permitió un segundo nacimiento a las familias campesinas. Otra característica de esta política demográfica fue su control administrativo, que se complementó con un castigo económico. Los funcionarios y empleados de entidades estatales corrían el riesgo de perder su empleo al pretender llevar a término un segundo embarazo, mientras que los que pertenecían a empresas privadas pagaban una suma de dinero a modo de sanción.

⁵³ A nivel general, el gobierno chino indica que puede haber “un solo hijo para cada matrimonio” pero, a nivel práctico, cada provincia debe concretar quién es el hijo o hija único. Hay provincias, como Guangdong, por ejemplo, que lo entiende como “aquellos que no tengan hermanos biológicos”, incluyendo a quienes son de los mismos padres, de la misma madre o del mismo padre. Jiangxi, por su parte, lo define por los que no tengan hermanos biológicos ni adoptivos. En cualquier caso, como señala Feng Xiaotian (1992), el término hijo único en China debe entenderse como un producto directo de la planificación familiar estatal, ajeno a la voluntad de los padres. Por otro lado, por su efecto masivo se puede considerar como el “título” de los ciudadanos de una generación entera (Lin, 1999).

A pesar de las modificaciones, las protestas y los conflictos, la política del Hijo Único ha logrado mantenerse en vigor hasta el día de hoy⁵⁴. Como consecuencia, existe una cantidad masiva de familias de “hijo único”, sobre todo en las grandes y medianas ciudades. Según Wu Fan (2014), en ciudades como Beijing, Shanghai, Tianjing o Guangdong, el 88,3% de las familias solo tienen un hijo o hija.

Las consecuencias del fenómeno del hijo único se extienden más allá del terreno demográfico. En primer lugar, se ha modificado la estructura y las relaciones familiares, que también son sociales, ya que ahora la familia se compone por dos padres y un hijo o hija. En el hogar, al no haber hermanos y hermanas, el niño o la niña no dispone de interacción con guales, sino solo con personas adultas, los dos padres y cuatro abuelos (Feng, 2014).

Cabe mencionar que el “aislamiento” de los hijos únicos es agravado por el hecho de que, a medida que fue avanzando el desarrollo económico, se transformó el sistema tradicional de la vivienda. En el pasado, la mayor parte de la población urbana vivía en casas de una sola planta, que se comunicaban a través de calles pequeñas⁵⁵ y compartían los mismos servicios comunitarios —lo que favorecía las comunicaciones entre los niños y niñas de diferentes familias—. Actualmente, al trasladarse a los apartamentos modernos de los edificios altos, los niños y niñas son “encerrados” en casa y desconocen quiénes viven en la puerta de al lado (Zhang y Ma, 2014).

Por otro lado, al tener solo un hijo o una hija, la actitud materna y paterna también cambió, depositando todas sus esperanzas, expectativas y recursos en la educación del niño o niña (Sun, Hou y Ma, 2014). Sin embargo, a pesar de que la mejora económica hace posible que se disponga de mejores medios materiales para atender la crianza de hijos e hijas, crece la preocupación entre los padres porque sus hijos e hijas no saben como “tratar con la gente” o “relacionarse”. Este tipo de conocimiento no depende de la condición material, sino de la práctica entre hermanos y otros miembros familiares. De hecho, *guanxi*, relacionarse, era una cualidad muy valorada en la educación juvenil, porque se creía que toda actividad humana se

⁵⁴ En la actualidad, dicha política se ha flexibilizado en las grandes ciudades, como Beijing o Shanghai, donde los matrimonios formados por dos hijos/as únicos pueden tener un segundo hijo (Gu, 2014).

⁵⁵ En Beijing, se les llamaba *hutong*; en Shanghai, *linong*.

construye por la relación interpersonal y la madurez de la persona está marcada por su capacidad de relacionarse con los demás (Wang, 2000). Esta capacidad cobró un nuevo significado en el desarrollo de la economía de mercado actual, donde la competencia es feroz y ganarán quienes sepan tejer una red social de “influencias” en una sociedad que valora “los sentimientos humanos” por encima de las leyes y reglamentos⁵⁶ (Yang y Peng, 1999). Los padres se dan cuenta de la importancia del manejo de relaciones en el contexto competitivo al que sus hijos e hijas habrán de enfrentarse en el futuro. Esta capacidad, para los padres, se empieza a aprender en la interacción entre los hermanos, un lujo al que, a los hijos únicos, no se les permite el acceso.

Por otro lado, los hermanos no solo sirven para la interacción entre iguales, sino que también ofrecen estrategias educativas para los padres. Castigar o premiar a uno es una forma de educar a los demás a través del ejemplo. Sin embargo, cuando el número de hijos se reduce a uno solo, la interacción entre padres e hijo o hija se hace de manera más directa y transparente, en el sentido de que ambas partes pueden anticipar las expectativas esperadas (Chen y Liu, 2013). No existe un tercero a quien los padres puedan mostrar a su hijo único como ejemplo.

Así pues, la falta de hermanos resulta una desventaja para el hijo único y para los padres. Por eso, muchas familias acogedoras ven en el acogimiento familiar una oportunidad de conseguir un hermano o hermana para su hijo o hija biológico.

Kai es padre de Heng, un niño de diez años. Kai se queja de que era difícil tener a su niño en casa por las tardes, después del colegio, porque siempre se metía en casa de los compañeros y su excusa era que, en casa, no tenía con quien jugar y no podía consultar sus dudas cuando hacía los deberes que le mandaba el colegio “Sabíamos que eran excusas pero no podíamos hacer mucho para impedirselo, ya que era verdad, se sentía solo en casa”. Kai habló con su esposa en varias ocasiones sobre cómo remediarlo y ella sugirió traer niños a casa. Su mujer me contó:

⁵⁶ Existen abundantes estudios sobre este concepto peculiar de la sociedad china mostrando que el concepto de *guanxi*, relación, se manifiesta con mucha vitalidad en la actualidad, a pesar de la economía de mercado, la industrialización o la urbanización. Los estudios coinciden en que *guanxi* es la socialización misma, que se aprende en la familia, lo que revela que la firmeza de la familia china en la actualidad puede ir de la mano del vigor con el que actualiza las relaciones sociales (Zhai, 2011).

Al principio no pensábamos acoger niños porque no teníamos conocimiento sobre el tema. Yo tenía un sobrino de dieciocho años, que estaba interesado en estudiar en la universidad de Nanchang. Hablé con mi hermana, que vive en otra provincia, para que el chico viviera con nosotros. Así pues, instalamos literas en la habitación de Heng y su primo vino a dormir aquí. Pero se llevaban ocho años y mi sobrino le dejaba hacer a mi hijo todo lo que él quisiera. O sea, al final éramos tres los que mimábamos al niño. Me dije que así no podía ser. El niño tiene que aprender a amar, no siempre a ser amado. Necesitaba practicarlo con niños más pequeños que él. Hablando con los vecinos de mi intención de buscar niños pequeños, una amiga me dio la información del acogimiento familiar.

Cuando la mujer de Kai asistió a la reunión informativa, la directora le advirtió que la mayoría de los niños y niñas sufrían discapacidad. Ella contestó: “No importa, llegaré a aprender a cuidarlos. Sobre todo es bueno para que mi hijo vea cómo es cuidar y amar a un niño con discapacidad”.

Wei también es padre y su hija única tiene doce años. Cuando esta tenía cinco, no paraba de pedirle un “hermanito”: “¿Cuándo voy a tener un hermanito?” era su pregunta diaria. Wei me explica: “A mí también me gustaría tener otro hijo más, porque uno es demasiado poco, sobre todo por mi hija, estaba tan sola...” Pero la *Ley de Hijo Único* no se lo permitía. Wei me dijo: “En vez de pagar la multa para tener un hijo más, pensamos participar en el acogimiento familiar. De este modo, no tendríamos pérdidas económicas y, además, podríamos acoger más de un niño; mi hija siempre estará acompañada”.

2.4. “Busco compañía para mis padres”: el sostenimiento familiar de la vejez

En China se consideran mayores las personas que tienen más de sesenta años⁵⁷. A finales de 2013, esta población llegó a ser de unos doscientos millones, un 13.5% de la población total, con un crecimiento anual del 4.5% (Diario de Guangzhou, 29 de

⁵⁷ La ONU considera “tercera edad” a las personas mayores de sesenta y cinco años y entiende como “población envejecida” a aquella en la que el porcentaje de gente mayor es superior al 7%.

noviembre de 2013). En las ciudades, según las fuentes oficiales⁵⁸, las personas de más de sesenta años suponen una quinta parte de la población urbana, y su número aumenta día a día (Wang, 2008). Es por eso que muchos autores confirman que, en la actualidad, la sociedad china se encuentra en una etapa de envejecimiento acelerado. Según Tang Zheng y Li Feng (2009), las causas de este fenómeno demográfico se deben, por un lado, al aumento de la esperanza de vida y, por otro, a la reducción de la población activa y joven. Por su parte, Zhao Fang (2003) argumenta que el desarrollo económico mejoró las condiciones materiales, lo que permite que la gente viva más años, al tiempo que el control de natalidad disminuyó el número de hijos (Zhang y Chen, 2009).

Como la edad de jubilación es de sesenta años para el hombre y cincuenta y cinco para la mujer, toda la población de personas mayores está jubilada y muchos de ellos, como hemos dicho, viven su vejez solos, debido a las nuevas situaciones sociales. Sin embargo, según Mu Guangzong (2002), la mayoría de los hijos e hijas son conscientes de la atención que deben prestar a sus padres mayores, ya que el concepto tradicional del “amor filial” aún está vigente. Aunque vivan en otro hogar, intentan prestar atención para ayudar a sostener la vejez de sus padres. Una parte de estas ayudas resultan económicas, ya que, según el mismo autor, solo hay un 66.3% de gente mayor que son pensionistas, lo que indica que su situación económica es precaria. Pero lo que más necesitan los padres mayores es la compañía en su vida diaria y el apoyo emocional de los hijos.

Por otro lado, Mu (2002) nos recuerda que la tradición, según la cual son los abuelos quienes cuidan de los nietos y nietas está cobrando más peso en la actualidad, debido a la falta de guarderías y otros servicios infantiles. El autor inventa el concepto de “guardería en casa”, sugiriendo emplear a los abuelos como cuidadores. Estos recibirían una recompensación, sea o no monetaria⁵⁹. De este modo, los mayores aliviarían la soledad y los padres jóvenes tendrían menos carga en la crianza de sus hijas e hijos.

⁵⁸ Ver www.china.com.cn 2012.

⁵⁹ El autor sugiere una serie de medidas para recompensar a los abuelos por su contribución a la crianza de los nietos y nietas, como, por ejemplo, viajes, tener regalos en días señalados, etc.

El problema del sostenimiento de la vejez se extiende a toda China, pero es más grave en las ciudades, ya que en las zonas rurales la familia todavía está más unida por el sistema de viviendas. Entre las familias de acogida de Nanchang, cómo atender a los padres mayores era un tema de preocupación y forma uno de los contextos por los cuales se participa en el acogimiento familiar.

Sheng tiene cuarenta y tres años, y se convirtió en madre acogedora hace dos. Trabajaba con su marido en un negocio de venta por mayor de ropa, en un gran almacén en la ciudad de Nanchang. Estaba fuera de casa todo el día, de lunes a sábado. Sus padres ya son mayores: ambos tienen sesenta y ocho años. Se aburrían solos en casa y hablaban de ingresar en una residencia para mayores. Sheng no estaba de acuerdo y decidió quedarse en casa para hacerles compañía. Pero, como necesitaba trabajar, empezó a buscar algo que pudiera hacer en casa. Cuando asistió a una reunión informativa del Comité del Barrio, la idea del acogimiento familiar despertó su interés.

Hui, de cuarenta y seis años, también inició el acogimiento familiar pensando en que alguien pudiera acompañar a sus padres en casa. Los dos se jubilaron hace unos quince años. Al principio, cuidaban al hijo de Hui pero, cuando este se fue internado a un colegio, los dos abuelos se quedaron solos en casa. Empezaron a ir a un parque cerca de casa para entretenerse participando en actividades que se programaban para gente mayor, como cantar ópera, hacer Tai-chi y realizar algunas excursiones. Pero eran actividades matinales y, por las tardes, cuando el marido se iba a un club de ajedrez chino, la mujer se quedaba en casa aburrída. Hui habló con su madre sobre la idea de acoger niños y esta aceptó enseguida. Hui pidió entonces la jubilación anticipada y entregó la solicitud de acogimiento familiar, que le aceptaron enseguida.

El caso de Pang es un poco diferente. Aunque su motivo principal para participar en el acogimiento familiar era que los niños o niñas acogidos pudieran acompañar a sus padres, estos no estaban de acuerdo al principio. El padre tiene setenta y tres años y la madre setenta y dos. Ambos están jubilados y viven solos en una casa que no está muy lejos de la de Pang. Son muy aficionados al juego del majiang, un juego de mesa popular chino, y convocaban a los vecinos y amigos a su casa para jugar por las tardes. Al principio, jugaban con poco dinero, unos céntimos, pero, con el tiempo, las apuestas

fueron subiendo y llegaron a cientos de yuanes. Pang se enteró e intentó convencerlos de que dejaran el juego. Pero los padres decían que era un pasatiempo, ya que “no tenemos otra cosa que hacer”. Pang habló con su mujer, intentando convencerla de que enviara a su hijo de once años a vivir con los abuelos, pero la mujer no estaba de acuerdo y decía que los abuelos no podrían ayudarlo con los deberes de la escuela. Sin embargo, la mujer sugirió acoger a un niño y cuidarlo entre ella y la suegra. El niño dormiría en la casa de Pang y, durante el día, estaría en casa de los abuelos. A su marido, le pareció muy bien la idea, pues estaba seguro de que a sus padres les encantaría estar con niños. Solicitaron el acogimiento familiar y funcionó: ahora los padres de Pang están “ocupados” y ya no juegan mucho al majiang.

Capítulo VII. CUIDADO Y EDUCACIÓN DIARIA: “AMANDO CON CORAZÓN”

1. ¿Cómo se llama?: las potencialidades de amar
2. ¿Cómo se educa?: practicando las cualidades para amar
3. ¿Cómo se ama?: respondiendo a necesidades reales
4. ¿Cómo se cuida?: gestionando las emociones

En su libro *El arte de amar*, Fromm (1985) señala que amar empieza por tener fe en el amor mismo. Si amar es un acto de voluntad, también lo es de fe. La persona amante se entrega totalmente, con la esperanza de producir amor en la persona amada (Fromm, 1985: 123). En el contexto etnográfico, las madres y padres acogedores tienen fe en las potencialidades del niño —o la niña— que acogen, se comprometen con ellas. No se trata de una fe ciega, sino racional, porque, según aseguran ellos mismos, ya han experimentado el desarrollo de sus propias potencialidades, la realidad del crecimiento en sus hijos o hijas biológicos y la fuerza de su propio poder. Tener fe en el niño —o la niña— es el inicio del amor porque, si amar es dar, las familias acogedoras *dan* ayuda al niño acogido para que desarrolle sus potencialidades. Sin fe en estas potencialidades, no pueden dar y, por tanto, no amarán. Manifiestan su fe cuando ponen nombre al niño —o la niña— acogido, por lo que, en la primera parte de este capítulo, se analiza el significado de los nombres. Reconocer las potencialidades del niño o niña es comprometerse con ellas, con el fin de ayudarlo a desarrollarlas: se trata de cuidar aceptando a la persona cuidada tal como es (Watson, 1979).

Las familias acogedoras consideran que amar es un proceso de aprendizaje que dura toda la vida y la participación en el acogimiento familiar supone una fase o etapa del mismo. Amar es una actividad que mantiene a la persona en constante conciencia, en estado de intensidad, despierta para captar la necesidad concreta de sí mismo y de la persona amada en cada momento, con el fin de poderlas atender. En el contexto acogedor, las familias entienden que amar significa “cuidar con corazón”, esto es, no solo hacer al niño amado, sino enseñarle a amar y convertirlo en amante. En esta enseñanza, los padres y madres acogedores son maestros que no solo lo hacen con palabras y teorías, sino con su propia acción. Amar requiere cualidades específicas y, en el cuidado, los acogedores practican estas cualidades, al tiempo que se las transmiten al niño a través de la educación. En la segunda parte de este apartado, analizaré el proceso de la enseñanza de estas cualidades en el cuidado diario.

Según King (1975), cuidar es un proceso de acción, reacción e interacción, por lo que el amor que se manifiesta en él también ha de ser un proceso dinámico. Como señalábamos anteriormente, amar es un proceso de transformación de todo tipo de

emociones que transcurre en el corazón. Así lo muestra la experiencia cuidadora de las familias de acogida de Nanchang. En la tercera parte de este capítulo, se exponen algunos ejemplos para analizar cómo las familias gestionan el conflicto de emociones con sentimiento y pensamiento.

Por último cabe destacar que, tal como indica Gilligan (1982), existe una diferencia de género en el cuidado, que denomina “la ética del cuidado” en el caso de la mujer y “la ética de la justicia” en el del hombre. En el contexto etnográfico, los acogedores y acogedoras cuidan de manera diferente y su expresión de amar también resulta distinta.

Así pues, en este apartado propongo analizar el cuidado y educación diario del acogimiento familiar bajo las categorías analíticas de las potencialidades de amar, las cualidades para amar, la gestión de las emociones y la atención a las necesidades reales.

1. ¿Cómo se llama?: las potencialidades de amar

Es muy frecuente que las familias de acogida, al iniciar el acogimiento familiar, pongan un nombre al niño o niña acogido para “uso doméstico” —es decir, para que lo usen familiares y amigos—, ya que consideran que el nombre que le pone el orfanato “no es adecuado”⁶⁰.

Hong Xiaopin tiene cinco años. Es un niño que padece deficiencia visual: su ojo izquierdo no ve y el derecho sufre una miopía profunda que le obliga a llevar gafas de mucha graduación. Mide ochenta y cinco centímetros y es un niño alegre. Cuando fue acogido por la familia Huang, tenía solo unos meses. Huang me contó por qué quiso cambiar el nombre del niño:

El sonido pin significa ceja pero también quiere decir pobre, son dos caracteres diferentes, pero comparten la misma pronunciación. A mí no me gustaba lo de pobre, el niño no es pobre, sino alegre. Antes de conocer al niño me enteré de su nombre leyendo los informes de su desarrollo y ya pensaba en

⁶⁰ Como en su mayoría han sido abandonados, los niños y niñas llegan al orfanato sin nombre. Allí, con criterios muy variados, les ponen uno. En el caso del orfanato de Nanchang, durante un tiempo se utilizaba el apellido del director como apellido para todos los niños y niñas, pero la mayoría tuvieron como apellido “Hong”, que es el nombre de la zona de acogida. Normalmente los nombres son de dos sílabas, que forman una palabra compuesta con un significado concreto.

cambiarlo. Pero preferí esperar para conocerlo porque, sin ver su cara y saber cómo era, no podía ponerle el nuevo nombre.

Para Huang, el nombre debe corresponder a la personalidad o al temperamento, por eso requiere el conocimiento de la persona. Así, ella esperó hasta el día de la asignación:

Aquella mañana me levanté temprano pero estuve haciendo tiempo en casa para ir a buscarlo al orfanato a las nueve; no quería ir antes porque me pondría nerviosa esperando. En la sala de bebés, la cuidadora me lo dio. Era una criatura mínima porque nació prematuro; tenía un parche en el ojo izquierdo para cubrir la pomada recién puesta. Al cogerlo entre mis brazos, noté fuerza en su diminuto cuerpo, entonces le puse el nombre de Zhongzi.

Zhongzi quiere decir semilla. Para Huang, el cuerpo del niño es como una semilla: pequeño, pero crecerá. A pesar de su diminuto tamaño, la semilla es fuerte porque contiene vida y posee todos los elementos para crecer hasta llegar a la madurez. La semilla tiene su propia existencia, su razón de ser. Siendo de una especie, la semilla es una cualquiera porque comparten las mismas cualidades que las demás de la misma especie. Pero, cuando crezca, se convertirá en un fruto exclusivo, ya que la interacción entre su propia existencia y el contexto en que se encuentre le proporcionará un desarrollo único.

Al ponerle el nombre de Zhongzi, Huang confía que el niño crecerá como la semilla, con sus propias potencialidades y, cuando estas consigan desarrollarse, el niño se convertirá en una persona madura: la naturaleza del niño es crecer y crecer significa desarrollar sus potencialidades intrínsecas sin necesitar otras impuestas desde fuera. Igual que la semilla, el niño nace dotado de la fuerza de crecer y su crecimiento es posible porque la estructura de su cuerpo está diseñada para desarrollarse. La estructura no es estática, sino que ofrece un marco dentro del cual se desarrolla el cuerpo; sin desarrollo, la estructura no se realiza.

Sin embargo, el crecimiento de la semilla necesita condiciones apropiadas: la tierra, el sol y la lluvia. Huang me dijo que todo el trabajo de proporcionarle un contexto apropiado de crecimiento le correspondía a ella, como “jardinera”. Me explicó:

El niño nace con ganas de crecer y crecerá solo. Lo que podemos hacer los padres es poca cosa: vigilar el ambiente, que no le falte nutrición, que no le hagan desviar de su camino y que se aleje de las malas influencias. ¿No has oído la historia de la madre de Mencio, que cambió tres veces de casa para que el niño tuviera buenas condiciones para estudiar?⁶¹

Huang cree en las propias potencialidades del niño y, para ella, la educación no consiste en inculcar al niño los valores deseados por el educador, sino, simplemente, cuidar de que el niño desarrolle sus propias potencialidades, es decir, permitir que crezca tal como es.

Sin embargo, crecer no solo se refiere al desarrollo físico o biológico, sino también al personal. Crecer como persona requiere la capacidad de amar: cuanto más se ama, más se crece. Por eso, crecer y amar son dos potencialidades inseparables: se crece amando y viceversa. La capacidad de amar es la potencialidad más importante de la persona; cuidar de que el niño crezca quiere decir cuidar de que ame. La madurez personal indica un alto nivel de la capacidad de amar. En este sentido, Zhongzi, como la semilla, no solo crecerá aumentando su tamaño físico, sino que desarrollará su potencialidad de amar; por eso, me asegura Huang, “tener el cuerpo pequeño no quiere decir que su corazón sea menor: amará igual que los demás”.

El cuerpo diminuto de Zhongzi se debe a su nacimiento prematuro y puede afectar el ritmo o la calidad de su crecimiento corporal. Sin embargo, Huang tiene fe en su desarrollo, a pesar de que pueda ser diferente al de los demás niños. Piensa que proporcionarle un ambiente adecuado podrá ayudar mucho en su desarrollo. “¿No ves que hay semillas que crecen en los invernaderos?”, me dijo. Al parecer, Huang quiere construir un “invernadero” para Zhongzi, porque cree que el niño necesita unas condiciones especiales para crecer. Sin embargo, el invernadero solo resulta un medio temporal de crecimiento, porque, cuando el niño consiga desarrollar su capacidad de

⁶¹ La historia cuenta que, cuando Mencio era pequeño, vivía con su madre al lado de un cementerio, y empezó a jugar imitando los rituales funerarios. La madre pensó que no era adecuado que un niño se interesara en algo así. Se trasladaron entonces a una casa cerca del mercadillo del pueblo. Mencio imitaba a los mercaderes vendiendo y comprando cosas. La madre no estaba contenta de que el niño aprendiera a ser comerciante y decidió mudarse nuevamente, esta vez a una casa cerca de una escuela. De esta manera, consiguió lo que quería: que el niño se interesara por los estudios, relacionándose con profesores y estudiantes. Cuando creció, Mencio se convirtió en uno de los sabios más importantes de la historia china.

amar, esta trascenderá: si el amor se desarrolla mientras crece el cuerpo, este no puede poner límite al primero, es decir, la biología no tiene la última palabra en cuanto al desarrollo personal. Como decía Huang, “¿qué importancia tiene ser más bajo, mientras ame igual que los demás?”. Una vez consigue amar, el niño ha crecido y es dueño de sí. Para Huang, amar tiene la “ventaja” de no depender de los demás, es decir, es un asunto de cada uno. Si eres amante, nadie puede impedir que ames; si eres amado, te limitas a esperar que te amen.

El conjunto de las potencialidades de crecer y amar es muy valorado por las familias acogedoras. Lei puso el nombre de Xizi a la niña que tenía acogida para expresar esta idea de crecer y amar. Xizi tenía tres años y nació con un solo brazo, el derecho. Lei me contó su experiencia de inventar el nombre para la niña:

La acogimos el verano pasado. A pesar de que le falta un brazo es muy ágil. Desde el día que llegó, le gustaba jugar en la esfera de bambú, en el suelo. Me la traía conmigo a la cama, pero ella iba hacia la esfera. A veces, se quedaba a dormir en ella; como hacía calor, daba gusto dormir en el suelo. Así pues, la acabamos llamando Xizi, la esfera de bambú.

Lei reconoce que se trata de un nombre humilde, pero su actitud es muy particular respecto a ello: “Las personas humildes tienen más margen de crecer. Si todos nacemos guapos y altos, no tendremos que esforzarnos nada para crecer y desarrollarnos”. Lei cree en el trabajo productivo; para ella, crecer es trabajar:

Crecer no quiere decir recibir alimentos, sino trabajar para activar las propias potencialidades. Es verdad que, sin alimentación, el niño muere pero, si solo crece el cuerpo y no aumenta su capacidad de amar, nunca se hará persona de verdad.

Para Lei lo importante es tener “el margen de crecer”: cuanto más margen exista, más posibilidad hay de crecer, de ahí la ventaja de ser humilde. Por otro lado, valora el trabajo con el mismo criterio:

¿Nunca has oído el cuento del conejo y la tortuga? La gente elogia a la tortuga, no solo porque ganó la carrera, sino porque su punto de partida era

inferior al del conejo. Pasa lo mismo con las personas. Creo que, llegando a la misma altura, gana más la persona que empezó desde un puesto más bajo.

Para Lei, una persona trabajadora vive más, crece más y tiene más oportunidad de amar. “Además, —continúa— la humildad favorece amar. Si siempre piensas que eres superior y te sientes orgulloso de ti mismo, no tendrás muchas ganas de amar. Pensarás que eres digno de ser amado por todo el mundo, ¿no?”.

En la lógica de Lei, tener un nombre humilde es contar con un amplio margen de crecer y amar, ya que el crecimiento de una persona humilde tiene más significado. Me dijo: “Xizi solo tiene un brazo y el estado de su cuerpo es lamentable, cualquier cosa que haga le cuesta más y requiere más esfuerzo. ¿No muestra eso que vale más que los demás?”. Respecto a amar, Lei me asegura que en el desarrollo de la humildad está aceptar al otro “tal como es”. Dice: “La persona humilde tiende a ponerse en lugar del otro para entenderlo, esto es, amarlo tal como es”. De modo que las potencialidades de crecer y amar son más arraigadas en la persona con humildad.

La fe en las cualidades de crecimiento no es una creencia, sino la firmeza de las convicciones que los acogedores y acogedoras extraen de su propia experiencia. Me dijo el padre Che: “¡Crecerán! ¿Has conocido niño que no crezca? Todavía me acuerdo de lo chiquitín que era mi hijo cuando nació. Ahora ya tiene quince años y es más alto que yo”. Otros padres y madres acogedores, cuando hablan del crecimiento de los niños suelen decir frases del tipo de “crecen igual que nosotros cuando éramos pequeños” o “todos hemos sido niños y hemos crecido igual que los demás”.

La fe en el crecimiento infantil tiene un significado especial en el contexto de la crianza de niños y niñas con discapacidad. Casi todos los padres me aseguran que el niño crece a pesar de su discapacidad. En una ocasión, el médico del orfanato me confirmó:

Las familias tienen razón, todos los niños crecen, incluso los que padecen discapacidad. Su altura, peso y órganos evolucionan día a día, a medida que aumenta la edad. Porque la discapacidad suele ser parcial y la parte sana crece, y ayuda a crecer a la parte afectada. Pero también es cierto que el cuerpo funciona como un conjunto y la discapacidad puede llegar a afectar todo, aunque el grado

suele ser muy variado. Digamos que el ritmo o nivel de crecimiento del niño se altera, es decir, los niños con discapacidad crecen de otra manera.

Dar cuidado al niño —o la niña— que crece y ama resulta un trabajo creador, y, si el niño deja de crecer, la crianza no tendría sentido. Por eso los acogedores tienen fe en el crecimiento y confían en el desarrollo de sus potencialidades de amar mientras crecen.

Yougener, de siete años, fue acogido por la familia de Zhai y Kai. El nombre del niño significa “raíz”. Kai, su padre acogedor, me explicó:

Lo acogimos hace cinco años. Nació prematuro y padecía epilepsia. Cuando le atacaba la enfermedad, se tumbaba en el suelo dando vueltas violentas y gritando. Mi esposa se asustaba mucho e incluso los vecinos, al oír los gritos, venían preocupados a nuestra casa. Hablábamos de devolverlo al orfanato pero el médico nos aseguró que, con el tratamiento y el desarrollo el niño, mejoraría. Valía la pena esperar un poco. Unos años después, la enfermedad del niño no mejoró mucho, pero mi esposa y yo nos encariñamos tanto con él que ya no queríamos mandarlo al orfanato, pasara lo que pasase con su enfermedad. Mi esposa dijo que el niño no iría a ningún otro sitio porque había echado raíz en nuestra casa e iba a crecer con nosotros. Así pues, le llamamos desde entonces Yougener [raíz].

Su esposa añadió: “Yougener no se ha curado del todo, aún le ataca la enfermedad de tarde en tarde. Pero creo que hay muchas formas de crecer, con la enfermedad también crece. Si amas la vida, verás todo de otra forma y transmitirás el amor al niño”. Para ella, amar la vida es aceptar la enfermedad del niño y tener fe en las potencialidades de amar, tanto de ella como del niño. Ella ama e intenta enseñar al niño a que ame. Se compromete con el futuro del niño porque cree que este crecerá y amará. Raíz implica firmeza, atada en la tierra pero con sus ramas y hojas creciendo hacia el cielo. En este sentido, Chai también quiere asumir el trabajo de jardinero. Dice: “Yougener [raíz] es un niño que requiere cuidado especial. Creo que, cuidándolo bien, conseguiremos que crezca fuerte. Le hacemos el potaje, le damos agua... pero también le enseñamos a amar”. Si el agua es nutrición para el cuerpo, el amor le hace crecer

como persona. Como raíz, el niño dispone de las potencialidades de crecer y, como persona, posee también las cualidades de amar. Si se le “riega”, las cualidades se desarrollarán.

Otra potencialidad de niños y niñas en la que las familias tienen fe es la de “ser bueno/a”. El niño acogido de Xian se llama Xiao Shan. Xian me explica cómo se le ocurrió ponerle ese nombre:

Tenía diez años cuando le acogimos. Había vivido cinco años en el orfanato. Sus padres murieron en un accidente de coche y tenía una tía que estaba interesada en adoptarlo. Al parecer, la ley no lo permitía y su tía tuvo que esperar un tiempo hasta que el niño tuviera siete años, entonces consiguió adoptarlo. Pero el niño no quería vivir con la familia de su tía, se escapó de casa y otra vez fue llevado al orfanato. Como yo llevaba mucho tiempo acogiendo y tengo experiencia, la directora me preguntó si lo quería acoger, advirtiéndome que no era un niño fácil de cuidar. Lo acepté. Yo tenía un nieto de tres años entonces, que vivía conmigo. Pues la primera noche que el niño llegó del orfanato, le quitó a mi nieto los juguetes y se los devolvió al día siguiente todos rotos. Por su parte, el colegio me informó que, en su primer día de clase, el niño pegó a uno de sus compañeros. En casa hacía lo que le daba la gana, venía a la cocina y cogía cualquier cosa para comer cuando yo cocinaba, rompía todo y no era capaz de pedir perdón. En fin, era un niño travieso y llevaba una vida caótica y desordenada, pero a pesar de ello le puse el nombre Xiao Shan.

Xian me explica que el nombre quiere decir “pequeño bueno”. Según ella, el niño nace bueno y tiene todas las potencialidades para desarrollarse en esa dirección. Si no se porta bien, es porque los adultos a su alrededor no consiguen vigilar que desarrolle esas potencialidades naturales de ser bueno y, por eso, se deja llevar por las malas influencias. Xian continuó:

He estado varias veces en el orfanato. Allí todas las cosas y objetos son de todos, cualquiera puede cogerlos y usarlos. En un contexto así, los niños tienen poca idea de qué es lo personal. Entonces, es normal que Xiao Shan

llegue a mi casa y coja los juguetes sin pedir permiso a nadie. Para él, los juguetes no tienen dueño, son para todos.

Xian intenta demostrar que Xiao Shan no era malo de nacimiento sino que sus buenos modales no fueron activados. Tenía fe en que, una vez consiguiera desarrollar sus potencialidades innatas, el niño retornaría a su camino correcto.

Xiao Shan ahora tiene quince años y está estudiando en un centro de formación profesional porque desea ser mecánico de automóviles. Cuando yo viví en su casa haciendo mi trabajo de campo, me trataba con mucha cortesía y me costó imaginar su comportamiento cinco años atrás. Resumiendo el caso de Xiao Shan, Xian me dijo:

Nacer bueno quiere decir que está dotado de todas las potencialidades positivas. Mientras creces, se desarrollan y, como persona, lo más importante es desarrollar su capacidad de amar porque, si no ama, no crece. El niño no odia, solo que no ha conseguido activar su capacidad de amar.

Las familias atribuyen diferentes cualidades a niños y niñas. El caso de Mang ilustra muy bien este pensamiento. Mang lleva veinte años en el acogimiento familiar y, cuando empezó, tenía dos hijos: un niño de cinco años y otra niña de dos. El niño se llama Yitu, primera tierra, y la niña Yishui, primer agua. Mang cree que la naturaleza femenina se parece a la del agua y la masculina a la tierra⁶²:

La tierra es firme, áspera, rígida y sólida. Aguanta mucho peso y no se rompe. El agua es más flexible, se acomoda en cualquier recipiente y transforma su forma según la temperatura, pero, al mismo tiempo, es muy resistente, con una fuerza lenta y constante, capaz de horadar una roca gota a gota.

La flexibilidad, según Mang, es la primera potencialidad de las niñas y merece la pena activarla, bajo las adecuadas condiciones proporcionadas por los padres: “Amar a la hija es ayudarla a desarrollar su flexibilidad natural, mientras que amar al hijo consiste en tratar de activar su valentía. Solo cuando cada uno desarrolla sus propias potencialidades, se realizará”. Por eso, Mang, siguiendo la relación con los nombres de sus hijos biológicos, puso al niño acogido el nombre de Ertu, segunda tierra, y a la niña

⁶² Seguramente su creencia tiene que ver con la famosa frase de Bao Yu, el protagonista de la novela *El pabellón rojo*, de Cao Xueqin (1964): "La mujer es agua, el hombre tierra. Juntos forman el barro que es el matrimonio".

acogida el de Ershui, segunda agua. Todos los niños y niñas que ha acogido tienen el nombre de tierra o agua. Como ha cuidado treinta niños y cuarenta y cinco niñas a lo largo de los veinte años en que ha participado en el programa de acogimiento, me dice que ha tenido treinta tierras y cuarenta y cinco aguas.

A parte de la flexibilidad, las familias también atribuían a la naturaleza femenina otras cualidades como la suavidad, la pequeñez o la sensibilidad. En la siguiente tabla se muestran algunos nombres que las familias habían seleccionado. Como se puede observar, existe un notable contraste entre las diferentes cualidades que las familias acogedoras atribuían a los niños y a las niñas.

	Nombres para niños	Nombres para niñas
1	<i>Canyang</i> , alto pino	<i>Xiaoliu</i> , pequeño sauce
2	<i>Datu</i> , gran tierra	<i>Xiaoshui</i> , pequeña agua
3	<i>Dashu</i> , gran árbol	<i>Xiaocao</i> , pequeña hierba
4	<i>Dong</i> , invierno	<i>Qiu</i> , otoño
5	<i>Jiang</i> , gran río	<i>Jiuwo</i> , hoyo
6	<i>Lei</i> , trueno	<i>Lai</i> , sonido
7	<i>Geng</i> , labrar	<i>Gan</i> , sentir
8	<i>Kuangfeng</i> , gran viento	<i>Danxi</i> , aire multicolor

Pero tener diferente naturaleza no quiere decir que uno ama más u otro menos, sino que aman de forma diferente. Mang considera que la mujer debe amar con flexibilidad: “las mujeres solemos dedicarnos al cuidado corporal y debemos ser flexibles porque la sensibilidad de cada cuerpo es diferente. Sin entenderlo, podríamos meter la pata. Si conseguimos adaptarnos a cada cuerpo que cuidamos, evitamos malos entendidos y conflictos”. Sin embargo, el caso del niño es diferente. En el centro de rehabilitación, si una niña llora porque siente dolor, el monitor la atiende y la consuela. Pero si es un niño, no le hace caso. Mang me explicó:

Un niño no debe llorar como una niña. Tiene que aprender a crear una imagen de valentía en público. Será el hombre de la casa, si en su persona no genera valentía ¿qué padres se atreverán a casar a su hija con él? O ¿cómo puede

educar a su propio hijo, si él mismo ni siquiera conoce el valor más importante del hombre, que es su valentía?

Otra madre acogedora, Qiu, puso el nombre Da Shu al niño de diez años que acogía y Xiao Cao a la niña de cuatro años. El nombre del niño significa “gran árbol”, y el de la niña, “pequeña hierba”, a pesar de que el aspecto físico de los dos no se corresponden con estas cualidades. Da Shu solo mide cincuenta y siete centímetros porque padece una parálisis cerebral que le dificulta el crecimiento; Xiao Cao tiene una altura normal, de setenta centímetros. Qiu me explicó:

Los chicos deben ser como el viento que sopla en el aire, fuerte, libre y con una fuerza interior. Da Shu padece deficiencias físicas, pero eso no quiere decir que carezca de potencialidades masculinas. El chico antes era muy tímido pero yo me lo llevaba todos los días a pasear sobre un puente cerca de casa. Por allí pasaba mucha gente y, poco a poco, se fue acostumbrando a estar entre gente desconocida, y ahora ya no tiene miedo. Aunque su altura no corresponde a su edad, ello no impide que obtenga fuerza interior.

En el caso de Xiao Cao, la madre me comentó:

A esta niña le cuesta estar quieta, debería ser más calmada y serena. Las niñas son más suaves, una cualidad que les ayuda a desarrollar la sensibilidad. Esto es natural porque las mujeres cuidamos a los demás, a niños, maridos y ancianos. El cuidado hace sensible a la persona. Las hierbas son sensibles al suelo, al clima, a los animales... Por eso le puse el nombre, para recordar sus potencialidades femeninas.

La fe en las potencialidades infantiles también se considera en relación a los propios acogedores y acogedoras. Acogedores y acogidos comparten las mismas potencialidades, pero se encuentran en etapas diferentes de desarrollo. En este sentido, tener fe en los niños es tenerla en sí mismos en tanto que padres acogedores. En palabras de Lin Yutang (1937), “adultos y niños son nadadores del mismo río. Los adultos nadan para enseñar a los niños a nadar”. La fe que tienen los acogedores y acogedoras en su propia potencialidad de amar les hace comprometerse con los niños y

niñas, porque saben que presentan las mismas cualidades que ellos. La cuestión es ayudarles a activarlas y desarrollarlas; de esto se trata la educación.

2. ¿Cómo se educa?: practicando las cualidades para amar

Como ya he explicado, educar significa ayudar a los niños y niñas a activar y desarrollar sus propias potencialidades. Los padres y madres acogedores comparten estas potencialidades, no solo porque ellos mismos han experimentado su activación “cuando eran niños”, sino también por el hecho de que aún están desarrollándolas siendo adultos. La diferencia entre los niños y las niñas y las personas adultas no radica en que posean diferentes potencialidades, sino en que se encuentran en etapas diferentes de desarrollo de las mismas. En relación con amar, esto significa que ambos aman, pero en diferente contexto y nivel de capacidad. El desarrollo de las potencialidades humanas de amar no tiene límite y su nivel depende del desarrollo de cualidades específicas como la disciplina, la concentración, la constancia o la paciencia. Son cualidades que han de desarrollar tanto las personas adultas como los niños y niñas. En su etapa adulta, los acogedores y acogedoras aman consolidando estas cualidades específicas, mientras que los niños y niñas acogidos también aman, aunque necesitan ayuda para aprender y activar sus cualidades; de ahí la importancia de la educación.

Si bien los acogedores tienen experiencia en desarrollar la misma capacidad que los niños, la educación no consiste simplemente en transmitir la experiencia, sino en ayudar a los niños y niñas a que experimenten ellos mismos. El trabajo educativo consiste en guiarles para que “accionen”, con el fin de desarrollar sus propias potencialidades de amar. El niño —como la niña— nace amante aunque no ama en sus primeros años de vida, ya que necesita aprender las cualidades para amar. Aprender constituye la primera fase de amar; por eso, aprender es amar.

El doble rol de “aprendiz” y “maestro” se manifiesta por parte de acogedoras y acogedores a la hora de enfrentarse a la tarea cuidadora y educativa en el contexto del acogimiento familiar de Nanchang. Cuidar y educar a niños y niñas con discapacidad no es tarea fácil. Los datos etnográficos muestran que el trabajo es denso ya que, por una parte, han de cuidar de su alimentación, vestido, defecación y otro tipo de necesidades

básicas de la supervivencia; por otra, han de responsabilizarse de sus ejercicios diarios de rehabilitación. Sin embargo, es en este contexto donde las personas acogedoras aprovechan cualquier actividad para practicar ellos mismos o enseñar a los niños y niñas las cualidades de disciplina, concentración, constancia o paciencia.

Minmin tiene seis años y aún no sabe comer con la cuchara porque padece parálisis cerebral y tiene dificultad para mover las manos. Cada vez que come, su madre de acogida le da una cuchara y le pone un cuenco de arroz blanco en la mesa. La madre coge la mano del niño para que alcance el cuenco con la cuchara; el niño intenta coger el arroz. “Necesita mucha concentración”, me comenta la madre. Por eso, el niño siempre come antes que el resto de la familia, con el fin de que nadie le moleste en su esfuerzo de practicar para coger el arroz con la cuchara.

Susu es una niña de tres años y lleva dos viviendo con la familia de acogida. La madre me cuenta que, cuando llegó, solo tomaba agua y vomitaba cualquier alimento que le daba. No quería leche ni sopa de arroz. La madre empezó a coger una cucharada de caldo de arroz y disolverla con 200 ml. de agua y se lo daba a la niña. Como la cantidad era tan pequeña, la niña no notaba el sabor del arroz. Al cabo de una semana, la madre añadió media cuchara más del caldo de arroz a la misma cantidad de agua y la niña lo bebió. De ese modo, la madre iba añadiendo sustancia en el agua, muy poco a poco, y la niña la bebía sin darse cuenta. La madre me resumió: “Tuve que hacerlo muy lentamente. Me costó mucho alimentarla. Por poco se me murió de desnutrición”. La paciencia de la madre salvó la vida de Susu.

Entre los niños y niñas acogidos, hay muchos que no controlan la orina o los esfínteres. Ayudarles a conseguirlo supone un auténtico desafío, sobre todo en el caso de los que ya tienen cierta edad. Xia, de seis años, es uno de ellos. Antes de vivir con la familia de acogida, dos años atrás, en el orfanato, siempre llevaba pañales. Pero Lian, la madre acogedora no estaba conforme. “Cuando llegó —me explica— era un niño que siempre estaba tumbado en la cama. Para hacerle comer le tenía que levantar el cuerpo y apoyarle en una almohada, y se defecaba siempre encima. Me dije, algo tendré que hacer para corregirle...”. Cada mañana, Lian lo llevaba al retrete y le decía: “Vas a hacer pipí”. Y por la tarde le volvía a dejar en el inodoro diciéndole: “Vas a hacer caca”.

A pesar de que el niño seguía haciéndoselo encima, Lian no se cansaba de repetir la rutina de llevarle dos veces al retrete. De ese modo, el niño iba a asociando levantarse/ ir al retrete/ orinar con oír la palabra “pipí”. Del mismo modo, asociaba hacer la siesta/ ir al retrete/ oír la palabra “caca”. Lian me explicó:

Lo decía a propósito para que tuviera conciencia de lo que estaba haciendo. Porque tenía la sensación de que el niño no entendía lo que quiere decir pipí y qué era hacer pipí. Como en el orfanato no se lo enseñaban...

Al cabo de seis meses, según Lian, el niño aprendió a asociar las palabras “pipí” y “caca” con el retrete. Y empezó a señalar el retrete cuando tenía ganas de hacer pipí: “Todo era cuestión de disciplina y paciencia, un poco cada día, incluso niños con deficiencia cerebral pueden conseguir hábitos positivos para vivir. Ahora Xia ya no lleva pañales de día, aunque para dormir por la noche le sigo poniendo...”.

El desarrollo cognitivo también requiere paciencia. Yougener tiene siete años y padece retraso mental debido a la epilepsia. Cuando cumplió cinco, aún no tenía conocimiento de las partes del cuerpo humano. Su padre de acogida decidió enseñarle. Cada noche, antes de acostarse, el padre le preguntaba “¿dónde está tu nariz?” y el niño debía señalarla con el dedo. Durante tres meses, todos los días, el padre hacía la misma pregunta, hasta que el niño consiguió indicarla casi automáticamente. Entonces el padre empezó a preguntarle “¿dónde están los ojos?”. Repitió la pregunta durante otros tres meses. Cuando yo viví en su casa, llevaba dos años enseñando al niño a conocer su cuerpo y Yougener ya sabía decir nariz, ojo, oreja, boca, cabeza, mano, brazo, pierna y pie. El padre me resumió este aprendizaje de la siguiente manera: “Se trata de crear una rutina sin obligar al niño. Ahora se ha habituado a contestar la pregunta antes de acostarse. Yo creo que es una costumbre muy buena porque, de este modo, podré enseñarle muchas cosas haciéndole preguntas”.

Zhongxi es un niño de cinco años y tiene deficiencia visual de nacimiento. El ojo izquierdo no le funciona y con el derecho ve muy poco, pero los dedos de sus manos son muy sensibles. Por eso, su madre acogedora piensa prepararlo para que sea masajista cuando sea mayor. Me explicó: “He leído que los masajistas suele tener los dedos muy sensibles porque tienen que saber detectar *xuwei* [nexos de venas] en el

cuerpo humano. Zhongzi parece que tiene esa facilidad. Habrá que ayudarle a desarrollar la facultad”. La madre ha preparado un plan y ha adquirido telas de todo tipo: de algodón, lana, bambú, nailon, etc. Cada mañana, después del desayuno, la madre saca la tela, el niño la toca sin mirarla y tiene que indicar qué género es. El ejercicio dura una hora, durante la cual Zhongzi va tocando y memorizando el tacto de cada tela. La madre me comenta: “Es un ejercicio de concentración. Al principio, el niño se resistía pero ahora ya forma parte de su actividad diaria”.

La concentración también es una cualidad que Mang, otra madre acogedora, intenta enseñar a Wushui, una niña de doce años. Wushui padece retraso mental y tiene dificultad para pronunciar las palabras. Va a un colegio especial y Mang le suele ayudar a hacer los deberes en casa. Una tarde, cuando yo me alojaba en su domicilio, vi a Mang discutir con Wushi porque esta escuchaba música mientras hacía deberes. Me explicó Mang más tarde: “No se concentra y no presta atención a lo que está haciendo”. Para Mang, la concentración consiste en prestar toda la atención a una sola cosa, entregarse totalmente. Decía: “Hoy día la gente lee mientras escucha música, come o fuma. De ese modo, ¿cómo se puede concentrar en una sola cosa? No puede hacer bien ni una ni otra”.

La madre Jing intenta enseñar paciencia a Xiao Liu, una niña acogida de seis años. La pequeña tiene dificultad para caminar y solo lo puede hacer apoyándose en la pared y muy lentamente. Viven en un tercer piso y, como la niña tiene que acudir al centro de rehabilitación cada día, bajar las escaleras a pie le plantea un reto y puede tardar media hora en conseguirlo. Pero Jing la anima. Me lo explica: “No tenemos prisa. La rehabilitación empieza a las once de la mañana, y salimos de casa una hora antes”. Xiao Liu baja de escalón en escalón. Son sesenta. Se apoya en la barandilla para poder mover los pies poco a poco. En invierno, se viste con poca ropa, preparada para sudar, pero, en verano, el sudor le cae como un chorro de agua por todo el cuerpo. Jing me comentó: “Hace tres años, cuando empezamos, lloraba, no quería bajar y subir las escaleras. Pero ahora se ha acostumbrado. Cuando llega la hora, se viste sola y se prepara para salir de casa”.

“Se ha acostumbrado” es una frase muy habitual entre las familias que intentan practicar la cualidad de la paciencia. Rise es un padre acogedor de cuarenta y tres años.

En una sección de la entrevista que duró media hora, mencionó doce veces esa expresión. Tiene un chico de once años que pasa todo el día en silla de ruedas. Por las mañanas, Rise saca de la cama al niño, que pesa cincuenta y un kilos, para sentarlo en la silla. Rise me explicó cómo mueve al chico de la siguiente manera:

Primero le levanto el cuerpo, para que se apoye de espaldas en una almohada; le bajo las piernas hacia la orilla de la cama; acerco la silla a la cama y le empujo hacia ella. Tardo media hora en colocarlo en la silla. Ya estoy acostumbrado.

Los fines de semana, a la hora de comer, le toca a Rise darle la sopa al chico:

Suelo utilizar tres cucharas. La grande la uso al principio, cuando el niño tiene hambre, y le doy más cantidad. A medida que se va llenando, la cambio por la mediana y, al final, utilizo la pequeña. Ese es el peor momento, porque ya no quiere comer más, pero el médico me obliga a darle todo el cuenco. Después de mucha pelea, consigo que se termine todo. Muchas veces tardo dos horas, pero ya estoy acostumbrado.

La paciencia se convierte en una costumbre o un hábito. Cuando se interioriza y se actúa automáticamente con paciencia, forma parte del ser. Para las familias, la función fundamental de la paciencia consiste en entender al otro, porque, si uno no está acostumbrado, no tiene paciencia a la hora de relacionarse con los demás.

3. ¿Cómo se ama?: respondiendo a las necesidades reales

Todas las historias expuestas anteriormente muestran que, para las familias de acogida, amar es enseñar al niño o la niña las cualidades de amar. Las familias me decían que se trata de responder a las necesidades aplicando las cualidades. La premisa para responder es tener interés y comunicación fluida con los demás. En una entrevista que hice a Mai, un padre acogedor de cincuenta y ocho años, me manifestó su preocupación por el comportamiento del niño en el colegio: “Es un niño callado, no habla con nadie. Está mal, hay que relacionarse y ser sociable”.

“Ser sociable” es una frase que se usa mucho cuando las familias valoran a los niños, las niñas y a ellas mismas. Su argumento radica en que, si no te socializas con el

otro, no sabrás lo que quiere y, por tanto, no podrás responderle. Al sufrir discapacidad, muchos niños y niñas tienen miedo o son tímidos a la hora de comunicarse con los demás. Ese era el caso de Dashu, un niño de poca altura con parálisis cerebral. Para ayudarlo a quitarse el miedo de hablar con la gente, Qiu, su madre acogedora le llevaba a pasear a un puente muy transitado: “Le enseño a saludar a la gente aunque sea desconocida. Porque, si no saludas, nunca conocerás gente, ¿verdad?”. Zhai, otra madre, me relató:

Yougener [el niño acogido] antes se escondía cuando venían amigos a casa. Yo me preocupaba. Entonces le preparaba diciéndole quienes iban a venir, para qué venían, etc. Ahora el niño ya no se esconde y se porta de forma más sociable.

Pero ser sociable no es suficiente, hay que interesarse por el otro, como me explicó Zhai:

Si te relacionas con una persona pero no tienes interés en ella, no tendrá sentido la relación. Suelo preguntar a Yougener si le gustan sus compañeros de clase, qué hacen en su tiempo libre, cómo son sus padres, etc. Si el niño intenta buscar la respuesta, sin darse cuenta le interesará saber de los demás.

Zhai también me dijo: “Interesarse por los demás no es perder el tiempo porque, sin interés, ¿cómo puedes llegar a saber lo que necesita el otro de verdad?”. Interesarse supone, pues, investigar las necesidades reales del otro. Cabe mencionar que esa investigación no se limita a escuchar lo que dice la otra persona, sino también ver lo que hace y lo que no hace. En el Año Nuevo de 2012, Zhai quería hacer un regalo al niño de su vecino. Le preguntó al niño qué le gustaría y este, por cortesía, le contestó que cualquier cosa. Zhai observó que siempre llevaba pulseras y le regaló una. El niño la aceptó con alegría pero no se la ponía nunca. Más tarde Zhai averiguó que al niño no le gustaba el color de la pulsera que ella le había regalado. Un año más tarde, Zhai le regaló otra de color granate, al niño le gustó y esta vez sí se la ponía todo el tiempo. Zhai lo resumía así:

A veces no es fácil saber el gusto del otro porque no te lo dice. Tienes que averiguarlo. A menudo, ese conocimiento puede tardar meses o años, pero

tienes que estar atenta todo el tiempo para poder acertar en momentos concretos, como, por ejemplo, cuando quieres hacer un regalo.

Las familias consideran una mala acción responder a necesidades no reales. Como me dijo She, una madre acogedora de treinta y ocho años: “Eso sí que es meter la pata, intentar dar lo que no se necesita”. Cuando ella empezó a acoger, no tenía experiencia en el cuidado especial y su primer niño tenía dificultad para andar. Ella le hacía caminar todos los días, pensando que cuanto más practicase, antes aprendería a andar. Pero, en la revisión médica mensual, el médico le advirtió que el tendón del pie del niño estaba dañado de tanto caminar, y que el pequeño necesitaba un ritmo más moderado. Me dijo: “No sabía, no tenía ese conocimiento. Por poco hice daño al niño, aunque mis intenciones eran buenas”.

El orfanato también me manifiesta que “las buenas intenciones” no valen o no son suficientes a la hora de amar. El psicólogo me comentó:

En la selección y evaluación, insistimos mucho a las familias en lo que necesitan los niños. No dudamos que saben que el niño necesita amor, pero les decimos que, si quieren amar a los niños, primero se tienen que amar entre ellos, como marido y mujer. Porque el niño necesita el amor de una familia, necesita unidad. Hay casos en que el matrimonio se divorcia y el niño es devuelto al orfanato.

Responder no es suficiente, existe la premisa de saber lo que hay que responder, porque responder a las necesidades falsas no es más que demostrar la incapacidad de amar. En este caso, el corazón no se ensancha; solo cuando se aciertan las necesidades reales y se responde a ellas, se consigue ensancharlo.

4. ¿Cómo se cuida?: gestionando las emociones

Amar a los niños y niñas con discapacidad en el contexto de acogimiento familiar requiere coraje. Según las personas participantes en la investigación, quienes busquen tranquilidad o seguridad no podrán asumir la tarea acogedora, porque el dolor, la desilusión y otros conflictos acompañan todo el proceso del cuidado diario. Lo único que se puede hacer, me aseguran, es “cuidar con corazón”. ¿Qué quiere decir esto? A

continuación expongo la narración de una madre acogedora, llamada Zhuang, de cincuenta y seis años, registrada en mi diario de campo. Contaba así la experiencia de sus primeros acogimientos:

Tengo una hija de veinte años que ya está estudiando en la universidad. Cuando era pequeña, no tuve tiempo de estar con ella porque tenía que ir a trabajar a la fábrica todos los días. Fue mi madre quien la cuidó. Hace unos años, mi empresa cerró y perdí el empleo; entonces decidí acoger niños. Pero el primer niño que acogí lloraba día y noche, y yo no era capaz de calmarlo, y pedí a mi marido que lo devolviera al orfanato. Entonces quien empezó a llorar fui yo porque le echaba mucho de menos.

Entonces mi marido me acompañó al orfanato a buscar al niño, pero ya no estaba, otra familia se lo había llevado. El orfanato me dio otro niño de dos años que tenía labio leporino. Lo acepté. Esta vez, a fin de estar mejor preparada, pedí información detallada sobre los hábitos del niño. Me decían que comía mal. Cogí el niño en mis brazos y en el camino a casa me dije a mi misma: ¡Voy a amarlo! ¡Voy a ser su madre!

Llegamos a casa hacia mediodía y la comida fue un desastre: no masticaba y escupía, solo conseguí darle un biberón y durmió una pequeña siesta. A la hora de cenar, el mismo problema. Como no quería masticar, le hice puré de verdura y carne. Pero él lloraba; cada vez que le metía la cuchara en la boca, escupía. Toda la mesa y todo mi vestido estaban manchados. Se me estaba agotando la paciencia. Le dije: “¡Estoy muy enfadada contigo!”. Me fui a la cocina dejándole solo en su butaca. Empecé a maldecir la mala suerte que tenía y no entendía por qué siempre me tocaban niños llorones. Pero luego pensé: había prometido ser su madre y afrontar todo. ¡Venga, un poco más de paciencia!

Así que volví a la mesa y el niño seguía llorando. Añadí un poco más de agua al puré y le di una pajita para que chupara. De un sorbo, el niño chupó una tercera parte del puré del cuenco. Contenta, le quité la pajita de la boca para que descansara un rato antes de seguir chupando. Pero el niño no había tragado el puré y lo tenía retenido en la boca, y, cuando me acerqué, me escupió de lleno en

la cara. Salté de furia, le saqué de su butaca, le grité: “¡Estoy realmente enfadada!” y, por un instante, quería tirarlo por la ventana. Veía su cara llena de lágrimas y su labio leporino me parecía feo y sucio. Empecé a maldecir al orfanato por haberme ofrecido una criatura tan malvada. Me sentía desgraciada y empecé a llorar silenciosamente. Pero pronto oí una vocecilla en mi interior: “¿No decías que ibas a amarlo y afrontar todo? ¿Por qué no te calmas si lo peor ha pasado? ¡Un poco más de paciencia!”.

Aquella noche, acosté al niño sin conseguir darle la cena. Me sentía triste por no ser capaz de alimentar, cuidar y amar a un niño. Fui a lavarme al lavabo. En el espejo veía mi cara, aún con la mancha del puré que el niño me había escupido. Me dije: “soy una fracasada, no tengo experiencia en cuidar niños”. Me reñía a mí misma por no haber cuidado a mi propia hija, por haber tenido que trabajar en la fábrica. Empecé a maldecir la fábrica, mi suerte de ser obrera y mi vida misma. Pensé en mi hermana, que está casada con un empresario muy rico, lo que le permite no trabajar fuera de casa y pasar todo el tiempo con sus dos hijos. Uno de ellos es ilegal, según la ley de la Planificación Familiar, pero, como mi cuñado tiene dinero, pagó la multa. Envidiaba la suerte de mi hermana y maldecía mi matrimonio porque mi marido no es más que un taxista. “¡Mi vida entera es un desastre!” me grité a mí misma.

Volví al sofá, estaba abatida pero no podía dormir. Cogí una revista sobre la alimentación infantil que mi marido había comprado para mí. Traía muchos artículos sobre la importancia de alimentar al niño adecuadamente. Al leerlos, me sentí más culpable todavía: el niño tiene que comer pero yo no soy capaz de darle el alimento. De repente, sentí vergüenza; ¿qué dirán el orfanato, los vecinos o mi hija al saber que no sé dar de comer al niño? ¡Cuánta responsabilidad tendré si el niño resulta mal alimentado! ¡Tengo que hacer algo!

Así que saqué otra revista que hablaba de los problemas que tienen los niños para comer. Decía que algunos niños comen mal porque están recién llegados a un nuevo ambiente; otros porque les duelen las encías ya que les empiezan a salir los dientes. Otros son más exigentes y solo, comen ciertos

alimentos. Empecé a sospechar que mi niño podría representar cualquiera de esos casos. Así que decidí consultar al médico del orfanato al día siguiente; tal vez podría detectar algo anormal en el niño que le impedía comer. Encontrada la solución, me alivié un poco y me dormí.

Pero a medianoche el niño se despertó llorando. A toda prisa le hice un biberón pero, al metérselo en la boca, lloraba más. Noté que el biberón estaba muy caliente, y lo metí en agua fría. Mientras esperaba que se enfriara, cogí al niño en brazos, pero no paraba de llorar. Veía su carita llena de lágrimas pero ya no me parecía feo su labio leporino sino que sentí pena de él: pobrecito, él no ha hecho nada malo para estar así. Al contrario, debería recibir un cuidado mejor. Además, por mi culpa no ha cenado... debe de estar hambriento. Le abracé con ternura y noté su piel suave como la seda y pensé: “¡Qué piel más delicada! ¿Cómo es que no lo había notado antes? ¿No es una suerte poder amar a un niño tan bonito como el que está ahora en mis brazos?”.

El niño tomó un poco de biberón y volvió a dormirse, y yo también me dormí, sosteniéndolo en mis brazos. Pero, a las cuatro de la madrugada, otra vez se despertó y, con mucho cuidado, le preparé un biberón tibio, lo tomó y volvió a dormir. Miré su cara y sus ojos bien cerrados y pensé: “¿Estará soñando con cosas bonitas? Un niño tan precioso merece tener dulces sueños”. Me di cuenta de que me estaba encariñando con él.

A las seis, me levanté y desperté a mi marido. El hombre se quejaba de haber dormido muy poco. Como taxista, suele llegar a casa muy tarde y, aquella noche, el llanto del niño no le había dejado descansar. Le pedí que nos llevara al orfanato. Nunca me había sentido tan afortunada de ser esposa de un taxista. A las siete, llegamos al orfanato, justo cuando abría la consulta. El médico miró la boca del pequeño y descubrió las encías inflamadas. Me dijo: “Le duele. Al comer le duele más y, si no come, tiene hambre; por eso llora todo el tiempo”. Yo no sabía cómo agradecersele. Cogí el jarabe para calmar el dolor y regresamos a casa en el taxi de mi marido.

El niño volvió a llorar pero yo sonreía. Miré su carita llena de lágrimas y me pareció muy guapo, incluso su labio leporino me pareció un signo de belleza. Pensé: “¿cómo podría reconocerlo si él no tuviera este labio?”. De repente, recordé a mi hija; faltaban dos días para que viniera a casa a pasar el fin de semana con nosotros. Me dije: “Voy a vestir al niño guapo para que lo vea mi hija. ¡Le gustará!”. El niño seguía llorando y yo lo abracé fuerte y le dije: “No llores, tesoro, en un par de días te pondrás bien. Sonreirás”. Así fue cuando le puse el nombre Xiaoxiao, risa.

He registrado muchas historias semejantes a la de Zhuang. La mayoría de las familias entrevistadas tuvieron su momento de crisis: unas querían tirar al niño por la ventana, otras llamaban al orfanato para que fuera a recogerlo o juraban que no querían saber nada más de él... Todas sufrieron conflictos emocionales, aunque la mayoría supieron reflexionar y consiguieron superar los momentos difíciles.

La narración de Zhuang muestra una experiencia de cuidar con pensamiento y sentimiento, lo que en palabras de las familias se enuncia como “cuidar con corazón”. En primer lugar, ella supo controlar los sentimientos con la reflexión, como, por ejemplo, en las dos ocasiones en que se enfadó. Recordar lo que había prometido sobre amar y ser madre le ayudó a superar la furia y el enfado. En segundo lugar, su experiencia muestra que la emoción reflexiva produce nuevas emociones, en el sentido de que, reflexionando, su tristeza se transforma en vergüenza y esta le despierta la responsabilidad. En tercer lugar, la reflexión genera nuevas situaciones, que favorecen el surgimiento de nuevas emociones. Al reflexionar sobre las posibles causas del comportamiento del niño, Zhuang decide llevarlo al médico. Es, en esta nueva situación, cuando consigue averiguar la causa del malestar del pequeño, lo que le produce una alegría. Además, la emoción reflexiva constituye una realidad: cuando se entristece, Zhuang considera mala suerte tener un marido taxista pero, cuando se siente responsable de llevar al niño al médico, se considera afortunada por ser la mujer de un taxista. La reflexión también constituye belleza, como muestra el final del relato, cuando Zhuang ve el labio leporino del niño como algo bello. La realidad o la belleza se conforman según el pensamiento y el sentimiento del sujeto.

La narración de Zhuang muestra la complicidad de la relación entre el pensamiento y el sentimiento. La reflexión no está al margen o por encima de la emoción, sino que forma parte de la ella, lo que a veces dificulta separar la una y la otra, o un pensamiento de otro. Sin embargo, por más compleja que sea la relación entre las dos, el papel de cada una es definido y esta definición es lo que nos permite elegir o cultivar una emoción. En el caso de Zhuang, ella elige amar desde el momento en que se dice a sí misma “¡voy a amar!”. No es un amor “natural”, sino reflexivo, y, por eso, todo su esfuerzo es un ejercicio de amar con el “pensamiento” de la reflexión sobre el “sentimiento”. Se trata de la voluntariedad de la emoción, lo que las familias denominan “ofrecer el corazón que ama”.

Reflexionar necesita concentración: Zhuang prestaba toda su atención y, por eso, consiguió ser sensible a su voz interior cuando estaba enfadada o angustiada, lo que le permitió superar ese estado. En todo momento, cuando estaba con el niño, Zhuang no pensaba en otra cosa que en cómo atenderlo y detectar la causa de su problema; por eso, a través de la lectura de las revistas, llegó a la reflexión. Si bien cuando empezó a leerlas no era explícitamente para buscar la solución, sí que su estado y su consciencia eran receptivos y le permitieron recibir la información.

Amar necesita paciencia. Pese a los fracasos, Zhuang no dejaba de intentar una y otra vez cuidar al niño. Cuando no quería comer con la cuchara, la cambiaba por la pajita y, cuando no podía tomar la leche caliente, se la cambiaba por la tibia.

Amar necesita conocimiento y requiere investigación. Mediante la lectura de las revistas y la consulta al médico, Zhuang obtuvo conocimiento de la causa por la que el niño no quería comer. De este modo, consiguió la fórmula para curarle el malestar y ayudarle a comer sin dificultad.

Amar necesita disciplina y es una constante práctica durante toda la vida. Por eso, Zhuang reconoce que no aprovechó la crianza de su hija biológica, que hubiera sido una ocasión de practicar la sensibilidad amorosa.

Amar es también estar preocupado activamente. Esta preocupación activa es la que llevó a Zhuang a vencer las dificultades y dudas en el cuidado del niño. Se preocupaba por darle de comer con la cuchara, con la pajita, de ofrecerle puré y no

comida sólida por el defecto de su labio. Se preocupó por la temperatura del biberón para que fuera más adecuada. Quiso buscar las causas de por qué el niño no quería comer, se preocupó por leer revistas y llevar al niño al médico.

El caso de Zhuang muestra que amar requiere voluntad; se trata de un proceso de actos guiados por esta voluntad. La voluntad no es un concepto abstracto, instaurado desde fuera, sino un poder propio interno, que se exterioriza cuando las circunstancias lo provocan y lo activan. Las acciones de Zhuang muestran esta exteriorización y la expresión de su voluntad de amar.

La experiencia de “cuidar con corazón” no es la misma entre el acogedor y la acogedora, porque sus actitudes emocionales son diferentes. El caso de Chai, un padre acogedor de cuarenta y siete años, puede ilustrar estas diferencias. Chai es dueño de una tienda de frutas en el barrio Hongchang, de Nanchang. Hace cuatro años, cuando su mujer sugirió participar en el acogimiento familiar, a Chai le pareció buena idea. Qu, el primer niño al que acogieron, tenía nueve años y era una criatura traviesa que había cambiado varias veces de familia de acogida.

Una tarde, el colegio donde iba el niño llamó a Chai porque el chaval había pegado a un compañero. La directora del centro recibió a Chai en su despacho, en presencia del niño. Chai se sentía responsable de la falta del niño y prometió a la directora hablar seriamente con él en casa para corregirlo. Pero el niño no quería reconocer su error y, cuando Chai le tendía la mano con la intención de llevarle a casa, el niño gritó: “¡No puedes criticarme porque no eres mi padre!”. Chai se sintió humillado y decidió devolver al niño al orfanato. Me explica: “Era un insulto para mí. Yo era su padre pero él no me consideraba así. ¡Me gritó delante de la directora! ¿Dónde está mi reputación y mi autoridad como padre? Me sentí avergonzado y herido”. Así pues, Chai devolvió el niño al orfanato pese a la oposición de su esposa. Durante los seis meses siguientes, se produjo una crisis entre el matrimonio. Finalmente, Chai se rindió y solicitó un segundo acogimiento.

Esta vez era una niña de siete años, que se llamaba Xun. Para evitar lo que pasó en el primer caso, su esposa se encargó de todos los asuntos de relación con el colegio, la comunidad, los vecinos y los amigos. Pero un día Chai tuvo que volver a ir al colegio

porque su esposa estaba en una reunión del orfanato. Cuando llegó, le estaba esperando en el aula la profesora, junto con la niña. La profesora le comentó que la niña había suspendido en inglés y tenía que estudiar más en casa. En el camino de regreso, la niña se quejó de que, en casa, no recibía ayuda porque Chai no sabía inglés. Chai le preguntó por qué no se lo había comentado al profesor. La niña contestó: “Eso no se dice, no quiero hablar de tus defectos delante de mi profesor”. Esta frase llegó al corazón de Chai, como me comentó: “¡Imagínate, una niña de siete años! No solo me respeta sino que quiere proteger mi reputación. ¿No es maravilloso? Era una criatura encantadora”. A partir de ese día, todo lo referente a la niña le pareció a Chai hermoso: su cara, su voz, su forma de andar, su vestido, su risa, su llanto... Apuntó a la niña en un curso de refuerzo de inglés y le compró un aparato para que escuchara canciones en ese idioma. Chai me explicó:

Llevaba tiempo pidiéndomelo, pero no se lo había comprado porque era caro. Pero ahora ya no me importa el dinero, la niña lo merece todo. Mi esposa no entendió mi actitud, es que nunca llegó a entenderme, no sabía por qué la niña se convirtió en mi favorita. Ella piensa que soy egoísta, pero la verdad es que solo exijo condiciones para amar, no puedo amar a cualquiera...

El amor de Chai es condicional y esa condición tiene que ver con el concepto de *mianzi*, cara, un elemento cultural muy estudiado por los investigadores tanto chinos como americanos⁶³. El sociólogo Zhai Xuewei (2011) define el *mianzi* como la imagen pública que condiciona el comportamiento social del hombre chino. Cuando actúa en sociedad, el hombre siempre intenta proteger su imagen. Qu, el primer niño acogido, no respetó a Chai delante de la directora del colegio, es decir, hizo a Chai “perder” *mianzi*. En cambio, Xun le respeta, le “da” *mianzi*. Por eso, para proteger su imagen, Chai rechaza al primero y abraza a la segunda.

⁶³Según Xu Xuewei (2005), el interés por este término cultural en las Ciencias Sociales se remonta a finales del siglo IX, en la obra del misionero americano A. H. Smith, *Chinese Characteristic* (1894). Desde entonces, numerosos estudiosos como los de Li Yutang (1935), M. Weber (1951), T. Parsons (1961), L. E. Stover (1974), M. C. Thlin (1986), G. Domingo, D. Affonso & M. Slobin (1986), D. Y. F. Ho (1982), S. G. Redding & Michael Ng (1982), y E. Goffman (1955), entre otros, mencionan la importancia del *mianzi* en la cultura china. El antropólogo chino Hu Hsien-Chin (1944) opina que *mianzi* es una construcción cultural de la moralidad y, en este sentido, la cara como un órgano del cuerpo humano se “presta” para el fin cultural.

Chai reconoce que su amor a los niños es diferente que el de su esposa, porque ella no le da tanta importancia al *mianzi* a la hora de amar. Esto, a mi modo de entender, tiene relación con la diferencia de género en cuanto al lugar donde se sitúa el sujeto. Como hemos mostrado anteriormente, en la cultura china, el hombre se mueve “fuera” del hogar y, por tanto, ama entre “desconocidos”; la mujer, en cambio, se queda “dentro” y ama a los padres, hijos o hijas y marido, es decir, a los “conocidos”. Entre los conocidos, el amor es más directo y espontáneo, mientras que entre los desconocidos puede que haya necesidad de fingir, por lo que podría decirse que es un amor algo indirecto. Por eso, Chai defiende que no es egoísta, sino solo que necesita una condición más para amar.

El hombre chino valora mucho el *mianzi* y tiende a sacrificar cualquier cosa para defenderlo. La pérdida de *mianzi* causa vergüenza, mientras que su consecución produce una sensación de satisfacción y orgullo. La vergüenza no es más que el reconocimiento de la incapacidad de amar, una emoción dolorosa; por eso, Chai rechaza a Qu, porque le causa ese dolor. Por contra, el orgullo provoca un efecto totalmente diferente, produce placer y hace que Chai decida aceptar a Xun. En esa aceptación, se esconde una gratitud de Chai hacia la niña, que se expresa en apuntarla en cursos de inglés y comprarle un aparato de música. Así pues, la vergüenza, el orgullo o la gratitud se combinan en el corazón de Chai para convertirse en amor.

En una ocasión, la trabajadora social del orfanato me comentó:

Entendemos que es importante que participen los hombres en todas las actividades acogedoras y el mejor método para lograrlo es elogiarles en público. En las reuniones, procuramos no criticar a nadie y solo publicamos los méritos. Elegimos los momentos en privado para comentarles los fallos y proporcionarles sugerencias para su corrección.

La directora también me mencionó que, a veces, los hombres son más frágiles emocionalmente que las mujeres: “Protegen demasiado su imagen pública y su estado sentimental varía en función de esta protección”. En este sentido, “cuidar con corazón” tiene otro significado para el hombre.

Capítulo VIII. EL FINAL: “EL CORAZÓN ENSANCHADO”

1. El niño se va: “lo tendré en mi corazón para siempre”
2. Se queda para siempre: “necesito apoyo para amar”
 - 2.1. El apoyo económico y material
 - 2.2. El apoyo técnico
 - 2.3. El apoyo emocional
3. “Ya es mío”: ¿amor exclusivo o reflexivo?
4. “Lo tuve que dejar”: el corazón no ensanchado

Los datos etnográficos muestran que el final de cada acogimiento puede tener cuatro resultados diferentes: 1) el niño o la niña es adoptado por una familia china o extranjera; 2) el acogimiento se normaliza de forma permanente; 3) la misma familia acogedora adopta al niño o niña; 4) el acogimiento se rompe porque la familia de acogida lo solicita.

Los cuatro finales representan diferentes resultados del proceso de amar y, por tanto, del estado del corazón. A continuación se analiza cada uno de ellos para completar el conocimiento del desarrollo de la capacidad de amar en el contexto del acogimiento familiar.

1. El niño se va: “lo tendré en mi corazón para siempre”

Al saber que venía de España, algunas familias me preguntaban cómo se vive la infancia aquí, ya que los niños y niñas que cuidaron habían sido adoptados por familias españolas. Les gustaría saber cómo están y si se acordarán de China cuando sean mayores. Sin embargo, otras muchas familias no me lo preguntaban, algunas de las cuales habían cuidado decenas de niñas que posteriormente fueron adoptadas por familias españolas o de otros países. Estuve un tiempo obsesionada en encontrar la razón de su “fría” actitud, hasta que, un día, hablando con Guang, una madre acogedora de cuarenta y dos años, su relato me arrojó luz sobre el tema.

Guang lleva quince años en el acogimiento familiar y ha cuidado a treinta y siete niños y niñas, de los cuales treinta fueron adoptados por familias extranjeras. La primera fue una niña de doce meses, a la que adoptó una familia estadounidense. Guang me dijo, calculando la edad de la niña: “Ahora tendrá dieciséis años y cinco meses, más o menos”. Cuando le pregunté si sabía en qué parte de América se encontraba, me contestó que no: “Además, tampoco hace falta. Está donde esté, siempre está conmigo, porque la tengo en mi corazón”. Para Guang todos los niños que ha cuidado y amado, aunque se hayan ido, se quedan con ella formando parte de su corazón. Con ellos, ha aprendido a amar más, es decir, ha desarrollado su capacidad de amar. Y esta capacidad desarrollada ha conseguido ensanchar su corazón.

Una de las cosas que me solían enseñar las familias con más agrado son las fotos de los niños y niñas que habían acogido. Tienen la costumbre de poner las fotos debajo de un cristal colocado sobre la mesa de comedor, de modo que, cada vez que se come, es una ocasión de comentar sobre las imágenes. Las conversaciones sobre las mismas acababan siempre con la misma frase: “¿Ves qué familia más grande tenemos?”. Con ella quieren decir que los niños no solo fueron sus hijos e hijas durante el acogimiento, sino que lo son y lo serán para siempre porque ya están incluidos en la familia y forman parte de su “corazón ensanchado”.

Sin embargo, el proceso de “ensanchar” no provoca alegría o sonrisas, sino que está lleno de dolor y sufrimiento, ya que la despedida suele ser dolorosa, tanto para los niños y niñas como para las familias acogedoras. Li, la trabajadora social, me contó el siguiente caso:

En la primavera de 2007, asignamos Huihui, una niña de quince meses, a una familia americana. La niña fue acogida a los pocos días de su nacimiento, así que llevaba toda su vida viviendo con la familia de acogida. La madre acogedora era una persona cariñosa, de cuarenta y tantos años, y el padre, un hombre de pocas palabras. Aquella tarde, fuimos a recoger a la niña para traerla al orfanato porque, en pocos días, llegaría la familia americana a la que íbamos a entregarla. Pero, en la casa de la familia acogedora, no encontramos a la niña. El padre nos dijo que se había ido de paseo con la madre y que volviéramos al día siguiente. Pasó un día y, cuando fuimos a buscarla, tampoco estaba. Nos dimos cuenta de que la habían escondido para que no nos la lleváramos. No era el primer caso que habíamos tenido en que los cuidadores escondieran a los niños. Nos quedamos hasta la noche, razonando con el padre y diciéndole que teníamos una familia adoptante para la niña. Al final, el padre nos llevó a la casa de su hermana, donde se escondía la madre acogedora con Huihui.

La madre nos suplicó llorando que no nos lleváramos a la niña, pues la quería mucho y no podría vivir sin ella. Le explicamos que ella había firmado el contrato donde se señalaba que el acogimiento era temporal y transitorio, y que el orfanato podría retirar a la pequeña en caso de adopción. La madre acogedora

lloraba y lloraba, y no nos escuchaba. Al final, el padre también empezó a llorar, y mi compañera y yo sentimos pena por la familia y no sabíamos qué decir. Era una situación horrible, llena de dolor y tristeza...

Li me contó que aquella familia, después de que se fuera Huihui, tardó un año en volver a incorporarse al acogimiento:

Durante un año, la madre venía para asistir a los cursos de formación pero no se atrevía a acoger más niños. Le decíamos que se trataba de pensar en los niños, en lo que necesitan. Una familia permanente es lo que más necesita un niño. Al cabo de un año, la familia volvió a solicitar otro acogimiento y les dimos otra niña, Minian, de tres años.

Según me explicó Li, dos años después, el orfanato fue a retirar a Minian para entregarla en adopción internacional. Los padres acogedores volvieron a llorar pero, esta vez, no intentaron esconder a la niña. Li concluyó:

La despedida siempre es un momento de dolor. A pesar de que insistíamos a la hora de firmar el contrato en que el acogimiento es temporal, a pesar de que preparábamos a las familias para la despedida, esta siempre resultaba un momento traumático. Es normal, el ser humano se encariña tan fácilmente...

Así pues, “superar” ese cariño es un reto para la mayoría de las familias y, en ello, reside la clave del desarrollo de la capacidad de amar. Amar no es solamente encariñarse y ser dependiente del otro, sino responder a la necesidad del otro. Cuando la necesidad del otro y la propia entran en conflicto, se plantea una situación de desafío. En el caso de las despedidas, dejar ir a los niños es renunciar a la necesidad propia, al deseo de que se quede, y esto requiere valor. Por eso, quienes lo consiguen, salen de la situación con el corazón fortalecido. El dolor no daña el corazón, sino que, venciendo el dolor, el corazón se hace más fuerte y se ensancha, porque ha conseguido acoger las personas amadas en él.

Quien logra ensanchar el corazón va aumentando su capacidad de amar. Como me explica una madre acogedora, refiriéndose a la experiencia de la despedida:

Al principio lloraba y gritaba para que no se llevaran al niño, pero poco a poco comprendí que no podría tenerlo para siempre y que debía irse. Con el tiempo, te acostumbras a que unos van y otros vienen; de ese modo, te permites cuidar más y más...

Acostumbrarse a las despedidas, venciendo el dolor y el sufrimiento, es un proceso que hace fuerte el corazón. Aunque el aprendizaje no depende solo del tiempo sino también de la calidad, son aquellas familias que llevan muchos años en el acogimiento quienes me expresan su sensación de tener el corazón más repleto; por eso, no tienen la necesidad de preguntar dónde están viviendo los niños y niñas que han cuidado.

Sin embargo, también hay familias que nunca llegan a “acostumbrarse” a las despedidas. Uno de estos casos es el del padre Nang, de cuarenta y seis años, que lleva cinco en el sistema de acogimiento:

Hemos cuidado cuatro niños, Lengeng, Hehe, Danxi y Wowo. Se los llevaron a todos. Sé que hemos firmado un contrato que dice que los niños no nos pertenecen y que hay que tener en cuenta su primera necesidad, que es tener una familia fija. Pero es que nos necesitan, nosotros sabemos cuidarlos mejor porque conocemos sus hábitos y gustos. A Hehe, por ejemplo, cada mañana le montaba en el carrito que le habíamos fabricado y le daba una vuelta por la casa. Eso hacía que el niño se sintiera feliz. Ahora me pregunto si la familia que lo ha adoptado sabe hacer eso...

Lo que Nang intenta decir es que el deseo de que no se vaya el niño no es una necesidad suya, sino del niño, ya que el niño “le necesita”. Se trata de una necesidad creada por Nang para justificar su propia necesidad de tener al niño a su lado. No quiere renunciar a su propia necesidad, sino que la reclama de forma “camuflada”. Es por eso que no se acostumbra a las despedidas, sufre y no logra superarlas.

2. Se queda para siempre: “necesito apoyo para amar”

En algunos casos en que el niño o la niña lleva varios años viviendo con la misma familia de acogida, hay pocas posibilidades de que sea adoptado ya sea debido a

la situación legal⁶⁴ o al estado de salud del niño. En esta situación, la familia puede solicitar el acogimiento permanente. Es entonces cuando “se queda para siempre”. El acogimiento permanente se da por lo general con niñas y niños con discapacidad física o con conductas problemáticas. Las familias que firman el contrato de acogimiento permanente, en su mayoría, tienen mucha experiencia y conocen bien al niño o la niña acogida. Debido a las deficiencias o a problemas de la salud o conducta, las familias de los acogimientos permanentes se enfrentan a muchas dificultades y desafíos en el cuidado y educación diarios, de manera que les resultan imprescindibles las ayudas o apoyo sociales. Como me manifestó Zhai, una madre acogedora: “Necesito apoyo para amar”. En el contexto etnográfico, aparecen tres tipos de apoyos principales: el material, el técnico y el emocional, que provienen respectivamente del orfanato, de los profesionales y de los amigos y vecinos.

2.1. El apoyo económico y material

Si bien todo tipo de acogimiento familiar necesita ayuda económica, el de la modalidad permanente de niños y niñas con discapacidad lo requiere especialmente. Las familias me explicaban que tienen, entre otros, gastos sanitarios, de alimentación, de ropa y escolares. La mayoría de los niños y niñas con discapacidad presentan una salud muy frágil y enferman muy a menudo. Como no tienen cobertura sanitaria, hay que pagar al médico cada vez que los visita. Además, los gastos en medicamentos también corren por cuenta de la familia acogedora. En cuanto a la alimentación, se necesita comprar leche en polvo y otros alimentos complementarios y especiales, en caso de que el niño o la niña sea pequeña o tenga dificultad para masticar. La familia de acogida también se ocupa de vestirlos y les compra ropa y zapatos. Por último, si van al colegio, el orfanato se encarga de pagar la matrícula, mientras que la familia asume los gastos de libros, cuadernos y otros materiales escolares.

⁶⁴ Se refiere a los niños y niñas que son huérfanos pero tienen parientes en la familia extensa que no están de acuerdo con entregarlos en adopción.

Para afrontar estos gastos, desde el año 2000, el orfanato asigna una suma de dinero⁶⁵ a las familias, que deben gestionarlo distribuyéndolo en los gastos diarios de los niños.

2.2. El apoyo técnico

En el acogimiento permanente, las familias se encuentran casi a diario con dificultades para impartir los cuidados especiales necesarios, lo que hace imprescindible el apoyo técnico de los y las profesionales. Mang, una madre acogedora de cincuenta y dos años, me explicó su preocupación por la salud de niño que acogió hace diez años:

Ashui tenía dos años y, de vez en cuando, le atacaba la epilepsia. Yo estaba asustada porque no tenía conocimiento de la enfermedad. Por las noches, no podía dormir, preocupada por si el niño se ponía enfermo. Necesitaba ayuda técnica para poder enfrentarme a la situación. Empecé a recibir clases particulares del médico del orfanato. Me explicaba, con mucho detalle, sobre la epilepsia y su tratamiento. Poco a poco, aprendí a portarme con tranquilidad cada vez que Ashui sufría una crisis. Ahora ya soy experta, gracias a la ayuda del médico y la experiencia que me ha dado la práctica.

El caso de Mang nos muestra la importancia de la colaboración entre familia y profesionales para atender a niños y niñas con problemas crónicos de salud.

Otro caso es el de la familia Bei, que lleva doce años cuidando a Huahua, una niña con parálisis cerebral. Cuando llegó, tenía cuatro meses y Bei no sabía que estaba enferma porque se comportaba como las otras niñas de su edad. A los siete meses, notó que la niña no podía poner derecha la cabeza y consultó al médico, quien descubrió que la niña presentaba problemas en su desarrollo cerebral y aconsejó a Bei que comenzara un tratamiento de rehabilitación.

La niña no colaboraba y lloraba día y noche. A través del orfanato, Bei consiguió ponerse en contacto con un experto en rehabilitación temprana y aprendió

⁶⁵ La cantidad varía según la edad del niño o la niña pero, en términos generales, cuanto más pequeño es, más dinero recibe la familia, ya que la leche en polvo es relativamente más cara que otros tipos de alimentos que pueden tomar quienes tienen más edad. La cantidad también varía según el estado de salud o el tipo de discapacidad.

métodos especiales para el caso de Huahua. Después de un tiempo haciendo los ejercicios, Bei logró que la niña levantara la cabeza pero, a los tres años, su brazo derecho comenzó a tener dificultades de movimiento, debido al retraso en el desarrollo de los nervios correspondientes. Bei tuvo que buscar otros expertos en el tema para tratar a la niña. Gracias a la ayuda de un nuevo profesional, Bei aprendió a dar masajes en el brazo. Además, consiguió que Huahua colaborara con ella en los ejercicios. Bei me explicó que ahora la niña ya tiene doce años y puede caminar un poco, a pesar de su parálisis cerebral. Me dijo: “El éxito se debe a los conocimientos que me transmitieron los expertos del orfanato”.

En el acogimiento permanente, la paciencia es una cualidad imprescindible a la hora de aprender a atender a los niños y niñas con discapacidad. Uno de los métodos más eficaces consiste en enseñar a las familias las técnicas de rehabilitación mostrándolas en directo. El caso de Xian, una madre de cincuenta y ocho años, sirve para ilustrar este aspecto. Jiuwo lleva once años viviendo en la familia de Xian. Nació con una pierna más corta que la otra y Xian intentaba ayudarlo con ejercicios rehabilitadores para corregir el problema, pero no sabía cómo hacerlo. Su problema no era entender la teoría sino adquirir el conocimiento práctico. Los días en que el monitor no podía ir a su casa, Xian llevaba a Jiuwo al centro de rehabilitación y, allí, el especialista le mostraba cómo debía llevar a cabo los ejercicios. Después de un año de aprendizaje, Xian se convirtió en experta en rehabilitación y ahora puede ayudar a Jiuwo a realizar los ejercicios. Según ella, lo que más benefició su aprendizaje era ver la demostración en directo, “de otro modo no hubiera podido conseguir hacer lo que estoy haciendo ahora”.

2.3. El apoyo emocional

En el acogimiento permanente, tal vez los familiares, parientes, vecinos y amigos no podrán ayudar a padres y madres acogedores en temas técnicos o económicos, pero sí pueden prestar su apoyo moral y emocional. Los datos etnográficos muestran que las familias de acogida tienden a tejer redes sociales con los “simpatizantes”, como ilustra el caso de She. Cuando empezó a acoger, She vivía en un barrio apartado de la

zona Hongcheng pero, tras firmar el contrato de acogimiento permanente, se preocupó en buscar una vivienda en la zona. Después de negociar con varios vecinos del barrio adonde quería trasladarse, consiguió un intercambio de casas: ella adquirió una vivienda a un vecino de Hongcheng, a quien vendió la suya situada en otra zona. El trabajo de mudanza le costó mucho tiempo y energía, pero me dijo que valía la pena, ya que en su antiguo lugar de residencia la gente no entendía su interés en participar en el acogimiento familiar.

Efectivamente, lo que realmente esperan las familias acogedoras de los amigos era la comprensión. Son muy sensibles ante la actitud de la gente respecto a los niños y niñas con discapacidad a quienes cuidan. En los paseos en que yo les acompañaba por los parques, veía que las familias se mostraban muy agradecidas cuando alguien les cedía el paso al ver la silla de ruedas. Me decían: “¡Mira qué simpática es la gente!”. Cuando algún vecino les saludaba diciendo algo como “¿Qué?, ¿otra vez has sacado a la ciega a pasear?”, me solían decir: “No les hagas caso. Son gente sin educación. No saben que deben llamar a las personas por su nombre, no por el defecto físico que tienen”.

La comprensión de las amistades juega muchas veces un papel muy importante, que puede afectar incluso a la decisión misma del acogimiento. Pen solicitó el acogimiento permanente de un niño a quien había cuidado cinco años y el orfanato se lo concedió. Unos meses después, quiso solicitar también el de otra niña, a quien también había cuidado mucho tiempo. El orfanato le aconsejó que lo pensara bien, ya que era pequeña y tenía problemas de salud. Pen no sabía qué hacer y habló por teléfono con una amiga. Esta le dijo: “¡Adelante! Yo creo que puedes, si no lo solicitas ahora, el orfanato la cambiará de familia y no podrás hacer nada”. Pen se animó, pero planteó que, si algo fallaba, no podría atender a dos niños de acogimiento permanente. La amiga le respondió: “No te preocupes, ahora no tengo mucho trabajo; si te hace falta, te echaré una mano”. Cuando fui a vivir en su casa un par de semanas para hacer el trabajo de campo, me explicó con ambos niños delante: “Gracias al ánimo que me dio mi amiga ahora tengo a los dos en acogimiento permanente. Son muy buenos y no me dan mucho trabajo, así que no creo que necesite ayuda por el momento”. Pen me aseguró que, sin el

apoyo de su amiga, no hubiera podido llegar a amar a los dos niños a la vez. “¿No crees que lo que hace mi amiga es ayudarme a amar?”, me preguntó con tono de orgullo por tener una amiga “amante”.

Todas las personas implicadas en el acogimiento permanente están de acuerdo en que amar a los niños no solo es un asunto de los acogedores, pero definir de qué forma intervienen los demás es un tema que recibe muchas respuestas. Las familias consideran que amar requiere voluntad y es asunto de cada cual, ya que las personas utilizan sus propios poderes interiores para producir el amor, pero el amante necesita nutrición y una ayuda que no tiene por qué ser material. Pen me dice que sus vecinos son muy buenos porque cada vez que la ven le preguntan por los niños. “Para mí ya es suficiente. Me saludan porque reconocen mi trabajo, no pido más. Me siento útil; quizá soy un poco presumida, pero es mi sentimiento real”.

El hecho de que no necesite más que un saludo como reconocimiento demuestra la importancia del apoyo. El apoyo emocional de los amigos es tan sutil que da ánimo a las familias sin que ni ellas mismas se den cuenta. Pen me dice que se siente “a gusto” entre la gente que se muestra simpática, algo parecido a sentirse “amada”. No es que ella transmita ese amor que siente a los niños acogidos, sino que lo incorpora a su propia capacidad de amar como una energía positiva, de modo que su capacidad aumenta para producir más amor en el niño amado.

El apoyo emocional también se manifiesta en los y las profesionales cuando enseñan las técnicas de cuidado especial. Las familias me explican que, para ellas, los mejores profesionales son aquellos que “te explican cosas con corazón”, es decir, que no solo transmiten conocimientos, sino sentimientos. Si las familias aman con corazón, cuando los y las profesionales les tratan también con corazón, hay una comunicación entre corazón y corazón. En palabras de las familias, este “es el apoyo emocional que se puede recibir”.

La sensibilidad de las familias ante el apoyo emocional señala que ellas mismas son sensibles emocionalmente. Son amantes que captan todos los intentos amorosos y que son capaces de interiorizarlos para aumentar su propio poder de amar. Su capacidad de amar las mantiene en activo para absorber todo tipo de nutrición. Al almacenarlo en

el corazón, este se torna más lleno y más ancho. Así pues, transformar el apoyo emocional en su propio poder es otra vía para ensanchar su corazón.

3. “Ya es mío”: ¿amor exclusivo o reflexivo?

Según datos del orfanato, en la actualidad hay un 30% de las familias acogedoras que manifiestan su deseo de adoptar al niño o la niña que están cuidando. Me aseguran que el porcentaje va en aumento porque cada vez hay más familias de acogida que se animan a convertirse en adoptantes, y que se esperan políticas sociales favorables a dicha tendencia. Es por ello que, aunque en el contexto de mi trabajo de campo solo encontré dos familias que estaban en fase de tramitación para adoptar a los niños que tenían acogidos, considero importante exponer estos casos aquí, como uno de los destinos del acogimiento familiar. Estos dos casos son las familias Wang y Kang.

El niño acogido de la familia Wang se llama Xiaqi y tiene catorce años. Padece parálisis cerebral, apenas llega a pronunciar unas palabras, pero puede caminar sin ayuda y es bueno con los juegos electrónicos. El padre Wang tiene cincuenta y tres años y Sudi, su esposa, cincuenta. Acogieron a Xiaqi cuando era un bebé y, con mucho entusiasmo, me hablaron de su deseo de que Xiaqi se convirtiera en su hijo adoptado. A continuación, se reproducen algunos fragmentos de una de las entrevistas que les hice en su casa:

Wang: El acogimiento fue hace catorce años. Desde que nació, ha vivido con nosotros, esta es su casa y no hay otra para él.

Sudi: Es verdad. Cuando llegó tenía pocos días, ahora se ha hecho un hombre, es más alto que su padre. Nosotros tenemos una hija única de veinticuatro años y se va a casar. Nos viene fenomenal adoptar a Xiaqi, que será nuestro único hijo varón. Después de que naciera nuestra hija, siempre sentí la falta de tener un hijo varón porque me gustaría ser madre de dos hijos, un niño y una niña, pero la Ley del Hijo Único... Ahora el problema está solucionado, una hija y un hijo, ¡la familia completa!

Wang: A Xiaqi yo lo quiero mucho. Juntos hemos pasado muchos momentos alegres y tristes. Me acuerdo que, cuando tenía tres años, aún no andaba

porque no tenía fuerza en las piernas. Yo le fabriqué dos tubos de madera para mantener sus piernas rectas y además aprendí hacer masajes para fortalecer sus músculos. El niño lloraba por el dolor y yo también, pero a escondidas. Le exigía que hiciera los ejercicios de rehabilitación. En verano, sudábamos los dos y el sudor del chico se mezclaba con sus lágrimas por el dolor. Jamás me olvidaré de aquellos días. Cuando dio su primer paso, lloré de verdad. ¿Quién sino yo va a apreciar su logro de haber conseguido caminar?

Sudi: Yo quiero tener a Xiaqi siempre, porque es un niño con discapacidad y necesita cuidados especiales que solo conozco yo. La gente piensa que todos los niños con discapacidad son iguales y que, para cuidarles, solo hay que asistir a clases de formación para aprender los métodos. Pero yo no pienso así. Cada niño es diferente, incluso los que tienen discapacidad. Xiaqi no habla y, para entenderle, requiere la experiencia de haberle cuidado durante catorce años, como nosotros. Entiendo sus deseos, aunque no los exprese, y entiendo cada uno de sus movimientos y gestos. Yo creo que sufriría si lo trasladaran a otra familia, porque no lo van a entender y tendría que empezar todo desde cero. Pero se trata de un chico de catorce años y ya tiene todos sus hábitos formados. Dudo que haya familias con tanta paciencia como para esforzarse en entender a un chico mudo.

En las narraciones del matrimonio Wang, el deseo de adoptar al niño a quien han cuidado durante catorce años es claro: no hay nadie mejor que ellos para entenderlo y cuidarlo. La convivencia les ha hecho uno e inseparables. Pero su amor hacia al niño tiende a desconfiar e, incluso, excluir a los demás, es decir, tienden a amar solo a Xiaqi. Es un amor exclusivo sin tener en cuenta a los demás. Se trata de lo que el filósofo chino Gao Yang (2009) denomina un amor “de supervivencia”. Es una forma de amar, pero su corazón no se ensancha mucho porque se trata de un amor específico, encerrado en una persona concreta. No favorece el desarrollo de la capacidad de amar, cuyo fin último es trascender a la persona amante.

El segundo caso de adopción, el de la familia Kang, está aún en proceso. Kang y su marido acogieron a Diedie hace cinco años. Ahora la niña, que padece retraso mental, tiene seis años. Cuando yo me alojaba en su casa, Kang me contó que siempre había querido tener una niña, ya que sus dos hijos son varones; uno tiene veinte años y el otro, diecisiete. Kang me explicó:

Diedie es una niña cariñosa y nos gusta a todos, a mi marido, a mí y a nuestros dos hijos. En el segundo año de su acogimiento, ya quería adoptarla pero no estaba segura de si la ley nos lo permitiría, ya que he tenido dos hijos. Consulté al orfanato y me contestaron que habría que valorar el grado de discapacidad de la niña, porque la ley dice que los matrimonios con hijos biológicos pueden adoptar a niños con discapacidad, pero no especifica el tipo y el grado de la discapacidad. Diedie tiene retraso mental, pero físicamente está bien. Durante dos años, no me dijeron nada, hasta que hace unos meses me comunicaron que sí, porque al parecer las nuevas políticas sociales favorecen la adopción de niños con discapacidad.

Sin embargo, el permiso que recibieron para poder llevar a cabo la adopción llevó a nuevas reflexiones al matrimonio. Jia, el marido de Kang, me explicó:

Ahora que podemos adoptar a Diedie, empecé a pensar en serio sobre el tema, porque me preocupa el futuro de la niña. Nosotros moriremos antes, ¿quién va a cuidar de ella? La mejor solución es que forme su propia familia, pero ¿estamos seguros de poder ayudarla a encontrar un marido?

Además Kang tiene otra preocupación, de tipo económico:

No puede vivir con nosotros siempre, tiene que aprender un oficio para mantenerse. De momento, no hemos encontrado ningún colegio adecuado para ella. Me dicen en el orfanato que, cuando cumpla doce años, la podemos enviar a un centro de oficios para niños con discapacidad; allí podrá aprender algo.

Así pues, la adopción de Diedie les plantea muchos problemas. Se sienten responsable del futuro de la niña y, cuando Kang hablaba del deseo de amarla, me decía: “Claro que quiero amarla pero, si no llego a responder a todas sus necesidades, mi amor hacia ella está hueco. No se puede vivir con palabras bonitas o con ilusiones sin

fundamentos”. Al parecer, la adopción de Kang no consiste en convertir a la niña en “suya”, sino en responsabilizarse de sus necesidades, presentes y futuras. Por eso, no quieren darle un amor “hueco”, sino real, que le sirva para enfrentarse a la vida. Es un amor reflexivo que muestra la capacidad desarrollada de amar de Kang.

4. “Lo tuve que dejar”: el corazón no ensanchado

A pesar de las estrictas exigencias a la hora de la selección y evaluación en la campaña de captación, a pesar de que la mayoría de las familias se consideran preparadas para el acogimiento, lo cierto es que la ruptura sucede más frecuentemente de lo previsto. La ruptura se refiere a que la familia de acogida solicita voluntariamente la finalización del acogimiento antes de que finalice el contrato. Las causas son muy variadas, complejas y difíciles de analizar, pero, en términos generales, se pueden clasificar en causas relacionadas con el niño o niña y causas relativas a la familia.

A decir verdad, las primeras son muy comprensibles, si se toman en consideración los múltiples problemas que conllevan en el cuidado y educación de los pequeños con discapacidad. Qiu me contó su experiencia de cómo terminó el acogimiento de Geng, un niño de cinco años que padecía un retraso mental:

Había vivido en el orfanato tres años y tenía formados unos hábitos muy raros. Pero lo que no pude soportar de él era que escupía por todas partes, incluso en el suelo de la cocina mientras yo cocinaba. Cuando informé al orfanato, me dijeron que no era grave y que, con el tiempo, podría corregirlo con una educación adecuada. Durante unos meses, cada vez que escupía, le decía que no lo hiciera más. Me hacía caso en el momento pero, al día siguiente, se olvidaba y seguía escupiendo. Un día estábamos comiendo y él escupió un trozo de zanahoria en la mesa. Me dió tanto asco que llamé en seguida al orfanato para se lo llevaran. Después me arrepentí un poco y reconocí que no tenía suficiente paciencia con el niño, pero, de verdad, me resultaba tan difícil amar a un niño que escupía en la mesa...

Qiu atribuye la causa del fracaso del acogimiento a su propia falta de paciencia, una cualidad importante para amar.

A veces, el conflicto entre la hija o el hijo biológico de la familia acogedora y la niña o niño acogido también provoca ruptura en el acogimiento familiar. Kun, una madre acogedora de cuarenta y tres años, me contó su experiencia con el primer acogimiento, que había tenido lugar siete años antes:

Yo tenía treinta y seis años y nuestro hijo de nueve, en aquel momento, vivía con los abuelos porque iba a un colegio cerca de su casa. Yo me di de baja en la empresa y decidí dedicarme a cuidar niños del orfanato. En parte, mi intención era buscar una compañía para mi hijo porque mi marido y yo habíamos pensado que volviera a casa cuando comenzara el instituto. Así pues, acogí a Didi, un niño con retraso mental, de seis años. Durante los primeros dos años, todo iba muy bien... hasta que volvió mi hijo, ya con doce años y preparado para ir al instituto. Empezó el conflicto entre los dos chicos. Primero fue por la cama. Al principio, mi hijo quería dormir arriba, en la litera; dos noches después, cambió de opinión y se mudó abajo. Una semana más tarde, volvió a subir. Así pues, arriba y abajo, nos tenía mareados. Didi era un buen niño, no decía nada pero no estaba contento con la situación. A decir verdad, me gustaba más Didi que mi hijo, pero, como era mi hijo... Luego el tema de la televisión. Mi hijo siempre se ponía en el mejor sitio del sofá para verla, buscaba los canales que a él le agradaban y subía mucho el volumen, incluso cuando Didi estaba haciendo los deberes en la mesa de lado. Curiosamente, los chicos nunca se enfrentaban para discutir abiertamente, pero tampoco existía colaboración y cariño entre ellos. Me di cuenta de que mi hijo había sido muy mimado en la casa de los abuelos y era egoísta, pero al fin y al cabo era mi hijo... Por otro lado, tampoco quería que Didi se sintiera desatendido, así que hablé con el orfanato para que le buscaran otra familia. Me sabía muy mal, incluso lloré, pero pensé que Didi se merecía algo mejor. De verdad, era un niño bueno...

Kun no logró el principal objetivo de su acogimiento, que era buscar una compañía para su hijo, ya que este no respondió. Fue esta una causa de ruptura ajena a ella, con la que no contaba cuando inició su acogimiento.

La ruptura que ocurrió en la familia de Qun fue diferente. Qun es dueña de una frutería en la zona de Hongcheng, donde viven muchas familias de acogida. En una ocasión, fui a comprarle manzanas de parte de una familia en cuya vivienda me alojaba. Al saber el motivo de mi estancia, me contó que ella misma también fue madre de acogida durante tres años. Diez atrás años, cuando tenía cuarenta años, se había interesado por el acogimiento y empezó a cuidar niños y niñas del orfanato. Le gustaban los niños, pero su motivo principal era encontrar un trabajo. Con el fin de ser aceptada como familia de acogida, tuvo que pedir un préstamo para reformar la casa y cumplir las condiciones de vivienda que exigía la autoridad del orfanato. Me explicó:

A mí me encantaban los niños y no tuve ningún problema con ellos durante los tres años que los cuidé. Pero no estaba de acuerdo con las formas de trabajar de las personas del orfanato. Venían a casa como inspectores y nos trataban como a inferiores. Era gente que no tenía sentimientos, sobre todo en el momento de quitarte a los niños [se refiere a la despedida, cuando los niños eran adoptados por una familia extranjera]. Incluso con las mascotas, como perros o gatos, después de un tiempo cuidándolos, te encariñas con ellos y no quieres separarte. Pero la gente del orfanato me avisaba una semana antes de venir a quitarme el niño. Era un aviso, simplemente, y no tomaban en consideración mis sentimientos. Cuidé tres niños y me quitaron los tres. No sabes cuánto sufrí. Así pues, cuando tuve la oportunidad de montar la frutería, me di de baja enseguida del acogimiento, no quería sufrir más...

Para Qun, la experiencia del acogimiento había sido de sufrimiento y dolor; no consiguió superarlo y traducirlo en un beneficio, como lo han hecho muchas otras familias. El sufrimiento impidió el desarrollo de su capacidad de amar. En vez de amar más, se retiró; por ese motivo, su corazón no logró ensancharse.

Después de un tiempo viviendo en la casa de Bei, ella me confesó que, aunque llevaba veinte años en el sistema de acogimiento familiar, tuvo varios casos de ruptura, debido, según ella, a su incapacidad de amar:

Yo empecé en el acogimiento familiar para conseguir un trabajo, pero hubo una temporada en que mis padres vinieron a vivir con nosotros. Estaban

jubilados y se sentían solos en su casa. Pensé que, viviendo en mi casa los niños acogidos, les podrían hacer compañía. Así pues, durante aquella época, me interesaban los niños cariñosos, a los que les gustaba estar en casa y charlar con los abuelos. Pero Xiaohu, un niño acogido de siete años, no era como yo quería. Después del colegio, no le veíamos ni el pelo y, además, los profesores me informaban de su mala conducta. Hablé con el orfanato para que me cambiaran de niño, pero me contestaron que cada niño tenía su personalidad y las malas conductas hay que corregirlas mediante un buen método de educación, que para eso estábamos las familias de acogida. Aguanté unos meses más y, al ver que el niño, no mejoraba, me planté en persona delante de la directora del orfanato y le dije que no quería cuidar más a aquel niño, y así rompí el contrato.

Después de esa ruptura, Bei estuvo de baja durante un año. Reflexionó sobre lo que había ocurrido y se arrepintió:

Creo que, para cuidar, lo mejor es no pensar en nada más que en cómo cuidar bien, porque es muy difícil que el niño cumpla con tus expectativas. Si tu amor siempre está condicionado por el comportamiento del niño, no conseguirás nunca amar de verdad.

La lección que sacaba Bei de su fracaso era la importancia de la concentración, una de las cualidades imprescindibles para amar. Para ella, las condiciones que se plantean antes de amar son obstáculos para el desarrollo de la capacidad de amar y, de ese modo, jamás conseguirá amar con corazón y el corazón no se ensanchará.

Fei, una madre acogedora de cincuenta y ocho años, empezó el acogimiento con motivo de buscar compañía para ella misma porque, al jubilarse, se sentía “aburrida” y sola en casa. Sin embargo, tardó mucho en decidirse, ya que primero quiso observar cómo se portaban los niños y niñas acogidos que acudían a las clases de inglés que organizaba en su casa. Según ella, quería una compañía de verdad, es decir, un niño que la acompañase como ella deseaba. Con una condición tan exigente, no es de extrañar que fracasara enseguida:

La primera niña que acogí era una maravilla, me lo pasaba muy bien, pero, con la segunda, la situación cambió. Era una criatura callada y enfermiza.

Tenía cinco años. Estábamos juntas pero me costaba comunicar con ella, pues no decía nada, ni siquiera me llamaba mamá. Una mañana descubrí en su almohada sangre mezclada con pus, miré su oreja y estaba sangrando. La llevé al médico corriendo y este me dijo que su oído estaba infectado. El médico consiguió conversar con la niña, que le contó que llevaba varios días con dolor de oído. Pero no me había dicho nada. Me horrorizaba su comportamiento y la devolví al orfanato.

En este caso, la ruptura se produjo porque la niña no cumplía la expectativa de la madre acogedora. Fei continuó explicando:

Después de la ruptura, pensé a menudo en aquella niña. Poco a poco, empecé a sentir pena por ella, porque sé lo que siento por ella pero ¿qué era lo que ella sentía por mí? No me hablaba, quizás porque algo de mí no le gustaba. Así pues, en los acogimientos posteriores, aprendí a pensar en lo que pueden sentir los niños acogidos.

Cuando le pregunté si ahora se siente acompañada, me contestó:

Creo que sí. Pero ya no exijo a los niños que se porten de determinada manera, sino que me entrego a ellos. Es curioso, cuando tú te preocupas por los demás te sientes acompañada, no al revés. Siento que mi corazón ha empezado a crecer mientras crecen los niños bajo mi cuidado.

Al parecer, la falta de preocupación por los niños fue la causa de la ruptura. Como hemos mostrado, si no se ama, no se produce la preocupación y, en este sentido, el hecho de empezar a preocuparse por los niños muestra que Fei iba desarrollando su capacidad de amar y ensanchando por lo tanto su corazón.

Todos los casos de ruptura expuestos hasta aquí muestran la complejidad y la dificultad para llevar a cabo un acogimiento familiar con éxito. La complejidad se debe a los diferentes contextos y las variadas necesidades de cada familia de acogida. Estas necesidades eran reales y legítimas, y habían de ser atendidas; por eso, en sus narrativas, las familias no manifestaban ninguna culpabilidad, aunque sí aparecían reflexiones o arrepentimiento ante la ruptura, lo que demuestra que el acogimiento es considerado como un momento y un ámbito de aprendizaje. El amor como un aprendizaje

continuado, en todo tiempo y en todas las dimensiones de la vida, solo se logra realizar en los contextos apropiados, tanto de la persona amante como de la amada. Por eso, según muestran los datos etnográficos, la mayoría de las familias fueron capaces de aprender de los fracasos. Muestra de ello es que los casos de ruptura surgieron como episodios transitorios en el conjunto del acogimiento familiar y fueron superándose a medida que se iba desarrollando su capacidad de amar.

Capítulo IX. CONCLUSIONES: CULTURA DEL AMANTE

1. El amor es una acción
2. El amor es la verdadera emoción
3. El amor reflexivo en el corazón
4. La diferencia entre el amor materno y el paterno
5. La construcción cultural del amor materno y el paterno
6. El amor materno y el paterno en el dominio social

La experiencia acogedora de las familias de Nanchang muestra que el acogimiento familiar es una experiencia de amar. Los acogedores y acogedoras aman, no porque los niños y niñas acogidos necesiten ser amados, sino porque ellos mismos necesitan amar para desarrollar su capacidad de amar y crecer como personas. Al amar, producen amor en los niños y niñas y en sí mismos. Por eso, denomino la cultura de las familias de acogida como una cultura del amante, en el sentido de que amando se convierte al otro en amado, no al revés⁶⁶. A continuación, se resumen los aspectos más importantes que la investigación ha revelado de esta cultura del amante.

1. El amor es una acción

El amor no es una pasión como afirman algunos autores (Lindholm, 2006). En las pasiones, el ser humano es pasivo, actúa de forma impulsiva, es quien sufre la acción, no quien la realiza (Fromm, 1987: 30). Los datos etnográficos evidencian que el amor de las familias de acogida implica voluntad. Es con la propia voluntad con la que se decide amar, no por ninguna compulsión. Desde la perspectiva de las pasiones, el amor debe ser controlado o reprimido para que se desarrolle a través de los canales correctos, sin causar ningún peligro. Sin embargo, los acogedores y acogedoras de Nanchang nos demuestran que el amor no implica peligro, sino coraje: hay que amar a pesar del dolor, del sufrimiento o del fracaso. El amor no se controla, sino que se cultiva, se aprende y se practica para aumentar su capacidad.

La voluntad tiene que ver con la autoconfianza en las propias potencialidades de amar. Las familias de acogida consideran que el hombre nace dotado de la capacidad de amar y la cuestión es activarla y desarrollarla a través de la práctica diaria. La voluntad garantiza la constancia de la práctica y esta, a su vez, refuerza la voluntad.

El amor se decide, no surge. Como decisión, implica responsabilidad y responde a las necesidades de las personas amadas y de uno mismo. El amor es una acción de dar, en un mismo acto, a tres personas: “yo”, “tú” y “él”. Dar requiere conocimiento; por eso,

⁶⁶ En términos comparativos, se puede considerar que la cultura occidental actual es “una cultura del amado”, en el sentido de que, para la mayoría de la gente, el problema de amor consiste fundamentalmente en ser amado o reclamar serlo. El derecho humano, por ejemplo, es una reclamación de que la gente sea amada, al tiempo que una protección que garantiza el estado del amado.

el amor es una acción que tiene como finalidad obtener conocimientos a través de la experiencia y el aprendizaje de “ponerse en el lugar de”.

El amor es una acción de toda la vida y de toda la persona. La misma persona se convierte en el instrumento de amar. Requiere disciplina, constancia, concentración y paciencia. Amar toda la vida quiere decir practicar estas cualidades en cada uno de los momentos y los lugares de la vida cotidiana. Por eso, las familias de acogida transmiten estas cualidades con el cuidado diario a sus niñas y niños acogidos, desde su primera infancia, sin importar su discapacidad. Para las familias, las deficiencias corporales no deben impedir que los niños y niñas amen. La capacidad de amar se desarrolla a pesar de la discapacidad física. Sin embargo, puede que el desarrollo presente dificultades, que las familias toman como un desafío cuya superación las hace más fuertes, satisfechas y llenas de alegría.

La acción de amar es enseñar a amar; por eso, las familias consideran que cuidar a los niños y niñas supone enseñarles a amar y el inicio de esta enseñanza consiste en practicar estas cualidades con ellos. Los acogedores y acogidos practican la cualidad de amar en este encuentro que facilita el acogimiento familiar.

El amor es una actividad y en él no hay pasividad, pues la persona amante siempre está en estado activo de escucharse a sí misma y a las demás, atenta a las demandas incluso antes de que sean expresadas o manifestadas. Se trata de una acción interior que no produce cambios exteriores, pero la persona amante es libre, dueña de sí y dispuesta a responder.

2. El amor es la verdadera emoción

Para las familias, los sentimientos no se clasifican en “malos o buenos”, “básicos” o “adquiridos”, “positivos o negativos”, porque todas las emociones tienen su razón de ser y se desarrollan hacia una sola dirección: el amor. Consideran el amor como la única emoción verdadera; las demás son la ausencia de él. De hecho *qing*, una palabra culta que quiere decir amor, también significa emoción, lo que indica que el amor y las demás emociones son la misma cosa, solo que cada una apunta hacia un momento o etapa particular de la situación de desarrollo. El amor es, pues, la meta a la que se dirigen el

resto de las emociones, atravesando momentos y etapas pasajeras y transitorias en el desarrollo de la capacidad de amar. Es por eso que, en la experiencia de amar de las familias de acogida, detectamos “cadenas de emociones” que siempre están vinculadas al amor. Estas “cadenas” son diferentes porque se forman en contextos concretos o en base a relaciones interpersonales específicas. Las emociones “encadenadas” pueden ser “cercanas”, “lejanas” e incluso “opuestas”, pero no se habla de “malas y buenas” o “positivas y negativas”, ya que todas se pueden transformar en amor. A continuación, se resumen los tipos de “cadenas amorosas” relevantes en la investigación:

Guanai: preocupación-amor. Se trata de un amor que se encadena con la preocupación. Cuando se ama, se evidencia un estado de vigilancia serena, de preocupación activa por la situación de los demás, especialmente de los más vulnerables. Es el caso de los niños y niñas del orfanato. Cuando se enteran de su situación, las familias explicitan y exteriorizan su preocupación, una preocupación surgida del amor a los niños.

Tengai: dolor-amor. Cuando se ama a una persona, se siente el dolor que produce el sufrimiento por ella. Así nos lo han mostrado las familias de acogida ante las deficiencias físicas y enfermedades causadas por la discapacidad que padecen los niños del orfanato.

Lianai: compasión-amor. Se refiere a la tristeza causada por las pérdidas del otro. Las familias quieren amar a los niños y niñas y, por eso, se sienten tristes, porque ellos han perdido sus padres y su salud.

Jingai: respeto-amor. Es un amor hacia las personas que merecen respeto. En el caso de los acogedores y acogedoras de Nanchang, ellos aman a sus padres ancianos y su afecto es una mezcla de respeto y amor.

Enai: gratitud-amor. En el contexto de la investigación, se refiere al amor conyugal. Tener hijos (o hijas) es una creación, que no se puede hacer si falla uno de los dos miembros del matrimonio. Por eso, se sienten agradecidos uno hacia el otro y en su amor se manifiesta esa gratitud.

Otras muchas emociones tienen que ver con el amor, aunque no formen cadenas. La vergüenza, por ejemplo, es un reconocimiento de la incapacidad de amar, por el

hecho de que “el otro me ha rechazado”. Si amar implica responsabilidad, la incapacidad de amar supone no saber asumir la responsabilidad, lo que puede producir un dolor muy agudo en una cultura del amante y hacer que la persona avergonzada se esconda y renuncie a la persona amada. Este es el caso de Chai, que se dio de baja al inicio del acogimiento familiar. Así pues, la vergüenza, la responsabilidad y el amor se vinculan estrechamente. La ira también se relaciona con el amor, en el sentido de que se manifiesta cuando no se logra amar (así se sintió Zhuang cuando fracasaba en darle de comer a Xiaoxiao). Sin duda, la alegría resulta una expresión muy apropiada cuando uno ama o hace sentirse amado; en palabras de las familias acogedoras, es “una inmensa satisfacción”.

Todas estas combinaciones muestran que el amor como actitud está incrustado en todas las actividades de la vida. Las combinaciones son los resultados de su elaboración bajo contextos particulares o el nivel del desarrollo de la capacidad de amar. En este sentido, se puede decir que el nivel más bajo del desarrollo es el odio, porque no se ama, es decir, el amor está ausente.

Como la emoción verdadera que es, el amor va más allá de las emociones “positivas” y “negativas”, o, más concretamente, las aprovecha e incluye, con dosis óptimas de cada una para que produzcan amor. Para los acogedores y acogedoras de Nanchang, “positivas” y “negativas” no se traduce automáticamente en “buenas” y “malas”, sino que son como dos fuerzas que se complementan, formando un punto óptimo en que se trascienden las unas en las otras. Este punto óptimo es el amor: amando uno se trasciende a sí mismo.

3. El amor reflexivo en el corazón

El amor transforma las emociones y este trabajo de transformación necesita un instrumento, que es la razón, y un lugar, que es el corazón. La emoción, la razón y el corazón forman un trío de trabajo productivo. Las emociones sirven como materia prima y el producto es el amor. El proceso de trabajo trata de gestionar el conflicto de las emociones que, en palabras de las familias cuando se refieren a la tarea acogedora,

se definiría como “amando con el corazón”. El amor no es una reacción momentánea, no es un impulso, es la decisión de trabajar racionalmente: se ama por lo que se trabaja.

El corazón necesita amar; tal como lo expresan las familias: “el corazón que ama”. Por eso, está en constante estado activo para captar “objetos” amorosos. Racionalmente, el corazón de los acogedores y acogedoras decide amar a los niños y niñas del orfanato, ya que están en una situación de desventaja. En el acogimiento familiar, desde el primer momento, las familias entran en acción con todas sus emociones, que se vinculan con el amor en cada fase del proceso de acogimiento. Las emociones se transforman en amor gracias a la reflexión racional, es decir, con intención de amar, el corazón percibe, analiza y decide desde la razón.

La interacción entre la razón y las emociones sigue la dirección que indica el corazón. El corazón, a su vez, con la ayuda de la razón, dirige las emociones hacia un punto óptimo que es el amor. Por eso, el amor es una emoción reflexiva. El amor es una voluntad del corazón que decide amar. Por otro lado, el corazón no desprecia ninguna otra emoción, aunque sea “negativa”, la guía para que se transforme en amor con la ayuda de otras emociones.

El volumen del corazón es el parámetro de la capacidad de amar. Como las familias me indicaron, el “corazón pequeño” se refiere a las personas que aman poco; el “corazón ensanchado”, a aquellas que han amado mucho. Las personas amadas se quedan en el corazón y lo ensanchan. El corazón ensanchado cobra más capacidad de amar y ama más, y eso hace que el corazón se ensanche más, convirtiendo a la persona en “ejemplar”. Las personas ejemplares aman más a los demás y menos a sí mismas, puesto que su elevada capacidad de amar ha conseguido que se reduzca su propia necesidad de atención. De este modo, se va perdiendo el equilibrio entre los tres centros de la persona: “yo”, “tú” y “él”. El corazón tiene entonces más capacidad de incluir a los demás, liberándose de sí mismo. La persona se transforma en todo lo que no es ella y trasciende en los amados por ella.

La capacidad de ensanchar el corazón depende de la sensibilidad de captar “objetos” amorosos y de su poder reflexivo. Para el corazón que ama, todos los seres de la tierra tienen la potencialidad de ser amados, pero le interesan especialmente aquellos

más necesitados porque, cuanto más atiende, más ensancha el corazón: amar a las personas más necesitadas permite un mayor desarrollo personal. Por eso, la “captura” de objetos es un proceso de selección y la selección necesita reflexión. Las familias lo justifican diciendo que ellas “piensan cómo amar a los niños”, es decir, el amor implica actividad intelectual.

4. La diferencia entre el amor materno y el paterno

Las familias creen que el hombre y la mujer viven en lugares diferentes y esta diferencia produce consecuencias en su actitud hacia el amor. La mujer vive “dentro” de la casa, por lo que desarrolla su capacidad de amar amando a los familiares o parientes. Se conocen, hay confianza y los sentimientos son más “sinceros”, en el sentido de que hay poco margen para fingir. En cambio, el hombre se mueve “fuera” del hogar, en un mundo de “desconocidos”, lo que le proporciona la posibilidad de construir “una imagen”, “la cara”, *mianzi* en la lengua nativa. *Mianzi* es una fachada que anuncia lo que se debe hacer e intenta convencer al público de que el comportamiento del hombre coincide con su fachada. Por eso, la ventaja del hombre es no tener que esforzarse en cumplir con su imagen, pero la desventaja consiste en que se ve obligado a fingir o esconder sus sentimientos y no desarrollarlos, como lo hace la mujer.

Los padres acogedores consideran legítimo ocultar sus verdaderos sentimientos en público y fingir otra actitud. Para ellos, su amor es más “racional” que el de la mujer porque “piensan” en las consecuencias que pueden producir en los desconocidos. *Mianzi* es una condición añadida que afecta al hombre, pero no a la mujer. Sin embargo, no por ello el amor materno es “incondicional”. Las madres acogedoras demuestran que ellas también piensan a la hora de amar a los niños, aunque su forma de pensar es diferente.

El amor materno y el paterno es diferente porque el contexto sobre el que se ama es distinto. El padre no solo se preocupa por el hijo, sino también por su propia imagen y su papel ante los demás, mientras que la madre conoce más o menos las necesidades y la reacción de los familiares. Por esta razón, las familias creen que la mujer conoce a

poca gente pero su capacidad de amar es superior que la del hombre, quien, aunque conoce a más gente, en ocasiones no ama de verdad.

La diferente actitud hacia el amor materno y el paterno también afecta la expectativa y la enseñanza a niños y niñas acogidos. Las familias de acogida esperan de las niñas una personalidad adecuada para desarrollarse “dentro” de la casa, entre los “conocidos”; para los niños, en cambio, la expectativa es que sean capaces de aventurarse “fuera” del hogar”, entre los “desconocidos”. Por lo tanto se inculca a la niña el deber de ser “directa” y, al niño, el de abordar un camino “indirecto” para expresar sus sentimientos.

Ser madre y padre no consiste en que una ame más y el otro menos, sino en que cada uno ama de diferente forma. Tampoco se trata de que la madre cuide al pequeño durante la primera infancia y el padre se incorpore después, sino que ambos actúan al mismo tiempo, desde puntos diferentes, pero siempre colaborando y complementándose. En el acogimiento familiar, vemos que, desde el primer momento de vida del niño o la niña, la madre, mientras se preocupa de su cuidado corporal, le habla de la figura paterna, de modo que el padre no está ausente en la primera infancia. Cuando el niño o la niña crece, sale de la casa y sigue la guía del padre para moverse “fuera” del hogar, entre los “desconocidos”.

La enseñanza de la diferente naturaleza del amor materno y el paterno, según manifiestan las familias, afecta directamente al desarrollo saludable del niño, ya que una persona madura debe entender a la del sexo opuesto. Esto, en el contexto del matrimonio, significa que el marido debe conocer los sentimientos de la esposa y viceversa. La base de ese conocimiento se obtiene del amor de los padres. Ello implica que tanto la madre como el padre tienen su lugar definido y no se pueden sustituir uno por el otro.

5. La construcción cultural del amor materno y el paterno

La cultura china concibe que el instrumento para la transcendencia humana es la capacidad de amar. Amar quiere decir dar lo que necesita la persona amada y, por eso,

comprender la necesidad del otro resulta el conocimiento clave para amar. Las necesidades son generadas por el cuerpo y en el contexto en que se inserta dicho cuerpo.

Para la cultura china, la función de todos los cuerpos es idéntica, puesto que la estructura es la misma. Sin embargo, si el cuerpo es sentimiento, estos sentimientos varían de un cuerpo a otro, ya que la perspectiva desde la que se siente es diferente. Los diferentes sentimientos producen distintas necesidades, por lo que entender cómo siente el cuerpo desde su perspectiva particular es el inicio para poder captar sus necesidades. Las perspectivas básicas son tres: “yo”, la primera persona; “tú”, la segunda persona; y “él”, la tercera persona. En este sentido, la obtención de conocimiento para captar las necesidades del otro se traduce en aprender a ponerse en lugar de “tú” y de “él”: me pongo en tu lugar para saber lo que sientes y lo que necesitas.

Para que sea posible el aprendizaje de las tres perspectivas, la cultura china asume que es “natural” que la persona nazca, crezca, viva y envejezca en un vínculo de trío: padre, madre, hijo. Es en este recinto familiar, estable y duradero, donde uno aprende a ponerse en el lugar del otro, a conocer sus necesidades, a responderlas, en una palabra: a amar. La unión familiar es relevante en el sentido de que ofrece un contexto o escenario ambiental concreto que permite que el desarrollo de la capacidad de amar alcance su máximo significado. Sin embargo, por más importante que sea la familia, no deja de ser un medio que sirve para el fin de amar. Comprender esto es la clave para entender que, como medio, la familia se construye, destruye o reconstruye y, con ello, ser madre y padre no se reduce a un asunto biológico, tal como se ha mostrado en la presente investigación en relación a cómo se construye el rol materno y paterno en el contexto del acogimiento familiar.

En el contexto etnográfico, el amor materno y el paterno no diferencian entre “incondicional” y “condicional”, sino que sirven para la misma meta: desarrollar la capacidad de amar. Son dos de los muchos objetos amorosos concretos que sirven para aprender a amar. Las familias de acogida deciden amar a las niñas y niños acogidos como madres y padres para ampliar su capacidad de amar.

Para la cultura transcendental china, el destino del amor materno y paterno es trascender al hijo/a como persona específica y amar a todos los niños y niñas como

hijos. Se trata de un proceso de abstracción del amor materno y paterno, lo que Confucio denomina la espiritualidad: un amor universal resultante de un amor concreto que trasciende a la persona. Esta transcendencia tiene lugar en esta vida, no hay un maravilloso más allá. No se trata de abandonar el cuerpo, sino trascenderse con y en el cuerpo. Transcender el cuerpo quiere decir, en palabras de las familias, “gestionar” el conflicto de las emociones que en él residen. Así, en el proceso del acogimiento familiar, las familias atraviesan por momentos de alegría, de tristeza, de enfado o de vergüenza, y quienes consiguen vencer las dificultades construyen su rol de madre o padre de crianza, lo que indica que el amor materno y paterno no es “natural”, sino cultural, pues va más allá del límite de la biología.

6. El amor materno y paterno en el dominio social

El desarrollo de la capacidad de amar es el fin y el objetos amoroso es el medio donde se realiza el desarrollo. El amor materno y paterno son dos medios básicos para la práctica de amar, pero dicha práctica no se limita a la relación entre padres/madres e hijas/hijos biológicos. Como se ha mostrado en el acogimiento familiar de Nanchang, se considera que, en la sociedad, todos los hombres son padres, todas las mujeres son madres y todos los niños y niñas son hijos e hijas. Considerando hijos a los niños, los hombres y las mujeres los aman como tales.

De esta manera, en la familia, el hombre y la mujer desarrollan la capacidad de amar a través de amar a los hijos e hijas, y esta capacidad desarrollada les permite amar a todos los niños y niñas como hijos e hijas. Por eso, las familias prefieren ser padres y madres de crianza en el acogimiento familiar. Entienden que el recinto familiar favorece el desarrollo de amar como madre y padre, pero el amor materno y paterno no se limita a la familia, sino que se practica al mismo tiempo en el dominio social. Amar al hijo es amar a todos los niños y amar a la familia es amar a toda la sociedad. Dicho de otro modo, el amor materno y paterno no se limita a un asunto personal o biológico, sino que se construye socialmente con motivo de proporcionar un medio para servir al fin de desarrollar la capacidad de amar.

El hecho de que el amor materno y paterno se extienda al dominio social tiene que ver con la analogía estructural entre la persona, la familia y la sociedad. La persona, como hemos visto a lo largo de la investigación, tiene tres centros —“yo”, “tú” y “él”—, que pueden encarnarse en el hijo, la madre, y el padre en el ámbito familiar, mientras que, en la sociedad, las tres personas específicas son vistas como niño, hombre y mujer. Las mujeres son madres; los hombres, padres; y los niños, hijos e hijas. Cuando una mujer ama, su amor maternal es tanto para su hijo o hija como para el resto de niños y niñas de la sociedad. La estructura idéntica entre la familia y la sociedad permite que, al amar a la familia, se ame a la sociedad.

Para que el amor materno y paterno sea un fenómeno social se exige otra condición: el mantenimiento del desarrollo de la capacidad de amar como un fin, sin rebajarlo a un medio. El amor materno en sí es un medio que sirve para dicho desarrollo. Esto, en el contexto del acogimiento familiar, significa que amar a la niña o niño acogido y a uno mismo no es el fin último. Las necesidades de uno y de otro forman un solo contexto en el desarrollo de amar. No se trata de un intercambio de sentimientos, sino de amar a los tres protagonistas a la vez, tal como se muestra en la relación entre el acogedor/a, el niño o niña acogidos y el orfanato. Sin embargo, cuando las necesidades personales se valoran como un fin en sí mismo, el desarrollo de amar se bloquea, como nos demuestran los casos de ruptura del acogimiento. Solo cuando la capacidad de amar aumenta, las personas acogedoras se inclinan a entregarse más al cuidado de los niños y niñas y consiguen amar más.

Mantener la capacidad de amar como un fin sirve para unir la existencia social y la vida amorosa de la persona. Todas las actividades sociales, incluso las económicas —tan importantes en un sistema de mercado—, se consideran contextos para la práctica de amar (de ahí que el deseo de conseguir un empleo a través de la participación en el acogimiento familiar, como lo han manifestado las madres acogedoras, sea legítimo). Se puede amar obteniendo beneficios económicos. El amor y el dinero no son excluyentes, siempre y cuando el primero sea el fin y el segundo, el medio.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez, G. (2013), *Discapacidad y alternativas a la resolución de disputas*, Madrid: Cerme-Ediciones Cinca.
- Amorós, P. y Palacios, J. (2004), *Acogimiento familiar*, Madrid: Alianza.
- Anales de Nanchang* (2009), Nanchang: Fangzheng Publishing House. 南昌志, 方正出版社, 2009年
- Averill, J. R. (1982), *Anger and Aggression: An Essay on Emotion*, New York: Springer-Verlag.
- Averill, J. R. (1996a), Intellectual Emotions, en Harré, R., y Gerrod Parrott, W. (eds.), *The Emotions Social, Cultural and Biological Dimensions*, Londres: SAGE, pp. 24-38.
- Averill, J. R. (1996b), An Analysis of Psychophysiological Symbolism and its Influence on Theories of Emotion, en Harré, R., y Gerrod Parrott, W. (eds.), *The Emotions Social, Cultural and Biological Dimensions*, Londres, SAGE, pp. 204-228.
- Baltes, P. B. (1997), On the incomplete architecture of human ontogeny. *American Psychologist*, 52 (4), 366-380.
- Bao, Y. (2002), Investigación sobre el mecanismo eficaz a largo plazo de las redes del apoyo social en el acogimiento familiar, *Informe sobre el cuidado infantil y el acogimiento familiar en 2002*, Buró de Asuntos Civiles de Shanghai. 包永娟 (2002). 寄养家庭社会支持网络长效性工作机制探讨, “2002年孤残儿童照料与家庭寄养研讨会论文集” 上海市民政局。
- Benedict, R. (1934), Anthropology and the Abnormal, *J. Gen., Psychol*, 10, 59-82, Citado en Bateson, 1993: 57.
- Benedict, R. ([1946] 2003), *El crisantemo y la espada*, Madrid: Alianza Editorial.
- Bian, J. y J. Zhou (2014), La vida laboral de las mujeres chinas de la nueva China, *Los ancianos, los niños y las mujeres*. Beijing: World Knowledge Publishing House.
- 边静 (2014), “中国同龄女性的职业生涯与家庭生活经历”, <老人, 孩子, 女性>, 世界知识出版社, 2014

- Boas, F. (1992), *La mentalidad del hombre primitivo*, Buenos Aires: Ed. Almagesto.
- Boycle, J. S. (2003), Estilos de etnografía, en Morse J. M., *Asuntos críticos en los métodos de investigación cualitativa*, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Bourdieu, P. (1977), *Outline of the Theory of Practice*, New York: Cambridge University Press.
- Brewer, J. y A. Hunter (1989), *Multimethod research: A synthesis of styles*, Newbury Park. CA: SAGE.
- Briggs, J. (1987), In Search of Emotional Meaning, *Ethos*, 15, 6-15
- Briggs, L. y D. Marre (2009), *International Adoption: Global Inequalities and the Circulation of Children*, New York: New York University Press.
- Bronfenbrenner, U. (1987), *La ecología del desarrollo humano*, Barcelona: Paidós.
- Buber, M. (1997), *Diálogo*, Barcelona: Riopiedras.
- Calatayud, M. P. (2009), *Las relaciones de amor a lo largo del ciclo vital: cambios generacionales*, Tesis doctoral editada por la Universidad de Valencia.
- Cicchetti, D. y K. Sclafani-Rosen. (1985), Relationship between affect and cognition in atypical infants, en Izard C- E.; Kagan, J., y Zajonc, R. B (eds.), *Emotion, Cognition, and Behavior*, New York, Cambridge University Press, pp 366-406.
- Chodorow, N. J. (2003), *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*, Buenos Aires: Paidós.
- Creswell, J. (2008), *Mixed Methods Research: State of the Art*. [Power Point Presentation].University of Michigan. Recuperado de sitemaker. umich.edu/creswell.workshop/files/creswell_lecture_slides.ppt
- Cui, L. y Zh. Yang (2002), La función del acogimiento familiar en la socialización de los niños huérfanos, *Ciencias psicológicas*, vol. 1 崔丽娟, 杨志勇 (2002). 家庭寄养对孤儿社会成长作用的研究, (心理科学) 第 1 期
- Cui, L. y M. Wu (2002), La influencia de las características de las familias de acogida en la satisfacción de los niños acogidos, *Ciencias de Psicología*, vol. 4. 崔丽娟, 吴明证 (2002), 寄养家庭属性对寄养儿童生活满意程度的影响研究, 心理科学, 第 4 期

- Chen, J. (2009), Investigación sobre el nido vacío de la gente mayor urbana, *Ciencias Sociales*, vol. 11. 陈建兰 (2009). 城市空巢老人生活状况的调查与分析. 社会科学辑刊. 2009 年第 11 刊
- Chen, S. y Sh. Liu (2013), Investigación de la educación de la primera generación de los hijos únicos, *Education Sciences*, vol. 2. 陈森, 刘爽 (2013), 第一代独生子女教育观研究, 教育科学文摘, 2013 年第 2 期。
- Cheng, W. (2013), *La gente de Nanchang*, Nanjing University Press. 程维(2013), 南昌人, 南京大学出版社
- D'Andrade, R. (1981), The cultural part of cognition, *Cognition Science*, 5, 179-195.
- D'Andrade, R. (1992), Shames and motivation, en D'Andrade, R. y Strauss, C., *Human motives and cultural models*, Cambridge, CUP, pp. 23-44.
- Damasio, A. (2006), *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, Barcelona: Crítica.
- Damasio, A. (2010), *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?*, Barcelona: Destino.
- Darwin, Ch. ([1872] 1965), *The expression of the Emotion in man and animals*, Chicago: University of Chicago Press.
- Datta, L. (1994), Paradigm Wars: A basis for Peaceful Coexistence and Beyond. In C. S. Reichardt & S. F. Raillis (eds.), *The Qualitative-Quantitative Debate: New Perspectives*, San Francisco: Joeey-Bass.
- Dawson, R. (1970), *El camaleón chino*, Madrid: Alianza Editorial
- Descartes, R. ([1649] 2006), *Las pasiones del alma*, Madrid: Tecnos
- Di Silvestre, C. (s.f.), *Metodología cuantitativa versus metodología cualitativa y los diseños de investigación mixtos: conceptos fundamentales*. Argentina: ANACEM. Recuperado de <http://173.255.237.28/anacem.cl/public/wordpress/wp-content/uploads/2009/03/metodologiacuantitativa-versus-cualitativa.pdf>

- Doi, Takeo (1981), *The Anatomy of Dependence: The Key Analysis of Japanese Behavior* (English trans. John Bester, 2nd editions), Tokyo: Kodansha International.
- Domino, G.; D. Alfonso & Slobin, M. (1987), Community Psychology in the People's Republic of China, *Psychology*, vol. 30, 1-11.
- Du, Zh. (2011), *Familia y sociedad china*, Anhui: Asociación de libros de Huang Shan
杜正胜 (2011). 中国式家庭与社会. 黄山书社, 2011
- Vogel. E. F. y I. Eibl-Eibesfeldt (1993), *Biología del comportamiento humano, Manual de etología humana*, Madrid: Alianza.
- Ekman, P. (1979), About brow: emotional and conversational signals, en Von Cranack, M., Foppa, K; Lapienis, W., y Ploog, D. (eds.), *Human ethnology: claims and limits of a new discipline*, Cambridge: CUP, pp. 169-202.
- Ekman, P. (1980), *The Face of Man. Expressions of Universal Emotion in a New Guinea Village*, Nueva York: Garland STPM Press.
- Ekman, P. (1992), "An argument for basic emotions", *Cognition and emotion*, VI, 169-200.
- Elster, J. (2002), *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*, Barcelona: Paidós/El Roure.
- Elster, J. (2010), *La explicación del comportamiento. Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales*, Barcelona: Gedisa.
- Eibi-Eibesfeldt, I. (1993), *Biología del comportamiento humano, Manual de etología humana*, Madrid: Alianza.
- Elias, N. (1982), *La sociedad cortesana*, México: FCE.
- Elias, N ([1898] 2009), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México: FCE.
- Feng L., J. Su y H. Mu (2001), Análisis del cuidado infantil, *Foro de Asuntos Civiles*, vol. 3. 冯立伟, 苏建平, 穆怀兰 (2001), 解析儿童照料模式, 民政论坛, 第 3 期
- Feng, L. (2002), Cómo mejorar el acogimiento familiar, *Bienestar social*, vol. 1. 冯立伟 (2002). 家庭寄养如何做到高起步. 社会福利, 2002 (1)

- Feng, X. (2014), Tener al segundo hijo: Análisis sobre el deseo y los elementos relacionados de la procreación, en *¿Quieres tener al segundo hijo? Fertility Desire, Fertility Behavior and Fertility Level*, Beijing: Social Sciences Academic Press. 风笑天 (2014), “生育二胎: 双独夫妇的意愿及相关因素分析”, <二胎, 你会生吗? 生育意愿、生育行为和生育水平关系研究> 社会科学文献出版社
- Fericgla, J. M. (1989), El sistema dinámico de la cultura y los diversos estados de la mente humana: bases para un irracionalismo sistémico, *Cuadernos A de Antropología*, n. 9, Barcelona: Anthropos.
- Fericgla, J. M. (2000), *Los chamanismos a revisión*, Barcelona: Kairós.
- Fericgla, J. M. (2008), *Antropología del cuerpo y modernidades*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fericgla, J. M. (2010), Cultura y emociones. Manifiesto por una antropología de las emociones, *www.etnopsico.org* 21/07/2010.
- Fernandez Poncela, A. M. (2011), Antropología de las emociones y teoría de los sentimientos, *Revista Versión Nueva Epoca*, 26.
- Filliozat, I. (2007), *EL corazón tiene sus razones. Conocer el lenguaje de la emociones*, Barcelona: Urano.
- Fonseca, C. I. (2004), The Circulation of children in Brazilian working-class neighborhood: a local practice in a globalized world, en F. Bowie (org), *Cross-cultural approaches to adoption*, London: Routledge, pp. 165-181.
- Foucault, M. (1988), Technologies of the Self, en Martín, L. H., Gutman, H., y Hutton, P. H. (eds.), *Technologies of the self: A seminar with Michel Foucault*, London: Tavistock.
- Freedman, M (1958), *Lineage Organization in Southeast China*, London: The Athlone Press.
- Freedman, M (1966), *Lineage and Society: Fukien and Kuantung*. London: The Athlone Press.
- Freedman, M (1970), Ritual Aspects of Chinese Kinship and Marriage, en Freedman ed. *Family and Kinship in Chinese Society*, Stanford: Stanford University Press.

- Frijda, N.H. (1986), *The Emotions: Studies in Emotion and Social Interactions*, París: MSH.
- Fromm, E. ([1956] 2007), *El arte de amar*, Barcelona: Paidós.
- Funkenstein, D. (1995), The Physiology of Fear and Anger, *Scientific American* 192, 74-80.
- Geertz, C. (1965), *Person, Time and Conduct in Bali: An Essay in Cultural Analysis*, New Haven, CT: Yale Southeast Asia Studies.
- Geertz, C. (1995), *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa.
- Gilligan C. (1982), *In a different voice: psychological theory and women's, development*, Cambridge, Massachusetts: Harvard Univ. Press.
- Greenhalgh, S. (2008), *Just One Child: Science and Policy in Deng's China*. London: California University Press.
- Greenberg, L.S. y Paivio, S.C. (2007), *Trabajar con las emociones en psicoterapia*, Barcelona: Paidós.
- Gu, H. (2003), La modalidad de cuidado a los niños y niñas con discapacidad, *Bienestar social*, vol. 10. 顾惠娟 (2003). 孤残儿童养育模式之思考. 社会福利, 2003 (10)
- Guo, B. (2001), Tipos de acogimiento: el acogimiento familiar del orfanato de Beijing, *Forum de políticas sociales*, vol. 2. 郭璧成 (2001). 孤残儿童养育方式浅谈: 北京市儿童社会福利院开展家庭寄养的探索与启示, 民政论坛, 2001 (2)
- Guo J. P. (2008), *The Sociology of Emotion*, Shanghai: Librería Sanlian. 郭景萍 (2008), 情感社会学, 上海三联书店
- Heelas, P. (1986), Emotion Talk across Cultures, en Harré, R., & Gerrod Parrott, W. (eds.), *The Emotions Social, Cultural and Biological Dimensions*, London: SAGE, pp. 171-200.
- Hernández, R.; Fernández, C. y Baptista P. (2003), *Metodología de la investigación* (3ª ed), México: Editorial Mc Graw-Hill.
- Ho, Y.F. (1982), Asian Concepts in Behavioral Science, *Psychology*, vol. 25, 228-235.
- Ho, Y.F. (1974), On the Concept of Face, *American Anthropology*, vol. 81, 867-884.

- Hochschild, A. R. (1979), Emotion work, feeling rules, and social structure, *American Journal of Sociology*, vol. 85, 551-575.
- Hochschild, A. R. (1983), *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*, Berkeley: University of California Press.
- Howe, K. R. (1988), Against the Quantitative-qualitative incompatibility thesis or dogmas die hard, *Educational Researcher*, 17, 10-16.
- House, E. R. (1994), Integrating the Quantitative and Qualitative, en Reichardt, C. S. & Rallis, S. F. (eds.), *The Quantitative-Qualitative Debat, New Perspectives*, San Francisco: Jossey-Bass, pp. 13-22.
- Huang, B. H. (2005), *Chinese Birds in American Nests*, Hefei: Hefei University Press.
- Héritier, F & M. Xanthakou, (2004), *Corps et Afects*, Editions Odile Jacob.
- Hume, D. (1978), *A Treatise of Human Nature*, Oxford: Oxford University Press.
- Husserl, E. (1982), *La idea de la fenomenología, cinco lecciones*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Ingold. T. (1989), *The Perception of the Environment: Essays on linelihood, dwelling and skill*, London: Routledge.
- Ingold. T. (1991), Becoming Persons: Consciousness and Sociality in Human Evolution, *Culture Dynamic*, 4, 355-378.
- Irvine, J. (1990), Registering Affect: Heteroglossia in the Linguistic Expression of Emotion, en Lutz, C. and Abu-Lughod, L. (eds.), *Language and the Politics of the Emotion*, Cambridge: Cambridge University Press,
- Izard, C. (1977), *Human Emotion*, Nueva York: Plenum Press.
- Izard, C. (1980), Cross-Cultural Perspectives on Emotion and Emotion Communication, en Triandis, H. (ed.), *Handbook of Cross-Cultural Psychology*, Allyn & Bacon, pp. 185-221.
- Izard, C. (1984), Emotion-cognition relationship and human development, en Izard, C. E; Kagan, J., y Zajonc, R. B (eds.), *Emotions, cognition, and behavior*, Nueva York: Cambridge University Press, pp. 17-37.

- James, W. (1997), The name of fear: memory, history and ethnography of feeling among Urdukrefugees, *Journal of the Roy. Antrop. Inst.*, 3, 1, 115-131.
- Johnson, K. A. (2004), *Wanting a Daughter, Needing a Son*, St. Paul Minnesota: Yeond & Yeong Book Company.
- Johnson, B. y A. Onwuegbuzie (2004, October), Mixed Methods Research: A Research Paradigm Whose Time Has Come, *Educational Researcher*, 33(7), 14-26.
- Kant, E. ([1798]1980), *El poder de las facultades afectivas*, Buenos Aires: Aguilar.
- Kemper, T. (1978), *A Social Interactional Theory of Emotion*, New York: John Wiley.
- Kemper, T. (1987), How Many Emotions Are There? Wedding the Social and the Autonomic Components, *American Journal of Sociology*, 93, 263-289.
- Klein, M. y J. Riviere (1953), *Love, hate and reparation*, Londres: Hogarth Press.
- Kleinman, A. (1995), *Suffering as Social Experience en Writing at the Margin*, Berkeley: University of California Press.
- Lakoff, G. y Z. Kovecses (1987), The cognitive Model of Anger Inherent in American English, en Holland, D. & Quinn, N. (eds), *Culture Models in Language and Thought*. Cambridge University Press, pp. 195-221
- Lave, J. (1988), *Cognition in Practice*, Cambridge: CUP
- Le Breton, D. (1999), *Las pasiones ordinarias, Antropología de las emociones*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2010), *Rostros, Ensayo de antropología*, Buenos Aires: Letra Viva.
- Le Breton, D. (2012), Por una antropología de las emociones, *Revista Latinoamericana de Estudios sobre cuerpos, emociones y sociedades – RELACE*. n° 10, año 4. Diciembre 2012 – marzo de 2013 Córdoba, pp. 69-79.
<http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/208>.
- Levy, R. (1984), Emotion, Knowing, and Culture, en Shweder, Richard and LeVine, Robert (eds.), *Culture Theory: Essays on Mind, Self and Emotion*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 214-237.
- Li, H. y Sh. Li (2009), Cultura y deporte de los niños con discapacidad, en *La evolución de la rehabilitación de los niños con discapacidad durante los últimos 60 años*,

- Anhui: Ciencia y tecnología Press. 李海华, 李树春 (2009). 残疾儿童的文体事业. 中国
 残疾儿童康复事业发展 60 年. 安徽科学技术出版社, 2009
- Li, H. (2004), *La sociedad china de las entidades estatales*, Editorial de Pueblo de
 Shanghai. 李汉林 (2004). 中国单位社会. 上海人民出版社.
- Li, J. (2011), La igualdad en educación de los niños con discapacidad de las ciudades
 Dongyin y Guangzhou, en *The Survey and Research on the Status and Needs for
 the Children with Disabilities in China*. Beijing: Huaxia Publishing House. 李娟
 (2011). “广州与东营两市残疾儿童调查折射残疾儿童教育公平问题及解决办法思考”, <中
 国残疾儿童现状与需求调查研究>, 华夏出版社
- Li, K. (2004), ¿Qué distancia hay entre el nido vacío y el nido de amor?, en *People's
 Tribune*, vol. 10. 李克 (2004). 空巢离爱巢有多远, 人民论坛, 2004 年第 10 期
- Liang, Y. (2007), *Investigación sobre el apoyo moral de la gente mayor en las zonas
 rurales*, La tesis de la universidad de Shandong, 2007. 梁艳 (2007), 农村空巢家庭
 老人精神赡养状况探析. 山东大学硕士学位论文
- Lin, G. (2009), *El Estado, el hijo único y la infancia*, Beijing: Xinhua press. 林光江
 (2009). 国家, 独生子女, 儿童观, 新华出版社
- Lin, Sh. (2003), Dar una familia cariñosa al niño: una mirada a los servicios sociales del
 acogimiento familiar de Hongkong, *Bienestar social*, vol. 10. 林少璵 (2003). 给孩
 子一个温暖的家: 香港寄养服务概况. 社会福利, 2003 (10)
- Lin, Y. (1989), *Jin Yi: Estudio sociológico sobre el sistema del clan chino*, Beijing:
 Editorial SanLiang. 林耀华 (1989), 金翼-中国国家族制度的社会学研究. 生活读书新知三
 联书店.
- Lin, Y. (1935), *My Country and My People*, New York: John Day Press.
- Lindholm, C. (1980), *Generosity and Jealousy: The Swat Pukhtun of Northern Pakistan*,
 New York: Columbia University Press.
- Lindholm, C. y W. Geoffrey (1986), The Anthropology of Emotions, *Annual Review of
 Anthropology*, 15, 405-436.
- Lindholm, C. (1988), The Social Structure of Emotional Constraint: The Court of Louis
 XIV and the Pukhtun of Northern Pakistan, *Ethos* 16, 227-246.

- Lindholm, C. (1990), *Charisma*, Oxford: Blakwell.
- Lindholm, C. (1989), Love and Structure, en Featherstone, Michael (ed.), *Love and Eroticism*, London: Sage, pp. 243-263.
- Lindholm, C. (2005), An Anthropology of Emotion, en Casey, C. & Edgerton, R. B. (eds.), *A Companion to Psychological Anthropology*, MA: Blackwell Publishing Ltd., pp. 30-44.
- Liu, J.J. (2000), *La China de entidades: el individuo, la organización y el Estado en la reconstrucción de ajuste social*, Tianjing: Editorial del Pueblo. 刘建军 (2000). 单位中国: 社会调控体系重构中的个人、组织与国家, 天津人民出版社
- Liu, Ch. y M. Liu (2011), Situación de los niños con discapacidad de 7-18 años en las ciudades de Dongjying y Guangzhou, en *The Survey and Research on the Status and Needs for the Children with Disabilities in China*. Beijing: Huaxia Publishing House. 刘闯, 刘民 (2011). “广州东营两市 7 至 18 岁残疾儿童生长发育状况调查”, <中国残疾儿童现状与需求调查研究>. 华夏出版社
- Liu, X.T. (2010), *State Responsibility and Children Welfare*, Beijing; China's Social Press. 刘继同 (2010). 国家责任与儿童福利, 中国社会科学出版社
- Liu, Y. (2009), *No model for china's future*, Beijing: People Daily Press. 刘仰 (2009), 中国没有榜样. 北京人民日报出版社
- Liu, Y. y Q. Wu (2012). Investigación sobre la relación entre la gente mayor del nido vacío y la capital social y familiar en la transición económica, Beijing: *Social Study*, vol. 12. 刘艺、吴奇 (2012). 超经济转型期家庭社会资本与空巢老人养老问题研究. 社会研究.
- Lu, F. y X. Xu (2009), La educación especial de los niños y niñas con discapacidad, en *La evolución de la rehabilitación de los niños con discapacidad durante los últimos 60 años*, Anhui: Ciencia y Tecnología Press. 吕复莉, 许晓燕 (2009), 残疾儿童的特殊教育. 中国残疾儿童康复事业发展 60 年. 安徽科学技术出版社
- Lu, R., F. Zeng y D. Gu (2002), El trabajo social del acogimiento familiar, *Colección de informes del congreso sobre el cuidado infantil y acogimiento familiar*, Buró de

- Asuntos Civiles, Shanghai. 鲁容芳,曾凡林,顾东辉 (2002), “孤残儿童家庭寄养的社会工作” “2002年孤残儿童照料与家庭寄养”研讨会论文集,上海市民政局
- Lu, Sh. (2005), *Introduction to the Chinese Children Policies*, Social Sciences Academic Press (China). 陆士桢. 中国儿童政策概论, 社会科学文献出版社, 2005
- Lu, Y. (2002), Investigación sobre los criterios médicos en el acogimiento familiar, en *Colección de informes del congreso sobre el cuidado infantil y acogimiento familiar*, Buró de Asuntos Civiles, Shanghai. 卢亦鲁 (2002), 家庭寄养中医学标准的探索, “2002年孤残儿童照料与家庭寄养”研讨会论文集, 上海市民政局
- Luna Zamora, R. (2002), La naturaleza de las emociones desde la perspectiva sociológica, en del Palacio Montiel, Celia (coord.), *Cultura, Comunicación y Política*, Guadalajara: UdG.
- Luna Zamora, R. (2007), Emociones y subjetividades: Continuidades y discontinuidades en los modelos culturales, en Luna Zamora, Rogelio y Scribano, Adrian (comps.), *Contigo aprendí. Estudios sociales sobre las emociones*, Cordoba: CONICET/UdG.
- Lutz, C. (1988), *Unnatural Emotions: Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and Challenge to Western Theory*, Chicago: University of Chicago Press.
- Lutz, C. y A. Lila (1990), *Language and the Politics of Emotion*, Cambridge University Press.
- Maritza, G. (2005), La nueva cultura de la discapacidad y los modelos de rehabilitación, *Revista Aquichan*, Columbia, 5, 108-111.
- Markus, H y S. Kitayama (1991), Cultural and Self: implications for Cognition, emotion, and Motivation, en *Psychological Review*, 98 (2), 224-253.
- Man, X. y Y. Li (2012), El rol y la función del trabajador social en el acogimiento familiar de EEUU, *Journal of politic of joven*, vol. 6. 满小欧, 李月娥 (2012). 论美国儿童寄养体系中社工的角色与职能.中国青年政治学院报, (6)
- Maslow, A.H. (1954), *Motivation and personality*, New York: Harper & Row.
- Mead, M. ([1935]1982), *Sexo y temperamento*, Barcelona: Paidós
- Mead, M. (1930]1985), *Educación y cultura en Nueva Guinea*, Barcelona: Paidós.

- Mencio. ([221 a. c.]1970), *Mencius*, Nueva York: Penguin Book.
- Mook, D. G. (1986), *Motivation: The Organization of Action*, New York: Norton.
- Moore, C.C.; Romney, A.K. & Hsia, T.L. (1999). The universality of the Semantic Structure of emotion Terms: Methods for the Study of Inter and intra-Cultural Variability, *American Anthropologist*, 10 (3), 529-546.
- Morbasch, H. & Tyler, W.J. (1986), A Japanese emotion: amea, en Harré, R., y Gerrod Parrott, W. (eds.), *The Emotions Social, Cultural and Biological Dimensions*, Londres: SAGE.
- Morgan, D. (1997), Practical strategies for combining qualitative and quantitative method: applications to health research. *Qualitative Health Research*, vol. 8.
- Mu, G. (2002), El problema del sostenimiento de la vejez en el proceso del nido vacío, *Demográfico del Sur*, vol. 1. 穆光宗 (2002). 家庭空巢化过程中的养老问题. 南方人口. 2002 (1)
- Muñoz Polit, M. (2006), Las necesidades desde el punto de vista de la psicología gestalt, *Psicología Humanista*, vol. 2, México: IHPG.
- Myers, F.R. (1979), Emotions and the Self: a Theory of personhood and Political order among Pintupi Aborigines, *Ethos*, nº 7.
- Nietzsche, F. (2006), *La genealogía de la moral*, Madrid: Alianza.
- Onwuegbuzie A.J. y N.L. Leech (2006, septiembre), Linking Research Questions to Mixed Methods Data Analysis Procedures. *Qual. Report*; 11(3), 474-498.
- Ortony, A. y T.J. Turner (1990), What's basic about basic emotions? *Psychological Review*, 97 (3).
- Osgood, Ch. E.; Mary, W.H. & Miron, M.S. (1975), *Cross Cultural Universals of Affective Meanings*, Urbana: University of Illinois Press.
- Palacios, A. (2008), *El modelo social de discapacidad: origen, caracterización y plasmación en la Convención Internacional sobre los derechos de las personas con discapacidad*, Madrid: Cerme-Ediciones Cinca.
- Parsons, T. (1961), *The Structure of social action*, New York: Free Press.

- Patton, M. Q. (1990), *Qualitative evaluation and research methods* (2nd ed), Newbury Park, CA: SAGE.
- Peck, M.S. (1978), *The road less traveled: A new psychology of love, traditional values and spiritual growth*, New York: Simon & Shuster.
- Peixoto, C. (1995), Les Modes d'appellation dans les lieux publics. Une comparaison entre la France et le Bresil, *Ethnology francais*, 4, 559-568.
- Peng, D. (2001), *Psicología Popular*, Beijing: Beijing Normal University Press. 彭聃龄 (2001), 普通心理学, 北京师范大学出版社
- Pereira, Z. (2010), Mixed Method Designs in Education Research: a Particular Experience, *Revista Electrónica Educare*, XV (1), 15-29.
- Plutchik, R. (2002), *Emotion and life, Perspective from psychology-biology and Evolution*, Washington, DC: American Psychological Association.
- Plutchinik, R. (1982), A Psychoevolutionary Theory of the Emotions, *Social Science Information*, 21, 65-79.
- Qin, Q. (2012), Las modalidades del acogimiento familiar: el acogimiento de Guangdong, *Journal of Wuhan University (Ciencias sociales)*, vol. 6. 秦琴 (2012). 孤残儿童的家庭寄养模式研究: 以广东省中山市为例. 武汉理工大学学报 (社会科学版) (6)
- Quintas, A.L. (1994), *El amor humano, su sentido y su alcance*, Madrid: Edibesa.
- Ramirez Goicoechea, E. (1991), *De jóvenes y sus identidades, Socio Antropología de la Etnicidad en Euskadi*, Madrid: CIS/ S. XXI.
- Ramirez Goicoechea, E. (1998), Basic Sociality and Otherness. Building Blocks for a New Paradigm in the Social Sciences, *XIVth World Congress of Sociology*, Montreal, Canada.
- Ramírez Goicoechea, E. (2001), "Antropología compleja" de las emociones humanas, *ISEGORÍA*, 25, 177-200.
- Redding, S. G. y M. Ng (1982), The Role of Face in Organizational Perceptions of Chinese Managers, *Organization Studies*, 33, 201-219.
- Reik, T. (1944), *A psychologist looks at love*, New York: Farrar & Rinehart.

- Reichardt, C.S. & Raillis, S.F. (1994), Qualitative and Quantitative Inquiries are not incompatible: A call for new partnership, en Reichardt, C. S. & Rallis, S. F. (eds.), *The Qualitative-quantitative Debate: New Perspectives*, San Francisco: Jossey-Bass, pp 85-92.
- Rocco, T.; Bliss, L.; Gallagher, S. & Pérez-Prado, A. (2003, Spring), Taking the Next Step: Mixed Methods Research in Organizational Systems, *Information Technology, Learning, and Performance Journal*, 21(1), 19-29.
- Rosaldo, M. (1980), *Knowledge and Passion: Ilongot Notion of Self an Social Life*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosaldo, M. (1983), The Shame of Headhunters and the Autonomy of Self, *Ethos*, 11 (3), 135-151.
- Rosaldo, M. (1984), Toward and anthropology of self and feeling, en Shweder, R. & LeVine, R. (eds.), *Culture theory: essays on mind, self and emotion*, Cambridge: CUP, pp. 137-157.
- Rosaldo, R. (1983), Grief and a Headhunter's Rage: On the Cultural Force of Emotions", en Bruner, Edward, M. (ed.), *Text, Play and Story: The Construction and Reconstruction of Self and Society*, Washington D.C.: American Ethnological Society
- Ruiz, C. (2008), El enfoque multimétodo en la investigación social y educativa: una mirada desde el paradigma de la complejidad, *Revista de Filosofía y Sociopolítica de la Educación*, 8, (4).
- Sartre, J. P. (2005), *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Madrid: Alianza.
- Schachter, S. y J. Singer (1962), Cognitive, Social and Psychological Determinants of Emotional States, *Psychological Review*, 69, 379-399.
- Schneider, D. (1980), *American Kinship: a Cultural Account*, Chicago-London: University of Chicago Press.
- Schieffelin, E. L. (1983), Anger and Shame in the Tropical Forest: On Affect as a Cultural System in Papua New Guinea, *Ethos*, 11, 181-191.

- Schwarz, J.; Shaver, P.; Kirson, D. & O'Connor, C. (1987), Emotion knowledge: further exploration of a prototype, *Journal of Personality and Social Behavior*, 52.
- Shang, X. (2001a), Nuevo conocimiento sobre el bienestar social y protección social, *Ciencias Sociales*, vol. 3. 尚晓援 (2001a), 社会福利与社会保障再认识, 中国社会科学, 第3期
- Shang, X (2001b), Del bienestar estatal a la diversidad de bienestar social: los casos de Nanjing y Lanzhou, *Journal of Qinghua University*, vol. 4. 尚晓援 (2001b). 从国家福利到多元福利: 南京市和兰州市社会服务的案例研究, 清华大学学报, 第4期
- Shang, X., X. Wu y T. Wang (2004), De la tradición a la modernidad: la selección en la protección de la infancia en Datong, *Estudios sobre la juventud*, vol. 7. 尚晓援, 伍晓明, 万婷婷 (2004). 从传统到现在: 从大同经验看中国残孤儿童福利制度的选择. 青年研究, (7)
- Shang, X., X. Wu y Y. Yang (2004), La evolución de la protección de la infancia en Nanchang, en *Estudios sobre la juventud*, vol. 4. 尚晓援, 伍晓明, 杨洋 (2004). 南昌市儿童保护制度的演变, 青年研究, 2004 (4)
- Shweder, R. (1991), *Thinking Through Cultures: Expeditions in Cultural Psychology*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Sheng, Y. F. (2013), *Individualización de la familia: el individuo, la familia y el Estado*, Sanliang Press. 沈奕斐 (2013). 个体家庭 ifamily: 中国城市现代化进程中的个体、家庭与国家. 上海三联书店
- Simth, A. H. (1894), *China Characteristic*, New York: Fleming H. Revel Company.
- Singer, I. (1973), *The Nature of love*, Chicago: University of Chicago Press.
- Smith, A. (1982 [1759]), *The Theory of Moral Sentiments*, Indianapolis, IN: Liberty Classics.
- Solomon, R. C. (1984), Getting Angry. The Jamesian Theory of Emotion in Anthropology, en Shweder, R., y LeVine (eds.), *Culture Theory. Essays on Mind, Self, and Emotion*, Cambridge: CUP, pp. 238-254.
- Solomon, R. C. (2007), *Ética emocional*, Barcelona: Paidós.

- Stanford, C. (2000), Chinese Patriline and Cycles of Yang and Laiwang, en Carsten, Janet (ed.), *Culture of Relatedness: New Approaches to the Study of kinship*, Cambridge University Press.
- Sternberg, R.J. (1989), *El triángulo del amor. Intimidad, pasión y compromiso*, Barcelona: Paidós.
- Sternberg, R.J. (2000), *La experiencia del amor. La evolución de la relación amorosa a lo largo del tiempo*, Barcelona: Paidós.
- Stover, L. E. (1974), *The Cultural Ecology of Chinese Civilization*, New York: Mentor.
- Surallés, A. (1999), Entre el pensar y el sentir, La antropología frente a las emociones, *Antropología*, 16, 291-304.
- Surallés, A. (2009), *En el corazón del sentido*, IWGIA & IFEA.
- Sun, Ch., Y. Hou y X. Ma (2014), El deseo de fertilidad de la población de Beijing, en *¿Quieres tener al segundo hijo? Fertility Desire, Fertility Behavior and Fertility Level*, Beijing: Social Sciences Academic Press. 孙超, 侯亚非, 马小红 (2014), “北京市生育意愿比较与追踪研究”, <二胎, 你会生吗? 生育意愿、生育行为和生育水平关系研究>, 社会科学
- Tang, Zh. Y F. Li (2009), Necesidades de salud y factores de influencia de los ancianos urbanos del nido vacío, *Education of Health*, vol. 10. 唐政, 李枫 (2009), 城市社区空巢老人健康需求及影响因素, 中国健康教育, 2009年第10期。
- Tashakkori, A. & Teddlie, C. (2010), Overview of contemporary issues in mixed methods research, en Tashakkori, A. & Teddlie, C. (eds.), *Handbook of mixed methods in social and behavioral research* (2nd Edition), Thousand Oaks, CA: Sage.
- Taylor, S. y R. Bogdan (1990), La observación participante en el campo, en *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Paidós, pp 50-99.
- Thelin, M.C. (1986), Chinese Values: A Sociologist's view, *Analecta Husserliana*, vol. 20, 393-405.

- Tomkins, S. (1982), Affect Theory, en Ekman, Paul (ed.), *Emotion in the Human Face*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 352-395.
- Trevarthen, C. (1980), The foundations of intersubjectivity: development of interpersonal and co-operative understanding in infants, en Olson, D. (ed.), *The social foundations of language: essays in honor of J.S. Bruner*, New York: Norton, pp. 316-342.
- Trevarthen, C. (1984), Emotions in Infancy: Regulations of Contact and Relationships with Persons, en Scherer, Klaus and Ekman, Paul (eds.), *Approaches to Emotion*, Hillsdale, New York: Erlbaum.
- Trevarthen, C. (1986), Developments of intersubjective motor control, en Wade, M. & Whiting, H. T. A. (eds.), *Motor development in children*, The Hague: Martinus Nijhoff.
- Turner, J.H. y J.E. Stets (2005), *The Sociology of Emotion*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wan, Y. (2014), *Nanchang statistical Yearbook*, Beijing: China Statistical Press. 万昱原 (2014), 南昌统计年鉴, 中国统计出版社
- Wang, Ch. (1999), Modalidades del acogimiento familiar en las zonas rurales, *Revista de Medicinas de Asuntos Civiles*, 2. 王晨光 (1999). 农村家庭寄养模式探讨. 中国民政医学杂志 (2)
- Wang, Ch. y Y. Jin (2001), Desarrollo y adaptación social de los niños huérfanos, en *Foro de Asuntos Civiles*, vol. 3. 王晨光, 金云霞 (2001). 孤残儿童社会适应行为发展探索与研究, 民政论坛, 第 3 期
- Wang, L. (2008), La presión psicológica de los ancianos urbanos del nido vacío, en *Old People's Study*, vol. 1. 王玲凤 (2008), 城市空巢老人的心理压力调查, 中国老年学杂志, 2008 年第 1 期.
- Wang, J. (2013), Necesidades de niños y niñas con discapacidad y políticas de intervención en el acogimiento familiar, *Documentos de enseñanzas*, vol. 78. 王娟 (2013), 家庭寄养模式下残孤儿童的身心需要及干预政策. 文教资料, 2013 (678)

- Wang, Sh. (2010), *Las creencias de los chinos*, Beijing: Tuanjie Press. 王少农 (2009). 中国人的信仰. 团结出版社.
- Wang, X. (2000), La tradición cultural de la relación interpersonal de los chinos en la actualidad, *Journal of NanKai University*. 王晓霞 (2000), 当代中国人际关系的文化传承, 南开学报
- Wang, Y. y J. Zhao (2006), *The Socialized Reconstruction of Juvenile Welfare: On Kunming Model*, Social Sciences Academic Press (China). 王彦斌, 赵锦云 (2006), 儿童福利社会化重构, 社会科学文献出版社
- Watson, J. (1979), *Nursing: the Philosophy and Science of Caring*, Denver: University of Colorado Press.
- Watson, J. (2004), *Caring Science: a Core Science for Health professions*, Fildelfia: Fa Davis.
- Weber, M. (1951), *The Religion of China*, New York: Free Press.
- Wikan, U. (1990), *Managing Turbulent Hearts: A Balinese Formula for Living*, Chicago: University of Chicago Press.
- Wolf, M. (1969), Child Training and the Chinese Family, en Freedman, M. (ed.), *Family and Kinship in Chinese Society*, CA: Stanford University Press, pp. 37-62.
- Wu, D. y L. Yang (2009), La infancia con discapacidad, en *La evolución de la rehabilitación de los niños con discapacidad durante los últimos 60 años*, Anhui: Ciencia y Tecnología Press. 吴德, 杨李 (2009). “残疾儿童概论”. <中国残疾儿童康复事业发展 60 年>. 安徽科学技术出版社
- Wu, L. y X. Han (2005), *Family Fostering: Motivation and Effect, an in-depth Analysis of “Beijing Model”*, Beijing: Social Science Publishing House. 吴鲁平, 韩小雷 (2005). 家庭寄养: 动机与绩效. 社会科学文献出版社 2005
- Wu, L. y X. Han (2006), Las políticas del acogimiento familiar de los niños con discapacidad, en *Estudios sobre la juventud*. 吴鲁平.韩小雷 (2006). 孤残儿童家庭寄养政策研究. 中国青年研究, 2006 (1)

- Wu, M. (2004), The study of female's occupation career development. *Universidad de Fujian Press*, 1. 吴明贵 (2004). 女性职业生涯发展研究综述. 福建高等专业专科学校学报 2004 年 4 月第 1 <http://wenku.baidu.com/view/b565a88071fe910ef12df80a.html>
- Wu, F. (2014), Comentarios y expectativas sobre el deseo de procreación a partir de los años 1990, en *¿Quieres tener el segundo hijo? Fertility Desire, Fertility Behavior and Fertility Level*, Beijing: Social Sciences Academic Press. 吴帆 (2014), “20 世纪 90 年代以来我国生育意图研究: 评述与展望”, <二孩, 你会生吗? 生育意愿、生育行为和生育水平关系研究>. 社会科学
- Vogel, E. F (1992), *Japan's New Middle Class*, University of California Press.
- Xiao, Z., G. Che, J. Zhou y R. Wang (2010), Salud psicológica de la madre acogedora cuando el niño o niñas acogido es adoptado, en *Medicina moderna preventiva*, vol. 16. 肖祖芬, 陈刚, 周菊平, 王容芳 (2010). 寄养子女被收养后养母心理健康状况调查. 现代预防, (6)
- Xin, J. (2007), *La vejez entre las familias de nido vacío y las que tienen hijos en casa en las ciudades chinas*, Huazhong University Press. 邢洁 (2007), 城市空巢家庭与非空巢家庭老人养老状况比较, 邢洁, 华中科技大学出版社
- Xu, J. ([1986] 2014) *Analytical Dictionary of Characters language*, Beijing: Zhonghua Book Company. 说文解字, 中华书局, 2014
- Xu, P. (2008), Revisión de los estudios sobre el nido vacío de la gente mayor, *Economía y Cultura fronterizas*, vol. 11. 瞿培 (2008). 关于空巢老人研究的文件综述. 边疆经济与文化, 2008 年第 11 期
- Xu, Sh. Zh. (2003), El acogimiento familiar y colectivo, *Bienestar Social*, vol. 3. 许视珍 (2003). 家庭式收养与集中供养, 社会福利, 2003 (3)
- Yang, Zh. Y S. Peng (1999), Conceptualización de la confianza interpersonal de los chinos: una opinión sobre la relación interpersonal, *Sociology Study*. vol 2. 杨中芳, 彭泗清 (1999). 中国人际信任的概念化: 一个人际关系的观点, 社会学研究, 1999 年第 2 期
- Yin, P. (2003), Análisis de las causas y características de la evolución física y psíquica de los niños y niñas acogidos: informe sobre los niños y niñas en familias de

- acogida campesinas de Caopu, de Anning, de Kunming, la provincia Yunnan, *Bienestar Social*, vol. 1. 银平均 (2003). 寄养儿童的生理心理变化特征及原因分析: 云南昆明安宁市草埔农村家庭寄养儿童调查报告. 社会福利, 2003 (1)
- Yong, A. (1995), *The Harmony of Illusions: Inventing Post-Traumatic Stress Disorder*, Princeton University Press.
- Yngvesson, B. (2010), *Belong in an adoption world: race, identity and transnational adoption*, Chicago: University of Chicago Press.
- Yu, J.D. y Y.L. Wang (2007), Las modalidades de acogimiento familiar de los orfanatos chinos: el orfanato de Nanchang, *Journal of Nanchang University (Humanidades)*, vol. 6. 余纪东, 王幼丽 (2007). 中国福利机构孤残儿童家庭寄养模式之探讨: 以南昌市社会福利院为例, 南昌大学学报 (人文社会科学版), 2007 (6)
- Yu, X. (2005), Modalidades de las relaciones interpersonales de los chinos, en *La reproducción de favores, mianzi y poder*, Beijing: Beijing University Press. 翟学伟 (2005), 中国人际关系模式, 人情, 面子与权利再生产, 北京大学出版社, 2005
- Yu, Z. (2009), *La gente y la vivienda en Nanchang*, Jiangxi Publishing House. 于子佳 (2009), 南昌人居, 江西人民出版社, 2009
- Zhang, Ch.; Zhao, L. & Chen, Ch. (2009), Las variables que afectan el resultado del sostenimiento de vejez del nido vacío, en *Aprender las Teorías*, vol 1. 张传辉, 赵丽, 陈朝军 (2009), 影响城市空巢老人养老效果的因素分析, 学理论, 2009 年第 1 期
- Zhang, G. & Yuan, J. (2009), Intercambio y colaboración internacional sobre la protección de los niños con discapacidad, en *La evolución de la rehabilitación de los niños con discapacidad durante los últimos 60 años*, Anhui: Ciencia y Tecnología Press. 张功纯, 袁金星 (2009). 残疾儿童事业的国际交流与合作. 中国残疾儿童康复事业发展 60 年. 安徽科学技术出版社
- Zhang, L. (2013), Revisión de las investigaciones sobre el acogimiento familiar, en *Journal of Suzhou University (Ciencias Sociales)*, vol. 5. 张露 (2013). 家庭寄养研究文献综述, 苏州大学学报 (社会科学版) 2013 (5)

- Zhang, Sh., R. Lu y Y. Li (2002), Reflexión sobre el marco evaluador del acogimiento familiar, *Bienestar Social*, vol. 7. 章淑萍, 鲁容芳, 李玉山 (2002). 家庭寄养工作专业评估体系框架构思 社会福利, 2002 (7)
- Zhang, Z. y X. Ma (2014), El cambio en el deseo de fertilidad de los padres que solo tienen un hijo o una hija, en *¿Quieres tener al segundo hijo? Fertility Desire, Fertility Behavior and Fertility Level*, Beijing: Social Sciences Academia Press. 张子谏, 马小红 (2014), “独生子女父母生育意愿及变化”, <二孩, 你会生吗? 生育意愿、生育行为和生育水平关系研究> 社会科学文献出版社, 2014
- Zhang, Y.; Luo, Y. (2007), Sistema jurídico de las políticas de la socialización del bienestar social, *Journal of Wuhan University (Filosofía y ciencias sociales)*, vol. 4. 张益萍, 罗艳珠 (2007). 社会福利社会化政策的法律制度探讨. 武汉大学学报, (哲学社会科学版) 2007 (4)
- Zhang, Zh. (2003), *Protección de los niños huérfanos y con discapacidad*, la web del Buró de Asuntos Sociales. 张喆 (2003). 新时期孤残儿童的保障需求, 中国人民共和国民政部网
- Zhang, Zh. (2002a), Las preparaciones del acogimiento familiar, *Ponencias en el congreso sobre el cuidado infantil y el acogimiento familiar en 2002*, Buró de Asuntos sociales de Shanghai y Fundación Benéfica de Shanghai. 张诚学 (2002a). 孤残儿童家庭寄养准备, 《2002年孤残儿童照料与家庭寄养研讨会论文集》上海市民政局, 上海慈善基金会
- Zhang, Ch. (2002b), El acogimiento familiar desde la perspectiva del trabajo social, *Bienestar Social*, vol. 7. 张诚学 (2002b), 从专业社会工作视角看家庭寄养, 社会福利, 第7期
- Zhang, W. (2009), A Married Out Daughter is Like Spilt Water?, *Modern China*, vol. 35, nº 3.
- Zhao, F. (2003), La situación de la vida de los ancianos del nido vacío y el apoyo social, en *Journal of Normal University of Nanjing*, vol. 3. 赵芳 (2003), 城市空巢老人生活状况和社会支持系统分析, 南京师大学报社会会学版, 2003年第3期

- Zhou, T. (2010), *La gastronomía de Nanchang*, Nanchang: Jiangxi People's Publishing House. 周天安 (2010), 南昌饮食, 江西人民出版社
- Zhu, K. F. (2009), Problemas y estrategias sobre el acogimiento familiar, *Bienestar Social*, vol. 9. 朱孔芳 (2009). 孤残儿童家庭寄养问题与对策, 社会福利, 2009 (9)
- Zhu, K. (2012), La intervención del trabajo social y profesional en el acogimiento familiar de niños y niñas con discapacidad: el orfanato de Shanghai, *Arte, ciencia y tecnología*, vol. 2. 朱孔芳 (2012). 专业社会工作介入孤残儿童家庭寄养探讨: 以上海市儿童福利院为例. 艺术科技, 2012 (2)
- Zeng, F., Y. Ji y R. Lu (2002), Investigación sobre la educación especial de los Huerfanos y acogidos, *Ciencia de Psicología*, vol. 5. 曾凡林, 季玉华, 鲁容芳 (2002), 寄养孤残儿童的特殊教育状况调查, 心理科学, 第 5 期
- Zeng, F. (2002a), Fundamentos de las políticas del acogimiento familiar, *Bienestar Social*, vol. 7. 曾凡林 (2002) 孤残儿童家庭寄养政策制定的基础, 社会福利, 第 7 期
- Zeng, F. (2002b), Desarrollo psicológico de los niños y niñas en las familias de acogida: Teorías y fundamentos, *Informe del congreso sobre el cuidado infantil y el acogimiento familiar*, Buró de Asuntos Civiles de Shanghai. 曾凡林 (2002) 家庭寄养与孤残儿童的心理发展: 理论基础和研究依据, 《2002 年孤残儿童照料与家庭寄养研讨会论文集》上海市民政局
- Zeng, F. (2009), Método de educación y cuidado en el acogimiento familiar, *Bienestar Social*, vol. 2. 曾凡林 (2009), 寄养家庭孤儿的教育和指导方法, 社会福利 2009 (2)

ANEXOS

Anexo 1: Medidas provisionales de la administración del acogimiento familiar

(家庭寄养管理暂行办法)

Anexo 2: Reglamentos del acogimiento familiar de Nanchang

(南昌市人民政府关于做好孤残儿童家庭寄养工作意见)

Anexo 3: Contrato del acogimiento familiar de Nanchang

(南昌市家庭寄养协议书)

Anexo I

Medidas provisionales de la administración del acogimiento familiar

Publicado por el Ministerio Chino de Asuntos Civiles

27 de octubre de 2003

Capítulo 1. Principios generales

Art. 1. Estas medidas tienen como objeto normalizar la administración del acogimiento familiar.

Art. 2. El acogimiento familiar se refiere a la modalidad de cuidado de niños y niñas cuya tutoría radica en las administraciones, encargándose dicho cuidado infantil a las familias voluntarias que han de someterse a un procedimiento de selección y formación según los reglamentos establecidos.

Art. 3. El acogimiento familiar debe favorecer la crianza y desarrollo de niños y niñas, y proteger sus derechos.

Capítulo 2. Los niños y niñas acogidos

Art. 4. Se refiere a los niños y niñas huérfanos o abandonados, menores de dieciocho años que viven en las familias seleccionadas según las normas establecidas. Las instituciones dependientes de las delegaciones locales del Ministerio de Asuntos Civiles entienden de lo relativo a la selección de las familias de acogida.

Art. 5. Los niños y niñas con discapacidad deben ser acogidos por familias en cuyo entorno se disponga de las adecuadas instalaciones sanitarias, de centros de educación especial y de centros de rehabilitación.

Los niños y niñas con discapacidad grave que requieran cuidado con métodos específicos no se recomienda sean acogidos por familias de acogida.

Art. 6. El acogimiento familiar debe ser consentido por los niños y niñas si estos son mayores de diez años.

Art. 7. El número de niños y niñas en cada familia acogedora no debe ser superior a tres.

Capítulo 3. La familia de acogida

Art. 8. Se refiere a las familias que han sido seleccionadas con un procedimiento establecido por las delegaciones locales del ministerio de Asuntos Civiles.

Art. 9. Las familias de acogidas deben cumplir con las siguientes condiciones:

1). Tener residencia y vivienda fija en la zona seleccionada por las instituciones de acogimiento familiar. La superficie de la vivienda con la finalidad de realizar el acogimiento debe alcanzar el nivel medio del conjunto de viviendas de la localidad donde se encuentra la familia.

2). Tener un ingreso fijo. El ingreso per cápita de la familia no debe ser inferior al nivel medio de la localidad donde se encuentra la familia.

3). Ningún miembro de la familia debe padecer enfermedades contagiosas o psíquicas.

4). Los miembros de la familia no debe tener antecedentes criminales, malas costumbres o malas conductas. Mantendrán buenas relaciones con los vecinos.

5). La edad de los acogedores o acogedoras oscilará entre los 35 y los 65 años. Deben tener buen salud, capacidad y experiencia en el cuidado infantil. El nivel educativo no puede ser inferior a los estudios primarios.

Art. 10. Las obligaciones de las familias acogedoras son:

1). Proporcionar seguridad física a niños y niñas acogidos.

2). Cuidar a niños y niñas con el objeto de mejorar su capacidad de autonomía.

3). Educar a niños y niñas en buenos modales y valores morales.

4). Escolarizar a niños y niñas según los reglamentos estatales.
Responsabilizarse de la comunicación con la escuela y colaborar con la misma para que el niño o la niña reciban una educación adecuada.

5). Llevar a los menores a realizar sus ejercicios rehabilitadores físicos, audiovisuales o de educación especial física o intelectual.

6). Informar periódicamente a las instituciones correspondientes la situación de desarrollo de niños y niñas.

7). Otras obligaciones relacionadas con la protección de los derechos de los menores.

Capítulo 4. Institución y servicios del acogimiento familiar

Art. 11. Se refiere a las instituciones de bienestar social específicamente dedicadas al acogimiento familiar que dependen de las delegaciones locales del Ministerio de Asuntos Civiles. Son de dos tipos: instituciones de bienestar infantil y servicios de acogimiento familiar.

Art.12. Las tareas de estas instituciones son:

- 1). Planificar y ejecutar los programas de acogimiento familiar.
- 2). Establecer y dirigir las redes de trabajo para el acogimiento familiar.
- 3). Formar a los principales cuidadores y cuidadoras en el acogimiento familiar y organizar las actividades de intercambios de experiencias y opiniones.
- 4). Ofrecer apoyo técnico a las familias de acogida.
- 5). Visitar periódicamente a los niños y niñas acogidos y resolver los problemas con tiempo.
- 6). Vigilar y evaluar los trabajos de los cuidadores del acogimiento familiar.
- 7). Crear y organizar los archivos con la información de los niños y niñas acogidos y de las familias de acogida.
- 8). Informar y hacer sugerencias a los departamentos superiores del Ministerio de Asuntos Civiles.

Art. 13. Las instituciones deben contratar a profesionales en los sectores de trabajo social, psicología, enfermería, rehabilitación, etc.

Cada trabajador de estas instituciones se responsabilizará de no más de 25 niños y niñas.

Capítulo 5. Cumplimiento del contrato de acogimiento familiar

Art. 14. Las delegaciones del Ministerio de Asuntos Civiles o las organizaciones dependientes de las mismas deberán firmar un contrato con las familias de acogida. En el contrato se fijará el periodo de acogimiento familiar, los deberes y derechos de ambas partes y los principales responsables del cuidado de los niños y niñas acogidos.

Art. 15. En el contrato se debe exigir el periodo de adaptación que no ha de superar los 90 días.

Art. 16. Si la familia de acogida no puede cuidar al niño temporalmente, la institución se encargará de asumir estos cuidados. Esta temporalidad no podrá superar los treinta días.

Art. 17. No se cambiará al principal cuidador sin justificación suficiente. En caso de que fuera preciso realizar este cambio, se modificará el contrato reescribiendo el nombre de la persona que ejercerá esta función cuidadora en la familia de acogida.

Art. 18. Cuando el orfanato planea una adopción, debe avisar simultáneamente a la familia de acogida. El contrato de acogimiento familiar se anula automáticamente cuando se termina el trámite de adopción.

Art. 19. Si la familia de acogida, por algún cambio familiar, no puede continuar con el acogimiento, debe comentar y discutir con el orfanato la situación para anular el contrato. Cuando se produce esta anulación, el orfanato debe recoger al niño o niña.

Capítulo 6. Administración y vigilancia

Art. 20. Las delegaciones locales del Ministerio de Asuntos Civiles deben cumplir las siguientes funciones:

- 1). Dirigir y examinar los trabajos de acogimiento familiar.
- 2). Ser responsables de examinar y archivar el contrato, y vigilar que se cumpla.
- 3). Vigilar y evaluar el trabajo del orfanato en relación al acogimiento familiar.
- 4). Buscar medidas adecuadas para resolver las discusiones entre el orfanato y las familias de acogida.
- 5). Colaborar con las organizaciones relacionadas para resolver dificultades o los problemas que surjan durante el acogimiento.

Art. 21. En el caso de acoger a niños o niñas de otra provincia, se debe obtener el permiso de ambos lugares, siendo el sitio de residencia del niño el que se encarga de la tutoría salvo que se especifique lo contrario.

Art. 22. Las delegaciones locales del Ministerio de Asuntos Civiles deben financiar el acogimiento familiar, el salario de la familia de acogida, los gastos de mantenimiento, sanitarios o de educación de niños y niñas acogidos. El fondo para el acogimiento familiar no se debe utilizar para otros fines.

Art. 23. El orfanato puede obtener donaciones a través de la colaboración internacional o nacional con asociaciones y entidades benéficas. Las colaboraciones deben obedecer a las normas generales establecidas por el Estado.

Capítulo 7. Responsabilidad

Art. 24. A las familias de acogida que no obedezcan las obligaciones contraídas, las delegaciones estatales pueden ordenarlas corregir su actitud y, en caso necesario, anular el contrato. Aquellas familias que hayan causado daños a los niños o niñas acogidos tendrán que pagar una indemnización.

Art. 25. Las delegaciones deben corregir a las instituciones si cometen errores en el trabajo de acogimiento familiar y, en caso necesario, aplicar una sanción disciplinaria.

Art. 26. Las autoridades pueden sancionar a las delegaciones o instituciones en caso de que estas no cumplan sus responsabilidades correctamente.

Capítulo 8. Artículo adicional

Art. 27. Las presentes medidas entrarán en vigor a partir del 1 de enero de 2004.

Ver: <http://www.mca.gov.cn/wjylzx/index.asp>

家庭寄养管理暂行办法（2003年10月27日）

第一章 总则

第一条 为了规范家庭寄养工作，制定本办法。

第二条 本办法所称儿童家庭寄养，是指经过规定的程序，将民政部门监护的儿童委托在家庭中养育的照料模式。

第三条 家庭寄养应当有利于被寄养儿童的抚育、成长，保障被寄养儿童的合法权益不受侵犯。

第二章 被寄养儿童

第四条 本办法所称被寄养儿童，是指监护权在县级以上地方人民政府民政部门，被民政部门或者民政部门批准的家庭寄养服务机构委托在符合条件的家庭中养育的、不满十八周岁的孤儿、查找不到生父母的弃婴和儿童。

第五条 残疾的被寄养儿童，应当在具备医疗、特殊教育、康复训练条件的社区中为其选择寄养家庭。

需要长期依靠技术照料的重残儿童，不宜安排家庭寄养。

第六条 寄养年满十周岁以上儿童的，应当征得被寄养儿童的同意。

第七条 安置在每个家庭的被寄养儿童不能超过三名。

第三章 寄养家庭

第八条 本办法所称寄养家庭，是指经过规定的程序，受县级以上地方人民政府民政部门或者民政部门批准的家庭服务机构委托，寄养不满十八周岁的孤儿、查找不到生父母的弃婴和儿童的家庭。

第九条 寄养家庭应当同时具备以下条件：

（一）有寄养服务机构所在地的常住户口和固定住所。被寄养儿童入住后，人均居住面积不低于当地人均居住水平。

（二）有稳定的经济收入，家庭成员人均收入水平在当地人均收入中处于中等水平以上。

（三）家庭成员未患有传染病或着精神疾病，以及其他不利于被寄养儿童成长的疾病。

（四）家庭成员无犯罪记录，无不良生活嗜好，关系和睦，与邻里关系融洽。

（五）主要照料人的年龄在三十至六十五岁之间，身体健康，具有照料儿童的能力、经验，初中（或相当于）以上文化程度。

第十条 寄养家庭在寄养期间必须履行下列义务：

（一）保障被寄养儿童的人身安全。

（二）对被寄养儿童提供生活照料，帮助其提高生活自理能力。

（三）培养被寄养儿童树立良好的思想道德观念。

（四）按国家规定安排被寄养儿童接受学龄前教育和义务教育。负责与学校沟通，配合学校做好被寄养儿童的教育工作。

（五）为残疾的寄养儿童提供矫正、肢体功能康复训练、聋儿语言康复训练和弱智教育等方面的服务。

(六) 定期向家庭寄养服务机构反映被寄养儿童的成长情况。

(七) 其他应当保障被寄养儿童权益的义务。

第四章 家庭寄养服务机构

第十一条 本办法所称家庭寄养服务机构，是指经过县级以上地方人民政府民政部门批准成立，从事家庭寄养工作的社会福利机构，分儿童福利机构和专门从事家庭服务机构两类。

第十二条 家庭寄养服务机构主要承担以下工作：

- (一) 制定本行政区域内家庭寄养工作计划并组织实施。
- (二) 建立本地区家庭寄养工作网络并指导其运行。
- (三) 培训家庭寄养中的主要照料人，组织寄养工作经验交流活动。
- (四) 为寄养家庭养育被寄养儿童提供技术服务。
- (五) 定期探望被寄养儿童，及时解决存在问题。
- (六) 监督、评估寄养家庭的养育工作。
- (七) 建立健全被寄养儿童和寄养家庭的文档资料。
- (八) 向上级民政部门反映家庭寄养工作情况并提出建议。

第十三条 家庭寄养服务机构必须聘用具备社会工作、心理学、医疗康复等专业知识的专职工作人员。

家庭寄养服务机构工作人员与被寄养儿童的比例不得高于 1：25。

第五章 寄养协议的履行

第十四条 县级以上地方人民政府民政部门应当与寄养家庭签订寄养协议，也可以授权家庭寄养服务机构与寄养家庭签订寄养协议，明确寄养期限、双方的权利义务、寄养家庭中的主要照料人等。

第十五条 寄养协议必须约定对被寄养儿童安排试寄养，实施试寄养的时间不得超过 90 日。

第十六条 寄养家庭有协议约定的事由在短期不能照料被寄养儿童的，家庭寄养服务机构必须对被寄养儿童提供短期养育服务。短期养育服务的时间一般不超过 30 日。

第十七条 寄养协议中约定的主要照料人不得随便变更。确需变更的，经家庭寄养服务机构同意后在家庭寄养协议主要照料人一栏中变更。

第十八条 社会福利机构拟送养被寄养儿童时，应当在报送被送养人材料的同时通知寄养家庭。收养登记办理完毕后，寄养协议自然解除。

第十九条 寄养家庭因家庭条件发生变化不能继续寄养被寄养儿童的，应当与家庭寄养服务机构协商解除寄养协议。寄养协议解除后，被寄养儿童由家庭服务机构另行安排。

第六章 监督管理

第二十条 县级以上地方人民政府民政部门对家庭寄养工作负有以下监督管理职责：

- (一) 指导检查本地区家庭寄养工作。
- (二) 负责寄养协议的备案审查，监督寄养协议的履行。

(三) 监督、评估家庭寄养服务机构的工作。

(四) 协调解决家庭服务机构与寄养家庭之间的争议。

(五) 与有关部门协商, 及时解决家庭寄养工作中存在的困难和问题。

第二十一条 异地家庭寄养必须经两地县级以上地方人民政府民政部门同意。被寄养儿童的监护责任仍由被寄养儿童户口所在地县级人民政府民政部门承担, 双方另有协议约定的除外。

第二十二条 家庭寄养经费, 包括被寄养儿童的生活、医疗和教育费用, 寄养家庭的劳务费用, 家庭寄养服务机构的工作费用等, 由县级以上人民政府民政部门在民政事业经费中列支。

家庭寄养经费必须专款专用, 不得截留、挪作他用。

第二十三条 家庭寄养服务机构可以与国(境)内外社会组织合作、通过接受社会捐款获得资助。与国(境)外社会组织或者个人开展同家庭养育有关的合作项目, 应当按照有关规定办理手续。

第七章 责任

第二十四条 寄养家庭不履行本办法规定和协议约定的义务, 由寄养家庭所在地的县级人民政府民政部门责令其改正, 必要时可以解除寄养协议, 对被寄养儿童造成人身侵害的, 应当赔偿。

第二十五条 家庭寄养服务机构因工作失误, 使寄养协议不能正常履行, 由批准成立该机构的民政部门责令其改正, 情节严重的, 对直接负责的主管人员和其他直接人员给予纪律处分, 民办非企业性质的家庭寄养服务机构, 由登记管理机关依法给予行政处罚。

第二十六条 县级以上地方人民政府民政部门不履行职责, 由上一级人民政府部门责令其改正, 情节严重的, 由同级人民政府对直接负责的主管人员和其他直接责任人员依法给予行政处分。

第八章 附则

第二十七条 本办法自 2004 年 1 月 1 日起施行。

Anexo II

Reglamento de Acogimiento Familiar de la ciudad de Nanchang

Agosto de 2004

Para garantizar la calidad de la protección a la infancia y ofrecer a los niños y niñas un ambiente familiar durante su desarrollo, de acuerdo con las medidas provisionales de acogimiento familiar publicadas por el Ministerio de Asuntos Civiles y adaptándolas a la situación peculiar de nuestra ciudad, se diseña el Reglamento de Acogimiento Familiar de Nanchang:

1. Los niños huérfanos o abandonados que viven en el orfanato de Nanchang pueden ser acogidos por familias de acogida cumpliendo las normas establecidas. Los niños acogidos seguirán teniendo la residencia y tutela en el orfanato.

2. El acogimiento familiar está dirigido por la Administración de asuntos civiles y el orfanato es quien gestiona directamente el proceso.

3. Los miembros de la familia de acogida deben tener su residencia en la ciudad, gozar de buena salud, no padecer enfermedades contagiosas o dolencias psíquicas, deben contar con un ingreso familiar no inferior al sueldo medio de los ciudadanos de su zona y su vivienda presentará las condiciones adecuadas.

4. La solicitud de acogimiento se presentará por escrito y en ella se hará constar la residencia, los ingresos, el estado civil, la situación de los hijos, las condiciones de la vivienda, etc. Tras el examen y evaluación se aplicará un periodo de tres meses de adaptación a las familias que cumplan las exigencias de la evaluación. Una vez superado dicho periodo, se firmará el contrato entre la familia de acogida y el orfanato. El acogimiento no podrá superar un año de duración y se podrá renovar con el acuerdo de ambas partes.

5. El orfanato se encarga de otorgar el carné de huérfano con el que el niño o niña tiene derecho a los servicios sociales como acudir a la escuela, o tener acceso a los servicios sanitarios en la comunidad donde se encuentra la familia de acogida.

6. El orfanato cubre los gastos sanitarios de niños y niñas acogidos, se encarga de buscar hospitales adecuados y paga la hospitalización, incluso los gastos de rehabilitación en caso de niños y niñas con discapacidad.

7. Durante el periodo de acogimiento, el orfanato enviará a sus profesionales a visitar a domicilio a los menores acogidos, ayudará a resolver los problemas que puedan surgir en la tarea acogedora y evaluarán el trabajo. En caso de que se detecte que la familia de acogida no debe continuar el acogimiento, el orfanato puede anular el contrato.

8. Durante el periodo de acogimiento familiar, el orfanato paga los gastos de educación, sanitarios, vestido, alimentación y otros gastos de mantenimiento de los menores a la familia acogedora. En caso de discapacidad, la familia recibirá una paga extra de entre 300 y 500 yuanes mensuales.

9. Las familias de acogida reciben cursos de formación antes y durante el acogimiento familiar, e informan al orfanato acerca de la situación de crecimiento de los niños y niñas acogidos. Los problemas de salud no habituales que surjan durante el cuidado diario serán informados al orfanato en un tiempo máximo de doce horas.

10. Las familias que tienen intención de adoptar deben presentar una solicitud por escrito. Una vez obtenido el acuerdo de adopción del orfanato, se anulará el contrato de acogimiento familiar con antelación, previo aviso del orfanato a otras entidades relacionadas.

11. Las familias de acogida que logren los mejores resultados en el acogimiento recibirán premios otorgados por las instituciones dependientes del Ministerio de Asuntos Civiles.

南昌市人民政府关于做好孤残儿童家庭寄养工作意见（2004）

为保障孤残儿童的合法权益，给孤残儿童提供良好的家庭成长环境，推动孤残儿童福利的社会化进程，根据中华人民共和国民政部《家庭寄养管理暂行办法》，结合本市实际，现就本市孤残儿童实施家庭寄养提出以下意见：

一 生活在本市儿童福利院的丧失父母或查找不到生父母的孤残儿童，可以通过规定手续，进入寄养家庭寄养。被寄养儿童的户籍在市儿童福利院，其法定监护人为市儿童福利院。

二 孤残儿童家庭寄养工作由市民政部门负责，市儿童福利院负责日常管理工作。

三 寄养家庭的家庭成员应当具有本市户口，身体健康，无精神疾病和传染病史，家庭人均收入一般不低于全市职工平均工资水平，有较好的住房条件。

四 寄养家庭申请应当以书面形式向市儿童福利院提出，并提供寄养家庭户籍证明和经济收入、婚姻状况、子女情况、住房条件等证明。经市儿童福利院审查、评估，符合条件的，试寄养 3 个月。试寄养期满后适合寄养的，由市儿童福利院与寄养家庭签订寄养协议。寄养期限不超过一年，期满后可持续续签。

五 市儿童福利院为被寄养儿童将根据有关规定中各项优惠政策，敦促寄养家庭安排被寄养儿童就近入学和就近医疗等。

六 被寄养儿童在寄养期间患常见病，有寄养家庭负责治疗，患病需住院治疗的，由市儿童福利院负责安排住院，并承担其医疗及残疾矫形手术费用。

七 被寄养儿童在寄养期间，市儿童福利院应定期进行家访，提出建议与意见，定期对寄养情况作出考评。对因家庭变故等原因不宜继续寄养的，市儿童福利院有权终止寄养协议。

八 寄养期间市儿童福利院按月将财政拨付孤残儿童的伙食费、被服费、医疗费、教育费、杂费等交付给寄养家庭，对残疾程度较重的被寄养儿童。另从销售社会福利彩票筹集的福利资金中，按照每人每月 300 元至 500 元的标准发给寄养家庭作为补贴。

九 寄养家庭应当接受有关儿童寄养知识的培训，并定期向市儿童福利院通报被寄养儿童的有关情况。被寄养儿童的身体出现异常情况或发生意外事故，应当及时采取有效措施进行处理，并在 12 小时内与市儿童福利院联系。

十 在寄养期间有收养被寄养儿童要求的，应当提出书面申请，符合规定的，经市儿童福利院审查同意后，与寄养家庭终止寄养关系，协助办理收养手续。寄养家庭需要提前解除寄养协议的，应当及时通知市儿童福利院，经协商同意后，办理有关解除寄养协议手续。

十一 寄养家庭寄养残孤儿童在康复、教育等方面有突出成绩的，由民政部门会同有关部门规定给予表彰奖励。

Anexo III

Contrato de acogimiento familiar de Nanchang

La parte A: Tutor del niño/niña: El orfanato de Nanchang

La parte B: Acogedor/a: Nombre_____

DNI_____

Domicilio_____

Fecha de nacimiento_____

Estado civil_____

Nivel de educación_____

Capítulo 1: Derechos, deberes y responsabilidades de la parte B:

1. Se acepta el acogimiento del niño: nombre_____, sexo_____, fecha de nacimiento_____, lugar de nacimiento_____
2. Requisitos de la familia de acogida:
 - 1). Tener residencia y vivienda fija, la superficie por cápita de la familia (contando al niño o niña acogida) no debe ser inferior al nivel medio de las viviendas de la localidad.
 - 2). Obtener un ingreso familiar fijo que no debe ser inferior al nivel medio del de los habitantes de la localidad.
 - 3). No padecer enfermedad contagiosa u otras que puedan perjudicar al niño o niña acogido.
 - 4). Los miembros de la familia no deben tener antecedentes penales, ni costumbres perniciosas. Deben mantener buena relación con los vecinos.
 - 5). La edad de los acogedores o acogedoras debe estar entre los 35 y los 65 años, presentando buena salud, experiencia en el cuidado infantil y con estudios primarios.
3. Los deberes de la familia de acogida son:
 - 1). Proteger la seguridad física y los valores morales de niños y niñas.

- 2). Cuidarlos y mejorar su autonomía.
- 3). Educar a niños y niñas
- 4). Escolarizarlos responsabilizándose de la comunicación y colaboración con la escuela.
- 5). Informar periódicamente al orfanato de la situación de desarrollo del niño o niña.
- 6). Otros deberes relacionados con la protección de la infancia.

Capítulo 2: Derecho, deber y responsabilidad de la parte A

1. Formar periódicamente a los principales acogedores y acogedoras y dar apoyo durante el proceso.
2. Ofrecer apoyo técnico a la familia de acogida.
3. Realizar visitas a domicilio periódicamente.
4. Vigilar y evaluar el acogimiento.
5. Crear y perfeccionar el archivo de las familias de acogida y de los niños y niñas acogidos.

Capítulo 3: Cumplimiento del contrato de acogimiento familiar

1. Tras la firma del contrato, se inicia el periodo de adaptación que no debe superar los noventa días.
2. No debe cambiar el cuidador/a principal y, en caso necesario, se modificará el nombre del cuidador en el contrato.
3. En el supuesto de que no se pueda continuar con el acogimiento, la familia debe avisar a la parte A para anular el contrato. La parte A se encargará de buscar otra familia para el cuidado del niño o niña.
4. Si la parte B no cumple con su deber o responsabilidad establecidos, la parte A puede corregirla y, en caso necesario, anular el contrato. La parte B debe abonar una indemnización en caso de haber causado algún daño al niño o niña acogido.

5. Otros asuntos relacionados deben ser negociados por ambas partes hasta llegar a un acuerdo.
6. Se presentan dos copias del contrato, una para cada parte.
7. Este contrato estará vigente con la firma y el sello.

Parte A (sello y firma) Parte B (sello y firma)

Fecha Fecha

Documentos que la parte B debe presentar:

1. Certificado médico
2. Fotocopias del DNI y Libro de familia
3. Certificado de la comunidad
4. Certificado de la entidad donde trabaja el acogedor

南昌市家庭寄养协议书

孤儿监护人：南昌市儿童福利院

寄养照料人：姓名_____，现住_____省_____市_____县_____乡_____街道_____号，出身_____年_____月_____日，文化程度_____，工作单位_____，身份证号码_____，（简称乙方）

为了发扬中华民族爱幼护幼优良传统，使不幸孤儿回归家庭，融入社会，塑造儿童健康心理和性格，维护被寄养儿童合法权益，促进被寄养儿童健康成长，根据中华人民共和国民政部《家庭寄养管理暂行办法》，遵循平等自愿，公平和诚实信用的原则，双方就孤儿家庭寄养事项协商一致，订立本合同。

一 乙方的权利、义务及职责：

（一）乙方同意接收寄养甲方所属儿童一名：姓名_____，性别_____，出生_____年_____月_____日，籍贯_____省_____市_____县_____乡_____镇_____村。

（二）寄养家庭必须具备以下条件：

1. 有本市常住户口和固定住所。被寄养儿童入住后，人均居住面积不低于当地人均居住水平。
2. 有稳定的经济收入，家庭成员人均收入水平在当地人均收入处于中等水平以上。
3. 家庭成员未患有传染病或者精神疾病，以及其他不利于被寄养儿童成长的疾病。
4. 家庭成员无犯罪记录，无不良生活嗜好，关系和睦，与邻里关系融洽。
5. 乙方的年龄必须在三十岁至六十八岁之间，身体健康，具有照料儿童的能力、经验，初中（或相当于）以上文化程度。

（三）乙方在寄养期间必须履行下列义务：

6. 保障被寄养儿童的人身安全。
7. 对被寄养儿童提供生活照料，帮助其提高生活的自理能力。
8. 培养被寄养儿童树立良好的思想道德观念。
9. 按国家规定安排被寄养儿童接受学龄前教育和义务教育。负责与学校沟通，配合学校做好被寄养儿童的教育工作。
10. 定期向甲方反映被寄养儿童的成长情况。
11. 其他应当保障被寄养儿童权益的义务。

二 甲方的权利、义务与职责：

（一）甲方定期培训寄养家庭中的主要照料人，并指导寄养工作。

（二）为寄养家庭养育被寄养儿童提供技术性服务。

（三）定期探访被寄养儿童，及时解决存在问题。

(四) 监督评估寄养家庭的养育工作。

(五) 建立健全被寄养儿童和寄养家庭的文档资料。

三 寄养协议的履行

(一) 双方签订寄养协议后，必须对寄养儿童安排试寄养，实施试寄养的时间不得超过 90 日。

(二) 寄养协议中约定的主要照料人不得随时变更。确需变更的，经甲方同意在家庭寄养协议主要照料人一栏中变更。

(三) 乙方因家庭经济条件发生变化，不能继续寄养被寄养儿童时，应与甲方解除寄养协议。寄养协议解除后，被寄养儿童由甲方另行安置。

(四) 乙方不履行本协议约定的义务，由甲方负责向乙方所在民政部门报告，责令其改正，必要时可以解除寄养协议，对被寄养儿童造成人身侵害的，应当赔偿并追究其法律责任。

(五) 其他未尽之事，由双方共同协商解决。

(六) 本协议一式两份甲乙双方各执一份。

(七) 双方签字盖章后生效。

甲方（盖章） 乙方（签字盖章）

_____年_____月_____日 _____年_____月_____日

附：乙方需准备下列证明

1. 县市级医院健康证明
2. 当地派出所户籍证明和身份证复印件
3. 社区证明
4. 工作单位证明